

Escritos de Don José María Arizmendiarieta



Tomo II. Sermones

**Archivo Don José María Arizmendiarieta
Edición digital: 2008**

Tomo II. Sermones

Libro 3^o. Sermones 2^a parte

Tomo II. Sermones
Libro 3º. Sermones 2ª parte

**Predicación. La oración.
Predicación: Decálogo**

Índice

1. Interés de su conocimiento
2. La moralidad
3. La moralidad
4. Primer mandamiento
5. Buscar a Dios
6. Servir a Dios
7. Ignorancia religiosa
8. Ignorancia religiosa
9. Amor: virtud teologal
10. La blasfemia
11. Respeto humano
12. Naturaleza y obligación del voto
13. Juramento
14. Santificar las fiestas
15. El culto público

Interés de su conocimiento

Amadísimos fieles:

Hoy vamos a dar comienzo a la exposición de los mandamientos de la ley de Dios para continuarla en pláticas sucesivas. No por ser antiguos dejan de tener actualidad, pues la prosperidad del hombre, la verdadera paz y la verdadera felicidad aún terrena y temporal, dependen de su cumplimiento e incumplimiento y la eterna, Dios tiene prometida solamente a quienes los cumplan. Pero para cumplirlos hay que conocerlos. Por aquí debemos comenzar.

Hoy toda la humanidad, todos los hombres, están pendientes de los resultados a que puedan llegar esas grandes asambleas, esos grandes congresos en los que se agrupan los hombres más representativos de todos los países y hasta nos atrevemos a hacer depender la futura suerte y dicha de la humanidad de los acuerdos que ellos puedan adoptar. A veces creo que hasta pensamos que independientemente de lo que cada hombre pueda pensar y hacer en virtud de esos acuerdos y de esas fórmulas, es posible encaminar a la humanidad por sendas de paz y de orden. No vamos a decir que están de más esas asambleas o esos congresos, pues sabemos y reconocemos que las leyes y los principios necesitan para ser eficaces acomodarse a las nuevas necesidades y nuevas situaciones que se van planteando y eso es necesario que se haga. Pero, por muy acertadas que sean las fórmulas y muy acomodados los acuerdos, si con ellos se hace lo que hacemos con los mandamientos, no cumplirlos, no tomarlos cada uno para sí, no esperemos que den ningún resultado positivo. Seguiremos igual o peor de lo que estamos. ¿Y qué duda cabe que la suerte y la facha de la sociedad sería hoy mismo completamente diversa si cada uno de los hombres se propusiera cumplir esos mandamientos esculpidos por Dios en piedra cuando los dió a Moisés, pero grabados en el mismo corazón humano cuando crió al hombre?. ¿Qué problemas tendríamos si es que los hombres se propusieran cumplirlos exactamente? ¿Habría entre nosotros cuestión política o cuestión social, esa cuestión que absorbe tanto la atención de todos si se pusiera en ejecución el séptimo mandamiento, o si quereis el quinto?. Cabría imaginar la vida en el mundo suponiendo a cada uno cumplir sus obligaciones, sus deberes con la precisión y exactitud que reclamen esos mismos mandamientos.

Pero por desgracia, hemos de confesar que no los cumplimos, no siempre por no quererlos cumplir, sino por desconocerlos muchas veces. ¡Qué triste realidad la que nos ofrece nuestro pueblo en este sentido! ¡Qué ignorancia existe en esta materia!. Nacidos en el seno de una familia cristiana y educados también en una escuela cristiana, los aprendimos, pero los aprendimos en una época de vida en que teníamos una visión tan estrecha de la vida y del mundo, los aprendimos cuando nuestro espíritu de observación era tan pobre que cuando hemos progresado en la edad y han ido suscitándose una serie de problemas en nuestra vida, no los hemos sabido

comprender bajo y dentro de aquellas fórmulas un poco genéricas que entonces estudiamos. Hay una anécdota que, aparte de su gracia, tiene un fondo de verdad, por lo que me atrevo a aducir en este momento. Cuentan que un día se acercó a confesarse un gitano. El sacerdote naturalmente le preguntó si conocía los mandamientos de la ley de Dios, a lo que repuso el gitano. *"Mire Usted Padre, los iba a aprender, pero como he oído un runrun de que los iban a quitar, no los he aprendido"*. Cuántos de nosotros no nos hemos preocupado porque nos hemos hecho eco también de un runrun de hombres que decían que eran cosas anticuadas, cuántos de nosotros no los conocemos pretextando falta de tiempo, cuando no hay en realidad más que falta de interés. Acaso esos mismos no pierden oportunidad para enterarse de las últimas manifestaciones que han salido de boca de tal o cual personaje, como si para la suerte futura del mundo hubiera de esperarse de ellos la fórmula mágica o la solución acertada. Y pasan los años y se va olvidando lo poco que se aprendió en la catequesis y nunca se le ocurre a uno tomar un libro para enterarse de lo que más le puede interesar. Mientras la humanidad no comience a valorar la vida presente con la perspectiva de la eterna, mientras los hombres no estudien y solucionen sus problemas a la luz de estas leyes eternas y encaminen sus pasos por la senda trazada por Dios desde toda la eternidad, no vamos a tener ni paz ni justicia ni orden, porque no va a haber quien lo imponga. Un gran pensador y filósofo que ha estudiado muy acertadamente el estado de ánimo del hombre moderno y los problemas de nuestros días, en un libro que se titula la Rebelión de las masas, stampa esta frase echando una mirada al porvenir de la humanidad: *"Dentro de poco subirá de todo el planeta un aullido pidiendo que alguien mande o imponga un quehacer"*. Sí, esta es la crisis de hoy en día: no se sabe para que es la vida y no se sabe para qué vivir: la vida esta vacía mientras no se ponga a algo. Es precisamente porque algo de esto ha presentado el pueblo por lo que en un momento ha adoptado los sistemas totalitarios en los que se atribula a alguien, por desgracia a un simple mortal como todos los demás, la facultad de determinar todo a cada uno. Del fondo de todos los buenos corazones sube un gemido pidiendo que alguien mande, porque la autoridad es necesaria para la paz y el orden, la autoridad es necesaria para la convivencia humana, pero autoridad y no fuerza, no tiranía, no opresión y cuando los hombres no reconocen y respetan a Dios, cuando la autoridad humana no se asienta en ese respeto que todos deben sentir a Dios fatalmente cae en la anarquía o en el despotismo. Pediran, mejor dicho todos piden, que a cada uno se le señale su quehacer, pero todos quieren que se señale ese quehacer de una forma adecuada a la naturaleza humana, a nuestra dignidad de seres libres y racionales como lo hace Dios señalándonos el camino claramente y después dejando se seguimiento a nuestro albedrío bajo la sanción de premio o castigo previamente fijados y determinados. Ahí tenemos en Dios la autoridad que necesitamos reconocer y ahí tenemos en esas breves fórmulas del Decálogo determinado el quehacer que nos corresponde. Así sea.

La moralidad

Amadísimos fieles:

Uno de los hombres más eminentes, cuyo nombre figura entre los primeros de las avanzadas de la física atómica, Luis de Broglie, ha escrito hace poco lo siguiente: *"Se nos presenta de nuevo con trágica intensidad el problema del bien y del mal, pues en el futuro dependerá de nuestra voluntad que esas fuerzas inauditas de que nos hemos enseñoreado, sean empleadas en el progreso de la civilización humana o en la destrucción de la vida de nuestro planeta. Me parece que nuestros contemporáneos, aun los más atentos y clarividentes, no han comprendido perfectamente la amplitud del drama que comienza. Lo que le hace de modo especial angustioso es que no parece que la moralidad de los hombres haya crecido en proporción a su ciencia y a la fuerza de que disponen."* En efecto, la ciencia y la técnica han llegado a poder concentrar en un pequeño artefacto unas fuerzas inmensas, un enorme caudal de energía, que ahora llega a manos del hombre, pero del hombre que se ha despojado de lo que pudiera contener su ira, su irritación, su odio, su sed de venganza, del hombre al que se le ha dicho que no depende de nadie, que es dueño de sí mismo, que puede jugar con su destino y su suerte como le da la gana, del hombre cuya conciencia se ha deformado, del hombre que carece de moralidad. Aquí está, amadísimos fieles la clave de la tragedia humana.

Durante el siglo pasado se conoció en Francia un sabio que tuvo la obsesión de querer averiguar de qué condición depende para su existencia, duración y desarrollo la sociedad humana. Este hombre eminente que consagra su vida, su ardiente amor al trabajo, su valor, su indomable perseverancia, su magnífico talento, su ingeniosidad exquisita, su espíritu metódico se llamó Guillermo Le Play, que para estudiarlo experimentalmente recorrió en aquellos tiempos de comunicaciones tan difíciles nada menos que 79.000 leguas, consiguió respuestas que esos hechos le daban y les consignó en una serie de volúmenes algunos de los cuales, como por ejemplo los Obreros del Occidente y la reforma social, no desmerecen nada ante los libros más modernos de sociología. El era enemigo de ideas preconcebidas y procede con una lealtad científica a toda prueba y saca la conclusión de que la condición esencial para que las sociedades humanas se constituyan, conserven su existencia y prosperen, es que acepten, reconozcan y se acomoden a una ley moral, o en otros términos que la conciencia regule y dirija la conducta de los hombres que formen dichas sociedades. Así hablándonos concretamente de las familias nos dice textualmente: *"Las familias que viven sumisas a Dios y por consiguiente a la ley moral, dictada por la conciencia y además consagradas al trabajo, permanecen estables en su situación de relativa comodidad y de frugalidad, constituyendo la verdadera base sólida de las naciones libres y prósperas"*. Y en otra parte nos dirá también: *"Nos enseña la historia que los pueblos*

que mejores ejemplos nos han dado de bienestar son aquellos cuya preocupación incesante ha sido la de dar satisfacción a las dos necesidades más esenciales del individuo, y que están consignadas en la plegaria habitual en los labios de todo cristiano, a saber: el conocimiento de la ley moral, sin el cual el hombre se vuelve inferior al bruto y a la posesión del pan cotidiano, cuya privación ha desencadenado siempre la discordia y el espíritu de rebelión. A satisfacer estas dos necesidades se reduce, hablando en rigor, el pavoroso problema que la sociedad debe resolver".

En efecto ni el individuo ni los pueblos pueden impedir su decadencia ni mantener su propiedad material sin la ley moral. Los pueblos sin conciencia caen siempre en una barbarie abyecta en la que desaparece el mismo orden y armonía que el instinto engendra en los irracionales, como dice en otra parte y tenemos testimonio evidente a la vista en los pueblos más adelantados de Europa como se ha visto en Alemania cuyas atrocidades no pueden menos de horrorizar a un espíritu un poco delicado.

Otro sabio cuyo nombre figura entre los enemigos más acérrimos de la Iglesia, Augusto Comte, siguiendo una evolución, que a no dudarlo le ha sorprendido a él tanto o más que a sus discípulos y adversarios, ha concluido por proclamar que *la sociología es inconcebible sin una moral y una religión, y por ensalzar el papel que en esto desempeña a la conciencia llega hasta el extremo de no reconocer en el hombre más que deberes de conciencia que cumplir.*

Taine, fundándose en otros principios distintos, llega a formular la necesidad social del cristianismo y afirma que todo problema humano en último resultado viene a reducirse a un problema de orden moral.

No es una coincidencia casual, sino impuesta por la lógica del razonamiento y por la experiencia de la vida. Por eso el problema, el más grave y urgente que tiene planteado la humanidad, es este del bien y del mal, el problema moral.

La moralidad

Amadísimos hermanos:

La condición indispensable para el feliz desenvolvimiento de los individuos y de los pueblos y hasta para su subsistencia es la moralidad, decíamos la última plática siguiendo el pensamiento de grandes pensadores que han consagrado su afán al estudio de este problema. *"Lo que sostiene el mundo de generación en generación y le impide caer en la barbarie, no son los progresos de las matemáticas o de la química, ni de la historia o de la erudición, sino las virtudes activas, el sacrificio del hombre en favor de sus semejantes y esa abnegación de sí mismo que el cristianismo ha convertido en ley que rija la conducta de sus buenos hijos"*. P.Pielot. *"Sin moral no hay sociedad posible y sin sociedad el hombre casi deja de ser tal"*, como decía nada menos que un materialista como Buchner. Así, *"la condición del progreso, de la estabilidad y de la misma existencia de la sociedad hay que buscarla en la conciencia, en la subordinación del hombre a la ley moral, no en preocuparse los placeres ni en seguir los instintos"*. Sin embargo lo que aleja al hombre del cristianismo, lo que provoca toda la aversión del hombre al cristianismo es precisamente su moral rígida, su moral contraria a los instintos. Muy pocos o nadie ha renunciado o ha repudiado al cristianismo por sus concepciones teológicas o dogmáticas sino por su código, por ese código cuya ley fundamental es la del sacrificio, la de la renuncia, la del vencimiento. Es en una palabra la cruz, símbolo de todo eso, lo que asusta y aleja del cristianismo a muchos y sin embargo sin la cruz no hay civilización, no hay convivencia, no hay paz. Queramos o no queramos es a su sombra y a su amparo donde encontraremos la única paz y el único orden posibles en este mundo.

Chesterton en una célebre obra *"La esfera y la Cruz"* nos presenta una escena muy clásica y nos enseña una moraleja muy interesante. Nos presenta en dicha escena al profesor Lucifer y al monje Miguel paseando por los cielos de Londres en un bajel aéreo. Lucifer al divisar la cruz que remata la catedral de San Pablo prorrumpe en blasfemias que sugieren al monje el recuerdo de otro hombre, como dice él, que conociera y que poseído de su manía contra la cruz, a la que consideraba como símbolo de la insensatez y barbarie, empezó por arrebatarla del cuello de su esposo, de sus habitaciones, salió a derribar las que había a la vera de los caminos, subió a una torre y la arrancó profiriendo horrendas blasfemias. Un día después de todas estas tareas al anoecer volvía a casa cansado hasta que de pronto se encuentra en una alameda y poseído por el demonio de la locura y sumido en un arrebato de delirio que transforma a sus ojos todo el mundo que le rodea, cree que la empalizada es una legión de cruzados que llevan las cruces y arremata furioso sin parar mientes a todo lo largo del camino y rompe las empalizadas hasta que llega a casa rendido, se sienta en una silla y en esto observa que bajo sus pies tiene también

en en la tarima la señal de la cruz, por lo que se levanta furioso y para hacer desaparecer prende fuego y lo quema hasta que él mismo se arroja a un río y se suicida.

¿Es verdad todo esto?, pregunta Lucifer.

No lo sé, repuso Miguel, pero lo cierto es que el que se empeña en huir de la cruz y acabar con la cruz no lo consigue, termina por hacer inhabitable todo el mundo y la vida insoportable. Qué verdad, es amadísimos fieles, qué verdad es que es vano pretender huir de la cruz, de eso que representa la cruz, pues no cabe duda que es una ley de la vida, una ley ineludible sopena de la propia destrucción y ruina la del sacrificio, la del esfuerzo, la del vencimiento, que como hemos dicho es la primera norma que nos impone la moralidad cristiana.

Es verdad que ha habido individuos y pueblos que han programado sin moral cristiana propiamente dicha, pero aun esos progresos, aun esos adelantos tienen en su base el reconocimiento de la sumisión del individuo, un fin superior a él, a un deber al cual ha de sacrificarse el placer. Aun en el caso de esos pueblos que no han conocido la moral cristiana, aun en el caso de esas personas que no han conocido la moral cristiana, el factor del progreso y superación es un factor moral, es un resorte moral. El que esa moral que ellos conocen y practican con éxito baste para mantenerlas, ya es otra cosa, ya es otra cuestión, pero desde luego, su caso no se puede aducir contra la afirmación que hemos hecho.

Nuestro pensamiento podríamos sintetizar al llegar a este punto con un hermoso texto de un gran escritor. *"Para conducir una multitud de seres libres, dice dicho escritor, a la consecución de un fin común, desempeñando cada uno el papel que le corresponde y en la medida que le sea propia; para asegurar a los débiles la parte que les toque, e imponer a los fuertes un freno que les contenga, es preciso echar mano a algo más fuerte que la fuerza bruta, es preciso formular derechos y deberes. El hombre sin derechos no es más que una bestia de carga; el hombre sin deberes queda reducido a una bestia de presa; y a no dudarlo, no es con bestias de carga y de presa con los que puede organizarse y constituirse una sociedad humana. La conciencia, ella sola es la que da a los derechos y a los deberes el valor que las corresponde. Sin ella unos y otros se desvanecen; porque los derechos no se distinguen de la fuerza bruta, y los deberes se confunde con la necesidad brutal. Sin ella no puede haber verdadero concierto entre voluntades libres, no puede existir la sociedad".* La ley de la vida, pag.105, Antonino Eymieu.

Primer mandamiento

Amadísimos hermanos:

Ya hemos advertido antes de hoy que el primer mandamiento es un mandamiento bastante agradable para la gente y si se quisiera deducir a través de los exámenes de conciencia que hacemos acerca del primer mandamiento cómo anda por el mundo su cumplimiento había que concluir que es un mandamiento que se cumple relativamente bien. Ya el segundo o el tercero son más difíciles, se cumplen menos. Pero el primero ... amar a Dios sobre todas las cosas ... quien va dejar incumplido ... a quien se le ocurre no amar a Dios, negar el amor a Dios.... nada que se cumple aunque por hacer un trabajo o un viaje se deje con la mayor naturalidad la misa, se cumple aun cuando con la mayor naturalidad se suelte un rosario de blasfemias ... se cumple aun cuando a uno no le importe nada por los demás ... Al menos nadie se acusa del primero. De donde se deduce que respecto del contenido del primer mandamiento existe una ignorancia supina. Por eso no debemos cansarnos de explicar el primer mandamiento para que la gente se haga cargo de los gravísimos deberes que mantiene.

Recapitulando un poco lo que hemos dicho, recordaremos que el primer deber es el de conocer la doctrina cristiana, las oraciones más corrientes pero debemos conocerlas con la amplitud que requiere nuestra cultura profana para ello debemos oír las explicaciones que se den en la Iglesia, debemos esforzarnos por leer algo, debemos interesarnos por dar satisfacción a las dudas que nacen en nuestro espíritu. Empezamos por desconocer este deber o la gravedad de este deber de conocer la religión, conocer a Dios y naturalmente no encontramos nada que acusarnos en lo más fundamental.

Sentir y practicar las ideas que hemos recibido, que hemos descubierto, he ahí el segundo deber. Hacer actas de fe, esperanza y caridad, que son los que propiamente elevan al hombre por encima de su naturaleza y le acercan a Dios. La fe hay que cultivar ... hay que preservar ... las malas lecturas, todas las cosas que entibian nuestra fe como también las malas amistades que afectan a este asunto ... son objeto del primer mandamiento ... Dudas de fe, comentarios acerca de asuntos de fe que están fuera de nuestra competencia ... Y cuánto se comentan estas cosas y muchas veces por no decir siempre sin ninguna competencia atribuyéndose cada uno a sus juicios un valor absoluto y definitivo ... Deseos, oración, falta de resignación en las adversidades de la vida, que la divina providencia nos envía ... La práctica de la oración como síntesis de todos estos deberes, la práctica de la oración a la que debemos consagrar parte de nuestro tiempo reservando para ello unos ratos. Si de todas nos excusamos de la práctica de la oración, a la mañana tenemos prisa, a la noche sueño y durante el día trabajo ... todo interesa más que Dios y el alma ... y así y todo somos capaces de pensar que amamos a Dios por encima de todas las cosas.

Todas estas cosas son cosas que están incluídas en el primer mandamiento, son cosas que encierra el catecismo bajo el anunciado que responde a la consabida pregunta de qué manda el primer mandamiento, que luego viene seguido de la otra pregunta de qué prohíbe. Antes de pasar adelante y para terminar la explicación de lo que manda el primer mandamiento, diremos dos palabras acerca del culto, y de la obligatoriedad de dar a Dios culto público.

Cuando Victor Hugo fué recibido como parte de Francia por Luis Felipe, aquél quiso alegar a este y la expresión que utilizó fué esta: "*Emperador, Dios os necesita*". A lo que repuso Luis Felipe rechazando la lisonja: "*Dios no tiene necesidad de nadie*". Ya lo dijo también un poeta: "*Y los simples mortales, vanos juguetes de la muerte son ante sus ojos como si no fueran*".

No es Dios quien tiene necesidad del homenaje de nuestras oraciones, de nuestra fe, de nuestros actos de religión o de culto. Todo eso no le añade propiamente ni un ápice a su felicidad y a su gloria. Pero somos nosotros las criaturas los que necesitamos de Dios, los que necesitamos de la oración, de la fe, de la religión, de la piedad, del culto para dar satisfacción a nuestra conciencia de criaturas y al mismo tiempo para poder llegar a vivir decentemente, como compete a una criatura de nuestra categoría, pues cuando no tenemos fe o cuando no tenemos temor de Dios, nos descomponemos, nos hundimos en la miseria más espontánea, rebajamos al nivel de los mismos brutos o algo menos todavía.

No vamos a decir que Dios necesita el incienso, que Dios necesita las precisiones, Dios necesita esas ceremonias que inspira la religión, ni eso ni mucho más ni mucho menos ... Dios no necesita nada. Es que sin que nos diga Victor Hugo nos lisonjemos a nosotros mismos figurándonos como si Dios nos necesitara ... es la satisfacción íntima y secreta que constantemente estamos dando a nuestro amor propio y soberbia ...

Hemos visto en las pláticas anteriores cuán justificada están los actos interiores de fe, esperanza y caridad, cuán justificado está ese culto interior de la oración en sus diversas formas porque siendo como somos criaturas dependemos de Dios y esa dependencia tiene su expresión y su reconocimiento natural en ese culto interior. Algunos que reconocen, muchos que no tienen inconveniente en reconocer la naturalidad, la justicia, ese culto interior, algunos o muchos de los que dicen que ello debe practicar el hombre no convienen en pensar de la misma forma del culto exterior. Al culto exterior, a cuanto constituye culto exterior llaman farsa o hipocresía. ¿Qué diremos a todo esto?.

En primer lugar que el culto exterior es sumamente natural. Los sentimientos, los afectos, las ideas en ningún orden llegar a su desarrollo normal si se impide su manifestación exterior. Y cuando más profundamente sienta esas ideas, esos afectos, esos pensamientos tanto más necesita que se exterioricen en imágenes, en gestos, en actitudes. Pretender que el hombre no manifieste sus actos de adoración, de amor de Dios, de gratitud a Dios, es exigir que el hombre proceda en los actos religiosos de distinta forma a como procede en todo lo demás. Que Dios no necesita para conocerlos, que Dios ya lo ves en su alma ... no cabe duda, pero hemos dicho antes que no es Dios quien necesita ese, sino es el hombre, su condición, su manera de ser la que demanda que para que sus sentimientos tengan todo el desarrollo y adquieran todo la plenitud les de rienda suelta y les desborde expresándolos en actos externos.

Además de natural es ello inevitable. Si hay verdadero culto interior, ... verdadera religión de espíritu, no puede impedir que brote ello al exterior. Cuando el hombre tienen afectos de cualquier orden en su corazón, si no es con gran violencia, no los contiene en su interior, sino que las manifiesta exteriormente, y ésto aun cuando esté solo y nadie le vea. Aun en lo humano, uno que ama a otro o siente hacia otro cualquier afecto lo manifiesta sin poderlo remediar. Lo violento, lo antinatural, lo difícil es contener sin manifestarlos al exterior. Los que a esto llaman farsa, es que ellos están representando en primer lugar la farsa, pues quieren aparecer

como religiosos, hombre muy hombres conformándose con lo interior, ponderando lo interior... y es que nada deben tener en el interior cuando nada tienen que pugne por exteriorizarse, por manifestarse ... ellos estén actuando como hipócritas, pues quieren pasar por cumplidores también de la religión y no tienen religión.

Por otra parte exige esa manifestación exterior la misma ley natural, Alma y cuerpo. Ayuda mucho al interior se extinguiría dentro ... es provechoso ... excita el amor a Dios... Dios manda ... todos los pueblos han practicado ...

Buscar a Dios

Amadísimos fieles:

Como recordábamos en la última plática el primer mandamiento de la ley de Dios está expresado en estas frases, en estas dos frases completas y significativas ambas: *"Yo soy el Señor Dios tuyo. No tendrás dioses extraños fuera de mí"*. Así lo esculpió Dios en las tablas de piedra que entregó a Moisés. Jesucristo se expresó en los mismos términos. La Iglesia lo ha sintetizado en otra frase igualmente expresiva. Amar a Dios sobre todas las cosas. Y este mandamiento juntamente con el de amar al prójimo es la síntesis de todo el código cristiano. Es la fuente de toda la vida cristiana. En su cumplimiento o incumplimiento se resume toda la vida moral del cristiano.

Sin embargo la inmensa mayoría tenemos la sensación de que este mandamiento no debe ser tan importante. Cuando menos parece el menos embarazoso ... el más fácil ... el menos comprometedor. Muy pocos tenemos conciencia de faltar contra el mismo ... ¿Acaso nos dan bastante quehacer el segundo ... el tercero ... mucho el sexto ...? ¿Qué revela todo esto?.

Todo esto revela, no que es fácil ni que realmente se cumple sino, que se ignora el contenido del mismo. Ignoramos el contenido del primer mandamiento y por eso no encontramos nada contra el mismo.

Yo soy el Señor tu Dios ... antes que esculpiera el Señor en piedra ya lo había esculpido en el corazón de los hombres. El eco de este imperio del Señor sigue resonando con todos los corazones de los hombres que vienen al mundo. No hay hombre que merezca ser considerado como hombre, no hay hombre que tenga una pizca de dignidad que no sienta allí en el fondo de su corazón un anhelo, una inquietud, una ansia que le está reclamando, que está pugnando para que el hombre reconozca a Dios. Esta inquietud que se encuentra en todo hombre, es lo que le indujo a Tertuliano a decir que todo hombre es religioso. Es este anhelo el que le saca al hombre fuera de sí y le proyecta en busca de Dios. Todos los hombres experimentan en sí aquel proceso que Hettinger atribuyera a San Agustín en aquella escena que describe a la orilla del mar cuando Agustín contempla a las criaturas todas ... el mar ... las estrellas ... el cielo ... los espíritus y pregunta a cada uno de ellos si son Dios y le contestan que debe buscarlo un poco más arriba que todas ellas ... En efecto cuando le encontró es cuando descansó su alma y su corazón.

He aquí el primer deber que nos impone el primer mandamiento ... el buscar y conocer a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia. Un análisis sincero de nosotros mismos nos descubre que somos contingentes, que somos pero de tal forma que pudiéramos haber dejado de existir sin que por ello nada se turbara ...

Pero para que esta búsqueda de Dios no quede en una simple inquietud y anhelo que al no tener objeto sobre el que versar se ahogue y se esfume, tienen que tener su expresión en el estudio y el conocimiento de Dios, de la Religión, de Jesucristo y de su Iglesia.

Y nosotros vivimos tan campantes con unos conocimientos tan elementales y tan rudimentarios ... aquéllos que nos colgaron el catecismo ... Cuántos incluso hemos llegado ya a olvidar lo poco que pudimos aprender entonces ... cuánto ignoramos hasta las mismas oraciones más corrientes.

No tendrás dioses extraños ... vaya si los tenemos ... son el deporte, son la política, son las diversiones, son los negocios ... son en fin todas y cada una de esas cosas que absorben nuestra vida y nos impiden que dediquemos un poco de atención a Dios, a estas cosas de fe, religión, a estos estudios ..

Servir a Dios

Amadísimos fieles:

Concluíamos el domingo pasado que el primer deber del primer mandamiento es conocer a Dios, conocer la Religión y conocer la Iglesia. Hoy vamos a dar un paso más en el análisis del contenido del primer mandamiento. Lógicamente, naturalmente, el segundo deber que se impone al hombre y al cristiano que reconoce a Dios y la revelación es la de servir a Dios. El segundo deber, contenido en el primer mandamiento, pudiéramos decir que es servir a Dios. Pero tengamos presente que hay que servir tal como quiere y dispone Dios mismo y no como nos place a nosotros.

Dice un escritor que una de las fatalidades de la humanidad moderna consistió y consiste en creer, o al menos, vivir como si la verdad dependiera de nosotros y no nosotros de la verdad. Es digna de consideración la observación y se explica que así ocurra después de tantas prédicas y tanta difusión de la filosofía subjetivista de estos dos siglos. Así hemos querido concebir el mundo y la vida, amoldándolos a nuestros gustos y a nuestros caprichos sin tratar de amoldarnos a las exigencias superiores e inconscientemente ha penetrado en nuestra mentalidad religiosa este mismo mal por cuanto no creemos tener el deber de indagar siquiera lo que debemos hacer. No es este el momento oportuno para que nos detengamos a explicar los fundamentos del dogma, los fundamentos de nuestra credibilidad. Dando por supuesto todo ello, diremos que hemos de servir a Dios ateniéndonos a lo que El ha dispuesto en cuanto a la forma que quiera que le sirvamos y a este propósito añadiremos que este nuestro servicio ha de tener su primera expresión en la sumisión de nuestra inteligencia a la prevelación, o sea, en el acercamiento de nuestra mente de todo lo que Dios ha revelado y enseñado. Prácticamente, concretamente, este servicio consiste en primer lugar en el cultivo y fomento de esa virtud que se llama teologal e infusa, que es la fe.

Al hablar de la fe hemos de recordar en primer lugar y hemos de recalcar que es un don, que es un regalo que Dios nos hace. Así nos enseña la teología, y así confirma la experiencia y los testimonios de todos los conversos. No se es creyente porque uno haya querido o haya buscado eso, sino porque Dios lo ha querido. Hay quienes desean vivamente esa fe y no lo poseen, hay quienes sienten su paso y tienen que soportarlo. A este propósito conviene tener en cuenta esta condición de la fe para que los que la poseemos veamos en ello un paso de bondad de nuestro Salvador hacia nosotros y lo agradezcamos debidamente. En este momento no puedo resistirme a la tentación de leeros una bellísima página de Paul Claudel, recientemente nombrado miembro de la Academia Francesa, *"esa institución de tanto prestigio universal, que educado en un ambiente indiferente un día de súbito se sintió creyente"*. No quisiera que en esta

página viéramos reflejado un caso particular sino el de todos los que han recibido el don de la fe en edad adulta, pues sus expresiones pueden servir para relatar lo que les ha pasado a tantos otros que han experimentado lo mismo. Los que vuelven a la Iglesia ... págn 161.

Ignorancia religiosa

Amadísimos fieles:

En la plástica del domingo pasado llegamos a la conclusión de que el primer deber contenido en el primer mandamiento, en el mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas, era el de conocerle dando satisfacción a ese anhelo íntimo, a esa indigencia íntima que proviene del reconocimiento de nuestra contingencia y limitación. Tenemos que conocer a Dios, conocer su revelación, conocer a la Iglesia, conocer los fundamentos de nuestra fe. No nos bastan esos conocimientos elementales y rudimentarios que poseemos de nuestra infancia, no nos bastan porque el desarrollo de nuestra inteligencia y el planteamiento de nuevos problemas demandan unos conocimientos más amplios. Por eso estos conocimientos religiosos que necesitamos poseer para cumplir con el primer deber del primer mandamiento, tienen que ser proporcionados a los conocimientos profanos que poseemos, tan suficientemente amplios como para dar a nuestro espíritu la satisfacción que necesita.

Uno de esos hombres que se han hecho célebres en nuestros tiempos, el famoso Beveridge cuya fama ha recorrido todo el mundo, nos habla de los cinco Gigantes del Mal a los que tienen que combatir la humanidad para salvarse a sí misma y salvar su civilización, fruto de tantos años y siglos de trabajo y esfuerzo. Estos cinco Gigantes del Mal por el mismo orden de importancia que los enumera él, son: La enfermedad que tantos estragos hace en el mundo y que tanto amarga la vida del hombre de por sí harto pesada. Hay que combatirla poniendo en juego una serie de recursos higiénicos y profiláticos: de seguro que no se conseguirá perpetuar la vida del hombre, pero sí que se puede conseguir hacer más llevadera para la humanidad. La miseria que tantos o más estragos que la misma enfermedad causa en la humanidad dándose el caso bochornoso -infamia al sentido común calificaba un político- de que se padezcan tales privaciones a pesar de haber abundancia de todo en la tierra. La ignorancia es el tercer gigante del mal, que aunque no lo parezca viene a ser verdadero gigante del mal por cuanto que a la misma hay que inculpar mucho del recelo e incomprensión que induce a los pueblos a odiarse y a luchar unos contra otros y, por otra parte, no cabe duda que la cultura es uno de los principales factores de la civilización ya que ésta va progresando en el ritmo en que se va generalizando aquélla y para que las conquistas de los pueblos y masas tengan efectividad hace falta que estos tengan cultura suficiente como para administrarse a sí mismos. Sin dicha cultura resultan vanas o efímeras dichas conquistas y no llegarán a la verdadera liberación o emancipación. Los otros dos gigantes del mal son la vivienda malsana y el paro forzoso. Pero no es mi propósito en este momento ocuparme de los males sociales para cuyo remedio la humanidad tiene que luchar victoriosamente contra estos cinco gigantes del mal. Si la ignorancia en el campo social

tiene categoría de gigante del mal y sin cultura resultan efímeras y hasta vanas las conquistas de las masas, de los pueblos, no es menos verdad que en el orden religioso la religiosidad que no se base en unos amplios conocimientos o en unas convicciones sólidas está también llamada a desaparecer, en el mundo de hoy resulta vana. La ignorancia religiosa es el único gigante del mal que está amenazando nuestra religiosidad. Y cuidado que esta ignorancia es hoy entre nosotros, los hombres, una plaga común. ¿Cuántos hombres podemos alardear de conocer siquiera la letra o el sentido de un simple y sencillo catecismo? ... ¿Cuántos estamos ignorando hasta lo más rudimentario y elemental de la religión? ... ¿Acaso puede concebirse que aquéllos conocimientos de nuestra infancia, conocimientos adquiridos con mucho esfuerzo pero supeditados a nuestra capacidad de entonces pueden bastarnos para vivir con ese *mínimum* de satisfacción que necesita nuestro espíritu?. ¿Puede uno prescindir de los conocimientos médicos, jurídicos? ... para cuando le hagan falta le basta acudir a un médico, a un abogado ... pero no puede prescindir de los conocimientos religiosos que los demanda el espíritu en todos los momentos, en todos los instantes. ¿Si vacilan las convicciones religiosas qué moralidad, qué decisión, qué impulso va a tener el hombre para acomodar su vida a los ideales religiosos?.

Remachemos una vez más: *"el primer deber del primer mandamiento es el de adquirir o poseer una cultura religiosa proporcionada a nuestros conocimientos profanos y suficientemente amplia como para que nuestro espíritu posea ese *mínimum* de satisfacción que anhela y necesita.*

Ignorancia religiosa

Amadísimos fieles:

Decíamos el domingo pasado que en el mundo religioso nuestro tropezamos con un gran Gigante del Mal que amenaza por su misma base toda nuestra religiosidad. Este gigante del mal es la ignorancia y tenemos que combatirla haciéndonos eco del primer deber del primer mandamiento de la ley de Dios que es conocer a Dios, conocer la Religión, conocer a la Iglesia de una forma que satisfaga nuestras inquietudes y sea adecuada a nuestra cultura profana.

Decía un escritor Francés, Anatole France, *"que el ignoran te es más funesto que el malvado, pues el necio es vitalicio y sin foros y el malvado algunas veces descansa."* Acaso esta, su opinión, sea discutible desde el punto de vista social, pero no me atrevería a decir que en lo referente a la vida religiosa resulta falsa o inexacta esta opinión. Del que llega a conocer la religión, aunque sea un malvado, se puede esperar que vuelva a abrazar la verdad, pero del que ignora no hay nada que esperar. Por eso la ignorancia debe resultarnos más perjudicial al primer combate que hemos de emprender para salvar la religiosidad.

Hace todavía pocas horas charlaba íntimamente con un hombre inquieto, sediento de verdad y de justicia, y escuchaba de sus labios esta frase: *"Las esencias renovadoras y revolucionarias del Evangelio no llegan hoy a nuestras almas."* Es verdad. Fácilmente y corrientemente estamos dando la sensación de que aquéllas esencias, las esencias que los cristianos de hoy encontramos en el Evangelio no pueden tener otra expresión que la de mera súplica o mera resignación. Por eso a los cristianos de hoy se nos ha podido caracterizar en la figura de un mendigo que solo sabe pedir o suplicar. Y muchas veces gente sensible a la verdad y a la justicia, personas con magníficas disposiciones de ánimo para entregarse a Cristo, se ha separado de nosotros, impasibles para todo, apostrofándonos y echándonos en cara que es preferible morir que vivir de rodillas. ¿Es que el Evangelio, mensaje de vida, no nos enseña nada más que vivir de rodillas, es que el Evangelio, el código perfecto de justicia y caridad no nos enseña nada más que vivir para el cielo sin que aquí en la tierra el reino de Dios, el reino de los cielos tenga ninguna proyección?

El Evangelio es un código, es una doctrina enseñada por Cristo mismo para los hombres, para que estos ya aquí en el mundo constituyan el reino visible de Cristo, reino de amor y caridad, reino de verdad y de justicia, que son los grandes valores que descubre a los ojos de todos los hombres, pero nosotros no conocemos esa doctrina, nosotros no conocemos ese código si no es a través de unas fórmulas sencillas y simples adecuadas para nuestras mentes infantiles, pero insuficientes para contener toda la verdad, todo lo que demanda nuestra mentalidad de hombres ya maduros, ya hechos. ¿Qué proyección va a tener aquella doctrina en nuestra vida práctica si

no la conocemos más que rudimentariamente, infantilmente?. ¿Es que hemos hecho algo para llegar a tener un conocimiento más completo, más apropiado, hemos hecho algo para penetrar nuestras almas de aquellas esencias puras, de aquellas doctrinas divinas?

Así se explica que la presencia de tantos cristianos coincida con la existencia y desarrollo de tantas formas paganas, de tantas instituciones de tan poco sabor o inspiración cristiana. Es que los cristianos sin más formación que la primaria y elemental de la catequesis hemos sido incapaces para inspirar las instituciones y las formas de vida que iban surgiendo a exigencias del progreso material y social. Algo de esto veía aquel humorista inglés que dijo en cierta ocasión *"que el diablo para inmunizar el mundo contra un ataque más virulento de cristianismo le había inyectado un cristianismo flojo y tibio."*

¿Cómo nos hemos de hacer con esas esencias del Evangelio, cómo nos hemos de hacer con esa formación capaz de proporcionar a nuestro espíritu la satisfacción que constantemente demanda?

Por de pronto sabemos que la primera misión, la misión principal que Dios encomendó a su iglesia fué la de transmitir el mismo Hijo de Dios. Ella es la encargada de transmitirnos fielmente esa doctrina. Para eso dispone ella de todos los medios aptos para dar a conocer la verdad revelada. Tiene organizadas las catequesis para los niños y hace falta que éstos acudan y los padres se preocupen de enviar a los niños, dispone de la predicación en las Iglesias y es necesario que asistamos a ella no bastándonos en realidad oír la misa, sino debiendo también de instruirnos siendo esta una de las cosas que tenemos que hacer para santificar las fiestas. Existe la predicación escrita, pero hace falta que ávidos de saber, leamos esos libros y esas publicaciones que tratan temas religiosos aun cuando su lectura no sea tan agradable y fácil como la de otros temas. ¿Qué hemos leído?. Gracias a Dios hoy existen publicaciones, libros adecuados para formarse en las cuestiones religiosas y morales y lo que hace falta es que tomemos interés por nuestra propia formación reconociendo humildemente que tenemos necesidad de la misma.

Ya que hemos hablado de libros quiero decir dos palabras sobre una de las faltas en que se incurre contra el primer mandamiento y concretamente contra este deber de formarnos. Es una idea difícil de desarraigar de muchas cabezas la de que se puede leer cualquier cosa. Claro ... discurren ellos y dicen: al fin y al cabo es la verdad el objeto de nuestra inteligencia, al fin y al cabo nuestra inteligencia no admite más que la verdad y de por sí se desentenderá de la mentira ... es verdad que nuestra inteligencia no presta de ordinario el error y la mentira siempre aparecen con algún reflejo de verdad, con algunos destellos de la verdad y esto puede motivar una adhesión indebida, y por otra parte, no hemos de concebir a la inteligencia humana al abrigo de las influencias y de hecho muchas veces inducen a la inteligencia a admitir y abrazar lo que no admitiera y abrazara en otra situación.

Un sabio español, Ramón y Cajal, solía decir *"que nada había que se asemejara tanto a una botica como una Biblioteca"*. En los estantes de la botica hay toda clase de remedios, toda clase de específicos, pero a nadie se le ocurre pensar que se puede uno servir indistintamente cualquier cosa. Lo que es remedio para uno puede ser veneno para otro. ¿Es malo?. No. Todo lo que se guarda allí se tiene para servir a la salud, pero no se sirve nada sino es con receta. Por eso la autoridad, celosa del bien común, ha puesto al frente de estos establecimientos personas de carrera, personas competentes y con garantías de acierto y seriedad y no se nos ocurre ir allí a buscar las cosas sino es con una receta expedida por un médico entendido y competente. La Iglesia no menos celosa del bien espiritual de sus hijos ha hecho algo parecido con los libros que tratan de temas religiosos o morales. No permite que se publiquen y se lean sin su censura, sin su juicio y además ha establecido un índice de libros prohibidos cuya lectura solamente se permite a quienes tienen autorización para ello, autorización que solamente concede cuando hay motivos y no se teme ningún perjuicio considerable, antes bien se trata de promover un bien.

Sepamos, pues, en cuanto a los libros que no todos son buenos ni todos son para todos ...

Amor: virtud teologal

Amadísimos fieles:

El domingo pasado hablamos algo de la virtud sobrenatural de la caridad. La tercera virtud teologal cuyo cultivo, cuyo desarrollo nos impone el primer mandamiento. ¿Qué es esta caridad?. Amor.

Amor a Dios y amor al prójimo. Pero este amor para que sea un amor sobrenatural, por consiguiente virtud teologal, hace falta que se nutra de lo que descubre la fe. El sentimiento de inclinación, respeto, admiración o gratitud que pudiéramos sentir a Dios como lo han sentido tantos poetas y tantos artistas al contemplar esta naturaleza que se abre a nuestra vista percibiendo en ella algunas huellas vagas e imprecisas de un ser superior que nunca llegará a ser amor a Dios, caridad, amor a Dios y caridad suficiente para santificarnos. Porque no es sobrenatural. En cambio, cuando en la misma naturaleza, contemplada a la luz de la fe se ve más claramente a Dios y sobre todo cuando se la contempla y la ve a Dios a través de todos esos rasgos, todas esas huellas de su presencia que nos descubre la fe ... esa fe que nos habla de un Dios que ha creado esta naturaleza para el hombre preocupándose de él mismo como se preocupa una madre para preparar una cunita muelle y cómoda, graciosa y alegre, cuando esa fe nos habla de Dios que no tenía nada que ganar ni perder propiamente con el hombre, por hacerle a éste partícipe de una gloria inmensa, desproporcionada, se hace semejante a El y sufre y padece por redimirle, cuando esa fe nos habla de este mismo Dios enamorado, incomprensiblemente enamorado del mismo toma la trascendental determinación de convivir con el hombre durante toda su vida ofreciéndosele a este en forma de comida y bebida en la Eucaristía, cuando a pesar de la razón que no comprende estos misterios a la luz y al impulso de la fe penetran en nuestros pechos estas ideas, entonces a no ser que seamos de piedra no podemos menos de entusiasmarnos no podemos menos de sentir no solo admiración y sobrecogimiento sino gratitud, afecto y amor a Dios ... y este amor que así brota es el acto de amor sobrenatural que estamos obligados a hacer de cuando en cuando y en el que consiste el ejercicio y la práctica de la caridad o amor a Dios.

La grandeza del hombre está en proporción con su amor, la medida del hombre es la medida de las cosas en que se transforma al unirse a ellas y amor no es otra cosa que esa asimilación a otra cosa o la asimilación de otra cosa en sí mismo. Unir dos cosas es volverlas una, cuando el hombre se une a una cosa se vuelve ella o ella se vuelve él. El hombre se embrutece si se vuelve una cosa inferior a sí mismo, si por ejemplo se deja absorber por la carne ... por el dinero ... por el mundo ... Moralmente, íntimamente el hombre vale lo que vale aquéllo que ama ... El hombre ha sido hecho por el amor y por eso se inclina tanto al amor ... decía Sta. Catalina.

Las virtudes sobrenaturales de fe, esperanza y caridad y sus actos correspondientes constituyen la médula de la verdadera y auténtica vida cristiana y por lo tanto en el orden actual de la providencia divina la única genuina vida religiosa. Nuestras obras, nuestra vida en tanto será meritoria en cuanto toda ella sea elevada, sea sobrenaturalizada por la presencia y acción de estas tres virtudes sobrenaturales, cuya primera semilla Dios nos infunde con las aguas bautismales y se desarrolla en la medida en que nos vamos ejercitando.

Aplicando a este orden de cosas un simil corriente de la vida o de naturaleza diríamos que estas tres virtudes vienen a ser así como el injerto que del rosal silvestre, del tallo y árbol de rosal silvestre que produce unas flores muy pobres, poco lucidas y sin arraigo con el solo hecho de que se corte aquél tallo para rematarlo con una pua de un buen rosal a partir de ese momento aunque el árbol se esté nutriendo de las mismas raíces y del mismo tronco, produce sin embargo unas flores hermosas, magníficas ...

La blasfemia

Amadísimos hermanos:

La blasfemia o las expresiones injuriosas para Dios, los santos o cosas sagradas como son la Iglesia, el copón, etc., hasta los gestos, signos o dibujos injuriosos contra Dios constituyen un gravísimo pecado, decíamos el domingo pasado, un pecado que no tiene excusa ni atenuante ya que por una parte se ofende directamente a Dios y por otra no le reporta al hombre ningún provecho, ninguna ventaja, ningún placer. Por eso la blasfemia es verdaderamente un pecado diabólico, que solamente los demonios podrían proferir, pero que no el hombre que nada gana y así se levanta contra el mismo Dios que le está dando y sosteniendo la vida. S. Jerónimo decía *"que era un pecado más grave que el robo y el homicidio"* y añadía *"que los demás pecados comparados al de la blasfemia parecían leves"*. Y San Agustín afirmaba lo mismo diciendo *"Que era un pecado mayor que el de lesa majestad"*.

Si es horrible en sí mismo se agrava si cabe hablar así su categoría por las circunstancias en que suele proferir el hombre, que de ordinario dice en voz alta y hasta jactanarse y casi siempre escandalizando a otros. En el Antiguo Testamento se castigaba la blasfemia con la muerte, el blasfemo solía ser ajusticiado apedreado por los demás conciudadanos y expresamente se hace constar este castigo para el blasfemo en el libro del Levítico, que contiene las principales leyes que debían regular la vida del pueblo escogido. En los códigos antiguos se castigaba la blasfemia con mucho rigor. Justiniano decía con razón: *¿Si castigamos las injurias hechas a los hombres, cómo vamos a dejar sin castigo las injurias contra Dios?*. Conformes con el Código Romano muchos códigos antiguos castigaban severamente las blasfemias y era frecuente en esos códigos el castigo de quemar con hierro candente la lengua o los labios o las frentes de los blasfemos. En el mismo código penal español hay un artículo que da pie para imponer al blasfemo el castigo del arresto de uno a diez días y la multa de 1 a 50 pesetas. Lo que pasa es que hoy los hombres aunque no soportemos con esa impasibilidad y apatía las injurias contra personas allegadas nuestras, pasamos por alto las injurias contra Dios que nos debieran de afectar más hondamente si cabe que aquéllas y debía de sanearse en el ambiente público de blasfemia que existe ... cuánto se blasfema en esos talleres, cuánto se blasfema en esas fundiciones, cuánto se blasfema en esas tabernas ... cuánto se blasfema aún en nuestro pueblo en medio de un pueblo que se dice y se tiene cristiano sin que nadie se ofenda de que se ofenda y se injurie de esa forma a nuestro Dios, a nuestro Señor. Jesucristo ... qué responsabilidad la nuestra ... y nadie se acusa de ello porque vamos perdiendo la conciencia de los pecados de comisión y de los de omisión, no queda ni rastro de conciencia ... Urge, pues, la lucha contra la blasfemia, urge esta cruzada para purificar el ambiente público ... que lo mismo que tenemos derecho a exigir que las alcantarillas no estén

abiertas expeliendo su mal olor y lo mismo que tenemos derecho a exigir que los demás guarden un mínimo de decencia en su indumentaria y vestidos y no se tolera, no se podría tolerar que cada uno ande como le da la gana ... de la misma forma tenemos también derecho a exigir que nadie hiera nuestra sensibilidad, nuestras convicciones de esa forma tan descarada. La autoridad tiene que cumplir su misión sancionando a los blasfemos.

Hemos hablado de la gravedad del pecado de blasfemia, pero tenemos también que advertir, para poder formar debidamente las conciencias, que no todo el que blasfema, siempre que blasfema peca mortalmente. Para que la blasfemia, lo mismo que otra cosa cualquiera, sea pecado mortal hace falta que reúna las dos condiciones esenciales de la advertencia y consentimiento. Repito hace falta que reúna estas dos condiciones necesarias para todo pecado mortal, advertencia y consentimiento. Por falta de alguna de estas dos cosas a veces ciertas blasfemias en ciertas bocas no son pecado mortal. Así por ejemplo, aquél que dice una blasfemia en un momento de ira sin advertencia hasta que lo ha dicho, no peca mortalmente a no ser que la ira fuese contra Dios. Sin embargo el que tiene costumbre de blasfemar y sabe que tiene esta costumbre y no hace nada por evitarla, ni tiene arrepentimiento propiamente dicho aún cuando blasfema no tenga advertencia, peca mortalmente, porque sabe que tiene costumbre y tiene advertencia habitual y consentimiento una vez que no pone empeño sería para evitarlo, Por otra parte el que habiendo tenido la costumbre y se ha arrepentido de la misma y pone medios para evitarla y profiera alguna blasfemia inadvertidamente, no peca mortalmente, porque este tal ya no tiene advertencia actual y tampoco habitual.

Los medios para quitar tienen que ser eficaces, no es bastante el buen deseo: hace falta que se respalde o se garantice con algo más. Métodos que suelen proponer los moralistas son por ejemplo imponerse a sí mismo un castigo corporal, como levantarse antes, dejar de tomar algo que agrada, imponerse una multa adecuada, no fumar ... y pronunciar otras palabras para desfondarse en momentos de ira.

La blasfemia es lo que prohíbe el segundo mandamiento. No hemos de pensar que el segundo mandamiento no abarca nada más. En cuanto es un mandamiento prohibitivo impide la blasfemia y en cuanto es positivo prescribe el respeto al nombre de Dios ... Respete al nombre de Dios es el voto y también el juramento, pues reciben su fuerza y su valor del hecho de que la promesa se haga a Dios y se aduzca a Dios como testigo de lo que se dice o se promete ...

Respeto humano

Amadísimos hermanos:

Decíamos el domingo pasado que el sentimiento más raro que puede experimentar un ser cualquiera es el menosprecio del bien y el respeto del mal. Avergonzarse de una cosa que se concibe buena para hacer otra que se considera como peor. No cabe duda que es el colmo de la hombría el respeto humano.

Un hombre que cede ante el respeto humano se humilla y se postra y se rebaja ante otro u otros a quienes por otra parte no los concibe como superiores a él. Nada revela hasta donde llega la verdadera personalidad de una persona como su propensión o su sumisión al respeto humano. Por fanfarrón que se haga carece del más leve perfil propio aquel que traiciona la voz de la conciencia o cede ante el qué dirán o qué pensarán de los demás. Un cristiano que claudique ante el respeto humano no es digno de este nombre que representa la gloriosa tradición y recuerdo de millares y millares de antepasados, que llevados a los tribunales y sometidos a la condición se sacrifica o muere, supieron dar la vida antes de traicionar su fe, antes de ser desleales a su conciencia ... Nuestro hombre que siente sobre sí la tentación del respeto humano se encuentra en el peor de los casos ante la alternativa de "sacrifica o me río de tí"... sacrifica o me río de tí que le dice un patán, que le dicen unos ignorantes, que le dicen unos anónimos, que le dice un fantasma que acaso se figura ... sacrifica ... renuncia a tu fe, renuncia al cumplimiento de una obligación ir a la procesión, ir a misa, oír un sermón ... sacrifica eso que piensas e íntimamente deseas porque de lo contrario me voy a reír de tí me voy a reír ... nada más que reír ... acaso como un bebe, acaso como un idiota, acaso como un malvado ... la cosa que me voy a reír ... Y por eso, para evitar una sonrisa, para evitar una burla, para evitar una ironía, para evitar una broma ... se deja todo, se deja de ir a la Iglesia, se huye de la procesión, no se reza ... v hasta se hace tarde de impiedad, se sigue la broma, se hace coro ... Respeto humano ... que es todo menos respeto y humano, o cosa digna que encaja en un hombre ...

Con ser el respeto humano un sentimiento raro hay sin embargo otra cosa que todavía se sobrepuja en inconsecuencia y hasta constituye un fenómeno no menos raro. Decía un autor que *"si un angel descendiera del cielo a la tierra, a la tierra cuyas noticias ignorara, no podría comprender que el hombre se avergonzara de servir a Dios"*; ¿pero qué diremos, cómo pensamos que podría comprender otra actitud todavía más sorprendente, otro fenómeno más insolente como es la blasfemia?.

Yo recuerdo haber leído hace mucho en una explicación de los mandamientos, en una hoja volante la siguiente frase: *"Los hombres blasfeman más que rezan ... los hombres blasfeman*

más que rezar ...". Me pareció una exageración, no creía que la blasfemia era un pecado tan corriente, tan propagado ... hasta me parecía un poco extraño que hubiera un mandamiento que casi exclusivamente prohibiera este pecado que me parecía que tenía que ser raro. En efecto hay otros pecados en los que el hombre saca alguna ventajilla como el que en vez de estar aburrido en misa se va a cazar ... o se aprovecha del prójimo ... los pecados de otros mandamientos tienen alguna explicación ... pero la blasfemia en boca de un creyente ... no tiene ninguna ... es más la blasfemia ni siquiera en boca de un incrédulo tiene razón de ser, pues si no cree que le deje en paz y cuando menos que no ofenda e hiera los sentimientos de los demás que es lo menos que puede hacer ... es lo menos que le puede exigir su conciencia humana ... es pues inexplicable la blasfemia y por tanto inexcusable tanto en el creyente como en el no creyente.

Todavía no hace mucho nos admirábamos todos de una noticia que traían los periódicos de un perro que decían que aprendía y hablaba como los hombres varios idiomas ... Ya Plutarco en la biografía de Marcelo nos habla de un toro que hablaba como los hombres ... son noticias que no pueden menos de provocar nuestra admiración ... pero si no fuera por el hecho de su frecuencia debía de admirarnos más el que haya, no perros y toros que hablen como hombres, sino hombres que son como perros y toros porque como ellos ladran y como ellos proceden a expensas del ímpetu y de la furia nada más ...

¿Qué necesidad hay de arremeter contra Dios porque nos sale mal una cosa o nos ofende otro señor?.

La blasfemia es un pecado gravísimo. Como tal aparece ya en la enunciación del segundo mandamiento en el Antiguo Testamento cuyo texto íntegro dice: *"No jurarás en vano el nombre de Dios tu señor porque no dejará el Señor sin castigo al que tomare en vano su nombre"*.

En el Nuevo Testamento se nos pondera la necesidad de santificar y respetar el nombre de Dios repetidas veces y entre ellas tenemos el Padre nuestro cuya primera petición es precisamente santificado sea tu nombre después de la invocación de Padre nuestro que estás en los cielos. No se trata del nombre, detrás del nombre está la persona de la cosa significada, que en este caso es Dios Supremo Criador de todas las cosas, de cuyas manos estamos recibiendo todos los bienes o todos los beneficios ... Nosotros que no toleramos que nadie maldiga el nombre de nuestra madre o de nuestra patria, nosotros que tenemos ese celo por las personas de nuestra familia o de nuestro recio ... ¿Por qué no hemos de temer tratándose de Dios...?

Naturaleza y obligación del voto

Para concluir la explicación del segundo mandamiento debemos decir dos palabras acerca de la naturaleza y obligación del voto religioso, que, como dijimos antes, es una forma, una manera de testimoniar nuestra veneración al sacratísimo nombre de Dios, ya que el voto en este caso no es otra cosa que *"una promesa deliberada hecha a Dios de una cosa mejor"*. Juramento, dijimos, es una invocación del nombre de Dios como testigo de una promesa, o de una afirmación. El voto es una promesa hecha a Dios. Es, pues, un propósito que se consolida, que se arraiga, que se afirma más desde el momento que se quiere asumir su obligatoriedad por el respeto y amor al nombre de Dios. No es sólo un propósito, es más que propósito una promesa que se hace, con el deseo expreso de que uno se vincule con una obligatoriedad que de sí no tiene el propósito.

Hecha a Dios, ya que aquí lo que se promete se le promete a Dios. Deliberada, con intención, advertencia y libertad. Como el voto es una promesa que se hace con ánimo de obligarse, como es una obligación nueva que nace de la propia voluntad, tiene que haber intención para ello. Donde no hay verdadera intención de obligarse con tal promesa no hay voto, no hay más que un voto fingido. Tiene que hacerse con advertencia de la obligación en que uno incurre. No es necesario que conozca al detalle todas las modalidades de la tal obligación, basta que conozca en sustancia y, por último, tiene que haber libertad, porque donde el hombre carece de libertad sus actos, hechos bajo la violencia, no son actos humanos. Así, si uno hace a Dios un voto por un miedo injustamente infundido, como sería por ejemplo el de la joven que entra religiosa y emite los votos por el miedo que le han inculcado los padres, esa profesión religiosa, esa emisión de los votos sería inválida y, por tanto, no le afecta su obligatoriedad. Otra cosa distinta sería que hiciera esos votos por el miedo que le ha producido una enfermedad o una desgracia, por un miedo que no ha sido deliberada e injustamente infundido, en cuyo caso dicha emisión sería válida.

De una cosa mejor ... Sería una injuria y una ofensa a Dios prometerle una cosa mala. Por eso el voto tiene que ser de una cosa buena y hecha con buena intención, ya que prometer a Dios una cosa buena con mal fin tampoco es lícito, como sería hacer el voto de ir en peregrinación para que muera otro o sufra un descalabro ... De una cosa buena y mejor que su contraria, pues también ofrecer a Dios una cosa buena que luego impide otra mejor no puede serle grato, no puede ser un honor. Así, oír misa un día de labor si que es cosa buena, pero para que en una ocasión determinada pueda ser materia lícita y buena para el voto conviene que sea mejor que su contraria el no oír pero sí impide otra mejor, como es el cumplir con la propia obligación, no es materia de voto. Por eso se dice de una cosa buena o mejor que su contraria ...

Hay diversas clases de votos: privados y públicos, según se haga de una forma privada o pública, o sea con la intervención de la Iglesia en la aceptación en nombre de Dios. Simple o solemne, según el valor que la Iglesia reconozca; de forma que son solemnes aquellos cuyos actos contrarios son inválidos y simples aquellos cuyos actos contrarios son ilícitos; temporal o perpetuo ...

Obligación ... el voto induce una obligación de cumplir por la virtud de la religión ... aquello que ha sido objeto de un voto debe cumplirse aun cuando no esté implícito en ningún mandamiento. De tal forma debe cumplirse que aun cuando no le afecte ningún mandamiento, aun cuando por un imposible se suprimieran los mandamientos determinados, uno en virtud de la promesa que ha hecho a Dios tiene sobre sí una obligatoriedad ineludible e inajenable. Obliga grave o levemente según la intención del votante, advirtiendo que en materia leve nunca puede obligar gravemente; ni con la intención propia. Y obliga a quien ha hecho no a los demás. Así el voto hecho por las autoridades obliga a las mismas y al pueblo y súbditos en tanto en cuanto deben sumisión a aquéllas, no en virtud del mismo voto. Los votos hechos por los antepasados deben cumplir los sucesores, no en virtud del voto sino del respeto, obediencia o acatamiento que deben a aquéllos ... ya que la misma costumbre es ley. Los herederos no tienen por qué cumplir los votos personales de los testadores y sí los reales en virtud de la justicia que done al testador y a quien él prometió alguna cosa.

Y con esto podemos pasar al tercer mandamiento, que en el catecismo reza diciendo "*santificarás las fiestas*" y que en la Biblia se encuentra expresamente consignado con estas palabras de: "*Acuérdate de santificar el día del Señor ... el día de descanso ...*", añadiendo que deben abstenerse de todo trabajo servil todos, amos y criados, hospederos y huéspedes. Hasta los animales. Veamos brevemente el sentido humano de esta disposición que, como he dicho, se encuentra consignada en la misma Biblia, cuya primera página revela el destino del hombre, destino de trabajo, ya que Dios crió al hombre para que trabajara y éste era su destino ya antes de cometer el pecado original. Se encuentra en las mismas páginas de la Biblia, que en otros lugares recomienda el trabajo tanto para huir de la ociosidad como para subvenir a las necesidades del hombre, no dejando de recomendarle como una virtud y una necesidad social cuando se dice también que "*el que no trabaja no debe comer ...*". No es, pues, este descanso una concesión que Dios hace a la holganza o pereza del hombre ... no puede ser, ya que tantas veces recomienda el trabajo, sino es el reconocimiento de una doble necesidad ... material, corporal y espiritual ... del cuerpo y del alma ... Necesidad corporal ... el hombre no es una máquina que no se cansa, aunque se desgasta ... el hombre es un ser que necesita rehacerse de las fatigas, necesita alegría, necesita humor ... el hombre es un ser espiritual que tiene que sustraerse al ajetreo o a la ocupación material para poder dar satisfacción a su espíritu.

Por eso, el hombre no solamente muere de hambre y cansancio físico, sino también de tedio y tristeza y falta de ilusión y alegría en la vida. ¡Cuán sabia y acertada es esta disposición que aun cuando sea positiva va en cuanto a la precisión y concreción del día es una exigencia natural, una exigencia que se encuentra en la misma naturaleza del hombre;.

En ambos sentidos, tanto como una exigencia material como espiritual, ha sido desconocido y combativo. En la furia del lucro no quiere reconocerlo como una exigencia material y la furia de placer y diversión impide que sea practicado como una exigencia espiritual. La revolución francesa quiso ya acabar con el domingo y decretó su supresión, pero ha sobrevivido como descanso ... como suspensión del trabajo. Otros tratan de que se suprima como exigencia espiritual y tratan de eliminarlo, prácticamente sobrecargando los domingos de juergas y diversiones que impiden al hombre concentrarse dentro de sí mismo ... No nos ve.

Juramento

Amadísimos hermanos:

El domingo pasado terminamos tratando del juramento de fidelidad. Dijimos que es indudable que la autoridad legítima puede exigir el juramento de fidelidad para afianzar más la sumisión y obediencia de los súbditos, pero que éstos solamente pueden emitir o prestar dicho juramento haciendo la salvedad implícita o expresa según las cosas de conveniencia o necesidad de evitar escándalos, sustrayendo a dicha obediencia las cosas en que la sumisión a la autoridad sea incompatible con otras leyes naturales, divinas positivas o eclesiásticas, en cuyo caso sería inmoral prestar juramento y estar obligado por el mismo a una cosa que no es lícita. De todas formas una vez que se ha prestado juramento de fidelidad el súbdito queda ligado a la autoridad y le debe obediencia y sumisión en todo lo que en sí mismo no sea ilícito o malo. No se puede decir que quede relegado de dicha obligatoriedad por haber algunas leyes que no son aceptables. Se debe obediencia en las que son aceptables.

No vamos a pasar esta ocasión sin hacer una breve alusión a los juramentos de los eclesiásticos que tantos comentarios suelen provocar en estos tiempos que es frecuente ver en los periódicos fotografías de obispos prestando juramento al Jefe de Estado.

Diremos que en principio los eclesiásticos incluyendo entre estos desde el último subdiácono hasta el Obispo no pueden prestar juramento, mejor dicho no les puede exigir juramento de fidelidad ni de ninguna clase la autoridad civil, pues los eclesiásticos en virtud del privilegio llamado de inmunidad están exentos de ello. En principio, pues no puede exigírseles ni incluso en juicios públicos, en los que necesitan permiso especial.

Pero es una costumbre extendida a todos los países que tienen concordatos con la Santa Sede la de que los eclesiásticos cuando ocupan ciertos cargos y reciben ciertas dignidades presten el juramento de fidelidad. Es un mal menor que la Iglesia tolera, que no hemos de pensar que viene a ser precisamente el ideal ya que si bien es expresión y testimonio de deferencia y hasta de adhesión es una costumbre que ha sido impuesta por el recelo de la autoridad civil hacia la eclesiástica, por el temor de aquella de que esta entorpezca sus propósitos.

En cuanto a la importancia, trascendencia o ligadura que supone dicho juramento es interesante conocer la fórmula. En torno a estas fórmulas no hay como quien dice gobierno o régimen que no haya mantenido su lucha por querer una cosa de su agrado y la Santa Sede ha tenido y sigue teniendo como norma no sacrificar nunca la libertad esencial de sus jerarcas por lo que es esta una cuestión en la que la importancia de dichos actos que tiene lugar con toda clase de gobierno y regímenes hay que medir estudiando la fórmula.

Por último al tratar del juramento creo conveniente decir algo de las declaraciones juradas. No hay duda que la autoridad puede exigir declaraciones juradas, declaraciones en las que el declarante se compromete a decir la verdad en virtud de su honradez natural y demás por respecto y veneración que debe al santo nombre de Dios. Pero la autoridad tampoco debe abusar de sus prerrogativas y tampoco del nombre de Dios. No debe proceder a empleo de estos medios mientras para el logro de sus fines tenga otros. Claro que a veces se le presenta el camino más fácil y llano y llueven declamaciones para todo que acaban por no ser más que papel mojado en la apreciación de la gente y como al fin y al cabo este juicio público general, determina el sentido de las expresiones y de las cosas la gente que hace las cosas bajo esa inspiración no toma ni tiene porque tomar las cosas con otro valor. Así pues descendiendo al terreno práctico diremos que las declaraciones juradas que tanto se estilan o no son verdaderas fórmulas de juramento o cuando menos en su empleo hay margen para el empleo de la restricción mental y por tanto en última instancia su sentido es distinto del que expresan las palabras contenidas.

Santificar las fiestas

En la última plática dijimos que el tercer mandamiento en su doble aspecto de negativo y positivo responde a una exigencia que está enclavada en las mismas entrañas del hombre, que al no ser una máquina que no se gasta, necesita reparar sus fuerzas y para ello le es necesario el descanso. Por otra parte tampoco vive de solo pan el hombre, el hombre que unas veces puede morir de miseria material, pero más veces sufre y muere por miseria espiritual o moral, por el hastío o el tedio y necesita atender a las necesidades y exigencias del alma mediante el recogimiento, la reflexión, la actividad interna para la que es necesario que a veces se sienta desembarazado de todo lo externo.

Cuando la acción proviene del instinto, el hombre obra y actúa como un bruto, nos advertía hace poco en una obra un célebre escritor de nuestros días y añadía *"es que la actividad del hombre que no reflexiona, que no se recoge, que no medita naturalmente proviene del instinto o de la pasión en cuyo caso aquél es un bárbaro y por tanto más o peor que un bruto"*. Es tan complicada ya nuestra civilización, es tan embarazada ya nuestra vida, son tantas las cosas que solicitan desde fuera la atención del hombre, que este necesita hacer un verdadero esfuerzo y ni aún así puede lograr adentrarse dentro de sí mismo. Una de las causas principales de nuestra decadencia, de esta progresiva deshumanización del hombre, de la pérdida de personalidad propia en beneficio de la volubilidad, ligereza, superficialidad, inestabilidad de la masa, es sin duda alguna de esta falta de concentración. La vida en tanto es auténtica en cuanto que cada uno piensa por su cuenta, tiene sus convicciones, sus opiniones, sus ideas y no vive al dictado de lo que otros dicen, hacen o piensan y se puede decir que donde no piensa, cada uno, no se recoge la gente no puede y no hay vida auténtica.

La institución del descanso dominical tiene como principal objeto el de sustraernos a las ocupaciones habituales que en este estado de civilización en que nos encontramos son cada vez más absorbentes y así permitir a nuestro espíritu que vuele detrás de sus anhelos y ansias y se desahogue y se vacíe en aquellos objetos espirituales que le nutren, que le dan firmeza y aliento. De lo contrario nos vamos a encontrar con hombres en quienes poco a poco se va extinguiendo el espíritu y se van atrofiando por falta de uso las facultades más nobles y desaparecen las apetencias y los anhelos sin los cuales el hombre fatalmente queda rebajado al grado y nivel de un bruto, de una bestia. Pero como se comprenderá siendo este el objeto del descanso dominical, este no llena su misión, no cumple su objeto si el hombre a pesar de suspender sus ocupaciones habituales por otra parte sigue solicitado y ajeno así mismo por su consagración a las actividades externas conformándose en el mejor de los casos con media hora de aburrimiento en la Iglesia y allí mismo mirando a las moscas o pensando en todo menos en sus problemas transcendentales.

Hay un refrán que dice *"no pasa el tiempo que en el templo se pasa, ni empobrece el dinero que en limosna se da"*. Yo quisiera saber cuantos cristianos hay que tengan la convicción de que no pasa en vano ni mucho menos, antes bien, es el tiempo mejor empleado el tiempo invertido en el templo, o sea en el recogimiento, en la oración, en el conocimiento de sí propio, en la investigación y análisis de motivos de actividad humana promoviendo de esta forma dentro de sí mismo sentimiento de nobleza, grandeza y de dignidad, sentimientos que de no fomentarlos cada uno dentro de sí mismo no los va a poder recibir de ninguna parte.

Recordamos la anécdota del aprendiz de brujo que aprendió el procedimiento para suscitar los espíritus, pero se olvidó de aprender la contraorden mediante la cual aquellos espíritus suscitados por él tuvieran que reintegrarse luego a su lugar dejando todo en paz y orden.

Algo de eso le ha pasado hoy a la humanidad que ha suscitado tantas cosas, dispone de tantos elementos y recursos, se ha ido tan adelante todo que ya el hombre en lugar de ser el objeto final de todo, la regla y norma de todo, viene a ser un juguete que ya no puede atenderse a sí mismo ...

El culto público

Amadísimos hermanos:

El culto público tiene enemigos, enemigos sistemáticos y enemigos accidentales. Hay gente que manifiesta su oposición a los actos externos de culto como son las procesiones, los congresos eucarísticos, en una palabra a todos aquellos actos religiosos que se celebran externamente con cierto despliegue de pompa y concurrencia y hasta a todas aquellas otras manifestaciones de los propios sentimientos religiosos como son el santiguarse al salir a la calle o descubrirse al pasar junto a una cruz o una iglesia, el arrodillarse al pasar el santísimo, etc., ... Antes de ocuparnos de esta clase de enemigos del culto público diremos dos palabras de la segunda clase de enemigos accidentales de los actos de culto público. Llamo enemigos accidentales a aquellos que repudian ciertas manifestaciones externas, no por principio sino por creer que están inspiradas por motivos no siempre confesables y acaso poco religiosos como pueden ser los políticos y de propaganda. Como se suele explotar todo no vamos a decir que no se haya y no se explote también ésto para fines partidistas y por tanto discutibles. En determinados momentos su éxito y esplendor puede servir por desgracia más que para alabar y dar gloria a Dios para consolidar o cuando menos para tratar de ratificar ideas y opiniones que, aunque sean buenas hacen en honor de Dios para otros fines bastardos es un sacrilegio como sabemos que es sacrilegio el utilizar los vasos sagrados para usos profanos y lo mismo que los vasos sagrados se utilizan para fines profanos los actos públicos de culto. Los que tal hacen son unos sacrílegos que no pueden tardar en recibir el castigo de su audacia y impiedad que se cubre de piedad. Sin embargo la participación de las autoridades en estos actos por por sí mismo no implica ni mucho menos su profanación. Los que son autoridades verdaderas o cuando menos ostenten dicho carácter deben participar en nombre de la sociedad que representan en dichos actos y por la simple participación no hay motivo para poder tildar dichos actos y maniobras políticas y por ello para poder excusarse de la asistencia o participación.

En estos casos en los que en efecto se da dicha profanación por los móviles que inducen a dichos alardes religiosos, diremos que no son censurables propiamente los alardes sino las intenciones de los que las explotan para fines bastardos.

Si dichos enemigos y si dicha adversión a los actos de culto público es excusable y hasta justificable desde cierto punto de vista, hay otra adversión y repudia que no tiene excusa ni justificación. La de los enemigos sistemáticos, la de los que rechazan los actos externos de culto y el culto público general diciendo que basta sentir allá en el fondo del corazón el amor a Dios, que todo lo ve y le basta. Dios no necesita para conocer nuestros sentimientos que nos arrodillemos o que nos descubramos o que vayamos en procesión y recemos en voz alta o que

cantemos. Dios no necesita de estas cosas y no cabe duda que tiene razón los que esto afirman, pues primero Dios ve en el fondo del corazón y segundo todas esas cosas externas en nada pueden aumentar su gloria divina. Entonces ¿a qué ese aparato y ese despliegue de fuerzas o cosas?

Sin embargo de eso no se puede concluir que todo eso está de más: ¿Verdad que Dios no necesita nada de eso, pero puede afirmarse acaso que no lo necesite el hombre?. Que no aumenta la gloria divina, pero ¿no es verdad que aumenta la intensidad de los actos religiosos humanos?. El culto externo es sumamente natural. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo y todo lo hace con el alma y el cuerpo: lo que siente dentro lo manifiesta de ordinario fuera y cuanto más profundamente sienta una cosa tanto más imperiosamente siente la necesidad de manifestarlo fuera. El impedir que el hombre no manifieste con gestos imágenes y otros procedimientos, sus sentimientos de gratitud a Dios, sus arrepentimientos, su adoración es mutilar sus sentimientos que adquieren su plenitud cuando se desboerdan exteriormente.

Por otra parte el culto externo es inevitable si hay verdadero culto interno por la naturaleza misma de los afectos y sentimientos que sin hacer violencia no los puede ocultar el hombre dentro. Aún cuando esté solo el hombre y nadie le vea lo manifiesta al exterior su afecto y sus sentimientos. El culto público y externo es natural y sumamente provechoso para que el culto interno adquiera la plenitud y madurez que le hace falta. Y por otra parte el externo ayuda mucho al culto interno, pues recogido y encerrado en el corazón el interno se extinguiría como una planta que no brota o un incendio que no tiene aire, como una fuente que se ciega, como un hombre que no tiene respiración y también excita los sentimientos internos el desbordamiento exterior de los mismos así como también las imágenes, las iglesias, los ornamentos, las acciones, las procesiones, los cantos. La mayor parte de los hombres si no fuera por esto nunca adorarían a Dios.

¿Que Dios no lo necesita?. Evidente, pero como acabamos de indicar es el hombre, es la naturaleza misma de los sentimientos y afectos, es la plenitud y madurez misma del culto interno lo que demanda el externo. Por otra parte el hombre es deudor a Dios y siempre como es deudor debe a Dios lo que ha recibido aun cuando no necesite Dios como entre nosotros la naturaleza misma de la justicia exige que se de al prójimo lo que se ha recibido de él o lo equivalente si es que no se ha recibido a título de algo que excuse de justicia. Pueda ser que aquél millonario o aquél prójimo de quien yo he recibido una cosa no la necesite para sí, pero ho le debo la cosa y algo equivalente como es la gratitud y lo mismo ocurre con Dios.

Por imperativos del primer mandamiento debemos a Dios el culto interno de los actos de fé, esperanza y caridad y también estamos obligados a concurrir a aquellos actos de público culto para mediante a ellos hacer que esa fé, esperanza y caridad adquieran toda su madurez y plenitud sin que les dejemos ahogar a extinguir en nuestros pechos por el respeto humano. El sentimiento más raro que pueda experimentar un ser cualquiera es el menosprecio del bien y el respeto del mal. Este sentimiento existe y ha recibido un nombre absurdo como la misma cosa, un nombre no expresa nada ... respeto humano. A un angel que viniera del cielo o a un extraño viajante que aterrizara en la tierra nada lo parecería tan sorprendente y extraño como el hecho de que haya hombres que creen en Dios, pero que se avergüenzan de Dios, se avergüenzan de ir en una procesión, de arrodillar al paso del santísimo, de santiguarse cuando hay que santiguar ... que se avergüencen precisamente los hombres, los que tantas veces alardean de valientes, que al fin y al cabo se avergonzaran algunas mujeres se explicaría ... pero los hombres.

Así se arrastran ante personas que por otra parte les merecen el desprecio, se arrastran ante personas a las que no se someterían por nada en otra forma. No soportaría que se les llamara cobardes, pero a todo paso se hacen los cobardes. Hemos oído hablar de la valentía de los primitivos cristianos a quienes se les llevaba a los tribunales y se les proponía ... sacrifica o

muere y sabemos que la inmensa mayoría de aquellos se dejaban matar pero no sacrificaban a los falsos dioses, preferían dar la vida ... y nuestro cristiano que se encuentra ante la alternativa de sacrifica o me río de tí ... que parece decir un fantasma que casi no existe ... sacrifica, renuncia a los que la conciencia le propone que debe hacer a fin de evitar la risa o la burla ...

Tomo II. Sermones
Libro 3º. Sermones 2ª parte

**Moral matrimonial. Matrimonio y familia.
Predicación: matrimonio y familia**

Índice

1. Misión del padre de familia. 12.10.1941
2. La familia. 12.11.1944
3. La familia. 26.11.1944
4. La familia, el matrimonio. 17.12.1944
5. Matrimonio y felicidad
6. Matrimonio y felicidad
7. Emancipación de la mujer
8. Los hijos
9. Deberes mutuos de los esposos
10. Sagrada Familia. 1951

Misión del padre de familia

Amadísimos Mondragonese:

No puedo ocultar mi satisfacción al ver reunidos esta noche en esta sala a vosotros, padres de familia, que sois por vuestra dignidad, por el mero hecho de ser padres, las primeras autoridades y las primeras dignidades después de las dignidades sobrenaturales. *"Vuestra dignidad, dice un ilustre escritor, mirada desde aquí abajo es superior a toda humana grandeza; mirada desde el cielo es la mayor participación de la dignidad de Dios, Padre y Creador de todas las cosas, pues el padre es, junto a Dios, creador de la obra maestra de Dios ... es después de Dios, causa primera, primera entre las causas segundas en la creación y, como tal, la paternidad la más alta dignidad después de la paternidad divina".* Verdad es que hay *"dignidades que la humana sociedad ciñe de mayor aureola y rodea de más encumbrado homenaje ... y colocados en el pináculo de la sociedad aparecen ante los pueblos revestidos con toda la dignidad de la común patria. Pero estas dignidades, con toda su grandeza, son en un punto inferiores a la dignidad paterna, como que proceden de relaciones meramente morales y, a veces, de mera convención; mientras que la relación de la que procede la dignidad paterna es una relación de naturaleza y de sustancia, engendrada por la transmisión de un ser en otro ser, para formarse en él una imagen sustancial de sí mismo".* La Familia, Nos. 361 y 363.

Para nosotros, que sabemos que las cosas no se valoran única o principalmente por el peso y por el número sino por la calidad, y las personas se catalogan por su dignidad, es esta vuestra asamblea de hoy -que no importa pase desapercibida- una asamblea respetabilísima y trascendentalísima. Respetabilísima porque, al fin y al cabo, la componen quienes poseen indiscutiblemente la primera dignidad humana, porque el padre en la familia es un rey por derecho natural. Así lo proclaman a voces la razón y la naturaleza: es soberano en toda la extensión de la palabra, y con una soberanía incuestionable por su origen, la más independiente por su objeto, porque dentro de la familia no hay más autoridad humana que el padre, la más terrible por su responsabilidad, pues no tiene más límites de sus prerrogativas que el abuso evidente de sí propio, ni más límites para su ejercicio que el respeto otorgado también al hombre-niño por el Soberano Señor del Hijo y del Padre, que es Dios. Y es trascendental por las consecuencias que de ella esperamos se seguirán. Consecuencias cuya trascendencia de momento puede pasar desapercibida, pero que no por ello merece ser despreciada, pues vuestras decisiones, cuando se refieren al bien espiritual y moral de vuestros hijos, pueden ser siempre trascendentales en orden al bien supremo de ellos.

Amadísimos padres de familia. muchas cosas podríamos ir diciendo acerca de vuestra dignidad y grandeza de padres. Vosotros que lo sois a veces lo experimentais. Pero convendría que sintierais sobre vuestras espaldas el peso abrumador que os impone vuestra dignidad;

convendría que pensarais en la dignidad vuestra, para poder después mirar de cara a la responsabilidad que os impone esa elevada dignidad, responsabilidad que no la debeis eludir nunca. Por desgracia, uno de los males más profundos que afligen hoy a la humanidad -la pérdida del principio de autoridad (aunque parezca absurdo, no es la autoridad sino la fuerza bruta la que reina en el mundo)- tiene su origen en esta claudicación de la autoridad paterna, de donde proviene luego, como muy bien dice nuestro llorado Cardenal Gomá, la claudicación universal del principio de autoridad, que es, son sus palabras, *"el mal más profundo y terrible de los pueblos modernos"*. La Familia, de Gomá, pág. 132, ed. 2. Del olvido o poca estima de esta dignidad propia se sigue luego la dejación o el descuido de ciertas obligaciones sagradas que el padre tiene respecto de los seres a los que ha dado la existencia y que San Pablo no vacila en compararla a la apostasía. Y sobre todo hoy que están en boga ciertas corrientes de opiniones y doctrinas que bien merecen llamarse herejías modernas (de las que otro más competente que yo os hablará esta tarde), es más que nunca necesario que los padres tengan conciencia de su dignidad y de su responsabilidad.

Es necesario que los padres tengan conciencia de su dignidad y de su responsabilidad para que *"no arraiguen entre nosotros, lo dice el Cardenal Goma en La Familia, pág. 151, las doctrinas del estatismo y del comunismo modernos, que llamarán a nuestra puerta para que entreguemos a los hijos de la familia como lo hicieron los legisladores de Esparta y que hicieron de ellos, no hombres completos, con responsabilidad integral ante Dios y ante los hombres, sino máquinas para defender el Estado, o esclavos para enriquecer a Cresos desconocidos, o rebaño de innominados, números de una suma, dispuestos siempre a sacrificarse en aras del Moloch moderno del estatismo o del comunismo más o menos disfrazado"* La Familia, pág. 134.

Nosotros, queridos padres de familia, os hemos querido reunir y os seguiremos reuniendo de cuando en cuando para secundar los deseos de nuestros Pontífices que, previendo el gran peligro de las teorías modernas, llaman la atención de los pastores de las almas para que formen a los padres recordándoles sus gravísimas obligaciones. Ya el año 1929 el Papa Pío XI, que seguía con atención todos los movimientos sociales y políticos y comprendía el alcance que pudieran tener ciertas novedades, sobre todo alarmado por el estatismo absorbente notado en casi todos los países en los últimos tiempos, estatismo que ha llevado a las naciones a olvidar los preceptos del mismo derecho natural cristiano, que recaba para la Iglesia y la familia, verdaderas madres del joven, el derecho primordial de educar y formar con prioridad absoluta al Estado escribió una encíclica en la que señala con claridad meridiana las directrices que deben seguirse en la educación y formación de los hijos y dirigiéndose a los Pastores de las almas les dice textualmente estas palabras: *"Conjuramos, pues, por las entrañas de Jesucristo, a los Pastores de almas, que empleen toda clase de medios, en las instrucciones y catequesis, de palabra y por escritos profusamente divulgados, a fin de recordar a los padres cristianos sus gravísimos deberes, y no tanto teórica o genéricamente cuanto prácticamente, y en particular cada uno de sus deberes en materia de educación religiosa, moral y civil de los hijos y de los métodos más convenientes para realizar eficazmente, además del ejemplo de su vida ..."* Y luego dirigiéndose a los padres mismos termina el párrafo con la siguiente recomendación: *"Atiendan, pues, los padres y con ellos todos los educadores, a usar rectamente de la autoridad que Dios les ha dado y de quien son en toda propiedad vicarios, no para su propio provecho, sino para la recta institución de los hijos en el santo y filial temor de Dios, principio de la sabiduría, en el cual solamente se apoya con solidez el respeto a la autoridad, sin la cual no puede subsistir ni orden, ni tranquilidad, ni bienestar alguno en la familia y en la sociedad"*. Direcciones Pontificias, P.Azpiazu, ed.5, pág. 338.

Como se deduce de todo esto, nosotros, los Pastores de almas, tenemos gravísima obligación de formaros y recordaros vuestras obligaciones y vuestros derechos y vosotros, como

padres de familia, estais en primer lugar obligados gravemente a tener conocimiento de vuestros deberes, para que los podais cumplir y de vuestros derechos, para que podais reclamarlos dado el caso. Nosotros como Pastores estamos obligados a proporcionar a las almas los medios de salvación; a nosotros como sacerdotes nos preocupan vuestros hijos y los tenemos que formar cristianamente. Vosotros, como padres de familia y, por tanto, como provisosores del bien tanto material como espiritual, estais obligados a crearles esa atmósfera pública necesaria para el ejercicio de las virtudes cristianas. Para ello teneis que tomar cuantas precauciones sean necesarias, siendo preciso que echeis mano de los medios lícitos que os capaciten para el desempeño de vuestra misión. Y precisamente a esto viene esta Asociación Católica de Padres de Familia, cuya finalidad es la formación de la conciencia de los padres en cuanto a sus deberes que trascienden el área del hogar dentro del cual se crían los hijos a quienes, sin embargo, hay que cuidar también fuera, proporcionándoles el ambiente que necesitan, ambiente que se crea intensificando la moral y la religiosidad no tan sólo de los hogares, sino también de la vida pública, en los diversos aspectos. Y segundo, pretende también esta Asociación la defensa de los derechos de los padres de familia en la educación de los hijos, según los postulados contenidos en las Encíclicas de los Papas. ¿Será esta Asociación una agrupación más creada por afán de novedad o de ostentación?. No, *"la actual desorganización de la mayor parte de la sociedad, os diré con Mercier (vida interior, pág. 246) exige medidas de protección. Las asociaciones de hombres así como las uniones de madres cristianas, las congregaciones de jóvenes y de doncellas, responden a una necesidad originada por el respeto humano, por la indiferencia o timidez de un gran número"*. Y añadiré que la defensa de vuestros derechos y, sobre todo, el cumplimiento de vuestros deberes de padres de familia hoy en día exigen que os agrupéis y que forméis un grupo social capaz de hacer oír su voz y de hacerse respetar. No se constituye, pues, esta Asociación por un afán de novedad, sino por la necesidad de formaros como padres de familia que tienen sus obligaciones peculiares y la necesidad, sobre todo, de poder cumplir en orden a la educación y formación de vuestros hijos con las obligaciones que os impone vuestra conciencia. El primer objeto de esta Asociación es, pues, el de vuestra formación en cuanto a vuestras obligaciones peculiares y específicas. Y esto lo conseguiremos Dios mediante por reuniones periódicas, en las que tendremos charlas sobre determinadas materias de interés para vosotros. Por ahora no podemos fijar los días que podremos tener esas charlas. Pero no es mi deseo en este momento haceros ver la necesidad de esa formación y la necesidad, por consiguiente, de esta Asociación en orden a vuestra formación. Al fin y al cabo la formación esa la podeis adquirir independientemente de esta Asociación. Lo que principalmente ha motivado las Asociaciones de hombres ha sido siempre la defensa propia, la defensa de los derechos propios y el cumplimiento más fácil de los deberes individuales y sociales. En tanto busca el hombre la compañía de otros en cuanto encuentra en ellos apoyo y alivio. No queremos decir que el hombre no sea de por sí social, sino que la sociedad siempre ha de responder a una necesidad íntima del hombre.

¿A qué necesidad vuestra ha de responder esta Asociación?.

Voy a responder brevemente a esta pregunta. Voy a haceros ver vuestra misión social como padres de familia.

Sabeis que la familia es el germen, el primer núcleo de toda sociedad; y la familia sois vosotros, padres de familia. Os diré con el Cardenal Gomá (pág. 163), *sois vosotros, vuestro complemento es la esposa, la expansión de vuestro ser son los hijos"*. Y porque la familia sois vosotros y la familia *"no es una entidad solitaria, ni siquiera aislada, se halla inserta a manera de célula en un organismo social, a cuya vida contribuye a la vez que de ella se beneficia"* (Mercier, Con. Cat. de la Vida pág. 265 del T.11), a vosotros no se os puede considerar en cuanto a vuestras obligaciones y a vuestros derechos aislados de esta sociedad en que vivimos. De este

vuestro entronque en la sociedad como reyes y soberanos de esa primera entidad social que es la familia os provienen una serie de obligaciones y derechos que vamos a estudiar aquí.

Antes os he recordado que sois reyes y soberanos en toda la extensión de la palabra; soberanos con una soberanía ilimitada dentro del marco del hogar. Pero sereis soberanos que traspasando el umbral de vuestra casa no teneis derecho a ostentar vuestra corona, soberanos que fuera de su casa no merecen ninguna consideración, soberanos que fuera del hogar se encuentran no solamente deshojados de su autoridad y dignidad -en país extraño-, sino sometidos del todo al régimen común y sin privilegio alguno. Por desgracia así parece ser y hoy prácticamente se prescinde de la organización social y no se le reconoce casi en ninguna legislación social al padre de familia la importancia que tiene y sus derechos no están sancionados como debieran. Las constituciones democráticas de los Estados conculcaban sus derechos al reconocer el mismo valor al sufragio de un padre de familia que, como hemos dicho, es un soberano por derecho propio en esa primera sociedad familiar y a otro individuo cualquiera por el mero hecho de ser individuo. Y no menos que las constituciones democráticas violan también los derechos del padre de familia las Constituciones de los Estados totalitarios, que se arrogan el derecho de educar y formar los hijos, independientemente del consentimiento del padre, a quien le compete este derecho.

Para nosotros, que hemos de ver las cosas siempre con criterio cristiano, vosotros sois soberanos absolutos dentro de la familia, pero además sois por derecho propio inalienable los legisladores y rectores natos de todo aquello que haga relación a la formación cultural y social de vuestros hijos y por el mero hecho de ser padres de familia teneis derecho a intervenir en todo aquello que afecte al ambiente y a la atmósfera que han de respirar vuestros hijos. Quiero decir que teneis una misión social importantísima que realizar hoy en día. Sois, pues, soberanos absolutos en casa y fuera de ella, en un régimen cristiano; debeis tener también garantizada la libertad de movimientos que requiere el desempeño de vuestra función educadora y formadora de los hijos, que son también vuestros y están sometidos a vuestra vigilancia y guarda en la calle y en la plaza, en el teatro y en el cine, pudiendo y debiendo por consiguiente intervenir vosotros también como soberanos en la calle y en la plaza, en el cine y en el teatro, o sea, podeis y debeis intervenir públicamente en defensa de vuestros derechos y en el cumplimiento de vuestros deberes en la vida social, sin más limitación que la que exige el bien espiritual y moral de vuestros hijos, que es el bien supremo a que deben aspirar en este mundo. La Asociación Católica de Padres de Familia no es más que el marco de esta vuestra actividad social.

Como veis, vuestra misión social es un corolario que se deduce de vuestra misma naturaleza. Pero por buena voluntad que tuviereis, hoy por hoy vuestros esfuerzos por el desempeño de esta función social, me refiero a vuestros esfuerzos aislados, los que pudierais hacer como individuos, serían inútiles. Sea por lo que fuere, pero vuestro esfuerzo individual hoy por hoy no rendiría; no lograreis hacer oír vuestra voz, o imponer vuestro criterio. Prácticamente lo estais comprobando cuando no lograis hacer oír vuestro consejo a vuestros mismos hijos. Ellos son muchas veces víctimas de la tiranía que ejerce la colectividad, el ambiente público. Cuando reprendeis a vuestros hijos, o a vuestras hijas, y ellos os contestan acaso con lágrimas en los ojos que cómo van a venir o van a dejar de ir ... sabed que vuestros hijos, o vuestras hijas, más que esclavos de la mala voluntad son víctimas del ambiente existente, del qué dirán, o qué pensarán ... y ellos son incapaces de transformar ese ambiente o esa atmósfera. Entonces sin ceder ... porque eso se repite una y otra vez y vuestros hijos o vuestras hijas lloran ... lo que debeis hacer es darles vuestra mano, prestarles vuestro concurso. ¿Cómo?. Cumpliendo con vuestra conciencia de padres, interviniendo como tales donde teneis derecho a intervenir: en modificar la hora del espectáculo nocturno que tiene lugar a altas horas, en imponer las sanciones necesarias para que la moralidad pública no sufra menoscabo, en una palabra, moralizando los

espectáculos y diversiones. No se moralizarán mientras la iniciativa y el control estén en manos de los empresarios interesados. A río revuelto ganancia de pescador. ... pero con cines, teatros, bailes, etc. que se dejan en manos de quienes no pueden tener más aspiración que el lucro, el mejor pescador es y será el demonio. Mientras vosotros no manejeis vuestra vara de mando más que en la cocina de vuestra casa, vuestro enemigo y el enemigo de vuestros hijos campeará a sus anchas en la calle, en la plaza, en los espectáculos. Tampoco le inquietará en gran manera el sermón del cura, porque o no va a la Iglesia o, si va, también sabe que sus peroratas para él son palos de ciego. No bastará tampoco la labor más íntima del confesonario, porque por buena disposición que tenga un joven, o una joven, esa disposición no le bastará para mantenerle llegada la ocasión, con todos los encantos y atractivos con que se reviste el mal.

Esto quiere decir que como padres no cumplís con la obligación que os incumbe como tales, con vuestra conciencia, mientras no os preocupéis directamente de moralizar los espectáculos, los bailes, los paseos; en una palabra, todas aquellas costumbres censurables. Y esto no es obra de la autoridad pública más que en cuanto es vuestro mandatario. Si la autoridad pública no lo cumple, o no lo puede cumplir -que muchas veces no lo puede- vosotros teneis que cumplir. Pero, como os he indicado antes, sois una arena perdida mientras no os asociéis y os unáis para hacer oír vuestra voz. Los intereses creados son muchos y de muchos órdenes y muchas veces esos intereses son inconciliables con las exigencias cristianas de las almas de vuestros hijos y de vuestras hijas. Frente a esos intereses creados que forman un bloque vosotros teneis que constituir otro bloque compacto y fuerte. Los padres agrupados constituyendo una especie de patriciado convencional para la tutela de sus familias y de la sociedad que integran tienen un poder social que está por sobre todo poder social. Para ello *"faltan, os diré con el Obispo de Tarazona en una hermosa exhortación dirigida a los padres, que se unan para que gocen, en el hecho de la vida social, del prestigio y fuerza que tienen por derecho natural"*. Si la comunidad de intereses se impone de tal forma que casi siempre termina por estrechar los lazos de los que tienen idénticos intereses uniéndolos en una sociedad, no cabe duda que estos intereses espirituales y morales de vuestros hijos, que están por encima de todos los otros intereses humanos -pues aquéllos son siempre eternos- vosotros, padres de familia, debeis uniros estrechamente, haciendo caso omiso de otros intereses y miras más mezquinas, como son las políticas y sociales. Padres que sabeis que vuestra suerte final está vinculada -no en absoluto, pero sí en gran parte- a la suerte de vuestros hijos, de manera que éstos, siendo prolongación de vuestro ser, han de participar y participan también espiritualmente de vosotros, siendo ellos lo que los hagais, debeis sobre todo procurarles, junto con la salud corporal, esa otra salud espiritual haciendo que adquieran los conocimientos religiosos necesarios y haciendo que cumplan con las exigencias de sus almas. Más o menos esto lo haceis todos, lo hacen cuando menos vuestras esposas. Pero queda otra cosa; teneis que garantizarles esa salud espiritual limpiando de microbios nocivos el ambiente publico. Para ello procurad que las diversiones tengan lugar a horas convenientes, los espectáculos públicos sean decentes; alejad de ellos a aquellos que conviene alejarlos. Tomad decisiones que podais cumplir y hacer cumplir todas a una. Desde este momento constituís el senado que en Mondragón ha de estudiar y solucionar estos problemas.

Y nada más. Aquí teneis vuestro Centro, que más que Centro debe ser vuestro cenáculo, como os decíamos en la invitación que os hacíamos. Cenáculo en el que, junto a un Tomás vacilante, no falte un Pedro ardoroso, que mantenga firmes a sus hermanos en la fe y en la lucha dura con la realidad y un Juan que vaya sembrando caridad y saturando a todos en el amor mutuo. Amor y hermandad que son la divisa de todo cristiano son aquí, en nuestro Centro, la fragua que purifique vuestros corazones, que no deben sentir más que en cristiano, como Cristo amando y sacrificándose unos por otros. Vuestra módica cuota servirá para atender a las

necesidades del Centro y para ir creando otras cosas que nos son necesarias. Aquí vais a tener vuestro cuartel general. Aquí nos reuniremos todos de cuando en cuando. Pero no vayais a creer que desde aquí vamos a solucionar todo. Yo os ruego que vengais a las reuniones generales y sabed que siempre han de estar estas puertas abiertas para vosotros.

Pero todo esto no debe servir para que sufra mengua la vida del hogar, la vida de familia. Hay virtudes que los hijos únicamente las pueden aprender en el hogar; ahí hay que forjar al hombre de mañana. *"No se habrá hecho obra social mientras no se cambie el medio ambiente en que vive el individuo, que es la familia, reintegrando a la sociedad los individuos pero marcándolos con las virtudes que sólo se aprenden en el hogar. No se puede alterar el orden de la naturaleza y Dios, autor de ella, ha querido que la familia fuese puente por donde los individuos entraran a formar parte de la sociedad"*.

Mondragón, 12 octubre 1941

La familia

Amadísimos fieles:

Fieles a las orientaciones de la Jerarquía eclesiástica, vamos a comenzar hoy unas pláticas sobre la familia, la vida familiar, el matrimonio, etc., que todos ellos son puntos sobre los que es necesario adoctrinar al pueblo cristiano, tanto por la ignorancia existente como por la misma importancia que tiene el tener ideas claras sobre ello. Respecto de este proceder, ahí tenemos en primer lugar el ejemplo de su Santidad el Papa Pío XII que, a pesar de sus múltiples ocupaciones, todas las semanas dedica un día a recibir a los recién casados y no solamente a recibirlos, sino que saca el tiempo para preparar esos magníficos discursos que a los mismos hace respecto de los diversos temas relativos a la familia y a la vida matrimonial; discursos llenos de doctrina y de sabias instrucciones, discursos, por otra parte, acabadísimos y preparadísimos, como podemos ver leyéndolos en esos volúmenes en los que se transcriben íntegramente. Es que el Papa comprende el gran alcance que tiene la vida de la familia para el porvenir de la humanidad, como veremos en algunos testimonios que aduciremos.

Aparte de ese ejemplo del Papa, pesa sobre nosotros la consigna general y la campaña acordada para este año por el Primado de España, que en su calidad de Presidente de la Dirección Central de Acción Católica establece para el año en curso y el próximo la restauración cristiana de la familia. Hoy se habla de la civilización en peligro y la civilización está en peligro porque está en crisis la familia que, según frase varias veces repetida de Pío XI, es la célula vital más perfecta y fecunda de la sociedad, de la que recibe la sociedad, la nación, su grandeza y potencia.

Cuando después de la última guerra europea los católicos quisieron establecer las bases comunes de su acción política y social y movidos por el deseo de concentrar sus esfuerzos trataron de expresar en unas fórmulas concretas sus aspiraciones y redactaron bajo la dirección del gran Cardenal Mercier esas sus aspiraciones en el llamado Código de Malinas, se decía refiriéndose a la familia que es la fuente de donde recibimos la vida, la primera escuela donde aprendemos a pensar y el primer templo en que aprendemos a orar, estableciendo como consigna de acción para todos los católicos de todo el mundo "combatir todo lo que la destruye y quebrante y alabar y estimular todo cuanto favorece su unidad, su estabilidad y su fecundidad". Y así, en ese mismo Código, se define que el salario justo es aquel con el que el hombre cubre sus necesidades propias e individuales y además las familiares y se reivindica el derecho del salario que sea suficiente para esas necesidades y además permita constituir al hombre un patrimonio con el que esté al cubierto de las contingencias adversas de la vida como son la enfermedad, la vejez, etc., además de atender a la educación de sus hijos. Claro que ese Código desgraciadamente lo han olvidado muchos católicos, en lugar de atenerse a él y seguir la ruta social que señalan sus postulados se han acogido a otros que no los podían aceptar los cristianos.

El Papa Pío XI repetidas veces y solemnemente llama la atención de los católicos respecto de la urgencia de salvar la vida familiar y así escribe una hermosa encíclica, Casti Connubi, que es la síntesis de lo que enseña la Iglesia respecto de la vida matrimonial y en sus encíclicas sociales levanta la voz valientemente contra esas injustas condiciones económicas que están deshaciendo la vida familiar, por la miseria en que se le obliga a desenvolverse. Tendremos ocasión de recorrer la doctrina de este gran Papa respecto de la familia. Y en el Pontífice actualmente reinante no hay discurso ni documento donde con dolor de Padre no aluda a esta crisis de la vida familiar. El es el que en su primera encíclica, que salió a la luz poco después de comenzada esta guerra, dice estas significativas palabras: *"El espíritu de la familia influye esencialmente en el espíritu de las nuevas generaciones. Mientras en el hogar doméstico brille la llama sagrada de la fe en Cristo y los padres moldean y plasman la vida de los hijos según esta fe, la juventud estará siempre dispuesta a reconocer las prerrogativas reales del Redentor y a oponerse a quien quiera desterrarle de la sociedad y profanar sacrílegamente sus derechos. Cuando se cierran las iglesias, cuando se quita de las escuelas el crucifijo, queda la familia como el refugio providencial, y en cierto sentido inatacable, de la vida cristiana"*. Y consciente el Papa de esta importancia trascendental para el porvenir de la humanidad, diríase que establece en torno a la familia el campo de lucha y para la defensa de sus intereses señala el programa de acción política y social a los cristianos en aquel solemne discurso que hizo a los veinte mil obreros italianos el 13 de junio de 1943 cuando dice que la justicia social, por la que debemos propugnar y cuyo reinado ha de presidir esta nueva era que hemos de comenzar exige una suficiencia de bienes que satisfaga las necesidades individuales y familiares, exige asimismo una habitación digna de personas humanas, ya que la independencia y la intimidad son el allá y el corazón de la familia, posibilidades de instrucción de sus hijos y previsión social] contra la enfermedad, vejez, accidentes y paro. La familia, esta primera institución social, que perfila la vida de la sociedad, hemos de defenderla de esta forma. Salvar a la familia es sacar adelante ese programa.

Pero en el aprecio de esta necesidad urgente de salvar la vida familiar convienen con la Iglesia todos los hombres que percatados de esta decadencia de la humanidad tienen interés en salvar esta crisis actual. Por no citar otros, vamos a referirnos a uno cuyo nombre nada en las páginas de los periódicos durante estos días. Me refiero a Alexis Carrel, que ha estipulado las observaciones suyas y las conclusiones de sus muchos años de investigación en ese libro titulado "La incógnita del hombre", traducido a todos los idiomas y vendido a millones; ese hombre de Ciencia, premio Nobel de Medicina el año 1912 y director de una asociación universal en organización para el porvenir de la humanidad. Ese hombre levanta la voz contra este progreso material que todo lo ha hecho sin tener en cuenta las necesidades verdaderas del hombre; levanta la voz contra la progresiva proletarización de la humanidad, que es el baldón de nuestro siglo ... proletarización y estandarización que acaba con el hombre, porque acaba con la familia, que es la auténtica oficina de la vida, que es la fuente fecunda donde se llena el cauce de esa corriente vital, que es al mismo tiempo la forja de los verdaderos valores humanos, la escuela insustituible de formación, por cuanto que como muy gráficamente dice él, ciertas virtudes indispensables para la convivencia humana no se forman más que en el seno de la familia y lo mismo que los perros educados en perreras se desarrollan peor que los que corretean detrás de sus padres, de la misma forma el hombre no se desarrolla equilibradamente más que en la familia, junto a su madre que observa sus inclinaciones y su padre, que con mano fuerte y amorosa puede ahogar sus defectos.

Mondragón, 12 noviembre 1944.

La familia

Amadísimos fieles:

Siguiendo las normas establecidas para la consigna de acción de la presente temporada por la Jerarquía eclesiástica, expusimos en la última plática algunos de los textos pontificios en los que ponderan la importancia de la familia en la vida moral y social de los Pueblos. Según las enseñanzas de la fisiología, la gran lucha entre la vida y la muerte se resuelve en los estrechos límites de cada una de las células de que consta el organismo humano y en la misma forma la alternativa de la civilización o de la barbarie se juega también en torno a esta pequeña institución social que llamamos familia. La suerte que corra ella es la suerte de la humanidad misma, porque donde y cuando la familia se descompone no tarda en sobrevenir la descomposición, la ruina y la muerte de aquella sociedad o de aquella civilización. Ya escuchábamos al Papa actualmente reinante cuando decía que es la familia, esta institución natural, el refugio en algún sentido inatacable donde encuentran defensa y cobijo los grandes valores de la humanidad y donde se forjan también las grandes virtudes. Es ella la primera escuela donde aprendemos a pensar y el primer templo donde se nos enseña a orar. Es ella algo tan sagrado y tan intangible que debemos salvarla de todos los peligros a costa de cualquier sacrificio. Por último escuchábamos el llamamiento que hacen a la humanidad para salvar de su ruina a esta unidad social otros hombres de ciencia, otros hombres de prestigio que se sienten alarmados por el peligro de muerte que se cierne sobre nuestra civilización precisamente por la descomposición de la familia, que como dirán otros es también la oficina, única y legítima y eficaz de la vida humana en el mundo. La vida del hombre es efímera, pero Dios ha querido que llenara en la historia siglos, tal vez siglos de siglos. Para ello, aunque le haya dado una vida corta, le ha dorado de un instinto de perpetuación, el más fuerte y vehemente después del instinto de conservación, para sacar de la pobre cantera de su vida otra vida humana, efímera también, pero que sentirá asimismo los hondos estímulos que le obligaran a sacar de su misma individualidad otras vidas iguales que vayan a aumentar esa riada de vida humana que llena la tierra.

El hombre llevado por este instinto que Dios ha puesto en sus entrañas dejará a su padre y a su madre y se juntará a su mujer y serán dos en una carne. El hombre encuentra en la mujer su complemento, rompe con las ataduras de sus progenitores y se vuelve progenitor. La familia que así brota es al mismo tiempo la que encauza este instinto del hombre y le da toda la plenitud de su eficacia: por ello es el baluarte donde se defiende la vida humana. ¿Por qué la vida humana no puede brotar de otra fuente que no sea la familia?. Porque Dios no lo quiso. Ved esos hombres, que corren empujados por el frenesí del instinto procreador, en busca de efímeros y multiplicados amores; decid qué caudal de vida aportan a la gran corriente de la vida.

Ninguno. Son como las nubes de que nos habla el apóstol, que pasan empujadas por el viento sin regar la tierra; nubes sin agua, árboles de otoño que no dan fruto, árboles dos veces muertos, para sí y para las futuras generaciones y que no echarán en la tierra las raíces de la posteridad. La familia y solamente la familia es el gran reservatorio de la vida humana.

Pero no es sólo eso. La vida humana difiere de toda otra vida orgánica en esta tierra que habitamos. El hombre no nace bueno, pese a las utopías roussonianas, sino profundamente alterado en sus mismos principios constitutivos de su ser moral. Nace ignorante y con tendencia al mal. Este pequeño niño que acaba de nacer lleva el germen de aquellos antagonismos tremendos entre el espíritu y la carne de que nos habla San Pablo. Es este fenómeno único en la escala de los seres vivos. Todo ser tiene un fin y una tendencia que le lleva a él. Siguiendo el cauce señalado o impuesto por el instinto llegan a su fin, llegan a su pleno desarrollo en todos los órdenes. No necesitan nada más. En cambio el hombre, sin la educación de sus facultades intelectuales y morales, no puede llegar por sus fuerzas a lo que llamamos hombre. Tendrá todos los constitutivos esenciales de su naturaleza, pero no hablará, no sabrá lo que es el bien y el mal. No será apto para la sociedad y si Dios no le hace una merced extraordinaria no llegará a su fin. La educación le es indispensable y la educación es función de la familia. Así, ella, además de ser la oficina de la vida, es también el taller de donde debe salir esta obra, más pasmosa que las de todos los genios, que llamamos un hombre perfecto.

Destruyendo la familia no solamente secamos en su misma fuente la corriente de vida humana, sino que aun cuando siguiera lleno el cauce de vida ya no serían hombres los que llenaran la faz de la tierra, serían monstruos. Esos infelices hombres arrancados prematuramente al seno de la familia, fácil presa de toda concupiscencia, instrumentos de los ajenos orígenes, terribles meteoros capaces de llevar la destrucción a la sociedad que los soporta, son el indicio de lo que serían los hombres el día que la función educadora de la familia desapareciera.

Efectivamente, la historia nos enseña, como hemos dicho antes, que ningún pueblo ni ninguna civilización, ni ningún imperio ha sido capaz de sobrevivir a la ruina de la familia. Roma sucumbió cuando se arruinó la vida de la familia. En cambio hay un pueblo en la historia, un pueblo que ha sobrevivido a todas las catástrofes, a todas las desgracias ... que fueron ya muchas en su vida ... el pueblo hebreo, el pueblo israelita y parte de la explicación de ese pueblo con su espíritu, con su idiosincrasia, está en el arraigo de la vida familiar, que con no llegar nunca a la perfección a que llegó ésta cuando Cristo transformó el contrato en Sacramento, sin embargo se ha mantenido gracias al recuerdo del pueblo hebreo de la providencia que Dios ha tenido por esta institución cuando Dios mismo venga el primer crimen contra la familia, la matanza de Abel por un hermano, cuando Dios mismo salva a la humanidad por medio de una familia, la familia de Noé y castiga el crimen de Cam contra su padre, etc.

La familia además de ser oficina de vida, además de ser el taller donde se plasman las mejores obras, es el vehículo de la tradición, es el lazo de unión de lo pasado con el porvenir. Es ella la que da estabilidad a la humanidad; por ella, además de transmitir las tradiciones de los mayores, las dota de tales afectos y de tales sentimientos que el hombre siempre los tiene que recordar con agrado y se siente llevado por ellos.

¿Y se encuentra en peligro?. ¿Qué peligros y qué amenazas son esas?. ¿Serán acaso maquinaciones e intrigas de esos hombres de revolución?.

Mondragón, 26 noviembre 1944

La familia. El matrimonio

Amadísimos fieles:

La piedra angular sobre la que debe sostenerse la familia, es más, el corazón del que debe recibir su vida la familia es el matrimonio. La solidez de esa vida familiar de la que tanto depende el porvenir de la humanidad, la solidez de la vida familiar que tiene tanta repercusión en la vida social, la solidez de esa vida familiar a la que hemos considerado como un refugio inatacable, una fortaleza inexpugnable donde pueden resistir y pueden conservarse siempre los valores de la humanidad, depende del florecimiento del matrimonio. Restauremos la vida familiar aceptando en primer lugar el matrimonio tal como lo quiso Dios y tal como lo restauró Cristo.

¿Y qué es matrimonio en la mente de Dios y en la mente de Cristo, cuál es el fin que le asigna, cuáles son las leyes a las que somete?. He aquí las preguntas a las que hemos de contestar para formarnos una idea exacta de lo que es el matrimonio. Sería interesantísima una encuesta sobre el matrimonio. Si a cada uno de los hombres y a cada una de las mujeres se le preguntara y se le indujera a que expresara con sinceridad y verdad lo que piensa del matrimonio, lo que debe representar el matrimonio en la vida propia, seguramente nos encontraríamos con que un tanto por ciento muy reducido de personas son las que tienen verdadero concepto de lo que es y de lo que debe ser el matrimonio.

El principio fundamental que tenemos que tener presente para poder iniciar la exposición del concepto cristiano del matrimonio es que nosotros pertenecemos a una humanidad creada en el Paraíso, caída por el pecado, rescatada por el sacrificio de Dios hecho hombre, que obra bajo la acción de la gracia, ya también bajo la acción del demonio, habiendo experimentado la emoción de los milagros y precedida en su marcha por el esplendor de las profecías de Jesucristo, que anuncian como término de nuestra vida y como término y consumación de la vida en general la Jerusalén celestial. Esto hemos de suponer, de esta base hemos de partir. Este principio nos recuerda que el hombre es un Ser al que Dios ha creado para ser feliz, pero que ha dejado de serlo por el pecado en que ha incurrido viéndose obligado a una penosa peregrinación y a una lucha tenacísima consigo mismo; el hombre es un ser que abusando de la libertad se ha apartado de la senda que Dios le había trazado, frustrando los designios que Dios había concebido sobre él y que ahora paga muy caro ese desvío porque se ve obligado a soportar esa lucha tan dura. Por eso el hombre no puede abandonarse al impulso de sus pasiones desatadas para hallar su fin, por eso el hombre no puede guiarse como los seres inferiores por el instinto, por muy vehemente que sea éste, sino debe guiarse por la razón y por la ley que Dios le ha dado.

El matrimonio, unión estable del hombre y de la mujer, no es una forma accidental de relaciones entre los sexos, una institución nacida de las decisiones arbitrarias e individuales o

impuesta por la sociedad a los individuos bajo la presión de ciertos acontecimientos y ciertas circunstancias históricas, sino que es una institución natural, exigida por la naturaleza racional y el bien de la estirpe humana. Dios mismo lo instituyó en los orígenes de la humanidad. Jesucristo lo restauró restituyéndolo a la pureza primitiva y elevándolo a la dignidad de Sacramento.

Esta es la afirmación fundamental y elemental. El matrimonio es una institución, es un algo que tiene sus leyes, su finalidad, sus propiedades. El matrimonio es una institución y en este sentido es un algo como por ejemplo la sociedad en alguna de sus categorías: municipal, estado, o un algo como el estado religioso que tiene su finalidad, sus leyes, sus propiedades, un algo cuya hechura, cuya naturaleza, cuya vida, es independiente de la voluntad de uno. No es, pues, una simple forma de relacionarse con distinto sexo, no es tampoco simple contrato, simple compromiso; ese contrato en el que los contrayentes se donan mutuamente sus cuerpos los constituye en ese estado, teniendo que aceptar las leyes y las normas que independiente y anteriormente a su voluntad estaba constituido. El hombre y la mujer eligen el matrimonio o el vivir en celibato, pero no pueden, por una parte, elegir el matrimonio y ponerse de acuerdo para cambiar la naturaleza y propiedades del mismo igual que un novicio no puede emitir la profesión religiosa sin abrazar los tres votos que constituyen la esencia de esa vida religiosa ... no es profesión religiosa ... no es nada aquel acto por el que uno pretendiera considerarse religioso por una parte y por otra tenerse libre de esas ataduras que constituyen su naturaleza. ¿Qué es el matrimonio?. ¿Un contrato por el que se donan, se dan mutuamente, el derecho y la posesión de los cuerpos los contrayentes?. No. Hemos dicho que es una institución ... y vamos a añadir algo más. Es una institución natural ... es una institución cuya naturaleza y cuyas características están determinadas por la misma naturaleza... una institución que podía estar determinada por leyes positivas, por leyes emanadas de otros hombres, que las podían haber dado en nombre de la sociedad y aun en este caso sería una institución de tales características que el hombre no podrá variarlo o entenderlo a su antojo ... pero decimos que es una institución natural. Contemplemos la naturaleza del hombre y de la mujer. Tanto uno como otro son fisiológicamente dos principios incompletos de la vida; que al tender a unirse se convierten en un principio completo y fecundo.

En la naturaleza encontramos, pues, en primer lugar una facultad de engendrar la vida en un impulso vehemente de saciarla que le lleva al hombre a unirse a la mujer. Pero esta unión que sacia a la naturaleza, que agota a la naturaleza, no es una unión simplemente fisiológica, sino es una unión más profunda, una unión efectiva, una unión de almas. Y en realidad la única unión que perfecciona al hombre en todos los órdenes de esta unión de cuerpo y de almas; el hombre se perfecciona a sí mismo en las cualidades de la mujer, que es la que le proporciona ese ambiente capaz de soportar la vida con su ternura, con su bondad, con su fidelidad. ¿Ese hombre podrá ya desentenderse de aquella a la que ha amado y de aquella a la que se ha unido por el mismo impulso de la naturaleza?. Si no es más que un bruto, un animal, si en él no hay más guía que la pasión o el instinto ciego, acaso podría; pero hemos dicho que existe la razón, esa razón, esa luz capaz de prever todo y obligada a proveer lo que ha visto. El hombre y la mujer que han llegado a ser principio de vida saben que esa vida hay que conservarla, que esa vida hay que cultivarla. Por eso, para que constituyan un principio suficiente de esa vida tienen que poner a contribución sus fuerzas individuales, han de ser y han de acabar en una generación completa; la acción creadora es transitoria, pero el fruto es permanente y a ese fruto permanente solamente pueden atenderlo ambos unidos. Esta es la ley de la naturaleza; esta es la ley fundamental y por la que se ha de regir esa institución que llamamos matrimonio.

Por eso decía Pío XI muy bien en aquella su hermosa encíclica sobre el matrimonio cristiano. *"El matrimonio no fué instituido ni restaurado por obra de los hombres, sino por obra divina. No recibió sus leyes, su elevación, su confirmación de los hombres, sino del mismo Dios, autor de la naturaleza y de su restaurador Jesucristo. Estas leyes, por consiguiente, no pueden*

estar sujetas al arbitrio de ningún hombre, ni siquiera a un pacto contrario de los mismos cónyuges”.

Mondragón, 17 diciembre 1944

Matrimonio y felicidad

Amadísimos fieles:

Cuando Jesucristo Nuestro Señor expuso las líneas generales de su pensamiento respecto del matrimonio con motivo de aquella interpelación de los fariseos sobre el divorcio, sus mismos discípulos no pudieron contener su extrañeza por aquella doctrina, que parecía nueva y demasiado exigente a sus oídos y nos dice el Evangelista San Mateo que se acercaron a su Maestro y le dijeron: *"Dura es esta doctrina. Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no tiene cuenta casarse"*. Esta reacción de los discípulos de Cristo es la misma que se produce en todos los que escuchan la doctrina moral cristiana sobre el matrimonio: Es la reacción natural que provocan los bajos instintos del hombre, rebelándose contra esas normas rígidas, inflexibles de la moral natural y que tratan de poner orden en ese conjunto de tendencias y aspiraciones tan reñidas y contradictorias que siente el hombre. Los bajos instintos nunca se avendrán a reconocer la bondad y legitimidad de esas normas y de esas leyes, cuya justicia y cuya razón de ser, sin embargo, no puede menos de ver y admitir la razón, esa facultad superior que es la llamada a servir de guía al hombre.

Esa unidad matrimonial parece incompatible con ese poderoso instinto del hombre de la felicidad lograda donde se la encuentre, esa unidad parece irreconciliable con la flaqueza humana, que una vez rota una intimidad va en busca de otra; esa indisolubilidad matrimonial que liga perpetuamente parece exigir más de lo que cabe esperar en un mundo, ante una realidad de tantas mentiras en muchas promesas, tanta comedia en muchos amores, la angustia de ciertas soledades, el frío de ciertos hogares. En verdad que es dura esta doctrina donde se conceptúa al hombre un ser absoluto, que de nadie depende y puede disponer de sí como le da la gana, es incomprensible esta doctrina donde no existen más perspectivas de vida y destino que las limitadas de este mundo. Así es. No lo vamos a negar.

Si se plantea el problema sin más perspectivas que las terrenas, si el problema se plantea el hombre considerándose dueño absoluto de sí mismo y pensando que como tal puede hacer lo que le da la gana, si el problema se plantea en un plano materialista en el que las cosas se aceptan si ofrecen algún placer y se rechazan si traen algún sacrificio, alguna limitación, considerando la felicidad terrena e inmediata como la ley suprema, como derecho absoluto, como principio según el cual todo debernos juzgar de suerte que si alguna cosa nos reporta alguna felicidad se acepta y cuando la felicidad se agota se deja todo y se va a buscar a otra parte, en este caso tienen razón los que rechazan esa doctrina alegando su dureza, su inflexibilidad y hasta su inhumanidad.

Pero es indudable, es evidente, que la cuestión no se puede plantear en esos términos. En ninguna cabeza cabe la idea de considerar al hombre como algo absoluto con derecho de

hacer lo que le da la gana de sí mismo, con derecho, por consiguiente, de subordinar y supeditar todo lo que le da la gana a sí mismo ... ¡dónde íbamos a parar si admitiéramos este principio, si concluyéramos en que el hombre puede disponer de sí!, pues pudiendo disponer de sí es evidente que puede disponer de los demás, a no ser que se lo impida la fuerza mayor. El hombre tiene que reconocer su limitación, su dependencia, el hombre tiene que reconocer la jerarquía de los valores, tiene que reconocer la primacía de la razón sobre el instinto, tiene que reconocer la existencia de una ley natural que liga a toda la naturaleza y a él como parte de la misma. La bondad y legitimidad de ese principio de la felicidad como norma por la que debe dejar conducirse queda descartada, porque ese principio no puede aplicarlo, o su aplicación general le conduce a una serie de aberraciones, de absurdos hasta en la misma materia que nos esta ocupando. ¿Qué sería de la humanidad, del orden, de la paz, de la educación, del bien común, si el hombre, aplicándose este principio de la felicidad como norma de sus actos, quisiera campar a sus anchas? ...

La cuestión no debe plantearse así. No debo decirme: Si tal es la carga del matrimonio, más vale aborrecerla, si el matrimonio resulta fastidioso hay que abandonarlo, hay que renunciar para buscar otra forma de vida que me permita más disfrute, más felicidad. Ni el matrimonio, ni el celibato, ni la vida religiosa, ni la misma vida en sí misma considerada aparecen sin inconvenientes. Y porque ni la vida aparece a veces como agradable, porque la misma vida impone mucha privación y sacrificio vamos a decir para qué vivir y vamos a arrogarnos el derecho de arrancárnosla?.

El matrimonio cristianamente entendido, en su realidad verdadera, en sus consecuencias, en su desempeño tal como enseña la doctrina de la Iglesia, es bueno, es una gran cosa. ¿El matrimonio representa la ley normal de la vida humana y hacia él se orienta instintivamente la juventud, con todas sus ilusiones y con todo su corazón?. ¿Responde a los profundos instintos del ser humano a medida que los años le van acercando a la plenitud de su existencia?. ¿Lo quiere la naturaleza, lo exige la dignidad del hombre, lo desea Dios, esté determinada su naturaleza por la ley natural, lo está concretada por la ley positiva, por Dios?.

Pues si así es el matrimonio tenemos que aceptarlo, si están determinadas sus obligaciones tenemos que aceptarlas, es un deber y es un derecho; es un deber y como tal hay .que tomarlo, con todo lo que tiene de agradable y desagradable. Es un derecho y como tal nadie puede impedir su ejercicio, a no ser Dios, el autor de todo derecho.

Y si en este mundo el deber de ser buenos urge más que el derecho de ser felices, como es natural en nuestro caso de criaturas limitadas contingentes, no tenemos que protestar contra la dureza de esas normas y rechazarlas pretextando dureza e inflexibilidad, sino atendiendo al origen y a la fuente de esas normas que es Dios, nuestro origen y nuestro destino, tenemos que acatarlas.

Matrimonio y felicidad

Amadísimos Fieles:

El domingo pasado poníamos de manifiesto la lógica con que la Iglesia procede al defender esa doctrina moral suya, íntegra y pura, acerca del matrimonio. Consecuente en todo, no puede menos de exigir que lo menos noble se subordine a lo más noble, lo menos digno a lo más digno, el cuerpo al espíritu, el cuerpo al alma, lo presente a lo eterno, el instinto a la razón, el placer a la función o al deber, el egoísmo al bien común, el bien privado al bien general, siempre que este bien general no sea compatible con aquél. Por eso, como muy bien lo dijo un sabio, el cristianismo es la antítesis del egoísmo y con ser una doctrina sobrenatural y una religión sobrenatural no hay ningún sistema filosófico ni ético que vindique los derechos de la naturaleza con tanta lógica, con tanta exactitud como el cristianismo, como no podrán menos de ver todos los que examinan atentamente su doctrina en cualquier orden y, sobre todo, en el matrimonio. En la naturaleza el placer no tiene otro objeto ni otra razón de ser que la de servir de estímulo a la actividad humana condenándola al fin que persigue ella. El cristianismo no hace más que sancionar esta razón de ser del placer no disociando de su función, no consintiendo que la voluntad humana, entiéndase bien que digo la voluntad humana, no tenga intervención por su cuenta en esa disociación. Cuando es la misma naturaleza la que pone el obstáculo a la realización de la función a que se ordena el acto, cuando es la naturaleza misma la que por el motivo independiente del querer humano obstaculiza el fin a que de por sí se ordena el acto matrimonial, entonces la moral cristiana no tiene nada que oponer al uso del matrimonio y a la realización de los actos propios del matrimonio. La razón es obvia: entonces, si el fin principal del matrimonio no es alcanzado *hic et nunc*, no es contrariado por una perversión de acto y ésto queda justificado por los fines secundarios: ayuda mutua, amor, satisfacción de un deseo legítimo. Estos fines secundarios guardan su orientación natural al fin primario, en lugar de sustituirse a él ...

El primer principio moral, la primera barrera moral que el cristianismo opone al desbordamiento del egoísmo en la vida matrimonial que tiene tanta importancia es esta norma, es esto que hemos expresado más arriba: el placer ha de ser inseparable de la función a que se debe orientar al fin propio del acto. En tanto tiene uno derecho al placer en cuanto esté dispuesto de su parte a hacer lo que la naturaleza reclama y todo lo que la naturaleza reclama para la prosecución de aquel fin a que se ordenan esos actos, que es la procreación, que es la transmisión de la vida. Y no hay ningún motivo, absolutamente ninguno que pueda justificar la disociación por la que uno se haga con el placer rehuyendo deliberadamente el fin a que de sí se ordena el acto. Muchas veces ocurrirá que quien impide la prosecución real de ese fin a que de sí se

ordenan esos actos sea la naturaleza, algo ajeno al querer y a la voluntad propia, como pueden ser las condiciones en que se encuentra la consorte. Entonces, como se ha dicho arriba, la moral cristiana no reprueba el acto matrimonial por cuanto no es la voluntad humana sino algo ajeno a ella lo que impide el fin natural a que se ordenan los actos.

Y esta ha sido la doctrina que la Iglesia ha sustentado siempre y esta es la que sigue sustentando, con escándalo de muchos, que bajo mil pretextos tratan de justificar otra cosa. No consiente, ni tolera, nada más la moral cristiana, que es intransigente con la intransigencia de la verdad. El cumplimiento del deber dentro de estas normas morales impone muchos sacrificios y puede imponer muchas veces la continencia periódica y perpetua en el matrimonio. Es verdad que ello será una ley muy dura. No desconoce la Iglesia, no desconoce el Papa cuando propone esta doctrina en contra de las opiniones en boga, no desconoce, digo, las dificultades que lleva consigo su práctica, no desconoce muchas situaciones dolorosas de muchas esposas cristianas que por ser fieles a esta norma llegan a veces hasta el peligro de muerte y mueren mártires de la castidad conyugal. Pero al fin y al cabo estos sacrificios que ella como tiernísima madre los admira son necesarios y están impuestos por el cumplimiento de un deber natural. Repetimos que la Iglesia no hace aquí otra cosa que sancionar una ley y una norma que ya está impresa en la misma naturaleza. Es inmoral con una maldad intrínseca el buscar el placer por el placer. Está permitido buscar el placer, pero sin disociar de su función y objeto.

No nos detendremos a rechazar o a exponer a este respecto los principios maltusianos y los que justifican esos otros procedimientos que se llaman de diversa forma. Está de más el que hablemos de la condenación de todos los métodos anticonceptivos. La historia nos registra todo un siglo XIX preocupado del aumento progresivo de la población humana, que hacía temer a sus teorizantes días de miseria y hambre para la humanidad, por cuanto que los alimentos solamente se podría ir aumentándolos en una progresión aritmética. Al siglo XIX le ha seguido el siglo XX en el que muchos de esos países que se habían sentido movidos a tomar precauciones para reducir prudentemente los nacimientos han llegado a experimentar la caída vertical de la natalidad, la despoblación que lleva consigo la miseria y la pobreza, esa alarma general de racistas o nacionalistas de diversos países, así como de sociólogos y economistas, que proponían diversos recursos para detener esa reducción. En el siglo XIX se decía que este nuestro planeta pocos más hombres de los que tenía ya podía mantener y en este nuestro siglo hemos oído exclamaciones de estadistas como Mussolini que dice que el mundo actual solamente en el grado de progreso a que hemos llegado puede nutrir una población veinte veces superior a la actual. La crisis actual no es crisis de producción, sino de distribución y si quieren Uds. hasta de sobreabundancia.

Esas normas que entonces se basaron en ese peligro del crecimiento después se ha tratado de basarlas en razones del bien general y humano, de la eugenesia, de la producción de razas y ejemplares humanos mejores, etc.. Producir menos y mejores ha sido la consigna en que se ha inspirado por ejemplo la Birth Control y para ello, o por dicho motivo, se ha reconocido la facultad, la moralidad de separar el placer de su función en determinados casos. Y como se admita que algún motivo puede legitimar la disociación artificial del placer y de su función, la ingeniosidad del hombre la halla siempre.

Emancipación de la mujer

Amadísimos fieles:

En la defensa del segundo bien del matrimonio, en defensa de la prosperidad del matrimonio cristiano, hoy en día la Iglesia tiene que oponerse y combatir a otros enemigos además de los enumerados en las pláticas precedentes. Otro enemigo, y por cierto considerable, constituyen las ideas que se van divulgando por el mundo acerca de la emancipación de la mujer.

Hoy los verdaderos heraldos de esta pretendida emancipación de la mujer se han constituido los revolucionarios marxistas. Naturalmente, se encuentran con que es la familia y la vida de la familia el primer elemento de estabilidad de la sociedad y el mayor obstáculo con que tropiezan para una nueva regeneración de la humanidad y para realizar su ideal revolucionario. Se ha decretado la lucha contra la familia como la consigna fundamental y en su afán de destruir todo vestigio de la familia y hacer imposible la vida familiar, y viendo que es precisamente la mujer la que más apego conserva aún en los países y ambientes más descristianizados, se trata, mediante estas doctrinas feministas, de desarraigar de la mujer todo apego y toda tendencia a la familia. Se trata sencillamente de violentar la naturaleza y para ello se impulsan otras tendencias, otros gustos, otras aficiones, que no son las domésticas, que no son las familiares en la mujer. Recientemente en una publicación extremista de Francia veíamos una caricatura grande en la que se exhibía un Papa gigante aplastando con su puño a una pobre mujer de semblante embrutecido, curvada sobre un hornillo de cocina y con un papel en la otra mano y en el reverso del papel ofrecido al lector se leían estas palabras que el Papa parecía pronunciar con voz autoritaria. "La mujer debe permanecer en el hogar y ser la sierva del hombre". Pío XI. Es así como ellos traducen y como entienden la doctrina cristiana acerca de la mujer y de la misión de la mujer.

Y vemos que efectivamente donde ha triunfado el ideario marxista tal como conciben ellos se ha echado mano de todos los recursos y se ha hecho lo indecible para llevar a cabo esa desviación, esa inversión de las tendencias e inclinaciones de la mujer. Se le han reconocido idénticos derechos que al hombre en todos los sentidos y para todos los cargos. Se le ha librado en el matrimonio de la obligación y el deber de cohabitación, se le ha reconocido expresamente el derecho al aborto y se le han dado las máximas facilidades para ello; se han promovido de una manera extraordinaria toda clase de guarderías infantiles y casas cunas para cuidar y educar a los niños, a fin de que la madre se sienta libre de los mismos y pueda dedicarse a sus trabajos y así la legislación laboral le autoriza a unos pocos meses de abandono del trabajo después del parto, imponiendo la obligación de volver a sus tareas, teniendo que abandonar para ello forzosamente a sus niños, que serán educados según los principios y orientaciones del Estado,

que los considera como propiedad suya. Para liberarla del todo se han establecido, y se siguen estableciendo cada vez con mayor ritmo, comedores públicos, en los que se sirve la comida a todos, para que ella no tenga que ocuparse en trabajos tan poco productivos como la preparación de las comidas. En una palabra, se trata de arrancar al hogar y a la familia para que el hogar y la familia tengan que dejar de existir. Y digamos de paso que en unos sitios por ideal político y en otros por codicia y hambre de riqueza, la verdad es que hoy se desconoce y se deja de practicar la verdadera doctrina cristiana en todas partes, pues en los Estados capitalistas, en los países donde existe el capitalismo, que no tiene más norma ni más regla que ganar pesetas, pasa lo mismo cuando se obliga, por la miseria de los salarios, a la mujer a que tenga que abandonar su hogar para completar lo poco que gana su marido, yendo a trabajar donde van los hombres.

¿Puede prosperar este movimiento; puede acarrear mayor bienestar a la mujer y a la humanidad esta corriente?. Solamente diremos que contra la naturaleza no se puede ir y que es imposible triunfar contra ella y esa naturaleza ha ordenado a la mujer para ser compañera del hombre y para ser madre en el sentido más amplio de la palabra. Una vez más vemos coincide la doctrina de Cristo acerca de la mujer y de su misión con lo que nos dice la última palabra de la ciencia. Hace poco leíamos a Alexis Carrel que protesta contra esta corriente feminista que pretende, no una igualdad de derechos precisamente, que eso no niega la Iglesia, sino una equiparación completa al hombre en todos los aspectos y en todos los, sentidos. Decía que entre el hombre y la mujer hay diferencias más profundas que las provenientes de la forma peculiar de sus órganos, diferencias determinadas por la misma estructura de los tejidos y por la impregnación de todo el organismo de sustancias químicas específicas. La ignorancia de estos hechos, añade, ha llevado a los promotores del feminismo a creer que ambos sexos debían tener los mismos derechos y las mismas responsabilidades. En realidad la mujer difiere profundamente del hombre; cada una de las células de su cuerpo lleva el sello o la marca de su sexo. Las leyes fisiológicas son tan severas como las leyes siderales. No pueden ser sustituidas por los deseos humanos. Estamos obligados a aceptar como son. Las mujeres debieran desarrollar sus aptitudes de acuerdo con su naturaleza propia, sin tratar de imitar a los hombres. Su papel en el progreso de la civilización es mucho mayor que el del hombre. No debieran abandonar sus funciones peculiares.

Los hijos

Amadísimos fieles:

Vamos a renovar la explicación del tema que hemos tenido que interrumpir por otros impuestos por las circunstancias. Estábamos ocupándonos de la familia y del concepto del matrimonio cristiano. Ultimamente, siguiendo aquella división que hace San Agustín de los bienes del matrimonio, la fidelidad, la unidad y la prole, de las que proviene su bondad, su grandeza y su dignidad al matrimonio cristiano, hablábamos acerca del último de estos bienes, o sea de la prole, de los hijos en el matrimonio. Explicábamos la razón de ser del matrimonio y la naturaleza de la vida conyugal, en la que el placer ha de estar supeditado siempre al fin natural del matrimonio y en tanto está justificado en cuanto sirve para promover alguno de los fines del matrimonio y nunca es lícito el placer rehuyendo el fin principal para que Dios ha instituido este Sacramentos. Nos detuvimos un poco hablando de esto porque aún entre nosotros corren ciertas máximas y se reconocen ciertas teorías que son incompatibles con la verdad cristiana, que no las puede aceptar un cristiano, que cuando menos ha de tener la nobleza de reconocer la verdad, aunque por otra parte se sienta impotente para practicar el bien y nunca debe tratar de excusarse alegando otra cosa que no sea su debilidad o su impotencia.

Ultimamente expusimos otra de las amenazas que se ciernen contra este bien del matrimonio, como son las prácticas abortivas. No nos detuvimos más en ésto porque todavía la generalidad de nuestros fieles tienen sensibilidad moral suficiente como para comprender sin más el horror de estas prácticas que, por otra parte, hacen tan grandes estragos que solamente son comparables con las víctimas que producen las guerras modernas y, a juicio de competentes hombres de estudio, superan en cuanto al número al de las guerras. Con ser España uno de los países en que las ideas morales tienen bastante arraigo, la Dirección General de Seguridad registraba hace dos años 125.000 abortos por 600.000 nacimientos, y téngase en cuenta que la Dirección General de Seguridad no tiene, ni puede tener noticia, de muchísimos de estos crímenes que se cometen. En Francia, decía un escritor, cada año se cometen más muertes por prácticas abortivas que las que hubo en el año más álgido de la guerra europea. Al fin y al cabo se priva de vida y de luz a seres que tienen la misma naturaleza y, por consiguiente, los mismos derechos que cada uno de nosotros, y caigamos en la cuenta del horror que eso supone en una sociedad civilizada, caigamos en la cuenta de la pobreza de nuestra civilización, que no solamente consiente esas prácticas sino que encima trata de justificarlas.

Pero las amenazas que existen en nuestro mundo contra este bien del matrimonio no solamente se reducen a eso. Hoy la ciencia, puesta al servicio de la sensualidad, del refinamiento lujurioso, ha ideado otros recursos y otros medios mucho más eficaces y más poderosos, cuya

divulgación irreparablemente ha de provocar una gravísima plaga social, de la que no vamos a podernos encontrar libres. Esos recursos, esos medios ideados por la ciencia, puesta al servicio de la sensualidad y del egoísmo, se van generalizando rápidamente y son de tal naturaleza que, ante un auditorio que conserva todavía un mínimun de moralidad y sentimiento de su dignidad como es el que poseemos en nuestros pueblos, ni se puede hablar en público de ellos. Por eso no vamos a detenernos en hablar y exponer los métodos e ideas anticoncepcionistas que privan en muchas partes del mundo, lo mismo que de las medidas legales que han adoptado ciertos países que han aceptado estas teorías y han tratado de llevarlas a la práctica. Solamente os diremos que ese mundo que el 1 de septiembre de 1939, ante aquel asalto injusto y bárbaro de Alemania que declaraba la guerra y arrasaba un país pacífico, levantó las manos a la cabeza y levantó también la voz para protestar contra la violación de los derechos humanos por esos procedimientos, estuvo callando cuando ese mismo Gobierno, el 13 de junio de 1933, promulgó aquella ley de esterilización, que es también violación de los derechos primarios de la humanidad y expresión del afianzamiento de las ideas y teorías más inhumanas y bárbaras que pueden concebirse. En ese país, que ha pasado y se ha reconocido por el más adelantado de Europa, en ese país, al que no hemos sabido cómo ponderar y exaltar, en ese país, que se ha presentado a los ojos de nuestros cristianos como modelo de vida social, en ese país se han llevado a la práctica estas ideas en toda su amplitud y a ese país esas ideas le han llevado a ese estado de degradación e inmoralidad, de forma que ese país y sus gobernantes no han tenido reparo en cometer las mayores atrocidades. Al fin y al cabo esos no han hecho otra cosa que ser lógicos y consecuentes con los principios que otros aunque se horroricen después de las consecuencias. No hay que horrorizarse de las consecuencias cuando éstas se derivan lógicamente de los principios que se admiten; lo que hay que hacer es condenar los principios y aceptar otros en su lugar.

En todas las lenguas y en todos los países hay doctrinarios que se esfuerzan por medio de sofismas pretendidamente científicos en legitimar las malas costumbres y contribuyen de esta suerte, aunque se crean reformadores autorizados de la moral, a extender la corrupción. Innumerables matrimonios practican los fraudes conyugales y cuando éstos fracasan, recurren al aborto. Nadie, o casi nadie fuera de la Iglesia, cree posible detener la marea que sube. Casi todo el mundo concibe necesario hacer concesiones al espíritu moderno y a las dificultades actuales. De esta suerte, se renuncia a la lucha y se entra más o menos en connivencia con el mal y con el error. La Iglesia católica sola mantiene la moral natural y la moral revelada. Por boca de su jefe condena como contrarios a la naturaleza, como intrínsecamente malos y gravemente pecaminosos, todos los abusos voluptuosos de la facultad de engendrar, todo artificio que separa provisoriamente o siempre en el matrimonio y fuera del matrimonio, el placer que la naturaleza unió a la función y que solo en ella encuentra su justificación. Ella condena como homicidio todo atentado contra el fruto humano ya concebido.

Deberes mutuos de los esposos

Vamos a tratar hoy de la cuestión delicada de los deberes mutuos de los esposos. Estos deberes pueden resumirse en tres: amor, fidelidad y apoyo mutuo. Vamos a decir algo sobre el alcance de cada uno de estos deberes expresados en esta sencilla fórmula: amor, fidelidad y apoyo mutuo, a cuyo cumplimiento está supeditada la felicidad de hogar y la paz del matrimonio.

Los esposos se deben mutuamente amor. Eso es lo que tantas veces se prometieron y juraron solemnemente en aquel día imborrable del matrimonio. Tal vez aquellos días felices les pareció absurdo que Dios necesitara de la sanción de una ley, de un mandamiento, para que se dieran mutuamente lo que creían que entre ellos iba a poder existir eternamente.

Amor, alguien ha dicho que es la palabra más profanada de todo el diccionario; yo diría que es la que más se usa y menos se entiende. De ordinario se la confunde con la pasión. Muchos matrimonios llevan un mal de origen y es que nacieron, no del amor, sino de la pasión, que ciega, arrastra, precipita, cree ver cualidades allí donde propiamente hay defectos; sueña con delicias imposibles, puebla de quimeras imposibles un palacio edificado por la imaginación en el delirio, en el que hay sitio para todo menos para la realidad y los deberes de la vida. Cuando la belleza se marchita, cuando se extinguen los primeros fuegos, ¿qué es lo que queda?. Lo que queda después de la llama, ceniza y humo; lo que queda después de la máscara ajada, una fealdad repugnante, el vacío, el enojo ... y la tentación. El amor no existe en esos matrimonios. No ha existido antes ... y no existe luego ... no ha podido existir allí donde ha habido egoísmo, allí donde hay hombres que no saben pensar más que en sí mismos, en sus propias comodidades, en la satisfacción a toda costa de sus instintos, anteponiéndolos o supeditando todo a los mismos ... no ha existido en esas jóvenes o mujeres que no tienen más sueño y más ambición que llamar la atención, ser adoradas o admiradas, y nunca han tomado en serio la propia formación, la educación de sus instintos y sentimientos ... ¿Tiene algo de particular que pensadores y observadores que han levantado el velo del hogar y matrimonio se hayan atrevido a afirmar y sostener que el amor no existe, que el amor es una ilusión, que es una simple quimera ...?. Es que el mundo, la gente, da motivos para llegar a poder pensar en esa forma.

Otros han dicho que es precisamente el matrimonio la ruina, el sepulcro del amor ... No se puede decir y sostener eso. El matrimonio no es el sepulcro del amor, sino de la pasión. El hábito, la rutina ... la costumbre, hace que la pasión se extinga o llegue a no tener novedad ... Hay hombres y mujeres que necesitan vivir artificialmente, prefieren la vida agitada a la sosegada y natural, la aventura a lo ordinario. Enfermos de espíritu ... así son la inmensa mayoría de esos hombres y de esas mujeres trotamundos ... desertores del hogar ... enfermos de espíritu, en los que un buen módico psiquiatra encontraría la clave de sus desórdenes muchas veces en sus mismas anormalidades.

Fidelidad ... he aquí el segundo deber. A cuántas pruebas se encuentra sometida en este nuestro mundo agitado de hoy en que tantas mujeres han perdido la vergüenza y para quienes la mejor solución de la vida es encontrar o dar en los caminos de la vida con un aventurero, sobre todo si es rico. El siglo pasado, refiriéndose a París, decía un célebre escritor que dedicó su vida al estudio y consideración de la familia, que "de no haberse puesto a investigar recorriendo para ello los velos que ocultan al público la vida íntima de las familias, nunca jamás hubiera podido sospechar cuántas tragedias, cuánto dolor ... causaban unas pocas mujeres sueltas y desvergonzadas ..." Por las páginas de la historia sabemos que antiguamente la alta sociedad, la sociedad aristocrática, sufrió una plaga que acabó con la desaparición de muchas generaciones, la lepra de las cortesanas. Hoy las cortesanas se han generalizado, hoy la cortesana es más democrática, está más al alcance de cualquiera, sin que haya tenido que desertar del mundo de los adinerados y poderosos. Fidelidad es un deber sagrado, grave, que obliga tanto a la mujer como al marido, fidelidad es un deber cuyo cumplimiento tropieza con la tentación constante de la invasión de ese puñado de mujeres o jóvenes aventureras, que son los criminales más despiadados, por cuanto que por un poco de dinero, por mantener unos lujos, por una mezquina pasión, sepultan, hunden a las familias y los hogares en la desesperación y hasta muchas veces en la ruina material.

Somos implacables en juzgar a los asesinos, a los incendiarios ... y pregunto yo ¿cuántos asesinos provocan tantas lágrimas como esas vampiresas, cuántos incendiarios causan tantas ruinas morales y hasta materiales como esas desaprensivas que pululan hoy en todas partes por falta de control de sus padres, por falta de autoridad y por falta de hombría de los tunantes y golfos que por vestirse bien pasan por decentes?.

Ayuda mutua ... He aquí el tercer deber. En todos los hogares, aun en los mejor dotados, hay diversidades, imperfecciones, dolencias. Defectos que con la paciencia y con el tiempo pueden corregirse y defectos que, ni con la paciencia ni con el tiempo, pueden del todo corregirse, a lo sumo aliviarse. Precisamente la existencia de estas imperfecciones, de estas dolencias, de esos defectos, hizo decir a un santo que el matrimonio es también como un convento; ahora que si fuera como un convento, con el noviciado de un año, quedarían muy pocos profesos. Sin lastimar a nadie, podemos repetir esta frase que es precisamente de un santo, de San Francisco de Sales, que tenía un conocimiento tan profundo de los hombres y de la vida.

Sin tolerancias y mutuas concesiones, pronto se convierte la vida del hogar en un verdadero infierno. Todos llevamos una inclinación natural, congénita a la contradicción y a todos nos harta la monotonía de las cosas. Por otro lado, en la vida común son inevitables muchos choques de intereses y hasta de ideas ... cuyas reacciones, si no se sabe apagar, si no se sabe extinguir ... mal andarán las cosas ... Es preciso practicar en amplia escala la generosidad y la paciencia. Con la generosidad y la paciencia se resolverán las diferencias y, a pesar de las desavenencias momentáneas, se renovará el afecto y el amor. Se cuenta de un filósofo pagano llamado Sócrates, que tenía una mujer que constantemente le importunaba con exigencias y quejas. Llegó la importunidad de esta mujer al colmo de un día en plena calle arrojar a la cabeza de su marido una jarra de agua sucia. Sócrates no se inmutó. "Después del trueno es natural que lloviera" comentó acabando en eso toda su reacción, y se dice que con esa su constante paciencia y generosidad llegó a transformar el corazón y la manera de ser de su mujer.

Amadísimos fieles:

Expusimos brevemente el domingo pasado los dos primeros deberes mutuos que tienen los esposos: amarse mutuamente, que es lo mismo que consolarse, asistirse ... y guardar la fidelidad, la cohabitación, la comunidad de vida. El tercer deber es prestarse apoyo mutuo y comenzamos a hablar de esto citando precisamente un texto de San Francisco de Sales, que comparaba el matrimonio al convento y comparándolos encontraba que eran tales las dificultades de la

verdadera vida matrimonial que se atrevió a afirmar que si al matrimonio lo pudiera preceder un noviciado serían pocos los que lo profesaran. Esto quiere decir que el apoyo mutuo es indispensable para el matrimonio, para la prosperidad y felicidad del matrimonio.

Sin tolerancias y mutuas concesiones, la vida conyugal pronto se convierte en un infierno. Todos llevamos en nuestra sangre la propensión a la contradicción y hasta con los manjares más deliciosos nos pasa que la costumbre, el hábito, hace que pierdan su sabor. Si añadimos a ésto las causas de los conflictos que son constantes en una vida común, se comprenderá que aun el matrimonio más afortunado, el matrimonio contraído entre personas más afines y mejor acopladas ideológica y temperamentalmente, son inevitables las ocasiones de roce del amor propio y por poco que se enrede y complique este amor propio, ya está sufriendo el matrimonio. Uno tira en una dirección y el otro en otra, y cada vez se enreda y se complica más la vida. A la manera de los granos de sal que caen al agua y que desaparecen, se disuelven sin dejar aparentemente ningún resto, de la misma forma también los conflictos y choques, se van repitiendo y, aunque aparentemente se van también resolviendo, sin embargo, como aquél, deja el agua salada, estos conflictos y roces van amargando la vida.

Solamente cabe señalar una solución: tener cada cónyuge un poco de paciencia y un poco de bondad, capaz de habitualmente dar más que lo que se recibe y así únicamente tiene un camino abierto la armonía conyugal y matrimonial.

Como dijimos el día pasado, el amor es la reina de los sentimientos y de las virtudes del hombre, pero una reina que, como buena reina, nunca puede ir sola, sino que va acompañada por un buen cortejo de virtudes y sentimientos. Si alguna vez alguien os pretende presentar el amor y ofrecer el amor, pero os presenta un amor sin el cortejo indispensable de abnegación, desinterés, espíritu de sacrificio, prontitud para comprender y atender al prójimo, no le creais, que eso que se os presenta como amor no es tal amor ... sino egoísmo y pasión vestidos de piel de cordero, no os fieis mientras no le hayais visto templarse en el crisol del sacrificio.

Por eso no hay error más funesto que pensar que el amor conyugal es algo de suyo estable y duradero e invulnerable ... no ... es una lucha contra el egoísmo, contra el amor propio, contra la violencia, contra todo lo propio.

En el orden práctico esto impone al hombre la obligación de entregar a la mujer lo que ésta necesita para atender a las necesidades familiares. Cuántas de nuestras buenas mujeres no conocen alivios, aun cuando los hombres lo tengan porque se lo guardan para sí mismo hasta lo que sería conveniente y necesario en la familia. Es fácil protestar contra la injusticia de los que no pagan lo que necesitaríamos para cubrir nuestras necesidades, pero tampoco es cosa de otro mundo, como sabemos todos, que para satisfacer los propios caprichos ... se retiene lo que a la mujer le haría falta en casa ...

Apoyo moral ... debe prestarse siempre para el buen gobierno de la casa y hasta para la buena educación de los hijos. A éstos se les enseña en la catequesis y en la escuela que los padres son cosa sagrada, que como tal debe respetarse. Cuántas veces es la madre la que forma el complot con los hijos para desautorizar al padre, cuyos defectos, cuyos trapos saca a relucir indiscretamente y llevada muchas veces por un amor desordenado a éstos lo pospone ... cuando en realidad debe amarle antes y por encima de los mismos hijos. Cuántas veces íntimamente se disuelve el matrimonio desde el momento en que el afecto de la madre se encauza unilateralmente por parte de los hijos, con quienes se desahogarse expansiona y deja de hacerlo con su marido, para el que cada día es más seca, es más fría ... hasta el punto de que éste se encuentra como el más extraño de casa ... Así como en el capítulo de apoyo material ... la falta comúnmente es de los hombres, en este otro pudiéramos decir que es de las mujeres, que fácilmente se desvían en sus afectos y llegada cierta edad fácilmente se desentienden de su marido ... o son frías y apáticas con él.

Nunca jamás deben los esposos censurarse y criticarse mutuamente delante de los hijos, delante de otras personas. Deben apoyarse por encima de todo.

Sagrada familia

Amadísimos fieles:

No estará de más que hoy nos detengamos brevemente a hacer algunas consideraciones que nos sugiere la festividad que celebramos. La de la Sagrada Familia. La Iglesia, después de habernos mostrado al Hijo de Dios envuelto en unos pobres pañales en un pesebre, después de habernos recordado este misterio asombroso de la venida del Hijo de Dios, tal como estaba anunciado y prometido hacía tantos años, como precisamente recordábamos hace poco desde aquí al hablar de las profecías que constituyen un testimonio de su divinidad, hoy nos presenta a la Sagrada Familia, constituida por Jesús, María y José, viviendo humildemente en una aldea perdida en una meseta de Galilea. Y ahí nos encontramos de nuevo con otra de las sorpresas de la sabiduría divina: aquél que era tan anhelado, aquél que era necesario para levantar a la humanidad de la postración en que se hallaba, aquél que venía a poner término a las grandes miserias morales, a las injusticias y a las represiones, vive una vida oculta, una vida consagrada al trabajo y a la oración por espacio de treinta años. ¿Cuento?. Puestos a inventar un cuento sobre la venida de un Dios a nadie humano se le podría ocurrir contar una cosa tan disparatada, humanamente tan inverosímil. El hecho es que ese Dios que venía a redimir al género humano, por espacio de treinta años nos da una sola lección, lección de trabajo y humildad, lección que indudablemente debe ser muy importante al objeto que perseguía con su venida y que de verdad e indiscutiblemente es la lección que hoy hace falta en el mundo.

Al unísono la ciencia religiosa y la sociología, con las corroboraciones de la ciencia psicológica e historia, nos enseñan que la familia en sí, la familia, esa sociedad menuda; pequeña, es la fuente de la vida humana, de la vida cristiana y de la vida social, de tal forma que nuestra formación humana, cristiana y social están supeditadas a la suerte que corra la misma. La familia es esa sociedad constituida por los que están vinculados con los lazos sentimentales, económicos, religiosos y hasta civiles, de tal forma que, cuando alguno de estos lazos se quebranta, la familia se resiente.

Hemos dicho que lo primero que tiene en su haber la familia para que se merezca toda nuestra atención es

1. El hecho de ser la primera fuente de nuestra formación humana. En tanto somos hombres en cuanto hemos participado de los sentimientos e ideales humanos que se nos han inculcado en la familia. No es que el hombre no disponga de una razón y de una conciencia, aun cuando después de su nacimiento se le aisle y se le separe. Pero sí será verdad que esa razón y esa conciencia dificultosamente, por no decir muy deficientemente, alcanzarán su desarrollo y madurez humanas sin el concurso de la familia natural o adoptiva. Si hasta los cachorros salen con peores instintos cuando se han criado lejos de su madre, qué diremos de los niños que no han recibido ese calor y esa atención de los mismos.

Pero indudablemente no basta el hecho material de estar acogido en un hogar para que se reciba esa formación humana, sino es preciso que allí se realice el ideal ...

Otro tanto tenemos que decir acerca del papel de la familia en la inculcación y desarrollo de los sentimientos religiosos y rurales, que no es de los hermanos de la Escuela o maestros del colegio de los que han de recibir, sino de los padres; pero tampoco basta que se los reciban da la boca de los padres, hace falta que los asimilen y los beban en la vida y en el ejemplo de los padres.

Homo Homini Lupus ... el hombre es lobo para el hombre y así es en efecto. ¿Son acaso las inclemencias irremediables del tiempo, los golpes inevitables de la enfermedad o las veleidades imprevisibles de la suerte las que nos hacen sufrir?. No. La máxima parte de nuestros sufrimientos están originados por la falta de voluntad, de atención, de amor, de tolerancia, que nos tenemos los unos a los otros. Y no siempre por mala intención, sino por falta de sensibilidad. Qué falta hace esa sensibilidad social para percatarse de las necesidades de nuestros semejantes, para poder apiadarnos de los mismos.

¿Y dónde hemos de crear esa sensibilidad más que en el seno de la familia, en las relaciones estrechas de padres e hijos, de hermanos entre sí?. La formación social del hombre comienza y casi se termina en la familia. Quien no se entrena en la misma ... quien no se ha entregado en el ejercicio de la abnegación, desinterés, amor a sus semejantes, esa primera escuela, será difícil que posea la sensibilidad suficiente para ahorrar muchos sufrimientos a sus semejantes.

2. Esa es la razón de ser, esa es la función de la familia en los designios de Dios. ¿Qué ocurre de hecho?. En el bosque salvaje se derrocha la fuerza y el vigor de la tierra igual a través de la savia que fecunda el árbol frutal que da sabrosas frutas, que en la que fecunda al espino o al zarzal. La naturaleza necesita de alguien que la cultive, de alguien que sepa sacar provecho. Siempre igual, e igual en todos los órdenes.

¿Tenemos esa preocupación de perfeccionar y encauzar la fuerza de la naturaleza, la habilidad del instinto?.

No vamos a describir casos para poder exponer lo que es de hecho en muchos casos la familia, de la que se hace tanta poesía y se dicen cosas tan interesantes y tan bellas. Aquí me escuchan padres y madres que todos ellos quieren a sus hijos porque pocas veces llena a degenerarse hasta el colmo de no quererlos el instinto.

Muchas veces llegan a querer a sus hijos, pero cuando ya éstos no tienen más remedio que sufrir las consecuencias de sus abusos, de sus derroches de energía y vida e incluso han venido al mundo contra su voluntad. Triste os decirlo, pero así es: ese hijo a quien se adora, esa hija por quien la madre se desvive ... ¿qué ha sido más que el primer disgusto serio de la vida?. ¿Cómo se ha recibido la primera manifestación de su aparición más que de esa forma?.

Aquí tengo jóvenes que saben que para la suerte futura de sus hijos no da lo mismo que se conduzcan de cualquier forma en el orden moral. ¿Y no es verdad que están derrochando su vida, están consumiendo sus energías e incluso sacrificando su vida supeditando todo al placer, sin otras miras que su satisfacción?.

La vida cristiana no se cotiza. Se mirará y se preocuparán los padres de que los hijos no carezcan de pan. Hay un instinto que los obliga a cualquier sacrificio por el pan material. ¿Y no va a tener más importancia y cuando menos igual importancia que el pan material el alimento espiritual de que han de nutrirse sus almas?. ¿Qué leen?. ¿Qué contemplan?. ¿Dónde se educan?. No basta enviarlos al Colegio. Que no es allí donde más han de

recibir, sino en el hogar. Han de leer en vuestro ejemplo. ¿Qué se dice delante de los hijos?. ¿Cómo se habla?. ¿Qué se les enseña con el ejemplo?.

Concretando más hemos de decir que los hijos de hoy tienen demasiada libertad y hasta demasiado dinero a su disposición. Sí señores. Podríamos hablar con datos. Mucho de lo que los padres ganan con su sudor para sostener la familia, los hijos derrochan alegremente. ¿Qué importa que trabajéis si no salís?. Ya se que no faltará quienes hoy mismo saldrán infelices contra lo que estoy diciendo. Y los que no salen no han de dar la importancia que tienen estas palabras. Y el dinero y la libertad andan a parejas. Es posible que se abuse de ésta hasta sin dinero, pero con dinero es casi imposible no abusar de la misma. Con el dinero se dispone de taxis si hay que andar antes o después del tren, con el dinero se dispone de la bebida por si uno es demasiado corto para ciertos lances.

Mondragón, 1951

Tomo II. Sermones
Libro 3º. Sermones 2ª parte

**Predicación. La oración.
Predicación: la educación**

Índice

1. Matrimonio y educación
2. Educación, el mejor servicio a la Humanidad
3. Deber de los padres

Matrimonio y educación

Amadísimos hermanos:

Con lo que tenemos dicho acerca de la educación podríamos pasar adelante y ocuparnos de otros puntos del cuarto mandamiento, pero creedme, amadísimos hermanos, que me cuesta, que me resisto a pasar adelante, pues cuanto más pienso en la trascendencia que tiene la educación en el desenvolvimiento y desarrollo de una sociedad y veo, por otro lado, la indiferencia o despreocupación grande con que hoy mira la gente a este problema, más me asombro y me extraño de que así sea.

No sé cómo explicarme que puedan ser poco menos que indiferentes respecto de este problema de la educación de los niños y de los jóvenes pueblos y hombres que cuando ha llegado el caso han sabido luchar. Es más, han preferido dar hasta su vida y su sangre por una idea; que han sabido perder hasta sus bienes y su tranquilidad por aquel acervo de sentimientos y de ideas que constituían su programa político o esa bandera social o religiosa. Pueblo y hombres que se han jugado todo, hasta su tranquilidad y su porvenir, por defender unas ideas. Pueblo y hombres que saben que las ideas y los sentimientos constituyen el mejor patrimonio y el mayor bien, pues precisamente por los sentimientos y por las ideas han jugado todo, deben tener máxima preocupación por dotar a sus hijos e hijas de ese patrimonio espiritual y eso se hace y se logra precisamente por medio de la educación.

No importa, padres y madres que escuchais, no importa que no dejéis a vuestros hijos unos cuantiosos bienes de fortuna si les dejais un acervo de ideas y sentimientos nobles, elevados, dignos, ya que son precisamente estas ideas y estos sentimientos los que hacen que ocupemos en la escala de los seres un puesto más o menos elevado. Por eso es poco todo lo que se diga a los padres de la preocupación que deben tener de educar e instruir a sus hijos, ya que la oportunidad de la instrucción y educación no se prolonga por desgracia, aun cuando la de hacer dinero o ganar tal vez nunca falte a lo largo de la vida.

Ya sabemos que la necesidad en que se encuentran muchos padres y, por otro lado, la tentación que hoy se cierne sobre todos nuestros niños de ganar a los catorce años, o tal vez también antes, hace que se orienten por el afán de ganar casi exclusivamente. Una palabra quisiera decir en este momento a los hombres que llevan en sus entrañas preocupaciones de justicia social y afán de un mañana mejor.

Bajo ningún concepto soñemos en un mañana mejor si no nos preocupamos de prepararlo, precisamente modelando las almas tiernas de los que próximamente van a ser los hombres de mañana. Quien ha leído la historia de la primera guerra europea no habrá podido menos de

extrañarse y hasta de indignarse al ver con qué condiciones obligaban los zares rusos a sus súbditos a luchar. Una de las causas y de las numerosas bajas que tuvo el ejército ruso en aquella guerra fué el ir a la lucha en unas malas condiciones de armamento. Muchos salían al frente con garrotes en espera de poder coger el fusil que se le caía de las manos al soldado que caía herido, o muerto. Así no se puede llevar a la gente a la guerra, al combate. No son esas las condiciones para ganar una guerra.

Todos llevamos en nuestras mentes la ilusión de otro combate y la esperanza de ganarlo: el combate por la justicia social y un nuevo orden social. Todos estamos soñando eso, todos vivimos con la ilusión de un mañana mejor. ¿No será una vana ilusión la que alentamos al pretender crear una sociedad perfecta sin pensar y preocuparnos más hondamente de la perfección individual, de la formación de cada hombre?. ¿Puede haber una sociedad perfecta, un orden justo, allí donde no existe un hombre perfecto en cada puesto, hombres sanos mandando y también sanos obedeciendo?.

Esos hombres sanos hay que crearlos y para crearlos hay que pensar hondamente en la educación y formación de los niños. Pueblo que sufre, pueblo que espera un mañana mejor, hay que prepararse para ello. Hay que instruirse y educarse.

Modificar la constitución de un pueblo, la forma o régimen de un gobierno, es cosa que se puede hacer de noche a la mañana. Cambiar las leyes lo mismo. Poner a otros al frente es relativamente fácil. No requiere tiempo. Pero nadie dudará que cambiar una bestia en un hombre, perfeccionarse un poco a sí mismo, controlar y vencer las malas inclinaciones que lo mismo nacen en unos que en otros, es cosa que requiere tiempo y esfuerzo; no es susceptible de improvisación.

Cuéntase de un rey de Sajonia que un día salió de paseo de incógnito e yendo por un camino se encontró con unos trabajadores que estaban arreglándolo. Empezó a conversar con el primero que encontró y el tema de la conversación derivó a lo que ganaba y hacía el buen trabajador con lo que percibía. ¿Cuánto gana Ud.?, preguntó el Rey. Cuatro ochotes, le contestó. ¿Y qué tal vive con eso, o se arregla con eso?. Medianamente, pero vivo. El Rey se interesó por saber cómo lo administraba y le preguntó en qué invertía, o cómo lo invertía. Pues, sencillamente, le contestó el trabajador. Una parte invierto en pagar las deudas; de otra parte como, o compro lo que necesito para comer; otra tercera parte pongo en dos bancos y una cuarta parte echo por la ventana. Sorprendido de aquella salida tan enigmática requirió más explicación y, en efecto, se la dió el buen hombre. Mire, tengo dos padres ancianos conmigo y los alimento, que me parece ello necesario para poder pagar la deuda que tengo contraída con los mismos. Por otra parte tengo también dos hijos, que van a la escuela a educarse y formarse y me parece que lo que haga por ellos, por su formación y educación, para que sean algo el día de mañana, es el mejor ahorro y la mejor inversión de dinero que puedo hacer; por eso digo que pongo en dos bancos y, por último, también tengo una hija ... que por cierto no es la que menos me cuesta, y para colmo el día de mañana se la puede llevar cualquier aventurero y por eso me parece que lo que invierto en sus lujos y caprichos es como dinero que tiro por la ventana.

Educación, el mejor servicio a la humanidad

Amadísimos hermanos:

Hemos dicho en el curso de estas pláticas que es tal la importancia de la educación que el mismo matrimonio ha sido instituido por Dios más bien con miras a la misma educación que a la procreación. La procreación es algo que podría lograrse sin necesidad de esa unión permanente del marido y la mujer, pero no así la educación, para la que se necesita el concurso del hombre y de la mujer. Por otra parte, está al alcance de todos que la educación es la clave de la suerte y porvenir de nuestros jóvenes y de nuestra misma sociedad. No hay que olvidarse de que sólo el mal procede por una generación espontánea en el hombre y que el bien requiere un doloroso parto de parte de éste. La educación es el recurso para hacer brotar en el hombre esos sentimientos y esas buenas ideas que necesita para ser un ser capaz de convivencia. Así se comprenderá que quien dijo que el hombre es hombre más por educación que por nacimiento no anduvo desacertado ni mucho menos.

¡Cómo contrasta con esa importancia, con esa trascendencia que tiene en sí la educación, y que se le debe reconocer prácticamente, la manera de proceder de muchos padres de nuestros días¡.

En verdad es edificante el interés, la solicitud de muchos padres para cubrir las necesidades materiales de sus hijos. Se desviven, trabajan horas y horas sin permitirse descanso para proporcionar a sus hijos un mendrugo de pan. Edificante y hasta heroica en verdad la conducta de la inmensa mayoría de nuestros padres sobre este particular. Pero por otro lado, siendo como es la educación la clave de la suerte y porvenir de nuestros hijos, la clave y porvenir de la misma civilización, ¿Cómo se compagina y se comprende la despreocupación de los mismos por lo que se refiere a esta educación y lo poco que se hace por la educación, que en el mejor de los casos se cree que es cosa de las madres, cosa que termina una vez el hijo se haya hecho capaz de ganar un suelo, una vez de que empieza a trabajar y procurarse su pan?.

Sí el niño pudiera expresar sus necesidades, si le fuera dado tener una experiencia anticipada de lo que más tarde va a necesitar en la vida, no creo que tuviera nada que reprochar a sus padres por lo que éstos han hecho o han dejado de hacer en orden a su bienestar material, en orden a sus necesidades materiales. No, ni mucho menos. ¿Pero podrían quedar todos tan contentos con lo que respecta a sus sentimientos e ideas, con lo que respecta a su formación espiritual o moral, cuya falta o ausencia es el motivo de que den tantos traspies en el camino de la vida?. Padres y madres que me escuchais y desvivís por vuestros hijos, éstos tendrán que bendeciros siempre por los sacrificios que os imponeis por su bienestar material. Si algún día

se enteraran de las horas de trabajo, de los desvelos que habeis tenido para asegurarles el pan, tendrán que admirarse. Pero no creo que les ocurriera otro tanto con respecto a lo que habeis hecho por su educación, por el fomento y desarrollo delicado y curioso de sus sentimientos e ideas. Qué ausentes solemos estar cuando más necesitan y qué ajenos estamos casi siempre en ese proceso de sentimientos e ideas, proceso que dejamos se realice según otros moldes de la calle, del cine, de los amigos ... ¿Es que vosotros mismos no amais vuestras ideas y vuestros sentimientos más que vuestros bienes materiales?. ¿Acaso no hay muchos de entre vosotros que han preferido perderlos antes de renunciar a ciertas ideas y ciertos sentimientos?. ¿Qué hacéis para transmitirlos a vuestros hijos, cuántas horas convivís con ellos, cuantas veladas pasais junto a ellos, qué padres pasan sus ocios en el hogar en lugar de en la taberna, qué padres renuncian a esas lícitas pero por otra parte incompatibles expansiones por interesarse de expansionarse con sus hijos, lograr confianza con los mismos, cultivar un poco de intimidad con ellos?.

Recuerdo una obra de un célebre autor en la que nos describe admirablemente el drama de un joven que poco a poco se va enredando en más y más líos y crímenes hasta que es sorprendido y condenado a morir en la horca por sus mismos crímenes. Cuando le llevan al cadalso, preguntado por qué había llegado a aquel triste destino, cuál había sido la causa o la culpa de todo aquello, dió una respuesta sorprendente, "han sido mis padres, dijo, sí han sido mis padres".

"Pero, ¿cómo que han sido los padres los culpables?. ¿Por qué los padres?. ¿Es que le enseñarían a cometer crímenes, es que le inducirían por el camino del atropello y violencia, le enseñarían a robar y matar?". Nada de eso. No les reprocha que le enseñaran a matar ni a robar, ni que tuvieran ninguna otra complejidad. Escuchadle. "Han sido mis padres, que no me enseñaron a tener las cosas en orden a tiempo".

No olvidemos, hermanos, que en lo que respecta al cumplimiento de la obligación de educar son más frecuentes y hasta más graves los pecados de omisión que los de comisión. No olvidemos que en todos los mandamientos hay un capítulo de faltas que no son de comisión, sino de omisión, y este capítulo de faltas de omisión en lo que respecta a nuestro mandamiento o nuestra obligación de educar es más numeroso que el de comisión.

No les reprocha que le enseñaran a matar o a robar, no. Les reprocha que no le enseñaran a hacer y tener las cosas en orden. Es que los defectos a esa edad, en la infancia, no son nunca lo mismo que las pasiones de mucho volumen o mucha fuerza. Son pequeños detalles, pequeñas o débiles inclinaciones, apenas perceptibles a quienes viven un poco lejos del educando. Por eso tienen fácil corrección si es que se tiene un poco de celo e interés a tiempo.

Pero para eso hay que vivir con ellos, hay que estar en casa cerca de ellos. Hay que preocuparse y tener interés.

Eso sólo se logra si se hace vida de hogar. Y tampoco olvidemos que es el hogar el último baluarte de los valores espirituales, de las esencias mejores de nuestra civilización. ¡Qué pena da ver la ruina del hogar, el hogar que se va desmoronando ...¡.

Pero aquí hablamos a los padres y a las madres de Mondragón y permitidme que vayamos concretando algunos puntos, incluso permitidme que ponga el dedo en algunas llagas. Es preciso tocarlas para curarlas.

En primer lugar tengo que llamar la atención de los padres sobre la falta de preocupación o autoridad de éstos para pedirles a los hijos sus cuentas. Concretamente, las cuentas de lo que ganan. El dinero es peligroso para cualquiera, pero mucho más para el joven. Para el joven el dinero es casi siempre una tentación invencible. Y me atreveré a decir que nuestros jóvenes andan en la punta de los dedos demasiado dinero. No seré yo quien diga que lo que se gana trabajando es demasiado; tampoco diré que las expansiones y satisfacciones que

se permiten nuestros hijos son expansiones y satisfacciones innecesarias ni inconvenientes siempre, ni mucho menos. Pero tampoco me dirá nadie que las expansiones y satisfacciones individuales de nuestros jóvenes son desproporcionadas con las satisfacciones y comodidades que están al alcance de la familia, que se permite el hogar. Es indudable que hay un verdadero desquiciamiento moral y social cuando se da al lujo lo que se quita a la necesidad, se da al individuo lo que se le niega a la familia. Todo tiene que estar en equilibrio y orden. Los hijos tienen el deber de entregar a los padres lo que ganan con su trabajo y los padres tienen derecho y deber de exigirles, ya que de ordinario ellos son muy malos administradores y, por otra parte, el dinero es para ellos una tentación.

Otro punto sobre el que hay que llamar la atención es la libertad de movimientos de los hijos. Los padres se han desentendido de a dónde van, con quiénes andan, qué espectáculos presencian, como si seguirles la pista en eso les pareciera una fiscalización excesiva, cuando es una obligación ineludible y grave. Los últimos en informarse de las incidencias de la vida de los hijos suelen ser los padres. No porque así deba ser y así tenga que ser, sino porque así ocurre cuando ellos viven despreocupados. No voy a decir que tienen que tenerlos colgados de sus faldas, pero que tampoco deben perderlos de vista es evidente. Así nos luce muchas veces el pelo ... así ocurren muchas cosas que luego sorprenden.

Dinero, libertad ... instrucción.

No hay más que salir y dar una vuelta por nuestras calles para ver a cualquier hora del día una cantidad enorme de niños deambulando por las mismas. Si se pasa por las escuelas es también fácil escuchar a los maestros y maestras quejas sobre la facilidad con que los niños y niñas dejan de asistir a la escuela. La instrucción es un bien del niño un bien que debe proporcionarse a esa edad, un bien cuya oportunidad se pierde fácilmente.

Conocemos los anhelos de libertad de los humildes, de los proletarios, del pueblo en una palabra. Anhelos que están muy bien y que dicen mucho a su favor, a favor del sentimiento de dignidad, que como sabemos todos ese sentimiento de dignidad en el hombre tiene un santo y una seña que es la libertad. Qué pena da tener que pensar que esos anhelos no pueden colmarse ni en el mejor de los casos, pues esos mismos que tienen tales anhelos no son por otra parte, capaces de administrar sus propios intereses y derechos, puesto que carecen de la instrucción y técnica indispensables para ello al carecer de conocimientos. Un pueblo amante de la libertad, un pueblo consciente de sus derechos, debe saber que la libertad no se poseerá si no se sabe administrar, si se vive siempre en una minoría de edad. Un pueblo así debe preocuparse de su instrucción, pues por el camino del analfabetismo y por el de la ignorancia no encontrará más que la esclavitud, aunque sea de otra forma.

Deber de los padres

Amadísimos hermanos:

El domingo pasado, glosando el Evangelio de la misa, hicimos algunas consideraciones generales acerca de la educación. Dijimos que el mejor servicio que se puede hacer a una persona es educarle bien; es más, el mejor servicio que podemos prestar a la humanidad y a la sociedad es contribuir a que cada ser humano sea más justo, más recto, más bondadoso, más leal, más comprensivo. Pues si es obra meritoria hacer de cualquier rincón de la tierra más productivo y más bello, aventaja en mucho hacer un corazón humano más rico en sentimientos y más elevado y noble en sus aspiraciones y anhelos. Lo que el individuo abandonado a sí mismo no podría cumplir aunque viviera siglos la educación lo hace por él en algunos años.

Terminábamos la plática advirtiendo que la educación no es una siembra a voleo, que pueda hacerla un padre o una madre dejando caer de cuando en cuando unos consejos en el alma del niño ... o algo que pueda encomendarse a un maestro o sacerdote cuando su obra no va a encontrar ratificación en la conducta de los padres. En una palabra, no es algo que puede hacerse sin que previamente, como el buen sembrador, los padres y los educadores todos se dediquen a extirpar y eliminar las propias pasiones y defectos para que las incipientes virtudes del niño no se vean ahogadas luego por el influjo externo del mal ejemplo de sus mismos educadores.

No es pues, amadísimos fieles, una siembra a voleo, sino una siembra que requiere ciertas condiciones. En primer lugar volveremos a advertir que lo primera condición que necesita es que los padres, a quienes incumbe la educación por un deber ineludible, deben intervenir decididamente en la misma.

Si educación no fuera más que la implantación de unos cuantos hábitos externos de cortesía y buenas formas, eso, desde luego, cabría adquirir en un grado conveniente como para desenvolverse holgadamente en el mundo y en la sociedad sin mayor esfuerzo de los educadores y de los educandos. Pero la educación es algo más profundo, algo más hondo, es el levantamiento total del hombre, el levantamiento de todo el hombre. Si el hombre es lo que come, su educación es un problema de alimentación; mas si estamos convencidos de que el hombre es lo que conoce y ama, lo que desea y persigue, entonces su educación es un problema de alimentación del alma, o sea, una operación delicada, interna, constante, el moldeo de su alma para lo cual hace falta y se necesita todo ese fondo de paciencia, desinterés, celo, perspicacia que Dios ha depositado en el corazón de los padres.

Por eso la función educadora, la misión de educar es un deber que incumbe a los padres, un deber que tienen los padres que le han dado el ser, un deber ineludible mientras una fuerza mayor no se oponga a su realización.

Se cuenta que un día se presentó al Rey Luix XVI de Francia su primer ministro Malasherbes, a presentar la dimisión de su cargo. "Sois feliz, le dijo el Monarca; sois feliz Malasherbes, porque podeis hacer cuando os place la dimisión de vuestro cargo: yo nunca puedo hacerlo". El infeliz Monarca al poco tiempo moría en un cadalso. Los padres, amadísimos fieles, no pueden tampoco dimitir de su cargo. No pueden renunciar a su vida y condición de padres y por, tanto, a su misión educadora. La naturaleza no se abdica sin desnaturalizar al que lo hace. En efecto, según nos enseña la historia y la apariencia de la vida, el abandono de este deber de parte de los padres siempre trae fatales consecuencias, no pocas veces hasta para los propios padres y siempre para la sociedad y para los individuos. Las estadísticas de criminales y de todos los anormales nos dan como resultado constante y en todas partes del mundo que la mayoría absoluta de ellas son gente que ha carecido de educación.

La primera condición, por tanto, es que lo hagan los padres, que como hemos dicho no pueden dimitir de este cargo, aun cuando su cumplimiento no pocas veces les suponga muchas molestias y mucha preocupación. En este caso lo que les lleva al cadalso suele ser el abandono del mismo.

Demos un paso más y veamos qué principio debe informar la obra educadora de los padres que, digamos de paso, debe ser también común a ambos, habiendo un perfecto acuerdo y no deshaciendo el uno lo que hace el otro, ni dejando el padre a la exclusiva de la madre cuando para que pueda ser eficaz hace falta que los dos intervengan. Hemos de recordar que es obra muy propia, muy digna y muy noble para que el hombre sienta menoscabo de su personalidad.

El Profeta Isaías describe maravillosamente la labor de un carpintero que va al bosque, corta un cedro o una encina y al llegar a su taller se dice. ¿"Qué voy a hacer de este tronco?". Empieza a cortarlo y hace astillas para el fuego y se calienta con ellas; corta más y enciende el horno de pan y lo cuece. Le resta aún una porción del tronco. "¿Qué haré de ella?", dice. Y se responde a sí mismo: "Ya sé qué haré; haré con él una imagen y esta imagen será un Dios y me postraré ante él y le adoraré". Y sigue el profeta: "No supieron ni entendieron estos hombres, porque cubiertos están sus ojos para que no vea ni entienda su corazón".

Tampoco los padres entienden lo que debieron hacer de sus hijos (G. 2450).

Tomo II. Sermones
Libro 3º. Sermones 2ª parte

Iglesia. Predicación: Iglesia

Índice

1. Constitución de la Iglesia
2. Finalidad de la Iglesia. Domingo Infraoctava Epifanía
3. Cristo formador de los Apóstoles. Domingo IV Epifanía
4. Finalidad de la Iglesia. Domingo V Epifanía
5. Misión de la Iglesia. Domingo VI Epifanía
6. Vida sobrenatural. Domingo de Sexagésima
7. Iglesia Madre de la vida sobrenatural. Domingo IV Cuaresma
8. Magisterio infalible de la Iglesia. Día de la Ascensión
9. Magisterio de la Iglesia. Domingo después de Ascensión
10. San Pedro. 29 junio 1950
11. Iglesia condescendiente
12. Iglesia intolerante. 30.8.1943. Domingo XI después de Pentecostés
13. Intransigencia de la Iglesia. 5.9.1943. Domingo XII después de Pentecostés
14. Intransigencia de la Iglesia, Domingo XIV después de Pentecostés
15. Iglesia salvadora. 26.9.1943. Domingo VI después de Pentecostés
16. Fundamentación del magisterio de la Iglesia. Domingo XXII después de Pentecostés
17. La salvación en la Iglesia. Domingo XXIII después de Pentecostés
18. Crisis de autoridad. Domingo XXIII después de Pentecostés
19. Crisis de ideas. Historia de la Iglesia. Domingo XXIV después de Pentecostés
20. Supervivencia de la Iglesia. Domingo XXV después de Pentecostés
21. Dios sostiene a la Iglesia. Domingo XXI después Pentecostés
22. Dios gobierna a la Iglesia. Domingo XXVI después Pentecostés
23. La Iglesia supera la persecución. Domingo I de Adviento
24. La Iglesia muestra el camino. Domingo III de Adviento
25. Indiferencia y odio contra la Iglesia. Domingo IV Adviento
26. Actitud de los cristianos ante el magisterio de la Iglesia. Domingo III de Adviento
27. Actitud de los cristianos ante el magisterio de la Iglesia. Domingo III de Adviento
28. Defectos de la Iglesia
29. El hombre dejó de creer en Dios y acaba por creer en nada

Constitución de la Iglesia

Amadísimos fieles:

Jesucristo nuestro Señor vino a adoctrinar y a salvar a todos los hombres. No confió su doctrina a la escritura, sino confió a sus discípulos, a quienes prometió su asistencia perpetua mientras ejecutaban su orden de enseñar a toda humana criatura. Jesucristo les aseguró que no habrían de prevalecer las puertas del infierno contra su Iglesia. Su asistencia hubiera sido vana si es que ellos habrían de prevaricar en la enseñanza de su doctrina integra y las puertas del infierno habrían de prevalecer evidentemente si el error y la mentira prevalecieran en ella. La Iglesia de Jesús había de perdurar sin desfigurarse y, por eso, en ella no podía tener entrada el error. Jesucristo no pudo menos de establecer la Iglesia infalible. Nosotros, los hombres del siglo veinte, habíamos de recibir la misma doctrina de Jesucristo, sin adulteraciones, sin alteraciones, y habíamos de tener las garantías de poder recibir sin adulteraciones, porque de lo contrario Dios Sabio, Justo y Bueno no nos podía obligar a recibirla. Decíamos que la Iglesia era infalible.

Determinemos un poco mejor este concepto. Comunicó Cristo esta prerrogativa al Colegio Apostólico. A todos en común les dijo: *"Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra ... id y enseñad ... yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos."* Bien sabía Cristo que sus vidas pronto iban a acabar, pero sabía también que iban a tener sucesores a quienes ellos, a su vez, transmitirían estos poderes que en este momento les confería su fundador. Pero personalmente comunicó esta prerrogativa a Pedro, cuando solemnemente y delante de los otros apóstoles le dijo que El rogaría por él, a fin de que no vacilara su fé y pudiera luego confirmar a sus hermanos en dicha fé. Pedro y su sucesor el Papa son los que exclusivamente reciben la misión y la orden de confirmar, garantizar a los demás en su fé. Por eso esta prerrogativa personalmente sólo la posee el Papa y así los Obispos, sucesores de los Apóstoles, son infalibles cuando van a una con el Papa. El sujeto de la infalibilidad en la Iglesia son, o todos los obispos cuando enseñan de acuerdo con el Papa, o solamente y de forma personal el Papa.

La infalibilidad no es impecabilidad, es decir, el estado de aquellos que, confirmados en gracia, no pueden ya pecar, como lo era la Virgen Santísima. El Papa, aunque Papa es siempre hombre, sujeto como todos los hombres a las tentaciones y a las debilidades, capaz, por consiguiente, de pecar. Su dignidad, por sí misma, no le sustrae a ningún género de faltas, y tan sólo por su virtud y esfuerzo, ayudados por la gracia, puede santificarse. Por tanto, resulta ridículo invocar contra la doctrina de la infalibilidad, ya la supuesta apostasía de San Marcelo que había ofrecido el incienso a los falsos dioses, ya todo lo que historiadores y libelistas han podido referir de Benedicto IX, o Alejandro VI. El Papa es el custodio de la verdad y lo que se exige del guardián es principalmente la fidelidad tocante al depósito que le ha sido confiado. Su conducta personal es independiente de esta infalibilidad.

Tampoco es la infalibilidad la exención de los errores del espíritu. Como doctor privado la palabra del Papa y sus decisiones no tienen otro valor que el que pueden darle su inteligencia, su saber y sus estudios. Así, la obra de Benedicto XIV sobre el Símbolo Diocesano tan sólo tiene la autoridad de las razones y de las pruebas alegadas por el romano Pontífice: es la publicación de un doctor privado, no la enseñanza de un Pontífice que promulga una ley dogmática. En cierta ocasión una controversia dogmática había dividido a los teólogos y había apasionado a todos ellos. Cierta teólogo, a unos amigos temerosos de que determinado Papa diese fallo condenatorio, al parecer inevitable, en esa controversia los tranquilizó en los siguientes términos: *"Aunque el Papa se proponga definir la cuestión, morirá antes de hacerlo"*. Poco tiempo después moría el Papa, que era Clemente VIII; el teólogo se llamaba Cardenal Roberto Belarmino. La Iglesia le ha colocado recientemente entre sus santos y doctores. Las palabras del Cardenal nos revelan cómo piensan de la infalibilidad pontificia los fieles más respetuosos con ella, los santos, apoyados en sólidos argumentos.

No es tampoco la infalibilidad la inspiración, es decir la luz celeste que a siglos de distancia mostraba el Mesías a los Profetas, o que todavía muestra a los santos verdades que por sus propias fuerzas no pueden descubrir. El Papa no es inspirado ni cuando dicta una sentencia infalible: goza de la simple asistencia divina, que no implica necesariamente ni la iluminación del espíritu, ni la moción sobrenatural de la voluntad, sino que en sí misma continúa siendo un auxilio muy distinto de la inspiración.

La infalibilidad es una prerrogativa en virtud de la cual ni el Papa al hablar sólo, ni los Obispos unidos al Papa, pueden apartarse un punto de la verdad revelada cuando imponen una regla de fé a toda la Iglesia. De donde se deduce que ni el Papa ni la Iglesia pueden engañarnos cuando enseñan a todos los fieles lo que es necesario creer, hacer o evitar para ir al Cielo.

La infalibilidad no consiste en creer, descubrir o revelar nuevos dogmas, sino en comprobar primero y luego en declarar que una verdad ha sido creída y enseñada siempre en la Iglesia de Cristo. Supuesto que el Espíritu Santo reveló a la Iglesia toda la verdad, la fé no es sino una doctrina conservada en la sagrada escritura, o en la tradición. La infalibilidad no descansa en la sabiduría o las luces de un hombre, o de una colectividad, sino en la sabiduría de Dios.

Y aunque estemos hablando de un dogma, de una verdad sobrenatural y aunque nos cueste comprender cómo un hombre puede ser infalible, mirad, amadísimos fieles, a la historia. La historia nos habla de una serie de Papas que han ido sucediéndose en el transcurso de veinte siglos. Son doscientos sesenta y cuatro ... entre los que encontramos santos, sabios, prudentes, pero que tampoco faltan niños ... Papas a los doce y catorce años, que son varios, y tampoco faltan otros que no sobresalían ni mucho menos por la ciencia, como tampoco faltan quienes con sus vidas poco arregladas no estaban a la altura de su dignidad. Por esa cátedra han pasado toda clase de hombres.

Decíamos que la mirada de Cristo no se circunscribía a los estrechos horizontes de Palestina, sino que se proyectaba más allá ... y se posaba sobre todos y cada uno ...

El eco de su voz, de aquella su voz que anunciaba las cosas celestiales, no había de ahogarse entre aquellos montes y valles; sino que se habría de comunicar con toda su fuerza e integridad y habrían de sentirla en nuestros templos e iglesias ... comunicando las mismas cosas ... las mismas verdades ...

Adoctrinaba a las multitudes ... pero su doctrina había de ser útil y precursora y necesaria a quienes habíamos de mostrarla separados por lustros después de El ... El tuvo que encontrar un medio para hacerlo... tuvo que pensar en un depósito. Ese medio, ese depósito, son los Apóstoles, son sus sucesores ... Son el Papa y los Obispos ... ellos pueden y deben enseñar ... pueden y deben enseñar y nosotros aceptar ...

Finalidad de la Iglesia. Domingo Infraoctava de Epifanía

Amadísimos fieles:

Cristo, en ocasión en que sus adversarios creían tenerlo atrapado en las redes de sus intrigas, nos dió una magnífica lección dejando confundidos a todos sus adversarios. El quería dejar todo provisto y bien provisto. Ya hemos dicho antes de hoy que la misión de Cristo en la tierra culminó en la constitución de la iglesia, que es esa nueva sociedad que ha de proveer al hombre de los recursos y medios necesarios en orden a su salvación eterna, que es esa barca a cuyo bordo ha de hacer el hombre la travesía de esta vida para trasplantarse en su día a otra región mucho mejor.

La madre provee las necesidades de su criatura y para ello la naturaleza le ha dotado de todo lo que ha de menester el niño en su infancia, en la que no se basta a sí mismo. Después el hombre, para proveerse de otras cosas que ha de menester en la vida y de las que no puede proveerse sólo, inducido por el mismo instinto natural, ha dado origen a otras entidades, a otras asociaciones y la más perfecta de estas asociaciones, de estas instituciones que han nacido obedeciendo a un impulso natural y para la satisfacción de las necesidades materiales del hombre, es la sociedad civil, es el Estado. En el Estado culmina la sociabilidad del hombre, el Estado es la sociedad suprema, la sociedad más perfecta de todas cuantas han tenido origen en la sociabilidad del hombre. El hombre busca su primer complemento en el matrimonio y así la sociedad conyugal es el primer grado de sociedad. Pero, teniendo que enfrentarse a su vez después de constituida esa sociedad con otras sociedades más amplias busca el hombre en esas otras sociedades más amplias, bien sean de tipo profesional o económico, o político, una ayuda más eficaz, más profunda para sus necesidades y problemas. Y la sociedad llamada el Estado, constituida bien sea por hombres de la misma raza, o unidos por la misma homogeneidad geográfica, o topográfica, o por la comunidad del destino, o como se quiera llamar, brota de una necesidad humana y es para atender a la prosperidad material del hombre. Su finalidad es atender a la prosperidad material del hombre. Su existencia obedece no al capricho, sino a una necesidad ineludible del hombre. El proviene de Dios en cuanto que esa necesidad que ha provocado su existencia es una necesidad puesta por Dios en el hombre.

Su finalidad es la prosperidad material de sus súbditos y la esfera de su acción se extiende a todo lo que ha de menester para promover esa prosperidad pública, ese bienestar de sus súbditos y en todo cuanto se ordena al bienestar o a la prosperidad pública es independiente de toda otra potestad, es perfecta y soberana su autoridad. Puede revestir cualquier forma, bien sea democrática, bien sea monárquica, bien sea oligárquica, etc.; la forma justa de autoridad

es aquella que en cada lugar y en cada país y hasta en cada circunstancia mejor se presta para promover esa prosperidad pública, mejor promueve ese bienestar. Jesucristo nuestro Señor no hizo ninguna declaración política, Jesucristo nuestro Señor dejó al juicio y a la opinión de los hombres la aceptación de las formas políticas. Jesucristo nuestro Señor, cuya vida se desarrolló en las circunstancias políticas más delicadas que pueden figurarse, observó una conducta de respeto grandísimo a la autoridad, tanto civil como eclesiástica. El no quiso comprometer su ministerio de la subsistencia de su Iglesia incompatible con una u otra forma determinada. El responde con tonos de máximo respeto a la autoridad romana, que en este caso para sus compatriotas era una autoridad usurpadora, tiránica, injusta; El a su vez pagó el tributo que exigía el Sanedrín, que era el Supremo Consejo Rector de los Judíos. Reconoce a los mismos fariseos el derecho de enseñar, solamente precave a sus oyentes contra los malos ejemplos que dan, responde a sus preguntas en materia religiosa, porque como tal autoridad tenían derecho a interrogarle.

Jesucristo ha tenido ese proceder con la autoridad existente. Jesucristo no entra en más cuestiones; lo que hace es dar vida a otra sociedad, cuya vida sin embargo no limita ni compromete en nada la vida y los derechos de la sociedad civil. Jesucristo, viendo que en el hombre había además de las necesidades materiales, a las que ha de satisfacer una organización social lo más perfecta posible, otras de tipo espiritual, para que los hombres tengan un apoyo, una ayuda en su camino hacia el Cielo, Jesucristo establece otra sociedad cuyo fin es promover el bien espiritual de sus súbditos, que son todos los hombres, cuya misión es proveer a los hombres de todos aquellos auxilios que han de menester para salvar sus almas. *"Dios quiso dividir, dice León XIII, el gobierno de la familia humana entre dos poderes: el eclesiástico y el civil. El uno para que atienda a las cosas divinas y el otro a las humanas. Los dos son poderes supremos, cada uno en su orden; los dos poderes tienen sus límites propios, dentro de los que deben mantenerse; límites señalados por la naturaleza y fin próximo de cada uno de ellos. De modo que dentro de esos límites viene a describirse como una esfera dentro de la cual cada poder dispone de derechos propios"*.

Esta sociedad, que tiene por fin facilitarnos los recursos para salvarnos, es la Iglesia. Súbditos suyos deben ser todos los hombres, por expresa voluntad de Dios, que quiso que fuera de la Iglesia no hubiera salvación. El que creyere y fuera bautizado se salvará ... el bautismo es la puerta de la Iglesia. Jesucristo ya determinó más la forma que había de tener esta sociedad. Es una sociedad jerárquica. El poder soberano reside en el Papa, sucesor de Pedro y quiso Cristo que así ocurriera hasta la consumación de los siglos. Todos los hombres estamos obligados a obedecer a ella, cualquiera que sea la nacionalidad o la condición de aquellas cosas en que se pone en juego nuestra salvación eterna, el bien de nuestra alma. De ella y de nadie más deben recibir los hombres la doctrina respecto del alma, la doctrina respecto de todos los problemas que trascienden el orden material; a Ella incumbe pues todo lo concerniente al orden moral y espiritual. Ella es el supremo arbitro de las cuestiones morales y de fé. El Obispo de Córdoba, en el siglo IX, aquel gran Oss, decía al Emperador Constancino: *"No te entrometas en los asuntos eclesiásticos ni nos mandes sobre puntos en que debes ser instruido por nosotros. A tí te dió Dios el imperio, a nosotros nos confió la Iglesia, y así como el que te robase el imperio se opondría a la ordenación divina, del mismo modo guárdate tú de incurrir en el horrendo crimen de adjudicarte lo que toca a la Iglesia. Escrito está: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"*.

Dos esferas, dos sociedades con finalidades distintas; he ahí la doctrina católica. Y si la existencia de dos sociedades con finalidades distintas a nosotros nos impone dos series de obligaciones diferentes para cada una de ellas, ¿cuáles han de ser las relaciones mutuas entre ellas?

Hasta que viniera Jesucristo al mundo el poder civil detentaba al mismo tiempo el poder espiritual, o la jurisdicción espiritual. Jesucristo establece la separación. Pero Jesucristo no vino a turbar el orden social estableciendo esta dualidad. Jesucristo no pudo tratar de turbar la armonía y la paz con su establecimiento. Por eso podemos preguntarnos cómo se han de coordinar estas dos potestades, estas dos autoridades soberanas, que muchas veces tienen los mismos súbditos. Jesucristo hizo su entrada en el mundo al son de consignas de paz. El vino a traer la paz a las conciencias turbadas, por medio de un perdón generoso. El vino a traer la paz a la sociedad rota y despedazada, por medio de su precepto de amor, amor a los amigos y hasta a los enemigos. Jesucristo mediante el establecimiento de otra sociedad no podía pretender turbar la vida pública y tuvo que escoger una solución y un desarrollo armónico entre ambas potestades. Vemos que El no se mete en disquisiciones acerca de la justicia del poder establecido. Acaso metiéndose en ello podía haber encontrado una fórmula para sustraerse a la obediencia a las autoridades vigentes en Palestina, pues al fin y al cabo eran extranjeros y opresores; pero pasando por alto esas cuestiones El observó una conducta correcta, respetuosa, señalando así la ruta a seguir a su Iglesia, que vemos que en el transcurso de los siglos y a través del espacio convive con las formas políticas y sociales más diversas.

El no pudo imponer una lucha entre ambas potestades. El, que en todo buscaba la paz y la armonía, tuvo que desear una inteligencia entre ambas potestades, siempre que no hubiera obstáculo superior.

Cristo formador de los Apóstoles. Domingo IV de Epifanía

Los discursos, las andanzas y la actividad toda de Cristo de la que se nos da noticia en los Evangelios es poca cosa, una parte de toda la que desplegó durante tres años. Y no deja de llamar la atención el hecho de que, aun dentro de lo que los Evangelistas nos han conservado, se refiera tanto a las relaciones suyas con sus apóstoles.

Cristo no concentró su principal interés en despertar oleadas de admiración en el pueblo, sino en formar bien a aquellos que había escogido. Aquel grupito estaba destinado a ser la levadura del mundo, la sal que había de preservar de la corrupción a la humanidad. El de nuevo pensaba ocultarse tras el velo de aquellos sus escogidos. Y da por terminada prácticamente su misión personal y Mesíánica en el mundo en el momento en que se decide a transmitir sus prerrogativas y facultades a aquellos a quienes había formado con tanto esmero. Escuchábamos el domingo pasado aquellas palabras capaces por sí de sumir en el asombro y en la admiración más grandes y profundas a quienes las escucharan: *"Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra ... así como me envió a Mí el Padre para que fuera el Salvador y el Redentor del mundo, así os envío yo a vosotros ... lo que atareis será atado, lo que desatareis quedará desatado ... quien a vosotros os desprecia a Mí me desprecia, quien a vosotros os oye a Mí me oye ... quien a vosotros obedece a Mí me obedece, quien os desoye a Mí me desoye ..., ya lo sabéis que es envío ... os envío como ovejas en medio de los lobos ... el mundo que primero me ha odiado a Mí, a vosotros tampoco os puede perdonar. Sabed que yo he ido primero ... no temais, que yo estaré, aunque sea oculto, pero en medio de vosotros ... yo estoy a vuestra disposición, a vuestra voz me someto."*

Finalidad de la Iglesia. Domingo V de Epifanía

Amadísimos fieles:

Hemos dicho quién instituyó la Iglesia. Nos planteamos la siguiente pregunta, ¿para qué la instituyó?. Importante. Desconocimiento de la misión y del papel que le compete realizar ha sido y es la causa de muchas críticas que se dirigen contra ella. Blanco de todos los ataques: de los de arriba y de los de abajo, de los ricos y de los pobres, de los políticos y de los filósofos ... en nombre de la libertad y de la unidad, del progreso y de la ciencia.

Fenómeno extraño ... la historia de las contradicciones ... Ved. Primeros siglos. Desdén ... desprecio ... odio porque se le supone aliada de las clases bajas, a las que excita a la rebelión ... éstas ... acaso se quejan porque les predica al mismo tiempo la obediencia y la sumisión a la autoridad y modera, acaso prudentemente, sus ansias de emancipación. Más adelante ... Imperio ... de intervenir en política ... otros de estar aliada con el Imperio y haber hecho causa común ... Feudalismo ... ídem. ... los de arriba de ser defensora de los de abajo ... los de abajo ... de moderar sus justas ansias ...

Edad Media ... libertad ... intransigente ... por la verdad ... Más tarde ... unos porque dicen que el campo social y económico no le pertenece ... otros porque no interviene ahí donde tiene que intervenir ...

Unos de partidaria de formas tiránicas ... otros de democrática ... Unos de ser demasiado intransigente ... otros por ser elemento disolvente y sostén de lo deshecho ... de lo que no tiene derecho a ser.

¿Veis esto?. ¿No llama la atención?.

Así ha sido y es. Porque se desconoce su misión. Cada uno la concibo subordinada a sus deseos ...

Ved a Cristo maniatado ... frente a Pilatos ... Se le lleva al tribunal ... acusado, ¿por quiénes?, ¿por qué?.

Por los judíos, rabiosos ante romanos ... por los que el Mesías concebían como un caudillo de la causa nacional ... que debiera recoger en sí todas las aspiraciones de independencia y revancha de aquel pueblo y levantar la bandera de la rebelión ... No ha querido ser Rey en este sentido. Ha rehuído ese título y la corona ... ¡Qué más quisieran que eso! ... y le acusan de ser eso ...

¿Por qué?. La venganza ... porque no se acomoda a sus deseos ... no se somete a su criterio ...

Le acusan ... Aquí traemos ... quería rebelarse contra Roma ... Se hacía Rey de los judíos ... juzgarle procurador Romano ... hipocresía ... doblez ...

Así, se lo llevan a los tribunales, a la Iglesia. Así con los acusadores contra ella hov.

Unos por malicia ... otros por desconocimiento de su misión ... *"No he venido yo a eso".*
"No es de este mundo mi reino. Si de este mundo fuera mi reino ... hace tiempo ... "

Vosotros que le acusais de intervenir ... de no intervenir ... conocéis ... qué es ... qué debe hacer ... Subsiste con unos. Durante la República ... Ahora ... Por encima de las repúblicas ... Interviene ... no interviene ... campo económico ... jornales ... no es empresario ...

Misión de la Iglesia. Domingo VI de Epifanía

Amadísimos fieles:

Observábamos el domingo pasado el caso extraño de la Iglesia acusada en todos los tiempos, por los de arriba y los de abajo, los unos y los otros en nombre de principios opuestos y por causas opuestas, incompatibles, irreconciliables. Hoy mismo se vuelcan sobre ella acusaciones las más de las veces raras y extrañas. Hoy mismo unos quisieran que ella confundiera su causa con la causa que ellos defienden. Otros quisieran que se erigiera en paladín de los descontentos y de los contradictores ... y naturalmente tanto para los unos como para los otros Ella estará fuera de su lugar, ausente de donde debe estar ...

Pero es que para discutir y saber si está en su puesto, si es o no fiel a su misión, ¿sabemos, unos y otros, saben quienes discuten esos derechos, esas actitudes, cuál es la misión que Ella tiene, cuál es el objetivo que persigue?.

En medio de todo no nos ha de sorprender esto que ocurre con Ella, con la Iglesia. Ya le predijo Cristo su suerte. No puede Ella correr mejor suerte que Cristo, su fundador. Las cosas para apreciarlas bien hay que verlas a cierta distancia, sobre todo sin la presión de la pasión. Hoy, a muchos siglos de distancia, hoy, sustraídos a aquel ambiente de apasionamiento que se había creado en torno a su persona, podemos ver y comprobar que Cristo ejecutó admirablemente, exactamente su plan mesiánico, aquel plan que ya estaba bosquejado en el Antiguo Testamento y en los Profetas. Nadie tendrá la ocurrencia de decir que se salió de su sitio, que se extralimitó en el cumplimiento de los designios divinos. Y ved sin embarco que Cristo entonces fué entregado y condenado precisamente por quienes tenían en sus manos aquellos vaticinios, por los mismos quo adoraban, esperaban y creían en el Mesías que Dios había de enviar. No sabían lo que hacían. ¿Qué pasaba?.

El verdadero ideal mesiánico degeneró y quedó reducido a un puro ideal político. Israel ... la Humanidad esperaba su Salvador prometido ... para instaurar el orden que deshizo el primer pecado. Pero ese Salvador para Israel no había de ser más que un Caudillo que no había de tener más misión que proclamar la independencia de su Patria bajo el poder extraño ... extender sus fronteras ... realizando el sueño del imperio hebrero que había de asentar su predominio sobre las ruinas de los otros pueblos. Y para nada más que para esto les interesaba el Mesías. Parecía que los intereses de la Humanidad toda no eran más que los intereses de un sólo pueblo. Parecía que sobre los intereses políticos no había otros valores; parecía que la restauración del orden perdido por el pecado no había manera de llevarla a cabo más que proclamando la independencia de un pueblo. Parecía que la paz, el bienestar de la Humanidad, estuvieran

precisamente vinculados a la gloria eterna de una nación, de un pueblo. Y esta era la mentalidad estrecha de aquellos hebreros; a esto se reducía aquel propósito generoso que Dios tuviera al verle al hombre enredado, expuesto a mil penas y sufrimientos, a una lucha horrible consigo mismo ...

Y Jesús, que no quiso ni pudo erigirse en paladín de esta causa política ... Jesús, que resueltamente, abiertamente, se opuso a esta concepción mesiánica ... Jesús, no solamente es acusado de impostor, de traidor, de falso Dios... de falso Mesías ... sino que es entregado a aquel mismo que encarnaba el poder extraño en Palestina, a Pilatos, por los mismos que tenían por centro y objetivo de sus aspiraciones el repudio de esa autoridad.

Esta es la historia de la Iglesia. Ella tiene ambiciones más generosas, más humanas que cuantos caudillo, que cuantos partidos y cuantos sistemas aparecen en el mundo. Ella no puede reducirse ... coordinándose o subordinándose a esas ambiciones hirsutas, estrechas, nacionales, sociales o raciales ... y así Ella tiene que padecer y soportar la enemiga de todos. Para unos el valor fundamental es la sangre material, la misión más grande conservar la pureza de esa sangre ... sometiénolo todo a eso ... sacrificándolo todo ... la libertad, la dignidad ... todo a la pureza de esa sangre ... y cuando la Iglesia dice que por encima de la sangre está el espíritu, cuando ella reconoce que bien está esa pureza ... pero es más la pureza del espíritu, habrá merecido ser su enemiga. Otros dirán que hay clases explotadas ... y dicen que actualmente la primera misión es su rehabilitación ... bien está, pero Ella dirá que la felicidad del mundo, el bienestar, no sólo depende de eso, y que por consiguiente hay que tener en cuenta otros factores ... hay que tener en cuenta otros derechos de todo ser humano ... sea quien fuera ... Ella se habrá hecho acreedora a su enemistad.

Tenemos que entender cuál es la misión de Jesucristo para que entendamos la misión de la Iglesia ...

Reina perfecto orden y perfecta armonía en el universo ... bajo la soberanía del hombre.

El hombre, Adán, está exento del sufrimiento y de la muerte. Adán tiene perfectamente subordinada su naturaleza, inferior a su razón. No hay rebelión ...

Adán participa de derechos divinos, que le hacen acreedor a la gracia santificante.

Estos dones ... no eran debidos en sí a la naturaleza. Su disfrute se vinculaba al cumplimiento de una condición.

Estos dones ... no eran exclusivamente para Adán, ... ni aun haciéndose él acreedor y digno de ellos habían de transmitirse a su posteridad. No se cumple la condición y en este momento recobra su libertad, la naturaleza inferior. Se rebela contra el hombre toda ella ... la viviente y cósmica y la otra sensitiva que llevaba a cuestras. El dolor y la enfermedad, la muerte, entran ya en el mundo.

La naturaleza humana ... desgarrada ... herida ... deformada y debilitada ...

El hombre con lo intrínsecamente suyo ... y le es intrínseco a su naturaleza esa lucha impuesta ... la muerte .. el dolor ... se le priva de la filiación divina ...

Desde ese momento empieza a declinar la humanidad ... va decayendo ... a tal punto llega la degeneración que a Dios casi le pesa el haber hecho al hombre. Envía castigos enormes ... trata de elevar la vida por los Profetas ... con todo ello no basta: el mundo de los hombres se halla en el frenesí de locos exaltados: unos lloran, otros ríen. Unos dominando, otros sirviendo de esclavos; unos gozando a lo bestia y otros sufriendo más que los animales.

Ahora viene Jesucristo: Se comprende su misión sublime.

Su misión era la de implantar en el mundo el reino de la verdad única y trascendente, pues tenía consecuencias de eternidad y de la verdadera paz que puede existir en esta tierra.

Pudo Dios dejar a la humanidad sufriendo las consecuencias de su caída? ...
Habla de regeneración en sentido real ... no figurado.

Vida sobrenatural. Domingo de Sexagésima

Veíamos el domingo pasado *"en verdad. en verdad te digo que quien no naciere por el bautismo del agua y la gracia del Espíritu Santo ... no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que ha nacido de la carne es carne. ... lo que ha nacido del Espíritu Santo es espiritual ..."*

La vida corporal viene de la carne ... en este sentido no puede volver a nacer y tiene razón Nicodemo al maravillarse y preguntar si un hombre ha de volver al seno de su madre.

Pero hay otro nacer a la vida sobrenatural y de la gracia ...

Como al viento no se le ve ... ni se sabe de dónde viene ... y a dónde va ... pero por el ruido que produce y el movimiento que causa se le siente ...

Conocemos tres clases de vida ... que la encontramos constituyendo los tres reinos animales del universo. La vegetativa ... que tiene sus funciones específicas ... asimilación ... capilaridad ... la animal que es más perfecta y virtualmente posee en un principio la vegetativa. Tiene sus funciones específicas ... de un orden más elevado; ... la animal por último que la encontramos en el hombre ... que además de las sensaciones... produce el pensamiento y la idea ... que es lo que da superioridad al hombre entre todos los otros seres y es principio o instrumento de progreso de que carecen los demás.

Estas tres clases de vida virtualmente están contenidas en un principio ... es su alma la que hace que en el hombre se realicen esas otras operaciones de las diversos órdenes.

Pero ved ... que en orden a su aparición ... la vegetativa precede a las otras ... las funciones de la vegetativa son las primeras que se desarrollan ... es germen de vida que se traducirá en hombre ... más tarde, la vida animal prevalece sobre la vegetativa ... llega el niño a los siete u ocho años y empieza a despuntar la vida propiamente racional ... que cuanto más se desarrolla ... más engrandece al hombre ... y el estado más satisfactorio y la profesión más propia del hombre es aquella en la que más importancia tienen sus funciones.

Tres clases de vida escalonadas ... claro que la vida vegetativa no ha desaparecido: seguimos compartiendo esa con la planta ... la animal con los animales ... y la racional ... nos es propia.

Ahora bien: en el cristiano hay otra vida ... la sobrenatural ... que comparte con Dios mismo ... la sobrenatural ... que en principio la posee ... aunque sus funciones no hayan llegado al perfecto desenvolvimiento y en parte están como suspendidos mientras no se llega a la razón.

Ved en el niño ... a quien no le falta propiamente nada para ser racional ... sin embargo esa racionalidad no aparece hasta cierto momento ... sus funciones están como quien dice suspendidas.

Nuestra vida sobrenatural cuyo germen y cuya semilla es la gracia ... es esa que compartimos con Dios ... y esa que prevalecerá sobre todas las demás ... ¿cuándo?. No aquí sino después ... pero para que después se desarrolle es preciso tenerlo aquí ...

Iglesia madre de la vida sobrenatural. Domingo IV de Cuaresma

El domingo pasado comenzamos a hablar de la constitución que Cristo ha dado a la Iglesia, que es esa Madre que cría hijos para el cielo, educa hijos para el cielo, que es esa Madre que trasmite no una vida temporal sino una vida perdurable. Dios ha hecho perfectamente todas las cosas. Es asombrosa la sabiduría que preside la obra de la creación. Nada sobra y nada falta: todo está admirablemente provisto y todas las contingencias están previstas. Quien ha descrito esas órbitas que recorren los astros y quien ha impreso esos instintos que les proveen de todo lo necesario hasta a los insectos más reducidos y más insignificantes en orden a sus necesidades y al desarrollo de su vida podemos concebir que haya dejado desprovisto al hombre, ¿podemos concebir que no haya previsto y provisto sus necesidades con la misma exactitud, escrupulosidad y detalle?.

Ved su providencia. El es el único que puede crear la vida, pero esa vida no la crea sin el concurso de los elementos humanos. Para la aparición de un nuevo ser en el mundo ha recabado el concurso del marido y de la mujer. El concurso del marido y de la mujer no hace otra cosa que dar ocasión, proporcionar la oportunidad para que Dios cree allí una alma inmortal. Lo que los sabios más sabios no han podido descubrir y no han podido producir no lo produce ni lo hace nadie por su cuenta. Dios es el autor de la vida, Dios crea el chispazo una vez que los humanos le han proporcionado la oportunidad. Podía haber escogido otro medio de transmitir la vida, porque la vida en otros ordenes vemos que se perpetua y se trasmite de las formas más diversas. Ha escogido ese modo y solamente de ese modo, con el concurso material de los seres humanos lo trasmite y la perpetua. Pero ved ahora cómo provee a ese ser indefenso impotente para desarrollarse y para conservar esa tenue que llamamos vida que late en sus miembros tiernos. Para que en ningún caso le falte el socorro y la ayuda Dios habrá dotado a los padres de ese instinto irresistible del amor que les llevará a cargarse con todo para poder satisfacer a las necesidades de ese ser indefenso que llamamos niño. Para que todas sus necesidades estén provistas y para proveer a todas sus necesidades no basta la madre, Dios ha inducido por un impulso natural al hombre a unirse a una mujer y así se ha dado origen a esa primera institución social que es la familia que puede ir satisfaciendo a las necesidades cada vez más amplias de ese niño. Momento llegará en que sus necesidades sobrepasen las posibilidades de esa primera institución que ha nacido por el imperio de la misma naturaleza y Dios también ha previsto esta contingencia y la ha provisto también. Por el mismo impulso natural, por el imperio de la misma naturaleza social del hombre este habrá dado origen a otra institución social más amplia que es la sociedad civil para proveer a sí mismo y a los suyos de aquellos elementos de progreso y de

felicidad y de bienestar que no puede proveerse con los recursos y elementos de que dispone en esa primera institución que es la familia. Esas necesidades mayores del niño Dios los ha satisfecho valiéndose del mismo hombre y dando origen a esa sociedad civil que tiene más recursos, más fuerza y más medios. De esta forma tan espontánea y natural ha hecho Dios que el hombre obedeciendo a sus instintos sea providencia de sí mismo, de esta forma el hombre en orden a su perfeccionamiento natural y en el camino de la felicidad temporal y limitada. Se ha valido de los mismos hombres, se ha valido en ellos para proporcionarlos mediante su unión lo que no pueden proporcionarse en el aislamiento.

Ahora cabe preguntar si Dios ha provisto al hombre también en orden a una vida temporal, si Dios ha satisfecho de esta forma tan sabia sus necesidades materiales y le ha proporcionado estos elementos de bienestar, ¿le habrá dejado desprovisto en orden a esa otra felicidad eterna, en esfera de esa otra vida perdurable de que sabemos que goza el hombre?. Su providencia es en esta esfera y en este orden será menos sabia, menos espontánea que lo es en el orden temporal y visible?. Esta es una pregunta que nos hemos de plantear necesariamente a la vista de la sabiduría que preside la obra de la creación visible. La región de lo invisible que solamente podemos vislumbrar con los esfuerzos de nuestra razón que penetran y llegan donde no llegan los sentidos y sobre todo que solamente podemos conocer al detalle por expresa revelación de Dios, que es como conocemos actualmente, nos ofrece también cuando se la considera y se la estudia los mismos rastros de la sabiduría y de las providencias divinas. Vedlo.

Hemos dicho que Dios indudablemente podía haberse valido de otros medios muy diferentes para propagar la vida. Para ello ha requerido el concurso de los elementos humanos, de la materia humana. Pues bien, en el orden sobrenatural lo mismo para infundir esa gracia que es el elemento de que tiene que estar revestida nuestra alma para merecer la gloria eterna requiere el concurso o la presencia de una señal sensible como es el agua, como es el crisma, como es el pan ... Los sacramentos son señales sensibles externas por los que Dios infunde al hombre esa vida sobrenatural que ha de desarrollarse después. Se requiere la presencia, el concurso pasivo del agua del bautismo para que Dios allí infunda esa vida sobrenatural lo mismo que se requiere el concurso de los elementos humanos para que Dios produzca la vida. El concurso no es la vida y de por sí y por su esencia sería impotente para ello. Vemos que las operaciones más estudiadas y complicadas del laboratorio no producen la vida.

Y si Dios para el cuidado y el desarrollo de la vida temporal, de una existencia efímera ha hecho un corazón materno, para la conservación, para el desarrollo de esa otra vida, para proverle al hombre en orden a su felicidad eterna ha creado a la Iglesia. Y así como a la madre por los instintos que ha infundido en su corazón le ha dotado de todos los elementos necesarios para ello, hemos de saber que a la Iglesia, a la que ha encomendado la provisión de los hombres en orden a esa vida perdurable, a la vida eterna, le ha constituido de tal forma que espontánea y naturalmente puede proveer a todas sus necesidades. En ella no puede faltar ninguno de los elementos que ha de necesitar el hombre para poder conducirse con normalidad, con relativa facilidad en ese camino de la eternidad. Al estudiar pues la constitución de la Iglesia hemos de ver los medios de que dispone ella para atender a las necesidades de los hombres en orden a su salvación. El hombre en orden a su salvación está encomendado a la Iglesia desde que nace con el bautismo hasta que expira y desde que nace que le infunde ella la vida sobrenatural por el bautismo hasta que recibe su último suspiro está encomendado exclusivamente a la Iglesia y pertenece a la Iglesia en orden a los asuntos de la salvación, de los asuntos espirituales. Veamos qué tiene ella para desarrollar esa vida sobrenatural que como la natural es también una llama tenue expuesta a todos los vientos y a todas las tempestades que la pueden apagar, extinguir. De dos ordenes son los medios que tiene ella, como son también de dos esferas las necesidades del hombre, de orden individual y de orden social. La potestad llamada de orden de

que estan revestidos los ministros, tiene por objeto comunicar primero esa vida, nutrirla después y reanudarla o renovarla cuando se haya extinguido por el pecado. Así como Dios ha dado a la madre un instinto irresistible de amor por el que se logrará conservar y desarrollar esa tenue llama de la vida, así también ha dado a la Iglesia lo que llamamos la potestad de orden, que es la facultad de celebrar los ritos sagrados que dejó instituidos Jesucristo que son los sacramentos, señales sensibles y externas por los que Dios comunica primero la vida como en el bautismo y después la conserva y la nutre como en la confirmación y en la eucaristía o la vuelve a reanudar como en el sacramento de la confesión en el caso que haya llegado a extinguirse. Y así como en orden temporal Dios produce la vida siempre que los seres humanos lícita o ilícitamente pongan la condición material necesaria, de la misma forma también en el orden sobrenatural por esas señales siempre producen la vida o la nutre aunque las ponga un ministro indigno, con tal que esos actos reinan las condiciones, esa se produce infaliblemente. A sus necesidades posteriores no lo provee peor. El hombre como el niño no sabe que es lo bueno y lo malo en el orden sobrenatural si no le enseñan ... ella le enseña ... no sabe a donde tiene que ir o que tiene que hacer.

Magisterio infalible de la Iglesia. Día de la Ascensión

Amadísimos fieles:

Todavía hace setenta y tres años se celebraba el último Concilio Ecuménico en la Basílica Vaticana. Se reunían allí más de medio millar de Obispos venidos de todo el mundo y otros seis mil teólogos más eminentes junto con todos los generales de las Ordenes religiosas. Es la última asamblea universal que ha celebrado la Iglesia, asamblea que tuvo que disolverse sin tiempo para ultimar el estudio de todas las cuestiones, asamblea que se renovará cuando lo disponga el Papa. Aquel gran Papa que se llamó Pío IX, aquel gran Papa que se defendió con una entereza admirable, se vió despojado de su soberanía civil sobre los Estados Pontificios por la violencia de las tropas revolucionarias y por la ambición de un Rey, Victor Manuel II de Italia y sin haber tolerado que su dignidad sufriera menoscabo se encerró en el Palacio del Vaticano donde continuarán en la misma forma sus sucesores hasta Pío XI de feliz memoria y viendo, en este momento un momento de oportunidad para ello, convocó el Concilio Vaticano que entre otras cosas definió el dogma de la infalibilidad Pontificia. Es verdad que las tropas de Victor Manuel le han despojado de su soberanía civil, es verdad que el Papa está encerrado, pero en este momento excogitado por la Providencia desde toda la eternidad cuando aparecerá ese Papa con mayor autoridad que nunca, con una autoridad sin igual en el mundo, la autoridad de su infalibilidad que lo reconoce y lo declara el Concilio y así ese Papá y sus sucesores se abrirán paso en medio de las tinieblas con la verdad que ellos pueden enseñar infaliblemente.

En el siglo de las luces, en el siglo del racionalismo significaba esto un atentado a los fueros de la razón y no nos ha de extrañar que ese mundo de intelectuales, ese mundo que como dice Mrs. Franceschi *"confiaba demasiado en le rezón para temer sus extravíos y desconfiaba demasiado del dogma para buscar en él una sombra de verdad"* se levantara unánimemente y escandalizado de tamaño atrevimiento. Habría que hacerse idea de aquel ambiente naturalista y racionalista para poder comprender hasta dónde llega la indignación de los mismos. Aquellos retrógrados que se reunieron en el Vaticano y declararon que un hombre y la Iglesia eran infalibles para enseñar las verdades del dogma y de la moral, que eran infalibles cuando enseñaban cosas que se ordenaban a la dirección de las almas en orden a su salvación eterna, que era la misión que Dios les había confiado se hicieron blanco de todos los ataques, de todas las burlas, de todas las irrisiones de esos hombres que en Alemania los capitaneará un teólogo llamado Gunter, que en Francia seguirán las consignas de la camarilla de filósofos sectarios que desplegaran una actividad prodigiosa de manera que sus influencias de más o menos lejos

llegarán hasta los mismos católicos que empezarán a hacer distintos dictados por conveniencias humanas o políticas ... en fin merecerán el anatema de todo el mundo intelectual inficionado de naturalismo ya racionalismos. La iglesia ha dado un paso atrás, dirán muchos.

Hoy, a los setenta y dos o tres años de aquella fecha, vemos que no solamente la infalibilidad, o sea el que no puedan equivocarse, sino hasta la impecabilidad, o sea que no puedan hacer nada mal, es decir que todo lo que hacen está bien hecho, no se puede discutir, sino obedecer. Es una prerrogativa, es un derecho inherente a la persona de los Jefes y Caudillos, de modo que sin que esos mismos filósofos se escandalicen se erige en verdad fundamental de los movimientos políticos y sociales, los más amplios y trascendentales. De manera que es una cosa que nadie se permitirá discutir. ¿Por qué? se preguntará. Porque el Jefe no puede equivocarse. Esto era lo que escandalizaba hace poco al mundo; y esta definición, la declaración de esta prerrogativa de que Cristo Dios, y nadie más que El, puede hacer eso. Ha comunicado, ha transmitido a su Iglesia tal prerrogativa, reducida a determinada materia de dogma y de moral, el estudio del magisterio de la Iglesia va a ser el tema que vamos a acometer en dos o tres pláticas.

Qué es el Magisterio de la Iglesia; dónde se basa; qué materias abarca, qué obligaciones impone, qué garantía de verdad ofrece ... Todo esto merece que lo estudiemos bien y saquemos ideas claras. Bien sabemos que lo que se nos echa en cara a los cristianos, y no sin razón, es que tenemos una doctrina y practicamos otra. No siempre se debe ello a mala voluntad. Es que por ignorar o desconocer qué puede mandar la Iglesia y hasta dónde llega nuestra obligación de obedecer, se desprecian esas consignas pontificias, esas consignas de la autoridad eclesiástica. El negar una verdad que enseña la Iglesia sabemos que es herejía. A nadie tenemos sin embargo por hereje, y acaso ni por mal cristiano, cuando se permiten el derecho de discutir otras cosas que también enseña la Iglesia, o enseña su cabeza visible en la tierra, el Papa. Creemos que cuando el Papa dice solemnemente que una cosa es verdad dogmática hay que bajar la cabeza; ¿y es que acaso ese Papa no goza de la misma resistencia divina cuando enseña otras verdades que son de orden práctico, pero al fin y al cabo de orden espiritual, o moral, no participa de esas luces; es que acaso algunos dogmas no se han contenido en el magisterio ordinario de la Iglesia sin que sobre ellos haya una declaración solemne?.

Más. Los que en otras materias somos acaso escrupulosos observantes; los que en otras materias queremos llegar a la perfección, hasta por los caminos austeros de la ascética; los que buscarnos, no ya el cumplimiento, sino la perfección en las obras, llegados a este punto, o en lo referente a la actitud con las enseñanzas pontificias, con las consignas pontificias, nos permitiremos el lujo de hacer distinciones hablando descaradamente y distinguiendo la verdad dogmática acaso de la verdad política; la verdad religiosa de la verdad social; la verdad moral de la verdad temporal ... como si no hubiera más que una verdad ... una verdad que es Cristo ... que es la verdad. ¿Qué es esto sino una verdadera infección racionalista?, ¿qué es esto sino un verdadero contagio racionalista?, y acaso de no menos graves consecuencias en el orden práctico que la negación absoluta, directa, del magisterio eclesiástico. ¿No es ésto una mutilación del derecho divino del Para de enseñar en todo lo referente a la fe y a la moral?, ¿no es ésto una repudiación del mismo derecho, una repudiación un poco amainada y solapada, pero verdadera en el fondo?.

Vamos pues a despertar nuestra conciencia cristiana. Vamos a formarla respecto de esta verdad y vamos a tener ideas claras, para que no tengamos conductas ambiguas. Que estaremos llegando a unos momentos en que hay que adoptar posturas claras en el mundo. Con Cristo o contra Cristo. Y nada más. Con el Papa, o contra el Papa. No se trata hoy de situarse con otros, o junto a otros. Ahí nada más. Y junto al Papa no se sitúa precisamente el que reconozca su soberanía, sino aquél que practica su doctrina, aquél que acata su autoridad en todos los órdenes.

Magisterio de la Iglesia. Domingo después de Ascensión

Amadísimos fieles:

Jesucristo es Dios; Jesucristo es el Hijo de Dios que se encara, para salvar a la Humanidad toda. Vamos a sacar las conclusiones que se derivan de esta verdad elemental de la doctrina cristiana. Su obra no se circunscribe a aquellos que le rodean durante los días de su vida mortal en Palestina. Su mirada indudablemente se cierne sobre esos millones de hombres que han de existir en el transcurso de los siglos; su amor abarca a toda esa serie de hombres que se han de perder en la perspectiva indefinida del tiempo. Su sangre ha de redimir no solamente a aquellos sobre los que caen sus salpicaduras, sino también a aquellos otros que han de distanciarse por el espacio y el tiempo; su obra redentora es universal en todos los sentidos.

A Cristo tuvo que plantearse la cuestión de cómo había de serles provechosa y útil, tanto su obra como su sangre, a los que habían de venir espaciados por el tiempo. Hemos dicho que, no menos que su sangre, es universal su palabra y su doctrina. El enseña para todos los hombres; El quiere dejar bien claramente señalado el camino del cielo para todos los hombres que han de existir. Sabía que no menos que aquellos que ansiosos corrían detrás de El habíamos de necesitar de las luces de su doctrina todos nosotros. Cuando se le presentó aquel joven noble a preguntarle qué debía hacer para salvarse, su presencia no pudo menos de evocarle el recuerdo de millones de hombres que habían sentirse atormentados por esta misma preocupación, por esta misma inquietud. Pudo contestarle que leyera las Escrituras. No le dijo nada, no le pareció conveniente complicarle la vida; simplemente le dijo lo que tenía que hacer. Cristo, tan solícito y complaciente con aquellos, ¿no había de involucrarnos o abarcarnos a nosotros con la misma solicitud?. ¿Acaso no nos ha de amar con el mismo amor?

Pues bien. Cristo, que hablaba para todos, enseñaba para todos, tuvo que escoger un medio por el que se transmitiera sus enseñanzas a la posteridad, con todas las garantías de verdad y seguridad. ¿Cuál fué ese medio en el que pensó Cristo?, Es decir, el mismo problema en otros términos, ¿cómo sabremos, o dónde encontraremos, la solución de todos los problemas espirituales y morales que se nos pueden plantear?. ¿Dónde encontraremos la doctrina de Cristo íntegra y pura?. En el Evangelio, direis; en la Sagrada Escritura, me contestareis. No está mal. Pero no es esa la verdad.

La verdad es que aunque la recorrais desde la primera hasta la última página no hallareis ninguna orden, ningún precepto del Señor, que les dice que escriban lo que les enseña. El ha escogido unos cuantos de quienes se hace acompañar en todo momento y a quienes enseña e

instruye en privado y en público. El les imbuje en su espíritu, El les prepara para encomendarle la prosecución de la misión que ha comenzado. El ha de transmitirles sus poderes y sus facultades. En ellos va a perpetuarse su obra, su palabra y, sin embargo, en ningún momento se nos recuerda que Cristo ordenara a sus discípulos que escribieran lo que les iba a enseñar. ¿Han escrito todo?. Expresamente nos dice San Juan que para poder relatar todo lo que hizo y enseñó el Señor sería menester llenar otros muchos volúmenes.

Y no le faltaba motivo al Señor para no encomendar solamente a la letra muerta su doctrina de vida, su pensamiento. A la letra muerta se le hace decir lo que se quiere. La letra se altera, se estruja, se tergiversa. No hay texto que no sea susceptible de cualquier sentido, el más raro y ambiguo. Por eso tampoco ha habido ningún legislador que se haya conformado con sólo dar sus leyes, sus normas y dejar su interpretación al arbitrio de cualquiera, sin que junto a la norma y a la ley haya creado de ordinario una constitución para interpretarla auténticamente. Está bien la devoción al Evangelio, pero no basta. Por encima de la devoción al Evangelio ha de estar la devoción a la Iglesia, la devoción al magisterio auténtico de la misma. La revelación íntegramente no la hemos de encontrar en lo que dejaron consignado los apóstoles, algunos de los cuales escribieron bastante, pero otros no hicieron nada. La revelación íntegra habría que conocerla de los labios de aquellos que fueron testigos de todos los pasos del Señor, testigos de todas sus intimidades. ¿Qué enseñaron?. Eso sabremos por la tradición. La veneración a la tradición proviene de que es la tradición, juntamente con los escritos sagrados, el depósito de la revelación.

Hemos dicho que Cristo no ha dado ninguna orden de escribir a los apóstoles; sin embargo, Cristo, momentos antes de despedirse de ellos, les dijo: *"Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id y predicad, bautizándoos en el nombre del Padre ... y Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos"*. Y San Marcos, explicitando más el pensamiento de Cristo, añadirá estas palabras de Cristo. "El que os creyera se salvará, el que no, se condenará." O sea, que Cristo impone a los apóstoles la obligación de predicar, pero a una impone a todas las criaturas la obligación de escuchar y hacer lo que ellos enseñan. Instituye en este momento y de esta forma un magisterio auténtico. Entendámoslo bien. El magisterio que Cristo instituye no es como el que pudiera ejercer una institución docente, por ejemplo una universidad o un colegio, o un instituto, que puede enseñar y dar a conocer la verdad. Sino que es un magisterio que llamamos auténtico en el sentido de que respecto de lo que enseñan esos hombres no cabe indiferencia en los que escuchan, sino que los que escuchan están obligados a creerlo, a tomarlo como obligatorio.

Festividad de San Pedro. 29 de junio 1950

Amadísimos hermanos:

“¿Me amas?. Tú sabes que te amo”. “Tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. Palabras que se leen en el Evangelio, y se refieren a Pedro.

La religión cristiana es una cadena de misterios. Sí hermanos, no tenemos necesidad de suavizar esta expresión. La religión cristiana es una cadena de misterios, de dogmas o verdades que escapan al alcance de nuestra razón; que nuestra inteligencia, por mucho que se empeñe, no las sabe comprender. Misterio y misterio asombroso, chocante, es la Encarnación; el hecho de que la segunda persona de la Santísima Trinidad se haya hecho semejante a nosotros, revistiéndose de carne como la nuestra. Qué ocurrencia de Dios tan peregrina. Misterio es luego su vida sobre la tierra. El, que venía a enseñar una nueva doctrina, mejor dicho un nuevo modo de vivir, a los hombres, no sale de los confines de Palestina y dentro de la misma Palestina vaya compañía que escoge ... vaya gente con la que se rodea. Deja de lado a los intelectuales, a los sabios, a las mismas autoridades, a todos los que representan algo de fuerza o influencia en la vida social y pública, y allí anda de un lado para otro "predicando". Pero sin ni siquiera organizar grandes mítines, o concentraciones, o peregrinaciones, nada; se para en el camino y se detiene con cualquiera. Parece que el tiempo no urge, parece que desconoce los resortes que deben utilizarse cuando se trata de hacer algo que merece la pena. Misterio sigue siendo la elección que hace de los que convoca para llevar por los cuatro costados del mundo su doctrina: unos pescadores, ignorantes, brutotes, que entendían poco de formas sociales, que no sabían presentarse en las clases altas, que no iban a entender de diplomacias con las autoridades, que iban a ir de una parte a otra sin cabalgaduras elegantes, sin tarjetas de visita, sin trajes de etiqueta. No iban a guardar formas sociales que exigían aquellos señores pulidos. Y para colmo, a uno de los más rudos, más bastote, mayor, de unos cuarenta años, le hace o le nombra jefe de todos ellos, con la particularidad de que esta jefatura consistirá en trabajar más que ninguno, en exponerse más que otros, vivir tan pobremente como los demás, ser perseguido como nadie. Misterio y misterio chocante, asombroso, este de la elección de los apóstoles y el establecimiento de la primacía entre ellos. Verdad que hacen falta "tragaderas" para considerar todo eso y ser cristiano. En verdad los que miran a las cosas con este sentido crítico, mejor dicho desde el punto de vista de las exigencias de la razón y de nuestra manera de desenvolvernos, sin "tragaderas" no pueden ser cristianos. Ese Dios que así aparece y así obra parece todo menos Dios. Ese Dios que por una parte afirma su deseo de establecer un reino universal y convoca e invita a los hombres a incorporarse al mismo y, por otra parte, tiene tan poca vista y emplea métodos tan extraños, es un Dios que nuestra inteligencia, nuestra razón, no admiten.

"Me amas, Pedro ..." ¡Qué profunda sabiduría encierra esta frase! Nosotros en su lugar seguro que le hubiéramos preguntado: ¿Me crees?, y hubiéramos hecho de su fe, o falta de fe, en definitiva de la postura de su inteligencia, el criterio para discernirle, para escogerle o dejarle fuera del grupo. Pero Dios, el Dios que venía a por el hombre, el Dios que venía a lograr que el hombre aprendiera a mirar arriba, a que supiera que no era sólo para esta vida, a que supiera que no sólo tenía un cuerpo, sino también un alma, el Dios que venía a conquistar, a ganar al hombre, forzosamente tuvo que plantear así el problema. Me amas, a mí, que soy tu Dios, a mí que te he dado todo lo que poseo. Me amas. Y así escudriña las profundidades del hombre. Así, con arreglo a la postura que han de tomar con respecto a esta cuestión, clasifica las almas. La religión cristiana, o el reino de Cristo en la tierra, es el hecho de las grandes almas, de los espíritus generosos, desprendidos, valientes, decididos, capaces de desbordar el círculo egoísta. Y no olvidemos que el hombre vale lo que pesa, lo que mide su corazón más que lo que abarca o alcanza su inteligencia. La verdadera dimensión del hombre se aprecia midiendo su corazón y no considerando la agudeza o el alcance de su inteligencia. De ahí que el precepto fundamental de su reino sea la caridad, el amor y para regenerar al hombre, para elevar al hombre, para rescatar al hombre, ha pensado más en alcanzar los abismos de su corazón más que en la conquista de las cimas de su inteligencia. Necesita de estas cimas en tanto en cuanto piensa llegar hasta los abismos de su corazón.

No se diga, pues, hermanos, que Cristo ha elegido a Pedro a pesar de su ignorancia. Dígase que le ha escogido porque en aquel Pedro inculto ha descubierto un corazón noble, generoso, leal, abierto, como efectivamente descubrimos si en todos sus actos, en todos sus gestos, a excepción de aquel desfallecimiento momentáneo de la noche de la Pasión, impuesto por el temor que encoge sus nervios y achica momentáneamente su espíritu.

"Sobre esta piedra ...", es decir, sobre esta condición de corazones capaces de amar a Jesús, que representa el ideal de toda grandeza, de toda nobleza, de toda rectitud, de espiritualidad, de aspiración sobrenatural; sobre esta premisa, sobre esta condición, edifica Cristo su reino en la tierra; sobre esa condición edifica su Iglesia y así Pedro, desde este momento, representa a todas las almas generosas, desprendidas, abiertas, nobles y rectas que han de existir.

Hemos dicho que la religión cristiana es una cadena de misterios y ahora comprenderemos la razón de estos misterios. En primer lugar, son indudablemente un sello de la divinidad de los hechos, que si fueran de nuestro alcance podríamos tal vez confundirlos como obras humanas. Pero son, en segundo lugar, la clave para establecer el reino de los cielos en cuanto que debiendo ser este reino el fermento, la luz, la sal de la tierra y de la humanidad, solamente debe y puede integrarse de las almas capaces de grandes ideales, esto es, de los hombres sensibles a todo lo que sea grande, noble, recto, elevado; en una palabra, con hombres de corazón amplio y generoso. No es tanto el creer cuanto el amar lo que diferencia y clasifica a las almas, ya que es propiamente el corazón, y no la inteligencia, lo que da la medida del hombre.

Pedro ha entregado su corazón a Cristo, o mejor dicho, Cristo ha penetrado en Pedro hasta los abismos de su corazón, y así se explicará luego su fecunda, maravillosa vida.

Al considerar a Pedro no nos detengamos en las conocidas escenas de las negaciones de la noche de la Pasión. No. Veámosle ya después de la Resurrección de Cristo y venida del Espíritu Santo presidir la composición del Credo, predicar valientemente en Jerusalén y convertir más de tres mil personas en un sólo día. Evangelizar el Asia Menor, establecer su sede en Antioquía, donde funda una cristiandad floreciente; volver a Jerusalén, de donde, encarcelado, salió milagrosamente de su prisión.

Ya el año 42 llega a Roma, donde inaugura el culto del verdadero Dios. Roma, capital, influjo, pero foco de corrupción moral y social espantosa, arriba escepticismo y abajo

superstición. 20.000 judíos, todas las clases ... el senador Pudente ... Práxedes y Pudenciana ... cristiandad arraigada. Para el 47, persecución de Claudio, destierro o expulsión de los judíos ... Pedro se retira al Oriente; preside en Jerusalén un concilio de los apóstoles. El año 54 vuelve a Roma y hace su residencia habitual, hasta su muerte, año 67. Aumenta el número de convertidos, afirma a los que lo son; escribe cartas ... hace frecuentes viajes, envía apóstoles a las Galias, sostiene a los cristianos durante la persecución de Nerón; confunde a Simón Mago y, como iba en aumento el peligro de su vida, los cristianos le aconsejan la ausencia, la fuga, que efectivamente emprenden pero en su marcha, cerca de la puerta Cepena, de repente ve a Jesucristo que penetra en la ciudad. “¿A dónde vas Señor?. A Roma, a ser crucificado de nuevo”, le contesta. Entonces Pedro regresó y estuvo allí hasta llegar la hora del martirio. Nombra su sucesor a S. Clemente; es encerrado en la prisión Mamercina, con S. Pablo y el 29 de junio del 67 fueron sacados del calabozo para conducirlos a la muerte. Condenado a morir en la cruz, pidió a su verdugo que le pusiera cabeza abajo, juzgándose indigno de morir como su Maestro. Tenía entonces unos setenta y cinco años.

Pero su espíritu, su obra, permanece. El inicio la dinastía más gloriosa de la historia; casi trescientos sucesores han seguido reinando y seguirán hasta el fin de los siglos. Pedro vive. Y la adhesión a la cátedra de Pedro; la adhesión al Papa, es adhesión a Cristo, hasta tal punto que es la clave de la unidad cristiana y la pervivencia en la verdad. Ubi Petrus, ibi Ecclesia. Donde esta Pedro allí está la Iglesia.

Iglesia condescendiente

Amadísimos fieles:

Os recordaba como un símbolo exacto de lo que viene ocurriendo con la Iglesia aquel pasaje de la pecadora pública sorprendida en el auditorio y conducida a presencia de Cristo para que éste emitiera su sentencia de muerte sobre ella. Los fariseos no han comprendido, ni comprenderán, cuál es la misión de Cristo que, como expresamente lo dice El, había venido a salvar lo que se había perdido. Le acusarán de ser amigo de los pecadores y de publicanos; acaso pensarán que es un contertulio de ellos; acaso sospecharán en otras complicaciones con ellos que le muevan a ser tan tolerante, tan condescendiente. La acusación que hoy se lanza contra la Iglesia es también la de ser demasiado indulgente con los usurpadores de derechos ajenos; es la de no ponerse inmediatamente o tan resueltamente como quisieran muchos de parte de la justicia, de parte de la ley y contra la injusticia y la opresión. ¿Qué hace la Iglesia, se suele decir, consintiendo a veces los palios en manos de sus más indignos hijos?, ¿qué hace la Iglesia que permite que se acerquen al altar quienes han faltado al prójimo?, ¿qué hace rodeada de tanto fariseo y tanto hipócrita?. ¿Qué hace Cristo rodeado de tantos pecadores, de tantos publicanos?, ¿qué hace? ¿Pero no es ella madre que ha de buscar la conversión del pecador?. Nos gustaría que manejara la fusta, que manejara el látigo. ¿Qué pena que no se barran nuestras iglesias de tanto hipócrita, de tanto fariseo, de tanto negociante, de tanto pecador.

Tenemos por delante un siglo, el siglo XIX, en que se acusará a la Iglesia de no ser suficientemente benigna, suficientemente tolerante. Su proceder escandaliza a aquellas multitudes del siglo pasado, porque es intransigente, intolerante. El supremo valor que hay que salvar y reconocer es la libertad. Ha pesado eso siglo y ha cambiado la manera de pensar de los hombres. La libertad ha sido, como lo dijo Lacordaire, la opresión del pobre y hemos llegado a un siglo en que predominan otras corrientes, corrientes de violencia y de fuerza. Hasta la misma verdad hay que imponerla. Inficionados por estas corrientes en boga, se tilda hoy a la Iglesia de ser demasiado indulgente, demasiado condescendiente con la debilidad humana. ¿Qué hace ella que no levanta más fuertemente la voz contra las injusticias?, ¿qué hace que contempla impasible esta miseria que se está cebando sobre el pueblo, sin levantar sus brazos y provocar una lucha a sangre y a fuego contra esos que están acaparando las riquezas, con perjuicio de todos o la mayoría?. Ese espíritu de guerra y lucha de clases siempre ha detestado la Iglesia. Pero eso no quiere decir que ella sea indiferente hacia unos u otros. Ella enseña la verdad; respeta al hombre. Lo de siempre ... lo de San Agustín ... conoce cuán profunda y grande es la miseria humana.

La intolerancia. Domingo XI Post-Pentecostés. 30.8.43

Amadísimos fieles:

En la última plática, abriendo un breve paréntesis, salíamos al paso de los que tildan y acusan a la Iglesia de intolerante, intransigente; intolerancia o intransigencia que al parecer tan mal encaja en su naturaleza de Madre. Ella sabe que posee el único depósito de la verdad; ella sabe que es la única maestra que puede enseñar y hablar a los hombres con autoridad sobre cuestiones de fe o de moral. Ya lo sabemos que si ella no enseñara más que verdades teóricas, o cosas que no tienen nada que ver con las costumbres de los hombres, no hallaría tantos contradictores, pues, como decía Pascal, si la religión no fuera más que matemáticas no tendría ningún contradictor; pero como es algo más, como sus dogmas afectan a la vida del hombre, a su conducta, éste trata de justificarse a sí mismo como puede. Y decíamos que así como el médico que no tolera que se enseñe que el ojo es el órgano donde se hace la digestión, o que al químico no se le consiente que diga que son el nitrógeno y el carbono los componentes del agua, o al matemático que no permite que en su aula se enseñe que dos y dos son doce, nadie le echa en cara como un insulto la palabra intransigente, o intolerante, así tampoco la Iglesia recibe y considera como afrenta el que se diera que ella es intolerante, intransigente, pues sabe que ella sola posee la verdad y ella sola es la maestra de la verdad. Esta intransigencia, esta intolerancia doctrinal de la iglesia, que con tanta escrupulosidad vigila sus enseñanzas, la pureza de su doctrina, es un elogio en su favor, es una prueba que le favorece.

La Iglesia es intransigente con el error; la Iglesia es intolerante con el error. La idea de tolerancia anda siempre acompañada de la idea del mal. Tolerar lo bueno, tolerar la virtud, serían expresiones monstruosas, cuando la tolerancia es en orden a las ideas supone también un mal del entendimiento: el error. Nadie diría jamás que tolera la verdad.

Sin embargo, sabe también la Iglesia ser tolerante en determinadas circunstancias. La Iglesia, aunque ello sea un mal, tolera los matrimonios de católicos con los no católicos, con determinadas garantías. Tolerancia que exista la libertad de culto en los países protestantes, que niños católicos asistan a escuelas que no lo son. Tolerancia un mal por concesión precaria y provisional, para conseguir mayores bienes. El gobierno humano deriva del divino y, por consiguiente, debe imitarlo. Ahora bien, Dios, aunque sea omnipotente y sumamente bueno, permite que en el mundo sucedan algunos males, que El podría impedirlos, pero que los permite, porque de no existir esos males se impedirían bienes mayores y aún sucederían males peores. Por eso, los que en el gobierno del mundo tienen la dirección de la cosa pública, dice Santo

Tomas, con razón toleran algunos males, con el fin de que no se impidan algunos otros bienes y para que no se incurra en algún otro mal peor.

La Iglesia es intolerante con el error y la maldad, pero es tolerante al no usar de la menor violencia ni de fuerza para imponer a la fuerza la verdad. La Iglesia reclama la libertad para proponer la verdad, no para imponer a la fuerza la verdad. Ni a los hijos de los judíos y de los gentiles permite Santo Tomás bautizarlos cuando no son dueños de sí, o no están en peligro de la vida contra la voluntad de sus padres, por respetar el derecho natural que éstos tienen sobre ellos. Doctrina esta que ha pasado a la legislación en el canon 750 y que constantemente la están practicando millares de misioneros. No era esto lo que enseñaba Rousseau cuando por una parte decía: *"No permita Dios que jamás predique yo el dogma cruel de la intolerancia"* y después, en su tratado sobre el Contrato, decía que los soberanos podían desterrar de su país al súbdito que no acatase la legislación civil y añadía que aún podían más, que cuando el súbdito reconociese la constitución, o los dogmas, y obrase como si no existiesen, le podía condenar a muerto. De este estilo ha resultado también la tolerancia de otros muchos que tenían también como divisa que muera quien no piense como yo.

Pero, acaso direis algunos, no sabemos lo que será la Iglesia teóricamente, pero prácticamente hemos visto que en su nombre se han cometido los mayores crímenes y que el fanatismo religioso ha hecho destrozos. La Iglesia siempre ha sido tolerante con las personas, lo mismo que ha sido intolerante con el error. Su doctrina respecto de esto está admirablemente expresada y condensada en aquella frase de San Agustín que ha sido la consigna que ha inspirado su conducta, aunque no la haya inspirado la conducta de todos los cristianos. Dice San Agustín: *"No odies más que los vicios, amad a los hombre, matad los errores, sed valientes en poseer la verdad, pero sin soberbia, combatid por le verdad, pero sin crueldad, rogad por aquellos a quienes quereis corregir y convertir"*. Esa es la doctrina de la Iglesia. Reconocemos que se han cometido muchos desmanes en nombre de la religión. A este respecto os recordaré lo que dice el insigne Balmes al hablar de este asunto. Respecto de las atrocidades que se han cometido en nombre de la religión, en nada deben embarazar a los apologistas de la misma, porque la religión no puede hacerse responsable de todo lo que se hace en su nombre, si no se quiere proceder con la más evidente injusticia. El hombre tiene un sentimiento tan fuerte y tan vivo de la excelencia de la virtud que aun los mayores crímenes procura disfrazarlos con su manto. ¿Sería por ello razonable desterrar la virtud de la tierra?. El patriotismo es una virtud. En nombre del patriotismo se han cometido los abusos más execrables, ¿por eso hemos de decir que la Patria, por haber dado el ser a sus hijos, tiene la culpa, o que el patriotismo es cosa que perjudica?.

Hay en la historia de la humanidad épocas, añade él épocas terribles en que se apodera de las cabezas un vértigo funesto: el furor encendido por la discordia ciega los entendimientos y desnaturaliza los corazones; y llámase al bien mal y al mal bien y los más horrendos delitos se cometen invocando nombres augustos. Están entonces las sociedades como un hombre en un acceso de delirio y mal se juzgaría ni de las ideas, ni de la índole ni de la conducta del delirante por lo que dice y hace mientras se halla en ese lamentable estado.

Y respecto de esas cosas pasadas, que se suelen alegar en contra de la Iglesia para poner al descubierto su índole rancia e intransigencia injustificables, hemos de hacer las advertencias que el mismo Balmes hace al tratar de este asunto. Para juzgar bien esas cosas pasadas estamos demasiado distanciados cronológicamente, y más todavía psicológicamente. El anciano Catón tenía 86 años cuando fué acusado al Tribunal de no sé que delitos de la vida pasada. El Tribunal le autorizó, o le dió la venia, para defenderse y se defendió con esta simple sentencia: *"Difícil es dar cuenta de la propia conducta a hombres de otro siglo del en que ha vivido uno"*. No estamos en condiciones de apreciar bien el volumen de las cosas. Además, las cosas miradas por un lado solamente no dan suficientes elementos de juicio para formarse idea de ellos.

La intransigencia. Domingo XII Post-Pentecostés.5.9.43

Amadísimos fieles:

Sin descender demasiado a detalles, vamos a hacer dos o tres observaciones sobre el tema que dejamos sin concluir el domingo pasado. La religión -terminaba diciendo- no puede hacerse responsable de todo lo que se haga en su nombre. El hombre tiene un sentimiento tan fuerte y tan vivo de la excelencia de la virtud que aun los mayores crímenes trata de disfrazarlos con su manto. ¿Y sería razonable desterrar por ello la virtud de la tierra?. Hay en la historia de la humanidad épocas terribles en las que se apodera de las cabezas un vértigo funesto: el furor encendido por la discordia, ciega los entendimientos y desnaturaliza los corazones. Llámese bien al mal y mal al bien y los más horribles atentados se cometen invocando nombres augustos. Están estos momentos las sociedades, como los hombres, en un acceso de locura o delirio, y mal se juzgaría de las ideas; ni de la índole, ni de la conducta del delirante por lo que dice y hace mientras se halle en ese lamentable estado. Pruebas no necesitamos aducir de la historia de hace siglos. En nuestros mismos días hemos sido testigos de este estado de delirio por el que ha pasado la sociedad en que nosotros mismos hemos sido acaso más que simples espectadores. ¿Quién, quién se atrevería a justificar todo lo que se ha hecho en nombre de la humanidad, del orden, de la sociedad, de la república o de Dios, en estos años pasados? Para apreciar las cosas hace falta verlas en perspectiva y cuando se las puede ver con un poco de perspectiva de tiempo, entonces no nos parecen lo que nos pudieron parecer en un momento determinado, en que veíamos demasiado cerca las cosas para poderlas apreciar en su justo y exacto valor,

Pero yendo a lo que vamos, hemos de hacer unas observaciones contra esas cosas que se echan en cara a la Iglesia para poner de manifiesto su intransigencia, su falta de sentimientos humanitarios. Y su actitud, y la actitud de la gente respecto de ella no es más que aquella misma de Cristo y aquella que se observaba en Cristo. Unos le acusan de demasiada benignidad, otros de hacer más uso de la misericordia que de la justicia; le quisieran inflexible siempre, condenando la injusticia, mejor dicho levantando siempre la mano de la justicia. Les indigna a los fariseos que Cristo conceda tan fácilmente el perdón, les indigna que se muestre tan complaciente y tan condescendiente con el pecador; ellos han sorprendido en el adulterio a la mujer. Le han conducido a la presencia del maestro. Han cogido las piedras en las manos para apedrearla. "*¿Tú que dices?*", le preguntarán, esperando que también El pronuncie la sentencia de la muerte. "*El que de entre vosotros esté sin pecado tire la primera piedra*", clama Jesús, confundiéndolos a todos, que huyen cabizbajos. Este gesto de los fariseos imita con frecuencia la humanidad; estoy

por decir que casi siempre que pide y clama por la justicia , pocas veces provoca esa sed de justicia la verdadera justicia, sino que se ocultan otras intenciones torcidas, otras intenciones tan confesables. Y cuando la Iglesia ante el clamor de justicia de unos adopta una actitud discreta, de quien conoce los fondos ocultos y los últimos repliegues del alma humana, la gente acusa como los fariseos a Cristo de ser amigo de pecadores, amigo de los publicanos, y al estilo de aquellos que se escandalizaban de verle tratar y alternar, incluso dejarse invitar por ellos a comer, se escandalizaban también contra la Iglesia, por su demasiada benignidad con el pecador, o con los pecadores. ¿Es que Ella ha pactado en realidad con la injusticia?. No.

Son los años críticos de reconstrucción nacional española. Los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, elevan una instancia a Roma solicitando la implantación de un tribunal especial de tipo religioso en España, para condenar la herejía, principalmente a los judaizantes. Indudablemente, no falta en sus pechos el deseo sincero, el anhelo de conservar en su pureza la religión cristiana, e invocan ese motivo en su instancia. Hacen ver los peligros que corre España para mantener la pureza de la religión cristiana de ser indulgentes por más tiempo con los judaizantes y los herejes.

En Roma se resisten a acceder a su solicitud. Hay un verdadero forcejeo y al fin el Papa concede la Bula de la constitución del Tribunal de la Inquisición. La Inquisición será un instrumento religioso, pero no exclusivamente religioso, sino también será un instrumento al servicio de los intereses políticos, que a veces pueden coincidir con los religiosos. La Inquisición constituirá el gran escándalo de los tolerantes, de los humanistas del siglo pasado.

Frente a esos, se levantan los que tildarán por otra parte a Jesús y la Iglesia de una severidad demasiado grande con las flaquezas humanas y las debilidades humanas. Los mandamientos, se dirá, los mandamientos son demasiado severos, no son para la naturaleza flaca y débil del hombre. Así hablarán los racionalistas y los tolerantes y los transigentes de todas las épocas. Ya os lo decía otro día, cómo uno de los reproches que constantemente se han echado en cara a la iglesia ha sido su intransigencia, su intolerancia, su condenación del vicio, del error. Se desearía al mismo tiempo que se pide que sea inflexible con ciertas injusticias, mejor dicho con determinada clase de pecadores y levantara contra ellos la mano de la justicia, se quisiera, repito, que dejara pasar otras muchas cosas en cuanto a las costumbres privadas, en cuanto a las costumbres públicas, en cuanto a las flaquezas y debilidades humanas. Así, está la Iglesia siempre entre dos fuegos, como estuvo Cristo. Unos le tildan de demasiado benigno, de no airarse y levantarse ante los pecadores que las masas señalaban con las manos; otros le tildan de ser demasiado exagerado; así, dirán, dura es esa doctrina, ¿quién podrá cumplir, o quién podrá salvarse de esa forma?.

Y concretamente, en cuanto a los hechos históricos que se alegan para poner al descubierto su intolerancia su intransigencia, vamos a aplicar al caso aquello que decía el anciano Cató cuando a los ochenta y seis años fué llevado al tribunal, acusado de no sé qué defectos o vicios de su vida anterior. *“Difícil es dar cuenta de la propia conducta a hombres de otro siglo distinto al que yo he vivido”*.

La intransigencia. Domingo XIV Post-Pentecostés

Amadísimos fieles:

Durante todo un siglo se ha estado motejando a la iglesia de ser intransigente o intolerante. El siglo XIX es el siglo del liberalismo, el siglo de la libertad. La libertad es el supremo valor que se reconoce en el hombre y que hay que salvar a toda costa. El hombre llega a la cúspide, al vértice de su perfectibilidad, cuando se le ofrece campo expedito para desarrollar su libertad. Y en todo ese siglo hay un enemigo de la libertad, en todo ese siglo la humanidad, en la senda de su próxima prosperidad y de su anhelada felicidad, tropieza con un ostáculo que es la Iglesia, que habla de la necesidad de la ley, de la necesidad de la verdad. La ley y la verdad no dicen nada. La fórmula mágica de cuya implantación universal que de seguirse de por sí el equilibrio y el bienestar es la de dejar hacer, dejar pasar. Se reduce a su mínima expresión la intervención de la autoridad. Es que la autoridad en aquella mentalidad liberal no tiene más función ni más misión que las de un guardia de circulación que se coloca en un lugar determinado para prevenir y evitar los choques. Pero el guardia se guardará de inmiscuirse en asuntos de nadie pidiéndole cuenta de dónde viene y a dónde va, y menos se atreverá a señalarle su curso. El hombre puede pensar como le da la gana, el hombre puede expresarse como le da la gana, el hombre puede hacer lo que le da la gana. Y porque el hombre puede hacer y debe hacer lo que le da la gana, hay que despojarle de todas las ataduras de la ley. No hace falta leyes que regulen las relaciones mutuas, ¿para qué las leyes que determinen los contratos de trabajo, las condiciones de trabajo, los puestos de trabajo?. El obrero no se compromete a nada y si le da la gana trabajará aquí y si prefiere se marchará a otra parte; y si le da la gana trabajará por dos pesetas y si no trabajará por diez. Lo mismo que el patrono podrá ofrecer y dar lo que le parezca, lo que le convenga. La justicia ... de la justicia no se habla. La justicia brotará o se establecerá como fruto de la libertad. ¿Resultados?. Ya los conoceis. Miseria, hambre, en una inmensa mayoría del pueblo. Es que la libertad es la opresión del débil, como dijo el dominico Lacordaire: La ley es la libertad del pobre.

En ese ambiente y dentro de esa mentalidad, el mayor reproche que se puede echar en cara a una persona, o a una institución, es la de intransigente e intolerante, que es decir enemigo del progreso y de la felicidad de la humanidad. Y así descargan sobre la Iglesia todas sus iras aquellos liberales. Se la tilda de retrógrada, enemiga de la humanidad. Y todo porque enseñaba que la libertad tiene que ejercitarse dentro de la legalidad. La libertad sin ley favorece injustamente al poderoso y oprime al débil, al pobre que no tiene para luchar contra el otro ningún recurso y siempre se verá abatido y dominado por la necesidad. Este liberalismo ha sido indudablemente una de las causas más profundas de la presente crisis social. El mundo se ha dividido en dos grupos: por un lado encontramos inmensas masas de proletarios carentes hasta de lo más indispensable y, por otra, el grupo de los privilegiados que, explotando a esas masas, ha ido acumulando todas las riquezas. El género humano vive para unos pocos, exclamaba

con razón un economista cristiano a fines del siglo pasado. *“Las riquezas necesitan de una muchedumbre de pobres que trabajen, conviene que esos pobres sean ignorantes”*. En estos principios descansa aquella organización que acaba con toda la legislación social y se abre paso a todos los abusos.

Preguntad en ese ambiente por qué se rechaza a la iglesia y os dirán que porque es enemiga de la libertad y en la libertad está la salvación. Pero el mundo después ha dado otra vuelta. Se suele decir que los extremos se tocan. Efectivamente, de un golpe ha pasado de un extremo a otro. Se ha dejado de creer en la libertad, pues se busca la salvación en la violencia y en la fuerza que es irreconciliable con la libertad. Y así, al siglo XIX le sigue el XX, siglo de la fuerza, de la violencia; fuerza y violencia que se traducen en los sistemas políticos predominantes y en los métodos que se usan por unos y otros. La miseria y la pobreza extremas a que habían llegado las masas provoca en estas la reacción. Y los primeros gritos de rebeldía y de violencia parten del seno de esas masas. La verdadera prosperidad y felicidad no pueden venir más que de la fuerza. El mito de la revolución va abriendo paso. Se sueña de nuevo en una aurora de la humanidad, que ha de seguirse a esta crisis. Pero esa nueva aurora ha de estar precedida de sacudidas violentas, en que se ha de descargar todo el odio acumulado en los corazones. Y así como el siglo pasado hubo un contagio en que unos y otros, los de abajo y los de arriba, coincidían en una cosa, en la necesidad de la libertad, libertad que había de sepultarles a unos en la miseria y encumbrar a otros al pináculo de las riquezas, también este siglo ha habido un contagio y tal contagio que hoy difícilmente le entra a nadie que pueda esperarse la salvación de la humanidad y el reinado de la justicia de los métodos pacíficos, por los medios no violentos. Y la pobre iglesia que el siglo pasado se vió postergada y atacada e insultada por intolerante y por retrógrada, tildada de ser enemiga de la libertad, esta vez se ve también sola en el mundo proclamando los métodos pacíficos, proponiendo como único camino de salvación el camino del amor, de la paz, de una evolución y una renovación metódicas. Hubo un momento en el siglo pasado en el que los de arriba y los de abajo, todos coincidieron en pensar y en proponer el ejercicio de la libertad como la única fórmula de salvación. En nuestro siglo hoy estamos atravesando exactamente por el polo opuesto y hemos llegado a un momento en el que se cree que la justicia no se ha de establecer al filo de espadas o al paso de la revolución. Y nos sonreímos escépticamente de las enseñanzas de la Iglesia, que todavía cree en otros medios y tildamos a la Iglesia de ser demasiado condescendiente, demasiado benigna, que es lo mismo que decir enemiga de las masas que piden justicia, de las masas que piden pan. Y así como el siglo pasado les hubiera agradado una iglesia y unos Papas y unas Encíclicas que ponderasen la libertad y enaltecieran la libertad y fueran benévolas con todas las debilidades, así este siglo nos desagrada una iglesia demasiado indulgente con los usurpadores de los derechos, una Iglesia que consiente que estén sus puertas abiertas a quienes se conceptúa de indignos. Hoy nos agradaría un Cristo y una Iglesia que a cada momento usara el látigo para desembarazar sus altares y sus templos de los mercaderes y de los pecadores. Sabed que Cristo no manejó el látigo más que una vez en la vida. Muchas veces entró en el templo, muchas veces comió con los pecadores y precisamente escandaliza los fariseos esta magnanimidad del maestro. ¿Acaso no pasa hoy otro tanto?. ¿Acaso no nos escandalizamos muchos porque se tolere la presencia de ciertos individuos en el templo, por que se consienta y se permita el acceso a ella de todos los que quieran?. Se quisiera que estableciera un monopolio de la virtud, mejor dicho que ella ratificara y reconociera el monopolio de la virtud y de la bondad que se encubre con unos colorines o con unos escapularios.

Todas estas críticas provienen del desconocimiento de la misión de la Iglesia. La Iglesia es para todos y la Iglesia la instituyó Cristo, como os decía otro día, no solamente para que sea el instrumento de la justicia, el promotor de la justicia, sino también para que sea el dispensador

del perdón, el padre de la misericordia. Anhela y busca reinado de la justicia, pero tiene conocimiento de la debilidad humana que nadie la subsanará y por eso sabe ser condescendiente con el pecador, sea de una clase o de otra.

Es maestra de la verdad; debe enseñar la verdad, señalar la senda del bien, pero no imponiéndola a la fuerza, como tampoco la impone Dios. Deja que el hombre siga o deje de seguir libremente su curso. Le desembaraza, desde luego, de los impedimentos.

Iglesia salvadora . Domingo XV Post-Pentecostés.26.9.43

Amadísimos fieles:

Aquel equilibrio, aquel mundo ideal y justo que espontáneamente había de surgir del ejercicio de la libertad, no solamente tardaba en aparecer, sino que cada vez se veía más lejos su posibilidad. Las constituciones garantizaban todos los derechos individuales; se hablará de la intangibilidad y de la inviolabilidad del individuo; se hablará de su sagrada libertad. Pero maldita la gracia que hace esa libertad y esa intangibilidad y esas garantías de papel que aquellas masas a las que se ha arrebatado la fe y a quienes se les niega lo más indispensable para poder comer, vestirse o atender a su familia. Las masas depauperadas y famélicas que a sus ojos contemplan el derroche de bienes y de riquezas de que hacen alarde el grupo de privilegiados. Prácticamente ven que hay que luchar para obtener una simple mejora en sus sueldos, para conseguir unas condiciones de trabajo más ventajosas. Dejan de creer en la buena voluntad y en los sentimientos de justicia de sus patronos y confían el programa de sus reivindicaciones a la fuerza y por la fuerza que se traducirá en esa serie de revoluciones que se van sucediendo en el transcurso de los días, todos hasta hoy. Ese espíritu de violencia y de fuerza ha saturado de tal forma el ambiente que se nos hace muy difícil poder comprender la misma actitud de la iglesia que teniendo que condenar por una parte tales injusticias que se están cometiendo con el mundo obrero. Sin embargo, para no contradecirse con sus principios, tiene que aconsejar moderación. Es que les parece a muchos que ella misma se encuentra de parte de los privilegiados, porque en ella no acaban de ver esas actitudes violentas. ¿Es que también ella habrá dejado de sentir aquella angustia de las masas que vemos sentía León XIII cuando levantó la bandera de la justicia inculcando a los ricos sus deberes de justicia y caridad y reclamando la acción del Estado que no quería entonces inmiscuirse en estos asuntos.?

Este espíritu de violencia que se provocó primeramente en esas masas abandonadas y desesperadas durante nuestro siglo ha llegado a todas las esferas de la actividad humana: en el campo político ha conducido a los estados a una lucha sin precedentes, cuyo desenlace estamos anhelando todos. Al término de todo, volverá a ocurrir aquello que sucedió al final del siglo pasado con el mito de la libertad, a cuya presencia mágica se esperaban los días felices y prósperos. Repito, ¿volverá a ocurrir ahora otro tanto con la fuerza y la violencia, de manera que los hombres después de estos destrozos queden defraudados de estos sistemas y vuelvan a encontrar otras fórmulas de salvación?. No se puede predecir lo que ocurrirá en el orden político, pero lo que podemos esperar es que en el campo social la paz de los ánimos no ha

de producirse mientras se conserven estas distancias, este abismo entre los privilegiados y la masa. Son distancias y abismos que no se puede pensar en salvar con puentes, sino que han de allanarse con un reparto más equitativo de los bienes, haciendo, como dice el Papa Pío XII en aquel magnífico discurso conmemorativo de la publicación de la Quadragésimo Anno, que todos participen en el banquete de la vida, en las ventajas de los adelantos y del progreso más equitativamente.

La tirantez y la violencia han de subsistir; mejor dicho, cada día han de renovarse e inflamarse, sin que nadie pueda contenerlo ni remediarlo mientras no se abran los corazones y las manos. ¿Por dónde hemos de comenzar?. Han de abrirse las manos para llenar esos abismos de diferencia y han de abrirse los corazones para reemplazar el odio acumulado en tanto tiempo por el amor. Desprendimiento, generosidad, que es más que justicia en unos y en otros amor; amor que es polo opuesto del odio, amor que es plenitud de la ley. Esa es la enseñanza de la Iglesia. Y la Iglesia que Predica amor, ¿cómo queréis que no lo practique con unos y otros, dispensando el perdón generoso?, ¿cómo queréis que no sea lo que es?. Ser de otra forma, conducirse de otra manera, sería contradecirse. Ella ha de predicar primero con el ejemplo lo que después ha de enseñar con la palabra.

No tienen sentido, pues, esas acusaciones que se lanzan contra la Iglesia cuando se dice qué hace que no extermina, o lanza, o arrebató de sus templos, a quienes están faltando; qué hace que prodiga su perdón lo mismo a unos que a otros. Su misión en esto es enseñar y practicar. Enseñar el camino del amor y no de la violencia y practicar, por consiguiente, el postulado del amor y no el de la violencia. Ella ha enseñado y enseña lo mismo en el siglo pasado que en el actual. Que el mundo no ha escuchado su voz, que el mundo cristiano incluso se ha hecho sordo a sus enseñanzas ..., ¿podrá por ello argüirse algo contra Ella?. ¿Podrá decirse que la Iglesia no ha hecho nada?. ¿Podrá decirse que la salvación ha de buscarse en otra cosa?. La salvación no la hemos de buscar en otro sitio, ni de otra forma a como enseña la Iglesia. La salvación no la hemos de encontrar por el camino de la violencia y la fuerza. Que quien a hierro mata a hierro muere, dice el refrán; que por el camino de la violencia no se ha de allanar el abismo, sino ahondarlo más y más. Lo que a lo sumo pasará será que se variará el bastón de la posición, de forma que la montera haga de mango y el mango de montera.

El gran deber de la hora presente, que no es de lamentos, es el de obedecer a la Iglesia, hacernos eco de sus mandatos. Y como nos presuponemos que todos los que están aquí se consideran ligados a Ella por los vínculos de la fe, que les enseña que sus Jerarquías han recibido de Dios el poder de regir y de gobernar y de enseñar, vamos a tratar de este punto de la obediencia que se debe a la Iglesia.

Fundamentación del magisterio de la Iglesia. Domingo XXII Post-Pentecostés

Amadísimos fieles:

Volviendo al tema que veníamos desarrollando en los domingos precedentes, hoy vamos a hacer algunas consideraciones acerca de otro de los puntos trascendentales que se derivan del magisterio auténtico de la Iglesia. La iglesia tiene un magisterio establecido por el mismo Jesucristo. Una de las misiones que Jesucristo confirió a sus apóstoles fué la de enseñar, adoctrinar, con obligación de que los fieles acepten sus enseñanzas. Y para que la verdad que había venido a enseñar el mismo Hijo de Dios no sufriera con el tiempo el contagio del error, dió potestad de poder enseñar infaliblemente. Les mandaba enseñar, nos mandaba aceptar esas enseñanzas y la transmisión íntegra de la verdad en el transcurso de los siglos quedaba asegurada por esta prerrogativa de la infalibilidad. Y la iglesia, consciente de su misión, consciente de su verdad, es intolerante en su conservación; la mantiene con un tesón y una tenacidad que son realmente admirables. Hablamos de esta su intolerancia, de esta su intransigencia, que no es otra que la que tiene todo el que se siente en la posesión cierta y firme de la verdad.

Vamos a hablar ahora de otro punto que se deriva de lo que hemos dicho acerca del derecho de enseñar de la Iglesia. Es el de la obediencia con que debemos recibir esas enseñanzas, la actitud que debe observar todo creyente, todo hijo de la Iglesia, respecto de esas enseñanzas. De la obediencia que se debe a la Iglesia. Y vamos a recordar los principios fundamentales sobre los que descansa esta obediencia que debemos a la Iglesia.

Hay dos hechos ciertos, indiscutibles, históricamente comprobables y comprobados. El primero es el de que Jesucristo, en virtud de la plenitud de su poder en el cielo y en la tierra, comunicó al colegio apostólico una misión semejante a la suya propia, a la que El mismo recibiera de su Padre. Su vida sobre la tierra, su visita al mundo, llegaba a su fin y delegó en sus escogidos sus propios poderes, les transmitió su mismo poder. *"Como el Padre me envió, así os envío a vosotros"*, con la potestad de santificar, enseñar y regir a los hombres.

Al colegio apostólico dió Jesucristo el poder de atar y desatar, de obligar y desligar en el orden moral y le envió a instruir y bautizar a las naciones, con obligación impuesta a toda criatura de aceptar sus enseñanzas.

Este poder no era privilegio particular que terminara con la vida de los apóstoles, sino que era un poder en bien de la Iglesia, dado hasta la consumación de los siglos y que debía transmitirse a sucesores que realizaran el mandato de Jesucristo de predicar su doctrina en todas las naciones y hasta el fin de los tiempos. Estos sucesores son los obispos. El Episcopado es

una institución de origen divino, a la que entregó Jesucristo la autoridad del magisterio y de gobierno.

El segundo hecho histórico es que Jesucristo dió a toda la Iglesia, incluyendo a sus apóstoles, al mismo colegio apostólico, una autoridad suprema y única. A Pedro le hizo piedra fundamental de la Iglesia; a Pedro le dió el encargo de confirmar a sus hermanos en la fé, dirigiéndoles y enseñándoles con plenitud de autoridad. A Pedro le constituyó expresamente en supremo y único pastor de ovejas y corderos, o sea de los fieles y de sus pastores. Este poder conferido a Pedro de ser fundamento de la Iglesia hasta la consumación de los siglos, el de ser Pastor de todo el rebaño, el de atar y desatar, mientras dure el reino de Dios en la tierra, que será hasta el fin de los siglos, no le confirió Jesucristo como a persona individual y privada - pues Pedro era mortal y no había de vivir él personalmente hasta la consumación de los siglos-, sino como persona pública y moral, en bien de toda la iglesia. Este poder debía transmitirlo a sus sucesores en el poder ordinario y perpetuo de enseñar y gobernar a toda la Iglesia.

La salvación en la Iglesia. Domingo XXIII Post-Pentecostés

Amadísimos fieles:

Acababa mi última charla, resumen de las que hemos hecho aquí esta última temporada, con aquellas palabras de un pensador que decía que no había que llorar porque esté en los estertores de la agonía una civilización mal llamada cristiana, sino que hemos de trabajar para que encuentren eco los auténticos principios cristianos en las mentes de los hombres. No hemos de lamentar la desaparición de este reino falsamente llamado cristiano, en el que por conjugarse la verdad con la mentira es más odioso y repugnante que el error paladinamente profesado y practicado. Hemos de proponernos hacer decididamente esa experiencia cristiana que, como oímos a Pío XII, está por hacerse todavía después de tantos siglos de Cristianismo.

Hoy, después de tantas transformaciones y evoluciones, hemos venido a parar a un estado de cosas en el que no se vislumbra ni una solución humana, porque no queda en el mundo en pie ningún elemento ni resorte que se pueda utilizar. La autoridad ha dejado de existir desde el momento que ésta ha encomendado a la fuerza el reinado del derecho; no queda en pie ni una idea capaz de impulsar de nuevo a los hombres y hacerlos converger en un punto, porque al pregonar y propugnar el reinado de todas estas ideas se han destrozado por completo, no respetándose ninguna y vaciándose al hombre de todo, convirtiéndolo en un animal que persigue la satisfacción de sus instintos sin freno ni barrera. Decidme, en este estado de cosas real y verdadero, ¿en nombre de qué, en nombre de quién, se va a proceder a poner orden, a establecer la justicia, si la justicia para unos es sed de venganza, para otros aniquilación del prójimo ..., si la justicia para unos es la imposición de algunos y para otros es el logro de sus ambiciones?

La lucha de clases se ha tratado de superar por los sistemas totalitaristas y, en efecto, se ha logrado superar, pero ha sido a base de transformarla en lucha de colectividades, lucha acaso más cruel y más encarnizada; y en los otros sistemas democráticos no se ha impuesto remedio a nada cuando se ha encomendado la razón y el derecho al mero número, o ha degenerado en una demagogia con predominio de unos sobre otros. A la vista de tantos ensayos y otros tantos fracasos, y ante nuevas promesas de paz y de orden nuevo que, como falsas sirenas, tratan de seducirnos, hemos de decir muy alto con el Papa Pío XII, que repite la idea en uno de sus últimos discursos, que de este caos de cosas, de este caos de confusión no saldremos mientras de nuevo se extienda y se dilate sobre las masas, sobre esas latitudes, el soplo vivificador del espíritu, el aliento fecundo del cristianismo y la protección y amparo de la Iglesia que, como Madre universal, ha de cobijar a todos sus hijos hoy en lucha sangrienta. No hay remedio humano, no

hay poder humano capaz de crear un orden estable de cosas y todo vendrá abajo, como se viene abajo la cúpula a la que le fallan los muros, como el arco en el que se sustrae el puntal.

Ante este mundo descompuesto, roto, despedazado; ante este caos, podemos asegurar por una parte que la unidad de que está necesitado, unidad en la que ha de encontrar paz y bienestar, no se ha de realizar precisamente reavivando en ella la conciencia de la sangre común y el orgullo de esa sangre, ni avivando la conciencia de la propia fuerza que ha de degenerar necesariamente en la violencia; esa unidad universal que se necesita no se ha de hacer y lograr en torno a los mitos de patria, imperio, destino, sangre, sino que esa unidad ha de brotar como el agua pura del manantial, ha de aparecer cuando nuestras inteligencias estén informadas con esas verdades dogmáticas de la fraternidad sobrenatural por encima de las diversidades naturales, con las verdades dogmáticas de la comunión de los santos, o de la mutua comunicación misteriosa y sobrenatural ... iluminación intelectual que ha de traducirse luego en la concordia de las voluntades que han de converger en ese punto de las comunes aspiraciones. Ahí y así sí que es posible la unidad; así es posible la concordia, porque el punto de convergencia que se señala a las voluntades humanas está fuera de las fronteras de este mundo visible y pueden encaminarse sin encontrarse. La paz ha de residir en la unidad, que es la armonía de las partes; la unidad no está más que en esa región del espíritu y la unidad encarnada está solamente en la Iglesia. La vuelta a su regazo por parte de los pueblos es una cosa que se impone si se quiere hacer algo estable. Es Ella la única que permanece al margen de las contiendas, en las que los intereses humanos, justos e injustos, se mezclan en tal mezcolanza que causa náuseas, da asco. Es a Ella a quien ha encomendado Cristo la prosecución de su misión redentora, al marcharse del mundo. Es Ella la que mejor o peor ha ido ejecutándola en el transcurso de los siglos. No ignoro los prejuicios que existen en su contra y por eso vamos a hablar de Ella con toda sinceridad, con todo el respeto que se debe a una madre, a la que se debe amor por encima de los defectos y faltas de sus hijos. Ya lo sabemos que se la combate, se la odia; al fin y al cabo es un motivo de orgullo, pues podemos decir de Ella lo que decía aquel racionalista admirado de Cristo ... hoy, después de tantos siglos, Cristo sigue siendo realidad viviente, ante El el único gesto que no cabe es el de la indiferencia. Hay que amarle, ir con El, o hay que odiarle, ir contra El. Sin saberlo, es la cruz y es Cristo quien divide los pueblos.

Crisis de autoridad. Domingo XXIII Post-Pentecostés

Amadísimos fieles:

Concluía el tema que me servía en estas pláticas con aquella consigna de un célebre orador católico alemán que decía que no debía esta hora, este momento histórico, hora o momento de lamentos, sino de decisiones y firmeza, que no había que llorar porque se encuentre en los estertores de la agonía un estado de cosas, una civilización en la que de cristiano no quedaba más que la máscara, el barniz, sino que hemos de trabajar para que los principios cristianos encuentren eco y se plasmen en una realidad social que proporcione a los hombres la atmósfera para una vida más digna. No hemos de lamentar la desaparición de un reino en el que por presentárenos la verdad con la mentira, mezclada con la mentira, es más repugnante que el mismo error paladinamente profesado y practicado. Es la oportunidad que se le ofrece al mundo para realizar esa experiencia de organización integral cristiana de la vida, que está por hacer.

Hoy después de tantos ensayos y experiencias nos encontramos en presencia de un caos religioso político social mucho más horrible de lo que a primera vista parece. Hoy atraviesa la humanidad una crisis que acaso no haya tenido otra igual en la historia. Conocemos en el transcurso de la historia otras crisis, crisis de ideas que han provocado grandes luchas ideológicas ... y han llegado a romper la unidad, que a su vez se ha traducido en guerras, crisis de autoridad que se han traducido en revueltas y revoluciones, pero ninguna tan profunda como la presente. En el orden ideológico decidme qué idea queda en pie, qué idea se respeta, qué idea se salva en este caos de confusión, qué idea hay de Dios, que con su luz pueda orientarse y encauzarse a la humanidad. Al propugnar el liberalismo el reinado de todas sus ideas, al reconocer a todas las ideas derecho de ciudadanía, lo que prácticamente ha hecho ha sido destruir el reinado de toda idea desembocando a la humanidad en este océano del escepticismo en cuyo cielo no hay ninguna estrella que pueda orientar al hombre en su rumbo. Crisis de unidad ... unidad que se busca inútilmente, unidad que es lucha, odio reconcentrado ... esa es la unidad que se trata de crear en torno a mitos de patria, de imperio, de destino, de raza, de sangre ... unidad de que es incapaz hoy por hoy la humanidad desgregada en núcleos artificiales creados más o menos violentamente en torno a esos mitos de patria, de imperio, de raza, de destino, tras los cuales en realidad no se oculta más que la ambición, el ansia de predominio, el despotismo. Crisis de autoridad ... sí, amadísimos fieles, hoy padece la humanidad aunque parezca absurdo una profunda crisis de autoridad, porque la autoridad ha reconocido su derrota desde el momento que ha encomendado a la fuerza su cometido y así no se reconoce más derecho que la fuerza

ni más justicia ni más equilibrio que la justicia y el equilibrio resultantes de la aniquilación del prójimo, el logro de la propia ambición. Hoy por hoy no queda en el mundo ningún resorte humano utilizable para la renovación social, para aunar las voluntades y emprender el camino de la reconstrucción. Hoy queda en pie la fuerza que representan esos millones de hombres en pie de guerra, pero es acaso la fuerza ciega, que como torrente impetuoso ... incontenible ... va arrasando todo lo que encuentra a su paso ... fuerza ciega que se puede ordenar... es acaso a la fuerza a quien se puede encomendar el ordenamiento de un mundo en el que el problema es el problema de las relaciones, que exige razón y exige ecuanimidad y exige prudencia?. Esa fuerza que obedece a la ambición ... y que no ha de imponer más que el mundo de la ambición ... el despotismo ...

Esa crisis de ideas no hallará solución más que en el retorno de la humanidad a los principios de la fe. La razón humana débil y enferma ha de encontrar su curación en el retorno al dogma religioso, es que ella necesita creer y cuando no cree en Dios cree en el hombre y está viendo lo que le luce el creer en el hombre. La crisis de unidad se ha de superar en la acción vivificadora y fecunda del espíritu religioso, que difundiendo sobre todas las almas las ha de agrupar en esa unidad orgánica que constituye la Iglesia de Cristo. Esa unidad ha de brotar como de su propia fuente, como de su propio manantial de la inteligencia humana, informada por esas verdades dogmáticas de la fraternidad universal, de la comunión de los santos, de la conciencia de los vínculos misteriosos pero reales que unen a todos los creyentes, a todos los hombres redimidos por la sangre de Cristo, que es la misma la que vivifica al negro que al blanco, al rico que al pobre, de la conciencia de la posesión de idénticas almas destinadas a la posesión de un mismo cielo ... esa unidad ha de ser el resultante de las aspiraciones de todos los hombres convergentes en un mismo punto. Y por último, esa crisis de autoridad se salvará cuando autoridad sea para todos el ejercicio de una función derivada del Supremo Ordenador, de Dios, cuya existencia han de reconocerlo previamente: esa crisis de autoridad se ha de salvar cuando su ejercicio no constituya imposición de la propia ambición, sino sea un servicio prestado a los hombres en el nombre de Dios y bajo la mirada de Dios, cuyo temor es el único freno que puede contener el egoísmo, la ambición en el corazón del gobernante, del soberano.

Concretamente la presente crisis no la han de salvar los estados constituídos- creados sobre principios en sí disolventes, principios que llevan a la larga a la descomposición, al despotismo, a la guerra, a la injusticia que como ya lo sabeis, son principios disolventes, aunque parezca lo contrario, todos esos mitos de patria, raza, imperio, destino, clase ... Concretamente la presente crisis no la pueden salvar esas agrupaciones cuyo nervio, cuyo corazón constituyen estas ideas, estas aspiraciones ...

Concretamente, la salvación, esa salvación que mal informados e irreflexivamente lo esperamos, acaso de quienes vanamente nos prometen. ... no ha de venir de esos hombres y de esas agrupaciones. El olmo no puede dar peras.

Concretamente esa salvación, la superación de esa crisis no la podemos esperar más que del retorno a esos principios dogmáticos que arriba los hemos recordado, del retorno a ese principio de unidad que es la fé y es la Iglesia, del acatamiento de la autoridad primera, que es Dios, del reconocimiento de su existencia y de sus derechos y su régimen y gobierno en el cumplimiento del Decálogo y de las normas de la Iglesia, que es el reino de Dios en la tierra.

Conocemos los designios del Salvador. Preparar a las almas para que un día participen de su propia felicidad en el seno del Padre; eso ante todo; pero hacer también que florezca en la tierra en cuanto dependa de El una segunda edad de oro, en que la diferencia de razas y naciones, de clases y de profesiones, no engendren ya más altiveces y desdenes, envidias u odios, una edad de oro en que la humanidad hecha cristiana, viera cómo se amaban y ayudaban todos sus miembros como miembros de un mismo cuerpo, bien poseídos de su común dignidad

y de su hermandad. Cristo, con el fin de asegurar la regeneración del Universo, el orden nuevo a que todos estamos llamados, va a influenciarnos directamente sometiéndonos a una autoridad externa, encuadrándonos en una organización externa que sea garantía de esa unidad interna nacida por efecto de la iluminación de las inteligencias por las mismas verdades. Esa autoridad es la autoridad religiosa que reside en la Iglesia, ese marco en que quiere encuadrar a la humanidad es la Iglesia que El constituye ... Iglesia que es la garantía de la paz y de la unidad del género humano.

Crisis de ideas. Historia de la Iglesia. Domingo XXIV Post-Pentecostés

Amadísimos fieles:

El domingo pasado os hablé de la profunda crisis de ideas, de unidad y autoridad por la que está atravesando al presente la humanidad, crisis a la que no se le puede ofrecer otra solución que el retorno a la fé, de la que emanará natural y espontáneamente la unidad y también la autoridad, ya que ésta no puede existir allí donde no se reconozca a Dios como primera autoridad. ¿Cómo queréis que esa autoridad no degenera en tiranía y despotismo si el temor de Dios no pone freno en el gobernante a sus ambiciones y a sus egoísmos?. Concretamente al presente la solución no es más que la Iglesia Católica, que es la depositaria de la verdad revelada y al mismo tiempo es el marco en el que han de encontrar unidad los hombres. Os decía que esa solución no la podíamos esperar de nadie ni de nada más que de la Iglesia y la aceptación de su doctrina.

El día pasado mirábamos pues al mundo actual y su visión, la visión de ese espectáculo de una humanidad sin ideas, una humanidad rota y despedazada, de una humanidad en trance de desaparición por faltarle lo que es principio de todo orden y de toda vida social ... la autoridad ... os decía que no había más solución que la Iglesia. Hoy vamos a dirigir otra mirada, no ya al presente, sino al pasado, al pasado de veinte siglos ... y esta otra mirada no podrá menos de despertar nuestra admiración por esa agrupación que llamamos Iglesia ... que desafía a todos los poderes y a todos los elementos, perdurando a pesar de conjurarse todos ellos contra ella ...

Tanto la vez pasada como hoy no pretendo otra cosa que llamar vuestra atención sobre la Iglesia a fin de que podais emprender a una conmigo su estudio con todo interés y con todo celo. Hoy me basta que os admire al verla todavía en pié después de veinte siglos de vida en el transcurso de los cuales tantísimas agrupaciones y tantísimos reinos e imperios han dejado de existir ... pero lo más admirable, lo más estupendo, no es que ella subsista a todos esos reinos e imperios a juicio de Pascal, sino que ella siendo combatida y atacada por todo lo grande, por todo lo poderosa que ha habido subsista y se mantenga sobre las tumbas de sus mismos perseguidores ... Este hecho no puede menos de llamar la atención del observador imparcial y este hecho no se puede explicar con recursos y factores humanos, pues como se ve en su historia estos factores humanos y estos recursos humanos, más de una época han sido nulos y no solamente nulos, sino contraproducentes ... Si hubiera sido obra de los hombres hace mucho que hubiera dejado de existir: no hubiera podido seguir mejor suerte que esos potentes imperios que de cuando en cuando han ido surgiendo por obra de los genios ...

Considerad someramente las líneas generales de su nacimiento y desenvolvimiento y os convencereis de ello. Fundada por un judío, con jefes judíos, con primicias judías ... ¿Sabéis lo

que ésto significa?. Los judíos son la raza y la gente más odiosa y repugnante entonces y ahora. A los pocos años vemos que se va dilatando, difundiéndose por todo el imperio Romano, lo encontramos en el mismo corazón del imperio. En roma ... pero no tardan en apercibirse de su presencia y de su potencia creciente los emperadores que tratarán de anegarla en sangre. Y se llevó a cabo tal persecución por Diocleciano y Maximiano ... lanzan el grito de triunfo ... acuñan monedas para conmemorarlo ... ¿Qué?, La destrucción de la Iglesia creciente ... Delecto nomine christianorum ... Y a los pocos años, aquél que ellos habían escogido por señales del cielo para proseguir su obra reconoce en el Edicto de Milán el derecho a la vida de los que con tanta saña habían sido perseguidos ... y hasta se creyeron ya aniquilados Crece pujante en esta época la Iglesia cuyas raíces regadas por la sangre de tantísimos millares de cristianos echaban hondas raíces ... Heredera ahora de muchísimos privilegios de las religiones paganas goza del favor público y a ella se arriman los nobles y los pueblos en masa. Gracias a este reconocimiento del Imperio puede desplegar una actividad misionera muy fecunda y así agradecida ella al Imperio ... llega un momento que ve en el Imperio su único baluarte ... Así nace esa extraña solidaridad que al mismo tiempo era fruto natural ... esa solidaridad que ahora que hacen su irrupción las razas del norte, los pueblos bárbaros poniendo en trance de desaparición al Imperio ... hace que se conciba la desaparición de la Iglesia con el imperio ... Hasta tal grado había llegado a influir esa idea de solidaridad y consubstancialidad entre el Imperio y la Iglesia que los presbíteros de Bretaña negaran el beneficio del Evangelio a los nuevos pueblos ... ¿Qué pasará?. ¿Sucumbirá también ella con el Imperio?. No. En este momento aparece el hombre providencial y este hombre providencial es San Gregorio Magno que siguiendo las huellas de San Agustín y Vito de Viena todo su empeño pone en separar los destinos del Imperio de los de la Iglesia ...

En medio de las ruinas queda en pie el Santuario, que es el refugio de la ciencia y del arte y a su luz y a su calor se irán formando los nuevos pueblos que hoy campean en Europa. Ella despliega en esta época la labor más hermosa de cultura y formación de los nuevos pueblos: ella es la verdadera civilizadora y estos pueblos agradecidos a Ella la colmarán de riquezas ... Aquellos hombres rudos y poco desbastados, no se inmutaban por poca cosa, sin embargo tenían tal horror a las penas del purgatorio que para redimirse de ellas harán grandes donaciones a las Iglesias y a los monasterios. Así entramos en un período de los más críticos de la Iglesia. Ella acaso nunca ha sufrido tanto y sobre todo nunca ha sufrido con menos gloria. Se ha defendido y se ha crecido a pesar de los perseguidores extraños ... ahora una verdadera gangrena producida en su organismo la pone en trance de desaparición ... Los obispados y las mesas baciales son los puestos más codiciados por los señores para sus hijos ... a quien no podían colocar mejor...

Supervivencia de la Iglesia. Domingo XXV Post-Pentecostés

Amadísimos fieles:

Decía Pascal que Cristo es el personaje central de la Historia humana, porque es el único ante el cual, tanto los poderosos como los sabios, tienen que definirse. Unas veces es el odio que se desborda en las injurias de que se le hace víctima y otras es el amor que le profesan sus admiradores, los que dan testimonio de su actualidad siempre palpitante y de su grandeza que sobrepasa los límites del tiempo y del espacio. A Cristo le honran o con el odio o con el amor: no es posible menospreciarle con la indiferencia. Desde el momento que no cabe indiferencia respecto de El, desde el momento que es el único personaje histórico ante quien no cabe pasar indiferente, hemos de reconocer que efectivamente es el personaje central de la historia de la humanidad. Para unos será la piedra de escándalo en la que tropiezan y caen y para otros será la piedra angular sobre la que se ha de edificar todo.

Esto mismo podemos aplicar también a la Iglesia. Sin prejuzgar nada, una cosa se nos pone al descubierto con una simple ojeada a la historia de veinte siglos. Su extraña supervivencia en medio de tantísimas ruinas que se han ido acumulando en el transcurso de los tiempos. Una elemental prudencia y discreción nos exige que nos ocupemos de Ella que es una excepción entre tantísimas agrupaciones, entre tantísimas instituciones que han aparecido y también han desaparecido a pesar de los esfuerzos que se hubieren hecho para conservarlos. Ella, la Iglesia, sobrevive al tiempo, Ella sobrevive no por los esfuerzos humanos que se han hecho por conservarla (Otras instituciones, todas las otras instituciones han tenido una vida efímera a pesar de los esfuerzos), sino a pesar de los esfuerzos, a pesar de los elementos que se han puesto en juego por destruirla. ¿Quién se atreverá a afirmar que ella se impuso en aquel imperio romano por los factores humanos y naturales que intervinieron en su favor?. Ella, sepultada en las catacumbas, ella perseguida en sus jefes, que de los treinta y tres que tuvo hasta el Edicto de Milán, treinta murieron asesinados, martirizados y los otros tres en el destierro?. ¿Qué factor humano, qué factor natural interviene en su favor para que ella se dilate tan rápidamente cuando ella, lejos de contemporanizar o halagar los instintos humanos, va en contra de todos esos instintos los más poderosos ... si ella a los unos enseña a obedecer y a los otros les obliga a rebajarse, poner freno a su desengreño, a su egoísmo, a su ambición?.

Después de ese Pacto o de ese Edicto, como ya os lo dije el domingo pasado, ella desarrolla una actividad misionera muy fecunda, actividad que desde luego se ve favorecida por la autoridad y por el Imperio que ahora se ha abandonado en su regazo maternal. Pero no se

tarda mucho sin que dé nuevo se nos ponga de manifiesto la mano de Dios, en una nueva prueba a que se ve sometida. Ella poco a poco ha comprometido su porvenir cuando insensiblemente ha llegado a ver en el Imperio su baluarte y ha solidarizado sus intereses con los intereses del Imperio que cede ante el empuje de los nuevos pueblos. Parecía que humanamente pensando, a la Iglesia no le podía aguardar mejor suerte y, sin embargo, ella queda en pie en medio de las ruinas y Ella sigue cumpliendo su misión redentora que esta vez es civilizadora, infundiendo una nueva alma a aquellas naciones que se van formando lentamente. Aquellas naciones agradecidas a quien les había infundido aquella nueva alma, la colman de riquezas que van aumentando de día en día y es ahora cuando la Iglesia atraviesa un nuevo período, acaso el más angustioso y desastroso. Esos bienes que aseguraban el presupuesto de beneficencia y de instrucción, ya que entonces toda la beneficencia y toda la instrucción pública estaba en manos de la Iglesia, despertaban en todas partes muchas codicias.

Los obispados y las abadías que contaban con grandes beneficios no podían menos de excitar la ambición de los poderosos que veían en esas dignidades magníficas colocaciones para sus hijos menores que por el derecho de primogenitura existente en aquella época quedaban libres, sin bienes patrimoniales. Los príncipes y los reyes vieron en esas dignidades un medio para recompensar a sus favoritos y a sus leales y ved aquí cómo a pesar de la legislación eclesiástica vigente que reservaba su colocación para las autoridades eclesiásticas, aquellos terminaron por arrogarse para sí mismos. Los emperadores de Alemania incluso se quisieron y se atribuyeron el derecho de nombrar soberanos pontífices.

Ahí tenéis la Iglesia vendida, la Iglesia expuesta al mayor peligro. Ahí tenéis a la mayor parte de los Obispos y abades convertidos en simoníacos. Como ellos para hacerse con esas dignidades habían tenido que desembolsar grandes cantidades, se veían obligados a resarcirse vendiendo otras dignidades secundarias que dependían de ellos. A su vez los clérigos inferiores se sienten codiciosos de indemnizarse y venden los sacramentos por dinero metálico. Conducidos a las dignidades eclesiásticas por afán de lucro, por ambición de buena vida y sin vocación, no hace falta que insistamos sobre el género de vida que llevaban esos extraños pastores. Su pernicioso ejemplo es secundado por los seculares y otros son retraídos de una religión predicada por ministros tan poco recomendables. Quien contempla esta fase de la Iglesia y quien por otra parte mira con imparcialidad a las cosas, no es extraño que se sienta tentado a exclamar con aquel crítico que el mayor milagro es que la Iglesia se haya conservado no por los ministros que ha tenido, sino a pesar de ellos.

Los Pontífices a quienes obligaba su cargo a conjurar el mal, sabían que era preciso atacarlo en su origen: el origen de todo este desastre no estaba en otra cosa que en la intervención de los seculares, de los poderosos, de los reyes en la colación de las dignidades eclesiásticas. Y comienza una lucha titánica entre la Iglesia y el poder secular ... Ved su desarrollo para que os déis cuenta de que la Iglesia no ha llegado hasta nuestro siglo y nuestros días a remolque de poderes y de estados, sino luchando contra todos ellos. Y esta guerra era una lucha, no contra los reyes solamente sino también contra la sociedad feudal, contra todos aquellos aristócratas, todos aquellos señores, sin cuyo concurso la Iglesia parecía estar condenada a la impotencia. Los Papas han emprendido la lucha, pero como el poder secular no se resigna a perder esta prerrogativa falsamente atribuída, este busca todos los medios para seguir en el disfrute de sus falsos derechos ... Después que Bonifacio VIII ha puesto una resistencia tan vana como tenaz, el rey de Francia encuentra en la persona de un arzobispo de Bayona la persona apta para imponer sus ambicios y consigue que se proclame Papa con el nombre de Clemente que fija su residencia en Aviñon ... Setenta años en que la barca de Pedro sigue a remolque del poder del estado francés ... Setenta años de prisión del Papa, de la primera autoridad eclesiástica ... setenta años de desconcierto que hubieran bastado para debilitar y deshacer toda otra institución que no

tuviera a su favor la promesa de Cristo, de que no habían de prevalecer contra ella las puertas del infierno que se alían con cualquiera para poner en trance de desaparición a la Iglesia ... ¿Quién la salva?. ¿Los poderes humanos?. ¿Están en contra todos ellos?. ¿La organización interior?. Toda la Iglesia está dividida ... La salva una vez más Dios cuando el Papa Martín V se traslada a Roma y se da fin al cisma que la ha dividido. Desde este momento hasta nuestros días todos los fieles del mundo entero se posternan bajo un mismo cayado.

Dios sostiene a la Iglesia. Domingo XXVI Post Pentecostés

Amadísimos fieles:

El domingo pasado acabamos de ver cómo superaba por fin la Iglesia aquella tremenda crisis de unidad que la había puesto en trance de muerte y descomposición total. Urbano III vuelve a Roma y desde Martín V la cristiandad no ha reconocido más autoridad ni otro pastor supremo que el que sigue asentándose en Roma. La Historia contemporánea de la Iglesia está también llena de enseñanzas prácticas, que son otros tantos milagros, la historia contemporánea de la Iglesia está llena de episodios que una vez más ponen de manifiesto la mano de Dios que la defiende, la mano de Dios que la rige y gobierna. El-siglo XVI se produce un nuevo desgarrón en su seno. Lutero levanta la bandera de la rebelión y separa media Europa - ¿qué? dos terceras partes de Europa del seno de la Iglesia. Cuenta con el apoyo del poder civil y con toda clase de armas para combatir a la otra porción fiel que era minoría. ¿Dónde estará la verdad?. ¿Cuál será la verdadera y auténtica Iglesia?. El tiempo se encarga de dilucidarlo. Esa porción que Lutero arrancara de la Iglesia a pesar de contar en su favor con todos los elementos y factores humanos y naturales, al cabo de tres siglos escasos habráse descompuesto en mil fracciones que entre sí no convienen ni en las creencias ni en las prácticas, en mil fracciones, muchas de las cuales han perdido todos los rasgos cristianos de tal forma que hoy no se les puede reconocer. La otra porción fiel, la rama que sigue adherida a su tronco, que es Roma, esa al cabo de los cuatro siglos sigue creciendo y desarrollándose y sobre todo lo que es más importante, consolidando su unidad, que es fuente de vida y del vigor y de la fuerza.

Seguid el curso de los acontecimientos durante estos últimos siglos. No faltan persecuciones contra ella. No faltan profetas que auguran su próxima desaparición y sustitución por otras formas políticas o sociales o culturales. La persecución incesante de que ha sido víctima va pasando sucesivamente por todas esas formas. *"Estoy harto -nos dirá Voltaire- de oír que doce hombres bastaron para fundar el cristianismo. Me entran ganas de probar que basta uno para destruirlo"*. Y esto lo decía pensando en sí mismo, que se propuso ni más ni menos que su destrucción y quería atribuirse para sí esa gloria, la liberación de la humanidad de las garras del despotismo y de la tiranía que estaban encarnadas en la Iglesia. Después de Voltaire no han cesado en sus ataques contra la Iglesia toda esa serie de intelectuales que se llamarán primero los enciclopedistas, luego racionalistas que, sin embargo pasarán no dejando más que el eco de sus voces que como aquellas de Delpuch, que decía que el triunfo de Galileo que ha durado veinte siglos, se eclipsa ahora gracias a su acción y a su labor. En vano creen sin

embargo que el período religioso de la humanidad ha concluido para dar lugar a una nueva era de paz, de luz, de progreso y bienestar, pues donde está deja de existir y en la medida que deja de existir va avanzando la barbarie, la crueldad, la ferocidad y la esclavitud simbolizadas por las hoces y martillos o por cruces falseadas.

Pero no solamente ha soportado la Iglesia en este período el peso de los ataques de los intelectuales, como quien dice de la flor y nata de la humanidad, sino que al mismo tiempo ha estado combatida por ese otro mundo de los políticos. Los príncipes sajones que ponen sus espadas al servicio de la herejía nunca han dejado de tener sucesores. Ahí le tenéis al gran coloso de Europa, por no citar a más, a Napoleón, que persigue a la Iglesia en la misma persona de su Jefe y Vicario de Cristo: le retiene prisionero en Bayona y en Fointenebleau. El Vicario de Cristo no tiene más armas para defenderse que la autoridad conferida por Cristo. A Napoleón le parece fácil la empresa de dominar a la Iglesia cuyos destinos están en manos de un anciano débil. ¿Quién se va a oponer a su autoridad y sobre todo quién va a tener la vana pretensión de levantarse en frente de él?. Cuando se entera de la sentencia de excomunión que ha lanzado sobre él el Papa, ufano y orgulloso, pasea la vista por aquellos millones de hombres a sus órdenes, armados hasta los dientes, triunfantes en todas las batallas que ha emprendido y dice: "*¿Acaso la excomunión va a arrebatar los fusiles de las manos de mis soldados?* Los fusiles ... ahí está su fuerza. No sabemos quién se encargara de arrebatárselos. Poco después el frío, la nieve, el hambre de las estepas rusas se encarga de destruir su ejército y Waterloo y Santa Elena dan testimonio de los designios de Dios. ¿Quién no recuerda también la persecución desarrollada contra la Iglesia en la primera mitad del siglo pasado por los ministros de Alemania?. ¿Quién desconoce las pretensiones de aquel Canciller de Hierro, de Bismarck, cuyas ambiciones no fueron menos humildes que las de Napoleón. Acaso la persecución más temible y peligrosa, más que la de Napoleón y hasta si queréis más que la del mismo Nerón, ha sido esa que se inició y concluyó en Alemania y se conoce con la del Kulturkampf, persecución en la que se conjuran y se combinan contra la Iglesia la política, la cultura, la calumnia, el descrédito y la espada, persecución en la que se ponen en juego todos los factores humanos y posibles.

Quién necesita que se le recuerden por fin en nuestro mismo siglo las persecuciones de que se le ha hecho víctima a la Iglesia en los diversos países del mundo; quién desconoce los atropellos y las injusticias que se cometieron contra ella en Méjico, en España, y sobre todo en Rusia, donde se han hecho los indecibles y se han empleado todos los sentimientos religiosos?. Todo esto es de sobra conocido y no necesitamos insistir en ello. Esta a la vista de todos esa persecución sistemática, metódica, que se lleva a cabo contra ella en nombre de la raza, de la nación, de la cultura; está a la vista de todos esa suplantación que se quiere llevar a cabo de las formas cristianas por otras formas sociales a las que se les da categoría de formas religiosas, dado el aparato de que se les reviste. Hoy se multiplican en todas partes quienes auguran la desaparición del cristianismo y el reinado de las nuevas formas sociales y políticas con rango de formas religiosas. Esta Iglesia que consagra su triunfo a través de veinte siglos sobre las tumbas de sus mismos perseguidores, esta Iglesia que si necesitara un pedestal, el mejor lo tendría en las tumbas en las que reposan en el transcurso de los siglos sus perseguidores, en esta su supervivencia, en esta su subsistencia nos da la mejor prueba de su naturaleza y de su firmeza supermundas, supernaturales.

A la vista de ese desarrollo y a la vista de esos acontecimientos y resultados recordemos aquellas palabras de Francisco Lenormant: "*En la historia, decía, soy de la escuela de Bassuet. Veo en los anales de la humanidad el desenvolvimiento de un plan providencial, que se sigue a través de todos los siglos y de todas las vicisitudes de las sociedades. Veo en él los designios de Dios respetando la libertad de los hombres y haciendo invenciblemente su obra; sirviéndose de sus mismos hombres libres, casi siempre sin que se den cuenta y muchas veces a pesar suyo*".

De hecho el sentimiento de una intervención sobrenatural en favor de la Iglesia ha penetrado tan hondo en la conciencia de los hombres, que salvo algunos adversarios obstinados, todo el mundo da por descontado su vigor permanente. Escuchemos aquellas palabras de aquel escrito anglicano, Lord Macaulay: *"Era grande y respetada (la Iglesia) antes que los sajones hubiesen hollado el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubiesen pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega se hallaba floreciente en Antioquía, cuando los ídolos eran aún adorados en el templo de la Meca. Puede pues ser grande y respetada todavía, después, cuando algún viajero de Nueva Zelanda se detendrá, en medio de una inmensa soledad, frente a una arcada rota del puente de Londres para dibujar las ruinas de San Pablo"*.

Dios gobierna a la Iglesia. Domingo XXVI Post Pentecostés

Amadísimos fieles:

Como el ave Fenix de entre sus cenizas, la Iglesia surge también al cabo de aquella tremenda crisis de unidad que padece durante casi un siglo, y surge para remontar su vuelo de águila por esas regiones puras de la espiritualidad, surge y se levanta y al cabo de cuatro siglos vemos que día tras día se ha ido consolidando su unidad. Urbano III vuelve a Roma y desde Martín V la cristiandad no ha reconocido más pastor supremo que el que sigue asentándose en Roma.

La Historia contemporánea de la Iglesia, no menos que la de los primeros siglos, no menos que la de la Edad Media, nos pone de manifiesto la mano de Dios que la rige y la gobierna. Ahí la tenéis en los mismos umbrales de esta edad llamada moderna, sometida de nuevo a una nueva prueba. Ha poco se ha realizado el ideal de unidad. Ya tenemos toda la cristiandad bajo un solo cayado. Pero nunca y en ninguna familia falta algún hijo pródigo que amarga la vida del padre y es ahora Lutero quien desgarrar esa unidad y arranca del seno de la Iglesia media Europa. Cuenta con el apoyo incondicional de los príncipes sajones y a remolque de las circunstancias políticas favorables o de los políticos que encuentran en la nueva bandera de rebelión su mejor aliado, rompe con la obediencia al Papa. ¿Dónde estará la verdad?. Podía uno entonces preguntarse fascinado con las consignas de la falsa reforma. Es el tiempo quien confirmará una vez más que la verdad está en Roma y que la barca de Cristo es la que conduce su Vicario de Roma. Esa porción que Lutero arrancara de la Iglesia al cabo de tres o cuatro siglos escasos nos ofrecerá un espectáculo aterrador. Vedla descompuesta en mil fracciones que hoy entre sí no convienen ni en las creencias ni en las prácticas sustanciales; vedla descompuesta en mil fracciones, muchas de las cuales se han desfigurado hasta tal punto que no es posible reconocer en ellos ningún rasgo propiamente cristiano. La otra porción, la que permaneció fiel a Roma ... al cabo de tres o cuatro siglos ha sufrido nuevas pruebas que han confirmado su naturaleza divina.

En el curso de estos cuatro siglos los acontecimientos se precipitan y se precipitan cada vez con más velocidad. Como en los siglos anteriores, la Iglesia sigue siendo la barca agitada por toda clase de temporales. Pero nonos hemos de lamentar antes al contrario hemos de decir con Pascal que causa placer encontrarse en una embarcación azotada por la tempestad, cuando existe la seguridad de que no ha de zozobrar. Las persecuciones que aquejan a la Iglesia son de esta naturaleza. La siguen persiguiendo los intelectuales, los políticos, contra ella se conjuran y se dan cita en ciertos momentos todos los elementos del infierno ... Ahí tenéis la persecución

que en nombre de la ciencia inaugura contra ella aquel impío Voltaire. Escuchadle *"Estoy harto de oír que doce hombres bastaron para fundar el cristianismo. Me entran ganas de probar que basta uno para destruirlo"*. Y es este el objetivo que se propuso en su vida. Echa mano de todo, de la injuria, de la calumnia, de la mentira y toda su obra está inspirada por ese odio satánico contra ella. Muere él, como todos lo sabéis y aquellos sus amigos que en aquella hora suprema no le consintieron que se reconciliara prosiguen la empresa que la heredan y la toman como propia los llamados enciclopedistas, que multiplicarán sus ataques a la Iglesia y la combatirán en todos los órdenes, hasta en nombre de la religión, de esa religión deista que ellos admiten y proponen. Sigue pasando el tiempo y el siglo pasado los herederos de los enciclopedistas se llamarán racionalistas que llegan hasta nuestros días. Muchos de ellos creen que a Cristo le es llegada la hora de tornar al Panteón de los dioses de la antigüedad. Muchos de ellos creen que hoy es llegada la hora de sustituir las formas religiosas impuestas por el cristianismo por otras formas sociales, raciales, anacionales, ... a las que se da categoría y honores de formas religiosas. Pero el verdadero mito del siglo veinte no es la Iglesia. veinte veces secular y otras tantas veces triunfante, sino el verdadero mito y el verdadero ridículo del siglo veinte son esas formas que se quieren inducir como las expresiones del progreso y de la ciencia.

Pero no solamente ha soportado la Iglesia en este período el peso de los golpes de los intelectuales, como quien dice de los que se hanpreciado de ser la flor y nata de la humanidad, sino que ha soportado otros golpes no menos rudos de las revoluciones, de los políticos. Los príncipes sajones que pusieron sus espadas al servicio de la rebelión de Lutero, no han dejado de tener sucesores y cómplices, en muchos reyes y monarcas muchas veces llamados católicos, pero que no tenían más aspiración que tener sojuzgada a la Iglesia.

Pero aparte de todos ellos, quién desconoce los horrores de la Revolución francesa del siglo XVIII, que descargó su furia principalmente contra la Iglesia, quién olvida la entronización de la diosa Razón a la que se auguraba un período de prosperidad y cuyo reinado se esperaba se trocara en bienestar y paz bajo los lemas de fraternidad, igualdad?. Pasa la Revolución y la Iglesia surge. Viene de nuevo en al mismo Francia otro hombre, otro genio, que dejó de serlo desde el mismo momento que se atrevió a enfrentarse con la Iglesia. Es Napoleón. Victorioso en tantas batallas, no da por colmada su ambición sin poner a su servicio a la Iglesia. Y esta la batalla que perdió antes que la de Waterloo. Echa mano del Vicario de Cristo que no cede a sus pretensiones y le retiene prisionero en Savona y Fointenebleau. El Vicario de Cristo no dispone de armas y de ejércitos para defenderse ni para hacer respetar el reinado de la justicia y de la verdad, pero tiene la autoridad conferida por Cristo y ésta le basta. Cuando se entera de la sentencia de excomunión que ha lanzado contra él, ufano y orgulloso pasea la vista por aquellos millones de hombres, armados hasta los dientes, aquellos millones de hombres aguerridos guerreros, triunfantes en tantas batallas y dice: *"Acaso la excomunión va a arrebatarse los fusiles de las manos de mis soldados?"*. A El le bastan los fusiles ... ahí está su fuerza y su fuerza es su derecho y su razón. Poco después ... no son los soldados rusos ... los había derrotado ... sino es el frío, es la nieve, es el hambre el que deshace su ejército y su fuerza y confunde su orgullo y su soberbia que los tendrá que ocultar en la prisión de Sta. Elena.

Quién desconoce también la persecución desarrollada contra la Iglesia en la primera mitad del siglo pasado por los ministros de Alemania?. Quién se ha olvidado de la figura soberbia, orgullosa y repugnante de aquel Canciller de Hierro llamado Bismarck?. Sus ambiciones no fueron menos amplias que las de Napoleón y la persecución desarrollada por él no fué menos peligrosa que la de la Revolución francesa.

La iglesia supera la persecución. Domingo I Adviento

Amadísimos fieles:

Hemos recorrido la historia a grandes trazos y hemos hecho constatar un hecho único en la historia, hemos descubierto un fenómeno singular que es la Iglesia, sometida a toda clase de pruebas, a toda clase de persecuciones, internas y externas, sangrientas y duras, subsistiendo a todas ellas, sobreviviendo a sus más poderosos enemigos. Qué verdad es que si ella necesitara un pedestal el mejor lo encontraría constituido por las tumbas de sus mismos perseguidores que son innumerables en el transcurso de veinte siglos.

La veíamos perseguida por los intelectuales que con Voltaire a la cabeza emprenden con furia satánica sus ataques contra ella. Hoy hemos de hacer constar con satisfacción que en el mundo intelectual de nuestro siglo, al que nos vamos a referir hoy, se observa el retorno de los mismos al seno de la Iglesia y a la fé. Los genios más preciados han vuelto a ella y han sido muy numerosas conversiones de intelectuales educados y formados fuera de la religión que mueren por ella o trabajan en ella o están en sus teorías y sistemas aproximándose a ella. No nos vamos a detener a numerar los nombres de estos hombres beneméritos en los campos de las letras y de las ciencias que han terminado por abrazar lo que ayer combatieron ellos y sus maestros.

Sin embargo, no podemos decir otro tanto de la persecución política, la desencadenada por los que rigen los destinos de los pueblos. Y aún en nuestro mismo siglo no ha faltado la sangre gloriosa y profusamente derramada ... ahí tenemos testimonio de ello en Rusia, donde se ha sacrificado a tantísimos millares de víctimas ... donde sistemáticamente y ordenadamente se ha perseguido al catolicismo y al cristianismo en general, aunque en los últimos años esa persecución se haya transformado ... no digo mitigado en otra clase que ya la venían practicando otros. Ahí tenéis Méjico, donde tantas vejaciones han sufrido los sacerdotes y tantas violaciones la Iglesia ... donde no han faltado mártires de verdad ... Estos ensayos han alcanzado más y se han propagado a otros países juntamente con las ideas. No necesitamos citar el caso de España donde la furia antireligiosa se desahogó destrozando tantísimos lugares sagrados, tantísimos templos y segando tantísimas vidas. Pero junto a esta persecución abierta y dura no ha faltado otra más solapada, pero no menos perjudicial, otra no tan vistosa y gloriosa para la Iglesia, pero tampoco menos real y satánica y es esa que se ha llevado a cabo y se está llevando a cabo en el Reich Germánico. No soy yo quien invento las persecuciones. Ahí le tenéis al gran Papa Pío XI, cuyo corazón paternal se siente desgarrado hasta tal grado que muere de pena al contemplar las injusticias que se están cometiendo con la Iglesia, al ver las persecuciones satánicas que aun después de veinte siglos de triunfo padece ella ...

La característica de las persecuciones de nuestros días es el ataque, no tanto a las personas, como a las instituciones sagradas, tanto divinas como naturales. Levanta la voz contra la opresión de los fieles y de la Iglesia en el Reich germánico ... después

La iglesia muestra el camino. Domingo III de Adviento

Amadísimos fieles:

En estas últimas pláticas hemos hecho un recorrido histórico, superficial y ligero, si queréis, pero suficiente para ver que la Iglesia es una institución de tan singulares y excepcionales características que su supervivencia en medio de tantísimas otras que han ido desapareciendo sin dejar rastro, su subsistencia en medio de tantísimos ataques, persecuciones, son inexplicables humanamente hablando. Hemos hecho antes de nada este recorrido histórico para haceros ver que esa Iglesia sobre la que se emiten tantísimas opiniones tan a la ligera, frente a la cual tomamos muchas veces una postura determinada, tan poco discreta o prudentemente, es una Institución que se merece el respeto y la admiración de cualquiera que la contemple sin apasionamiento, admiración y respeto que cuando se la estudia se truecan siempre en amor y adhesión. Aquí hemos de decir también aquello que tan acertadamente decía Pascal respecto de la religión en general: decía que si la Religión fuera geometría o álgebra pocos o ninguno habría que se atreviera y se decidiera a discutirla y podemos añadir que si la Iglesia no fuera más que un monumento histórico mudo, un monumento histórico que no reclama más que la admiración de los curiosos, nadie pasaría de largo sin expresar su admiración y su estupefacción con las palabras encomiásticas ... pero la Iglesia no es un monumento muerto y mudo, sino es un ser viviente, es un Cristo predicador que unas atiza las costumbres licenciosas, otras condena las injusticias y siempre está señalando con su índice el camino que se ha de seguir ... camino que no precisamente el que los hombres quisieran o escogieran para sí por su propia voluntad. Y el hombre que va descaminado quiere justificar su posición ... no precisamente reconociendo su error sino respondiendo a los ecos que le llegan diciendo que quien las profiera no sabe o no tiene por qué mandar ... He ahí el secreto de porqué a pesar de ser ella en su historia y en su vida un testimonio vivo de su divinidad y de su autoridad .. ni su autoridad ni su grandeza son reconocidos ... porque reconocerlo para el hombre sería condenarse a sí mismo ...

Es que -podrá decir alguno- aquí sólo se nos trae a colación lo bueno, lo grande de su historia ... es que en la historia de la Iglesia no hay manchas negras ... y manchas de enormes proporciones ...? No lo negamos y decimos que hay manchas que revelan que el hombre es hombre, aunque se revista de ángel. Pero estas manchas de su historia no son de tales proporciones que basten por sí para echar a perder la hermosura y el brillo del conjunto ... ni muchos menos ... Aunque tendremos más tarde ocasión de hablar de los defectos de la Iglesia más detenidamente, al llegar a este punto no estará de más que os haga aquella observación

sagacísima que hace a este respecto Don Panlout. Tengamos primero en cuenta que los hombres de la Iglesia no son la misma Iglesia ... como los ciudadanos no son la Patria. Los hombres pasan, la institución de Jesucristo permanece. Los hombres no son santos, la institución de Jesucristo es santa: en una palabra, la institución de Jesucristo es divina, pero los hombres son hombres y es precisamente la humanidad que permanece en ellos la que hace resaltar y brillar la divinidad de la institución. Y concretamente respecto de esos escándalos, de esas manchas de su historia y de su actuación que unos hechos aislados verdaderos, si se hallan fuera del sitio que les corresponde en la presentación del conjunto o en nuestra comprensión, o fuera de proporción con la totalidad de los hechos, pueden ser las más grandes mentiras. Cuando pues por tres palabras escritas se suprimen treinta, que no obstante habrían sido necesarias para dar a las tres primeras su verdadero carácter, los lectores, si carecen de instrucción o de preparación, en modo alguno se ilustran ...

Los defectos y las manchas que le queráis achacar no son de tan naturaleza ni de tales proporciones que por ellos pierda su historia la grandeza, hermosura del conjunto ... no son de tan naturaleza o proporciones que por ellos quede oculta la mano providencial que la ha gobernado y regido; sino que, al contrario, esta se pone de manifiesto ... pues más mérito es que haya subsistido a pesar de los defectos de los hombres, a pesar de las debilidades de los hombres, que por sus cualidades y virtudes. Nadie podrá decir que la Iglesia está en pie después de tantísimos siglos y tantísimas acometidas por el genio y el acierto y el prestigio de sus Jefes. Los ha tenido y los tiene bien prestigiosos, bien santos, pero también los ha tenido otros que han sido débiles, otros que no han gozado de talento. Subsiste ... no por obra humana ... subsiste no tampoco por predicar una doctrina fácil y acomodada al hombre ... En primer lugar en su doctrina nos encontramos con obligación de abrazar cosas que no comprende nuestra razón, que son los misterios que le repugnan ... que le repelen ... nos encontramos con una doctrina moral que es más pesada a primera vista que como para soportar el hombre ... con una doctrina moral ... que provoca la rebelión de los corazones ... ¿a qué vamos a recurrir a otra cosa que a una causa sobrenatural para poder explicar esa supervivencia?.

Con harta pena vemos que a pesar de todo ello se la quiere arrinconar en nuestra Europa, vemos que a pesar de todo ello la vida privada, pública y social de nuestros días no se deja inspirar en ella ... Vemos que nuestra civilización va progresando al margen de ella ... Ello no puede producir ninguna inquietud a ella, pero nos debe producir a nosotros. Ello no puede producir ninguna inquietud a ella porque la divina providencia que vela por ella se encargará de prepararle nuevos campos, abriéndoles nuevas puertas ... Ahí está el Asia y el Africa, donde en un tiempo tanto floreció el cristianismo y con el cristianismo las letras y la ciencia, Asia y Africa que fueron en un tiempo no remoto el faro de la humanidad ... hoy están sumidas en la barbarie, hoy son países que necesitan de civilización ... Así quedará acaso en breve nuestra Europa ... Aquí vamos a recordar aquellas palabras ... tal vez proféticas, de aquel escritor anglicano Macaulay, que decía, refiriéndose a la Iglesia: *"Era grande y respetada antes que los sajones hubiesen hollado el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubiesen pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega se hallaba floreciente en Antioquía, cuando los ídolos eran aun adorados en el templo de Meca. Puede, pues, ser grande y respetada todavía, después, cuando algún viajero de Nueva Zelanda se detendrá en medio de una inmensa soledad, frente a una arcada rota del puente de Londres, para dibujar las ruinas de San Pablo"*.

Es que si se contempla la historia desde un punto de vista imparcial, cualquiera puede echar de ver en ella el desenvolvimiento de un plan providencial que se sigue a través de todos los siglos y vicisitudes de todas las sociedades. Vemos en ella los designios de Dios, respetando la libertad de los hombres y haciendo invenciblemente su obra, sirviéndose de los mismos hombres libres, casi siempre sin que se den cuenta y muchas veces a pesar suyo ... Lenormant.

Indiferencia y odio contra la Iglesia. Domingo IV de Adviento

Amadísimos fieles;

En Historia -os diré con Leonermant- los hechos nos obligan a seguir la opinión de Bossuet que decía que todo estaba subordinado al desenvolvimiento de un plan providencial. Efectivamente, vemos en los anales de la Humanidad el desenvolvimiento de un plan providencial, que se sigue a través de todos los tiempos y de todas las vicisitudes de las sociedades. Vemos en él los designios de Dios, respetando la libertad de los hombres y haciendo invenciblemente su obra, sirviéndose de los mismos hombres libres, casi siempre sin que se den cuenta y muchas veces a pesar suyo.

Es este sentimiento de una intervención sobrenatural a favor de ella, de la Iglesia, sentimiento que ha penetrado tan hondo en la conciencia de los hombres, la que hace exclamar al escritor anglicano Lord Macaulay las siguientes palabras: *"Era grande y respetada (la Iglesia) antes que los sajones hubiesen hollado el suelo de Gran Bretaña, antes que los francos hubiesen pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega se hallaba floreciente en Antioquía, cuando los ídolos eran aun adorados en el templo de la Meca, puede, pues ser grande y respetada todavía, después, cuando algún viajero de Nueva Zelanda se detendrá, en medio de una inmensa soledad, frente a una arcada rota del puente de Londres, para dibujar las ruinas de San Pablo"*.

Con harta pena vemos que en Europa se la quiere arrinconar. No será ella la que pierda nada, será Europa que a la larga o a la corta quedará sepultada en la barbarie. La historia es maestra de la vida. Y ved, que la Iglesia en ninguna parte ha podido ser suplantada con ninguna forma social ni política. Ahí tenéis Africa: hoy país de colonización, hoy a falta de civilización ... Y recordad que en Africa floreció como en ninguna parte la Iglesia. Recordad que la iglesia ha tenido en Africa sus mejores lumbreras, recordad que en Africa ha tenido la Iglesia sus legiones de mártires ... sabed que el siglo cuarto y el siglo quinto la Iglesia en ninguna parte brilló tanto como en Africa. Ahí está también el Asia, cuna del cristianismo, el jardín en el que han florecido tantísimas flores para la Iglesia, flores que con su aroma saturaron el mundo entonces conocido en los tres primeros siglos ... todavía en el siglo diez y once estaba allí muy floreciente la Iglesia ¿A qué ha venido a parar?. ¿En qué estado están hoy todos aquellos países y todas aquellas regiones?. En estado semisalvaje ... es que el hombre para sustraerse a la ley de la gravedad no encuentra otra fuerza sobrenatural fuera del cristianismo y de la Iglesia. A lo que hoy son Africa y Asia puede llegar en breve nuestra Europa si es que se desliga de la Iglesia ... La nave de Pedro encontrará otros mares que surcar, los operarios de Pedro encontrarán otros terrenos

que cultivar, terrenos en los que el trabajo rendirá más de lo que rinde en estos países de Europa, axfisiados, angostados por el materialismo, por el paganismo.

Pero esta indiferencia y hasta este odio que hoy existe contra la Iglesia proviene más que de la malicia de la ignorancia tan supina de lo que es ella, de la misión que le compete. Se lanzan ataques contra ella, en unos sitios porque se inhibe de las cuestiones como se suele decir actuales, en otros porque se mete en ellas que creen que se pueden solucionar al margen de ella. Donde se la quiere combatir no faltan falsos pretextos y razones que en el fondo revelan más que otra cosa una ignorancia supina. Nos consideramos a veces hijos muy fieles de la Iglesia, tenemos muchas veces hasta verdadero orgullo de ser hijos de la Iglesia y sin embargo ni los que tenemos por hijos muy fieles y el serlo lo tenemos a gloria y honra tenemos más conocimientos de lo que es ella que aquella definición del catecismo que nos dice que la iglesia es una congregación de fieles bautizados que viven bajo el régimen y la autoridad del vicario de Cristo. Hoy nos falta ese sentimiento de solidaridad y de hermandad que inspiraba la idea de la Iglesia a los primitivos cristianos, hoy hemos perdido el sentido de la comunidad cristiana.

Conocemos los designios del Salvador. Sabemos concretamente cuál fué la misión que trajo del cielo a la tierra el Hijo de Dios. Conocemos cuál fué su voluntad. No vino más que a preparar a las almas para que un día participen de su propia felicidad en el seno del Padre: eso ante todo; pero hacer también que florezca en la tierra en cuanto dependa de El una segunda edad de oro, en que la diferencia de razas y naciones, de clases y profesiones, no engendren ya más altiveces y desdenes, envidias u odios, una edad de oro en que la humanidad hecha cristiana viera cómo se amaban y ayudaban todos sus miembros como miembros de un mismo cuerpo, bien poseídos de su común dignidad y de su hermandad. Cristo con el fin de asegurar la regeneración del universo, el orden nuevo a que todos estamos llamados, va a influenciarnos directamente sometiéndonos a una autoridad externa, encuadrándonos en una organización externa que sea garantía de esa unidad interna nacida por efecto de la iluminación de las inteligencias por las mismas verdades. Esa autoridad es la autoridad religiosa que reside en la Iglesia, ese marco en que quiere encuadrar a la humanidad es la Iglesia que El constituye ... Iglesia que es la garantía de la paz y de la unidad del género humano ...

Actitud de los cristianos ante el magisterio de la Iglesia. Domingo III de Adviento.

Amadísimos fieles:

La única actitud racional, la única actitud prudente del simple cristiano en cosas que atañen a la fé y a las costumbres es la de la sumisión reverente, la de actitud de acatamiento pleno, interior asentimiento. No era, decíamos el domingo pasado, un gesto irracional el de aquel consejero francés que, sin conocer la opinión de Jofre, se adhería a él, porque le suponía, por su cargo, con elementos de juicio más exactos y por ello cabía pensar que sus decisiones no habían de pecar de temerarias, como podrían hacerlo las de un ignorante en las cuestiones militares. El Papa reúne todas las condiciones deseables, natural y sobrenaturalmente, para emitir sus juicios con más acierto que cualquiera de nosotros. Porque tanta reserva, tanta resistencia, tanto recelo para admitir sus opiniones, sus juicios, para posponerlos a las opiniones y juicios de otros hombres, que no pueden ofrecernos en ningún caso tantas garantías de verdad como las del Papa.

¡Qué bien está aquello que dice un sabio escritor: *"Los incrédulos se admiran de la elevación de miras y grandezas de designios del Papá: Los católicos son insensibles, desconfiados, si no indóciles y hostiles. No entran porque el Papa trate de turbar su rutinaria manera de ver y gobierna la Iglesia a su manera y no al gusto de ellos ... "Concebimos perfectamente que está condenado a la derrota un ejército donde las órdenes de los generales no se obedeciesen, sino después de que los oficiales y simples soldados las aprobasen en su fin, oportunidad y minucias y, sin embargo, muchos cristianos llaman a su propio tribunal las órdenes de la Iglesia y se niegan a obedecerlas si no están conformes con su criterio. "La obediencia vale más, decía el Profeta Samuel, que los sacrificios de libre elección y el respeto a la palabra divina más que la grasa de los cabritos, porque la rebeldía es tan culpable como la adivinación y la desobediencia como la idolatría."*

Hay males a los que no se puede poner remedio más que con un acatamiento absoluto a las órdenes de la Iglesia. Cuando los enemigos de la Iglesia han atacado un dogma, bien estaban las manifestaciones exteriores de fé, los testimonios expresos de aquella verdad. Hemos visto más de una reacción espontánea y hermosa de reparación y de expiación en el pueblo cristiano cuando se han profanado los sagrarios y se ha atacado alguna devoción que el pueblo sentía en lo más íntimo. Lo que echamos de menos en estos últimos tiempos es esa reacción unánime de los católicos siguiendo las consignas de los Papas en el campo social, a donde, más que al teológico y dogmático, se ha desplazado la lucha en estos últimos tiempos. ¿El mundo hubiera

llegado a estos extremos de dolor y a esta lucha sin solución entre las clases si, por ejemplo, se hubieran dispuesto a seguir a rajatabla las normas y consignas del Papa respecto del problema social, sin refugiarse en mil partidos políticos y sin disgregarse en mil fracciones sociales ... fracciones sociales que quedaban con miedo de seguir de golpe; de reconocer en la práctica las normas del Papa?.

Es que el Papa no es infalible cuando habla de otros asuntos que no sean de fé y de costumbres; es que el Papa no es infalible más que cuando habla "ex cátedra", se suele decir. Cuando el Papa Pío IX condenó el liberalismo, ese fué el pretexto que tuvieron los que querían seguir aferrados a sus opiniones. Más tarde ellos mismos, o sus hijos, han tenido que reconocer que tenía razón Pío IX, Cuando León XIII habló de la magnitud y de la trascendencia de la lucha social que entonces se planteaba se decía "el Papa exagera", y sin embargo hoy vemos que sus previsiones se van cumpliendo al detalle. Hoy vemos que al dar la importancia que dió al problema social, más que prever intuyó lo que iba a pasar. Nuestros descendientes comprobarán la clarividencia de las enseñanzas de Pío XI sobre el comunismo, sobre el nacionalismo exagerado; nuestros descendientes podrán comprobar la inspiración de Pío XII al trazar las líneas del orden justo entre las naciones.

Pero además, aun cuando el Papa no sea infalible cuando no habla "ex cátedra", hemos de saber que Cristo constituyó al Papa no sólo para ensoñar con fidelidad y sin error, sino para gobernar la Iglesia y le prometió asistencia especial en orden al ejercicio de toda su misión, a su oficio. Y el oficio del Papa no se reduce a condenar o definir, sino también a gobernar, y por ello el deber de los católicos no se ciñe exclusivamente a evitar el caer en la herejía, sino que deben obedecer a su soberano y Jefe. ¿Cómo es que cuando leemos las Encíclicas no recordamos esta obligación sencilla y no sentimos su suprema conveniencia y divina oportunidad?.

No tratamos de declarar excelente y santísimo todo lo que han hecho todos los Papas. Ofenderíamos a los Papas si sostuviéramos que en todo lo que han hecho nunca cometieron equivocación. Lo único que les debemos es la verdad, y ellos no tienen necesidad sino de la verdad. Por esas equivocaciones que han podido tener alguna vez en asuntos ajenos a la fé, puede ser que haya sufrido la Iglesia, pero no han sido esas equivocaciones las que la han puesto en trance desesperado ... las que le han arrebatado a las masas. Lo que a la Iglesia le ha arrebatado las masas que en ella hubiera, encontrando su mejor refugio y su mejor defensa, han sido las equivocaciones de los católicos, que hemos preferido seguir nuestras opiniones privadas y personales a seguir las de nuestro Jefe.

Actitud de los cristianos ante el magisterio de la Iglesia. Domingo IV de Adviento

Amadísimos fieles:

Las obligaciones, mejor dicho, las relaciones entre un simple fiel y la Iglesia, no pueden ser otras que las de amor y obediencia. Debemos prestarla obediencia y acatamiento a sus consignas. Esta obediencia debe traducirse en la aceptación del magisterio de la Iglesia. La verdadera aceptación requiere un acto positivo. No basta adoptar un silencio reverente ante sus enseñanzas. Requiere un acto positivo de nuestra inteligencia, que presta su asentimiento interno. No solamente traicionan una causa los que van de frente contra ella, sino también aquellos que no prestan su concurso debiendo prestarlo. No van contra la iglesia solamente aquellos que niegan una verdad expresamente contenida en su Credo, sino también aquellos otros que no reconocen su autoridad prácticamente, poniendo en tela de juicio sus orientaciones, sus normas, sus consignas, con las que la autoridad eclesiástica cumple con su misión de gobernar más que con su misión de enseñar. El Papa no solamente ha recibido el encargo de enseñar, sino también de regir y de gobernar la Iglesia. Y este gobierno requiere la aplicación práctica de las conclusiones de los principios generales, lo cual se realiza por medio de las instrucciones, por medio de los decretos y de las cartas encíclicas. Nadie se atreverá a sostener que hay que someterse a quien representa una autoridad legítima. Pues bien, el Papa es esa autoridad legítima al que se debe obediencia por ser autoridad.

Hoy otros hubieran sido los horizontes del mundo si a su debido tiempo se hubiera prestado oído a las enseñanzas de los Sumos Pontífices. La gran herejía moderna, la gran herejía cristiana ha sido esta falta de obediencia a las enseñanzas del Romano Pontífice por los llamados cristianos. La oposición más violenta y tenaz que ha encontrado la Iglesia para el cumplimiento de su misión en la tierra no ha estado de parte de los enemigos seculares de la Iglesia, sino que ha estado de parte de los mismos llamados católicos, que han temido aplicar las normas sociales dadas por los Romanos Pontífices. No negaremos que los poderes secretos, las sectas masónicas, han realizado una labor realmente demoledora en contra de la Iglesia en los países católicos, pero acaso no sea exagerar el decir que esa sorda oposición que ha habido a la aplicación de los principios de justicia y de equidad ha sido de bastante peores consecuencias. Los enemigos exteriores de ordinario no hacen más que reforzar las fuerzas interiores. Los enemigos interiores son los que, como los microbios, destruyen la vida y llevan la muerte al organismo viviente.

Hemos llegado a unos momentos en que se pregona la unión de las fuerzas conservadoras contra las fuerzas de la revolución. Esta unión nunca será tan íntima, tan vigorosa que bastara para confiar a ella el porvenir del mundo. Un viento huracanado contrario a la dirección que

lleva el incendio puede apagarlo de momento, pero nunca bastará ese viento para transformar los campos resecos, los árboles áridos en verdes praderas, o frondosos troncos. Para eso hace falta que venga el sol y la lluvia, que lleven a la entraña de la tierra la vida. Hemos llegado - he dicho- a un momento en que se pregona la unión de las fuerzas conservadoras para contener una revolución triunfante, pero aun en el caso de que se produjera esa unión, ¿creéis que basta eso?. La unión de las fuerzas conservadoras hace falta, no para contener un peligro, sino para crear un nuevo mundo, un mundo más justo, más equitativo y la cruzada que proponen nuestros Romanos Pontífices de estos últimos tiempos es la que ha de culminar no en la contención de un incendio, sino en la erección, en la creación de un mundo más justo, más equitativo. Y esto solamente podremos realizarlo si todos los que profesamos la misma fé y las mismas creencias nos unimos por los vínculos de una obediencia ciega a las normas y consignas de nuestros Superiores jerárquicos, de nuestro Papa.

Y dejando este punto, vamos a pasar ya a otro, que brevemente expondremos. En lo referente a la iglesia, otro de los puntos que suscitan discusiones y provocan confusiones es el relativo al de sus relaciones con la sociedad civil, concretamente con el Estado. No es ahora la primera vez que se achaca y se tilda a la Iglesia de un servilismo indigno, por parte de unos, y por otros de una ambición absorbente. Y así, se levantan a un mismo tiempo dos bandos distintos contra Ella. En momentos de agitación, en momentos de cambios de régimen y de políticas, el no tener idea exacta de lo que deben ser las relaciones de la Iglesia el Estado lleva la confusión a no pocas mentes y la resistencia o la oposición, más o menos justificada, la impasibilidad cuando menos, más o menos excusable, de ciertos sectores de opinión frente al poder establecido se traduce también e implica oposición, o cuando menos impasibilidad con la Iglesia. Hemos visto casos curiosos de todo esto en estos últimos años en que hemos sido testigos de las más diversas y extrañas vicisitudes políticas. Durante la República, cundió el recelo contra las intenciones de la Iglesia en un sector bastante numeroso, hasta entonces muy adicto a la misma, porque se veía la Iglesia haciendo todo lo que pudiera para llegar a una inteligencia con las Autoridades reinantes, pues entonces una inteligencia de la Iglesia con quienes ostentaban la autoridad hubiera perjudicado y perjudicaba a sus intereses políticos, que difícilmente encubrían con la bandera religiosa. Después ... después ha pasado todo lo contrario. Esos mismos que entonces se regocijaban acaso de este acercamiento de la iglesia a los que ostentaban la autoridad se escandalizaron, acaso demasiado, de la inteligencia y del acuerdo existentes entre la Iglesia y la Autoridad.

Antes de permitarnos el lulo de criticar y censurar actitudes de la Iglesia, vamos a ver cuáles son las relaciones ideales de la Iglesia con la autoridad, con el régimen, con el Estado. Hasta qué punto es recomendable la buena inteligencia y hasta qué punto sea más conveniente una prudente separación.

Respecto de esto, la doctrina contenida en el mismo Evangelio es tajante y clara. El ejemplo de Cristo en este particular no se ofrece a tergiversaciones. Cristo primero enseña con el ejemplo y después ratifica con su palabra que ya ha enseñado. Las circunstancias políticas de Palestina en tiempos de Jesucristo eran las más delicadas que puedan imaginarse. Palestina es un país que lleva cerca de doscientos años de lucha por su independencia. Ellos, sus padres, habían tenido ya antes ocasiones de probar cuán hermosa sea la independencia y cuán agradable la vida en la propia patria. Ellos, que habían sufrido la cautividad de Babilonia durante tantos años ... ellos, que volvieron a su patria con tanto regocijo, no pudieron menos se educar a sus hijos en estos sentimientos patrios, que los hijos iban transmitiendo de unos a otros. Y cuán fuerte era esta conciencia nacional, como nos descubren sus luchas posteriores contra los griegos y los romanos. Pero, por fin, cayeron en la dominación romana que, por discreta que fuera, no les era soportable.

Jesús obedece al decreto del censo o empadronamiento. Respetó las leyes romanas, pagando el tributo exigido por las mismas. Reconoce públicamente el pago del tributo al César. Paga el impuesto del Sanedrín, por otra parte. Trató a Pilatos como a una autoridad legítima, que le reconoce inocente a pesar de haber sido acusado. También contesta a las preguntas de las autoridades religiosas, que tenían derecho a interrogarle. Estas, que prácticamente tenían la autoridad, no se atreven a tildarlo de mal patriota ... Es más, reconoce a los fariseos el derecho de enseñar; sólo les precave a los suyos de seguir sus doctrinas.

Defectos de la iglesia

Amadísimos fieles:

Decíamos el domingo pasado que era injustificado el asombro de los que se extrañaban de que en la Iglesia hubiera debilidades y defectos.

La Iglesia es el reino que constituyó Cristo para santificar a las almas y se la llama santa, pero este reino es semejante, por expresa voluntad de Cristo, al trigal en el que crece el buen trigo a una con la cizaña, hasta que venga el fin de los siglos y los ángeles verifiquen la separación. Es semejante a la red que en sus mallas atrapa toda clase de peces. En el seno de la Iglesia, integrándola, hemos de tener buenos y malos.

Ha instituído, no para reunir a los santos, sino para hacer mejores ... por ella se eleva a la humanidad a un nivel de moralidad que de lo contrario no alcanzara por sí misma.

No tenemos que escandalizarnos. Jesucristo, o la Iglesia por las aguas del bautismo, o por la recepción de los sacramentos, no la despoja de la libertad. El hombre es tan libre antes del bautismo como después. Es más, el hombre bautizado es tan débil y frágil como el que no lo está. ¿Por eso nos va a extrañar su caída hasta el punto de escandalizarnos?.

Y quien dice del bautizado dice lo mismo del confirmado, hasta del ordenado. La Iglesia procura escoger para ministros suyos gente que ofrece pruebas y garantías de santidad, de bondad ... santidad y bondad que el candidato las ha tenido que adquirir a fuerza de trabajo y empeño y diligencia. Y después de ordenado para mantenerse en esas alturas de santidad tiene que esforzarse y empeñarse con toda diligencia en considerar esa llama de la santidad con el ejercicio de las virtudes cristianas.

Si no pone a contribución ese empeño cae, caería, como los demás. Repito, el orden sagrado no le arranca la libertad, sino que le concede atribuciones que antes no tenía y le impone cargas que deliberadamente solicita.

Momentos emocionantes son en realidad aquellos en que al aspirante a sacerdote le recuerde públicamente y en voz alta el señor Obispo las obligaciones que le impone el sacerdocio, sobre todo la obligación del celibato y dejando un rato pensar ... haciendo una pausa ... le pregunta si consciente y deliberadamente está dispuesto a llevar esa carga.

Pocos, o ninguno, se sentirá en aquellos momentos sin disposición para ello. Pocos o ninguno aceptarán violentamente esa carga; pocos o ninguno se sentirán en aquel momento sin fuerzas para ello. Pero después, acaso más de uno se cansa de llevarla y desfallece. Son hombres y son libres, aunque están revestidos de poderes divinos. Y como hombres, y como libres, ceden ante las soliviantaciones y se producen las caídas.

Pero esas caídas son motivo justificante para que los otros nos relevemos de esas obligaciones? De esas caídas y de esos defectos de los cristianos y los eclesiásticos vamos a deducir que la religión es una farsa, o que no hay por qué seguir soportando esas cargas?. ¿No es esta una inconsecuencia culpable?. ¿No es una actitud irracional?.

Muchos, viendo las libertades que se toman en materia de los mandamientos personas que pasan por religiosas, concluyen que la fé cristiana obliga bien poca cosa.

En estos momentos habría que recordarles a estos aquello que Cristo enseñaba respecto de los fariseos. "No hagais lo que ellos hacen, pero cumplid lo que ellos os enseñan".

Además, de ordinario los escandalizados no son los mejores. Aquellos fariseos que habían aducido a la presencia de Cristo a la mujer sorprendida en adulterio, pudiera creerse que lo hacían por amor a la virtud, por el celo de la ley. Maestro ... qué hemos de hacer ... ésta ha caído ... la hemos cogido ... como diciendo "qué barbaridad".

El que de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra. Así desbarató aquellas pasiones.

Todos los hombres, por el mero hecho de ser hombres, tienen razones para desear la indulgencia, y para lograrla.

Deberes

La sustitución de una Iglesia católica y jerárquica que tiene por jefes visibles a los apóstoles.

El hombre dejó de creer en Dios y acaba por no creer en nada

Amadísimos fieles:

Hace poco escribía un sabio pensador una observación digna de tenerse en cuenta. En un hermoso artículo pasaba revista a la situación presente e iba formulando, o expresando, las causas del mal y señalaba también algunos remedios que los hombres se proponen para asegurar al mundo, después de este escarmiento, una paz durable, una paz segura, una paz justa.

Citaba los años que harían falta a las haciendas de los diversos Estados para equilibrar los presupuestos y pagar las deudas que iban contrayendo. Hablaba también de los años que harían falta en los diversos países para solamente reconstruir lo que se está destruyendo. Y al terminar sus reflexiones, sus consideraciones, decía: *"Al fin y al cabo, las minas de hierro no se han agotado y podrá sacarse hierro de las entrañas de la tierra para reconstruir esas ciudades; al fin y al cabo, tampoco parece que podrán agotarse otros recursos de diversos materiales que se necesitan, y el problema de la reconstrucción material no es ningún problema. Pero lo que a mí me alarma no son esas ruinas, de las ciudades incendiadas; lo que a mí me alarma no son esos ejércitos, el ímpetu de esos ejércitos que resulten victoriosos; lo que a mí me alarma es este gesto cada vez más común y general del hombre que mira con recelo en torno suyo y se sonríe escépticamente del locutor de radio que escucha, de la columna de periódico que lee, de la conversación alentadora de su amigo. Lo que a mí me alarma es ese gesto del hombre que desconfía de todo y acaba por no creer en nada. Dejó de creer en Dios para creer en el hombre, dejó las luces inefables de la fé por la luciérnaga de la razón; dejó la promesa del cielo por la promesa seductora de un mundo sin dolor y con el sumo de placeres de la tierra, que le ofrecía la ciencia y el progreso. Hoy defraudado de todos, desengañado de todos, el mismo ha exaltado ... Lo que me alarma no es revolucionario que cree todavía en la eficacia de su idea y se entrega al ideal, sino en el hombre que no cree y desconfía de todo, empezando por reconcentrarse dentro de sí ..."*

¡Qué verdad, qué observación más atinada, amadísimos fieles. ¿Con qué se va a reconstruir el mundo moral, a título de qué se va a exigir a los hombres respeto mutuo, con qué garantías se va a pensar en un porvenir risueño?. Así está el hombre, a eso ha llegado cuando ha perdido su poca fé. ¿Cómo se va a rehacer?. ¿Cómo va a salir de ese aislamiento, de esa soledad, que le invade por todas partes?.

Decía Maistre en el siglo pasado que el hombre que había comenzado por proclamar los derechos del hombre tenía que acabar su evolución y su progreso pregonando los derechos de

Dios. Y nosotros, los cristianos, reconocemos esos derechos de Dios cuando sometemos nuestra razón a las verdades de la fé, cuando sometemos nuestra voluntad a los preceptos del código cristiano. La vuelta a una fé sincera, la vuelta a la profesión de las verdades, continuidad en nuestro credo que había pasado de moda, es la única salvación que se le puede brindar al hombre.

Es ya grande la tortura que esa inquietud y ese desvelo permanente que se han clavado en su corazón le causa al hombre. No puede depositar la confianza en nadie. Echo de menos la asistencia de los espíritus sobrenaturales, echo de menos la confianza en los espíritus, pero a eso debo volver para encontrar la verdadera sensación de seguridad y de paz, de tranquilidad y de contento.

Y dando un paso más, vamos a considerar otro dogma de nuestro credo. Hemos hablado de la Iglesia, sociedad visible instituida por Cristo, sociedad integrada por todos los que son regenerados en las aguas del bautismo. Desde el siglo quinto se expresa en el Credo otro artículo que está implícitamente contenido en el que se expresa cuando se dice "Creo en la Madre la Iglesia." Desde el siglo quinto añadimos "creo en la comunión de los santos", expresando de esta forma lo que alguno ha llamado "el gran dogma social de la Iglesia". El cristiano carece de verdadera visión de su vida mientras desconozca este artículo. El cristiano en la profesión consecuente de este artículo adquiere la visión integral de su personalidad. Las más amplias exigencias sociales del hombre adquieren margen dentro de este artículo. Las luces que se desprenden de este artículo, de esta verdad, hacen que el hombre se de cuenta de toda su grandeza y al mismo tiempo de toda su limitación.

Un padre tiene tres hijos. Uno de ellos tiene ya colocación magnífica, ha logrado su objeto, ha llegado a la meta de sus aspiraciones, tiene ya su puesto en la sociedad. El segundo tiene su diploma, ha sufrido ya los rigores y formalidades de un examen de capacidad, pero aún no tiene empleo. El tercero va a la escuela, le esperan aún muchos trabajos y luchas; todavía le quedan algunos años de carrera, aún no sabe qué será de él, no sabe si llegará a tener el empleo que ambiciona. Pero los tres hermanos se aman, se ayudan y se alientan mutuamente. Esta es la doctrina de la comunión de los santos. Comunión quiere decir comunidad, santos son aquí todos los que profesan la fé en Cristo; todos los que están bautizados. Todos los que por el bautismo son miembros de Cristo. Los que han logrado el objeto son los bienaventurados y componen la Iglesia triunfante.

Tomo II. Sermones
Libro 3º. Sermones 2ª parte

Día del Papa. Predicación: Día del Papa

Índice

1. Sermón Día del Papa. 11.3.1945
2. Sermón Día del Papa. 10.3.1946
3. Triduo Día del Papa
4. No lamento sino acción (Pío XII)
5. Colecta Radio Vaticana. 13.11.1949
6. Sermón Día del Papa. 15.3.1953

Sermón Día del Papa. 11.3.1945

Amadísimos fieles:

Hoy se celebra en todo el mundo el Día del Papa, con el objeto de llamar la atención de los pueblos en medio de esta confusión babilónica de ideas y orientaciones sobre la presencia de un hombre, que es por una parte Maestro infalible que conoce y posee la verdad íntegra y, por otra, el Pastor por excelencia que puede conducir a la humanidad a la luz de su verdad por sendas de salvación. Desde luego, como observa el Papa en el Mensaje de estas últimas Navidades, *"una idea, una voluntad cada día más clara y firme surge en una falange, cada vez mayor, de nobles espíritus de hacer de esta guerra mundial, de este universal desbarajuste, el punto de partida de una nueva era para la renovación profunda y la reorganización total del mundo"*. El motivo de la institución de este día es el hacer caer a los pueblos en la cuenta de dónde está la verdad y de dónde ha de venir la salvación. Jesucristo no quiso que su obra redentora se redujera a abrir al hombre nuevos horizontes de vida y de luz y de dicha más allá de ultratumba. Jesucristo predicó su doctrina e impuso sus preceptos morales también para hacer florecer en este mundo un nuevo reinado de paz y de concordia, para iniciar también sobre la tierra una nueva época de prosperidad, prosperidad que si no ha llegado a alcanzar toda la amplitud que debía no le vamos a inculpar a nadie más que a nosotros mismos, que no hemos sido fieles a esa doctrina. No porque todavía no se haya logrado esa prosperidad vamos a poner nuestros ojos y cifrar nuestra esperanza para el porvenir en otra parte, en otros sistemas, sino lo que tenemos que hacer todos los que nos encontramos animados con vivos deseos de redención y liberación es inspirar nuestras vidas en esa doctrina, llegar a hacer esa experiencia auténtica e íntegramente cristiana.

Interpretando, pues, esos deseos de la Iglesia al instituir esta fiesta, este Día del Papa, y tratando de proseguir lo que ella persigue por este medio, vamos en este momento a tratar de renovar la conciencia de nuestra responsabilidad, para que, bajo la dirección de esa conciencia de nuestra responsabilidad, para que bajo la dirección de esa conciencia seamos fieles a la misión que a cada uno de nosotros nos compete en esa tarea universal de la reorganización y reajuste universal que se presagia. Nuestras esperanzas pueden resultar fallidas si cada uno no consigue salir de ese letargo moral y espiritual, de esa apatía y hasta pasividad en que hemos llegado a incurrir, abandonándonos inconsciente, o conscientemente, a un fatalismo incomprensible. Este fatalismo, tan incompatible con la razón y con la experiencia, encuentra su expresión corriente entre nosotros que justificamos nuestra pasividad diciendo que "lo que ha de venir vendrá". Como si lo que ha de venir y lo que ha de ser fuera cosa ajena a cada uno de nosotros. Como si de la fidelidad de cada uno de nosotros no dependiera nada; como si cada uno de nosotros no pesara nada. Es lo mismo que si los manantiales que brotan en las cumbres de las montañas y de los que se alimentan y se nutren los caudalosos ríos se dijeran que daba lo mismo que dieran agua o dejaran de dar. El río caudaloso, en último término ¿qué viene a ser otra cosa que la suma de esos manantiales?.

Indudablemente esta actitud es una de las consecuencias de esas corrientes de opinión y de vida que parece que van pasando de moda, pero no sin dejar su huella. Una de las consecuencias de esas doctrinas colectivistas y absolutistas, basadas o inspiradas en esa filosofía pesimista del hombre, que consideraban al mismo como un ser inclinado al mal y poco menos que incapaz para obrar el bien y desear el bien, que por ello no permitíasele disfrutar de su libertad y de intervenir activamente en la vida con el peso de su personalidad y que la bondad y rectitud juzgaban patrimonio exclusivo de unos pocos, de esa minoría llamada al gobierno y a la dirección del pueblo, que disponían de todo sin contar para nada con la masa dirigida y controlada. Esta pasividad, que es la claudicación de la propia responsabilidad, es uno de los males de cuyo contagio es urgente liberarse. Hoy se encuentra de nuevo la humanidad, como reconoce el Papa en ese mensaje de las últimas Navidades, sobre la democracia frente a unas perspectivas nuevas en las que se le ofrece al hombre, al individuo, a la persona, una mayor intervención y una mayor participación en las tareas de organización y régimen de los pueblos. Por eso, la tarea más urgente de momento en esta época o en este instante en que nos encontramos en la partida de una nueva era, de un nuevo orden en el que no se va a imponer la voluntad de unos pocos, sino se va a respetar la voluntad de los más de una forma u otra, repito, la tarea más urgente es la de despertar la conciencia de cada uno, y sobre el sentido de responsabilidad de cada individuo. Concretamente, a nosotros nos interesa despertar nuestra conciencia cristiana para que seamos fieles a esa misión que nos incumbe a todos los cristianos de ser la luz y la sal de la tierra. El mejor homenaje que podemos rendirle a este nuestro Papa, que claramente presagia la nueva era histórica, es la promesa de serle fieles ante todo y sobre todo a la doctrina que El enseña, a la doctrina cuyo depósito es El, a la doctrina que nos enseña aplicándola a todas nuestras necesidades y a todos los órdenes. El es ante todo y sobre todo el Maestro de la Humanidad y de la Cristiandad. ¿Qué es lo primero que quiere y puede querer un Maestro?. Es que se aprenda lo que enseña. Por otra parte, hemos dicho que la tarea más urgente es despertar nuestra conciencia cristiana y para despertarla es menester que conozcamos la verdad cristiana. ¿La conocemos?.

¡Qué ignorancia existe en materia religiosa. ¿Qué progresos hemos hecho en el conocimiento de la verdad religiosa y moral desde que salimos de la escuela?. ¿Quién puede preciarse de tener unos conocimientos proporcionados a su estado, a la importancia del papel que representa en la sociedad?. No se concibe fidelidad a la doctrina sin conocerla, no se concibe sentido de responsabilidad sin conocer los propios deberes. Qué conocimientos, no ya de los deberes particulares o profesionales, sino ni siquiera de los más elementales de esa doctrina, de ese catálogo, de los mismos mandamientos divinos. ¡Cuándo se acabarán esos que no saben que el cuarto mandamiento obliga no sólo a los hijos, que deben respetar a los padres, sino también a los padres, que deben dar ejemplo a los hijos;. ¡Cuántos casos en los que no tienen nada que acusar diciendo que son casados;. ¡Cuándo se acabará con esos otros que en el séptimo no tienen que acusar o no conciben, comprendidos en el séptimo, las sustracciones que se hacen sin procedimientos violentos, como dejando de abonar lo que se debe en los jornales, haciendo negocios sucios, utilizando procedimientos ilícitos, valiéndose de toda clase de trampas o aquellos otros que creen que el quinto es sólo no matar el cuerpo, aun cuando con otras cosas estén matando muchas almas con sus escándalos, con sus seducciones, o en el secreto de sus corazones con un odio fiero ... y cuántas otras cosas podríamos decir que revelan una ignorancia absoluta y en la mayor parte de los casos gravemente culpable de la moral y de doctrina cristiana?. En este caso lo que necesitamos es conocer esa doctrina, conocer esa moral profesional que habla de la licitud de los negocios, de la justicia de los jornales, de los abusos de la usura, de los deberes de magnificencia, limosna ... En este caso lo que necesitamos es conocer esa moral que nos habla de la necesidad de amar al prójimo, de respetar su persona, del exterminio del odio, del respeto de lo ajeno ... del respeto mutuo. Nuestro homenaje al Papa, al

Maestro infalible de la verdad, tiene que inducirnos hoy en primer lugar a hacer un propósito sincero de instruirnos en esas verdades. ¿Procedimientos?. Hay muchos. Hay quienes tienen tiempo para leer todas las porquerías y todas las noveluchas y sin embargo no han leído un solo libro serio y de formación. ¿Procedimientos?. Hay muchos. Ahí están esos ejercicios espirituales que no solamente son convenientes a los hombres del pueblo, sino también a los hombres de negocios. Hay que sacar tiempo. Para lo que se quiere se saca. No hay que temer la verdad. Allí a nadie se acogota, sino que se hace reflexionar.

Ahí están los ejercicios, esos días de reposo en los que se puede pasar una buena revista a la vida y conviene pasarla. A todos conviene y todos los que se precian de ser hombres y como tales no rehuyen la verdad, la luz, deben practicarlos. Son mil quinientos los que han pasado por ahí. Testimonio de lo que digo pueden dar todos ellos. Pero faltan muchos. A esos les invitamos. Instrucción religiosa, esa es la primera consigna de este domingo, de este Día del Papa.

Si la primera consigna de nuestro homenaje filial al Papa, el Maestro infalible, es conocer la verdad, poner los medios para conocer la verdad, la segunda no puede ser otra que la de inspirar nuestra conducta y nuestra vida en esa verdad. Un pensador, un sabio, dijo hace muchos años que hay dos clases de desobediencia: una, que él llama rebeldía del corazón, es el "non serviam" satánico, directo, tenaz, pero por lo menos honrado. La otra es la que llama rebeldía de la mente; es el "non serviam" taimado, que busca pretextos contra el precepto de tener que obedecer. Este es el "non serviam" taimado contra el que hay que luchar sin reservas. No hace mucho todavía otro escritor llamaba la atención de los cristianos sobre los peligros que amenazaban la existencia de ésta sobre la tierra. Y decía que el gran peligro que se cierne sobre ella, el gran peligro que había que temer y en cuya comparación todos los otros peligros no suponen nada, ya que de todos ellos puede salir siempre glorioso, es el peligro interno, el peligro de volverse en algo distinto a fuerza de ceder ante los halagos de la civilización del confort y de la comodidad. Hace falta que nos dispongamos a vivir un cristianismo íntegro, auténtico, que inspiremos en ello nuestra vida. La promesa de ser consecuentes con los principios que profesamos, la promesa de poner fin a ese absurdo que ocurre en nosotros que es de sacrificar en nosotros mismos el cristiano a los otros personajillos que hacemos que convivan con el mismo, cuando sabemos que el Dios de los cristianos es el único que no aceptó un puesto en el Panteón, por cuanto que Él era incompatible con los demás que sabían sobrellevarse y podían convivir como es incompatible la verdad con la mentira, la luz con las tinieblas. Sea, pues, esta la otra consigna.

Y por último, los más generosos, los más valientes, dispónganse a algo más. Dispónganse a divulgar esa verdad por todos los medios a su alcance. Es conocido el interés del Papa y sus reiterados llamamientos dirigidos al pueblo cristiano para que forme parte en esta gran cruzada de salvación, participando activamente en el apostolado de la Iglesia. Ella necesita ante las dificultades cada vez mayores, ella necesita, ante la crisis del clero, del concurso de todos los buenos, de sus mejores creyentes, para poder cumplir la misión que Cristo le encomendara de ser la luz del mundo.

Nuestro homenaje al Papa no puede consistir más que en la aceptación de estas tres consignas. El Papa es el Maestro Universal, el Pastor de la Humanidad, como hemos dicho antes. Qué mejor homenaje va a desear el Maestro que el de que su verdad sea conocida por todos. Qué mejor homenaje puede desear un Pastor que ver que sus órdenes son cumplidas. Qué mejor homenaje puede querer un Padre que ver luego a todos sus hijos afanándose por extender sus posesiones, su hacienda?.

Pongámonos, pues, resueltamente a las órdenes del Papa. El Rey Enrique IV, en lo más reñido de las batallas, les solía decir a sus soldados, *"Seguid mi penacho blanco, que yo os aseguro que siempre lo encontrareis en el camino de la victoria, o por lo menos en el camino del*

honor". Y así ganaba las batallas. ¿Cómo le vamos a perder nosotros, que tenemos delante de nuestros ojos el flamear de una sotana blanca, que esa sí que puede decir, y no por su cuenta sino con la garantía de Dios: "Seguidme que siempre me encontrareis en el camino de la salvación y sobre todo en el camino de la verdad"?

Sermón Día del Papa. 10.3.1946

Amadísimos fieles:

De un confín a otro del mundo se reconoce hoy las admirables virtudes y dotes que adornan a nuestro Pontífice, el Papa Pío cuya figura se va agigantando día a día. En todas partes se rinde hoy un homenaje de admiración a su bondad sin límites, a la elevación de pensamiento capaz de abarcar en sus ámbitos a todo el mundo, a su ciencia y a su prudencia extraordinarias, a su tacto exquisito, en una palabra, a su personalidad tan destacada en todos los campos del saber, de la diplomacia, de la santidad. A sus pies acuden a besar reverentes su anillo pastoral hombres de todos los continentes, de todos los colores, de todas las religiones, de todas las clases, de todas las categorías y ese desfile interminable de personajes que van desfilando por el Vaticano es un espectáculo sin precedentes en toda la historia de la Iglesia, y hasta de la humanidad, pues no ha habido ningún mortal que haya recibido un homenaje tan espontáneo y tan unánime de la humanidad entera. Diríase que ha debido encarnar tan visiblemente la verdad y el bien, que la verdad y el bien que indudablemente poseen una fuerza de atracción similar a la que posee nuestro planeta para atraerse a sí los objetos de su periferia, en esta ocasión están arrastrando hacia el Papa Pío XII todo lo sano, todo lo bueno, todo lo digno de toda la humanidad.

Acaso parte de esta admiración deba su origen en muchos sectores a las cualidades personales del actual Pontífice, pero es cierto que en el fondo hay algo más que una simple atracción personal, debida a las cualidades personalísimas de un gran hombre como se dan pocos en la humanidad; hay algo más que perdurara y sobrevivirá a la existencia o presencia de un Pontífice. Tras el reconocimiento a las cualidades personales que providencialmente son tan extraordinarias en el Papa reinante, tras esa adhesión y atracción personal, no es difícil encontrar hoy una corriente general de admiración y aproximación a la institución pontificia, institución papal representada a lo largo de veinte siglos de historia por una serie interminable de doscientas sesenta y tres papas y actualmente tan dignamente ocupada y representada. Indudablemente, viene abriendo paso, después de romper tantos prejuicios y vencer la indiferencia y hasta el odio de tantas calumnias, la fé que un día fué patrimonio común de todo el mundo civilizado, la fé en Pedro y sus sucesores, la fé en el Vicario de Cristo, fuente y origen de la unidad y depósito perenne de la verdad. Y en este sentido tampoco nos faltan testimonios admirables que revelan que vamos caminando, marchando a pasos ligeros y rápidos hacia la misma unanimidad de pensamiento, apenas turbado hoy ni por los mismos protestantes y hasta por personas descreídas, pero al fin y al cabo de buena voluntad y fieles a los conceptos tradicionales de moralidad, que son los únicos que pueden asegurarnos una convivencia pacífica y nos pueden librar de una nueva época de barbarie.

¡Qué sorprendente resulta en este sentido que en libros escritos por autores a quienes les hemos visto catalogados entre los enemigos más intransigentes y acérrimos de la Iglesia católica, como ha sido por ejemplo el jefe del socialismo francés, León Blum, nos digan en obras como la suya, últimamente aparecida, escrita después de muchas horas de reflexión en el cautiverio, que la Iglesia, que es pacífica por esencia y por función, debe estar presente en el Cuerpo Internacional, siendo su presencia garantía de que el día de mañana y en el mundo del porvenir contarán los hombres con las fuerzas morales y espirituales, que son las que pueden asegurarnos una existencia digna y librarnos de caer en una nueva época de barbarie y salvajismo. Su cooperación activa, añade, permitirá elevar a un plano superior y arreglar mediante concordatos todos los litigios que suelen enredar la paz dentro de las naciones.

¡Qué extraño resulta que protestantes tan destacados y al mismo tiempo hombres públicos, cuya opinión tiene tanta resonancia como es, por ejemplo, Statford Gripps, Ministro laborista de Industria y Comercio actualmente, en otra obra suya recientemente publicada, se atreva a decir que no adoleciendo precisamente hoy en día de progreso técnico, sino de una completa falta de dominio moral de nuestras conquistas materiales, la Iglesia, cuya función o misión es crear conceptos morales que imponen cambios morales, tiene sobre sus espaldas la tarea más urgente e indispensable para cuyo éxito será necesaria la disciplina y la organización y, sobre todo, unidad, cuya falta tanto se lamenta entre los protestantes, siendo la misma la causa de su ineficacia; de esta forma discreta rinde un homenaje de reconocimiento a lo que tan duramente han condenado siempre los protestantes. No vamos a multiplicar los testimonios, aun cuando podríamos seguir aduciendo una serie de ellos muy hermosos, que vienen a ser otros tantos elogios de la institución pontificia. Recalquemos que es admirable el espectáculo que nos ofrece en estos momentos la humanidad en torno a la silla de Pedro. Seguramente nunca en la historia se ha dado una unanimidad de pensamiento y aspiraciones en torno a la misma, una unanimidad de reconocimiento de las dotes personales y unanimidad de admiración a la institución pontificia, que tampoco ha aparecido rodeada de tanta gloria, viniendo a ser en un mañana próximo el lugar de cita y de concordia de todos los hombres de buena voluntad, de todos los que anhelan la paz y el orden de la humanidad.

TRIDUO DIA DEL PAPA

Qui vos audit, me audit. Qui vos spernit, me spernit

El que a vosotros oye, a Mí me oye. El que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia

(San Lucas, 10.16)

Amadísimos fieles:

Están admirablemente expresados y sintetizados todos los designios que concibiera el Verbo de Dios al hacerse hombre en aquel breve mensaje angélico de la noche de Natividad que decía: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad y gloria a Dios en los cielos". Establecer la paz, traer la paz a los hombres, reconciliándolos con Dios y reconciliándolos entre sí; he ahí la suprema aspiración de Jesucristo Nuestro Señor. Jesucristo vino al mundo no solamente para que un día las almas participen de su propia felicidad en el seno del Padre, sino a hacer que florezca en la tierra una segunda edad de oro, en que la diferencia de razas y naciones, de clases o profesiones, no engendren ya más altiveces o desdenes, envidias u odios, una edad de oro en que la humanidad hecha cristiana viera cómo se amaban y ayudaban todos sus miembros, cómo miembros de un mismo cuerpo, bien poseídos de su común dignidad y hermandad; una nueva edad de oro en que reinara la paz plenamente sobre todo, principalmente en el recinto sagrado de las conciencias por la sensación de seguridad que el hombre iba a tener, tanto en la posesión de la verdad como en la práctica del bien.

Jesucristo, el Verbo de Dios, la misma Sabiduría de Dios, encontró, ideó ese instrumento, ese medio, para realizar ese ideal de paz, ese anhelo de paz que traía. Jesucristo, a su paso, supo restituir esa paz, o engendrar esa paz en los hombres mediante el perdón que generosamente ofrecía a las almas sedientas de la misma, que recurrían a El cuando los despedía, perdonando los pecados que tenían. "Tus pecados te son perdonados, vete en paz", era la fórmula habitual de despedida de Cristo. Realiza ese mismo ideal de paz obligando a los hombres a que se amen unos a otros como a sí mismos y haciendo que este amor, este vínculo de la caridad, sea el distintivo de los suyos. Realiza ese mismo ideal de paz borrando las diferencias de razas y naciones, de clases y profesiones, instituyendo unos mismos remedios para todos, admitiendo a todos a la misma mesa eucarística, administrándoles a todos el mismo bautizo, perdonándolos a todos indistintamente los pecados, infundiéndoles a todos sus gracias ... Así inicia la nueva edad de oro cuya manifestación más patética es aquella frase de los Hechos de los Apóstoles que dice: todos los fieles tenían un mismo corazón y una misma alma. Así es cómo realizó Jesucristo nuestro Señor ese ideal de paz. Pero ese ideal de paz no lo traía solo para los que tenían la suerte de poderse poner en contacto con El, para los que tenían la dicha de vivir en sus días ... ese

ideal de paz lo traía para todos los hombres de todos los países y de todas las edades. El iniciaba la realización de ese ideal en los estrechos límites de un País, su país natal. Pensó también en los que estaban muy distantes, pensó en los que habían de venir al mundo en el correr de los siglos ... El era para todos ... por todos se hacía hombre, pero su estancia en la tierra era temporal y no podía suspender la obra de regeneración. ¿Cómo proseguirla?.

He aquí que viene la Iglesia que es la proyección de la misma persona de Cristo a través de los siglos, he aquí que viene la Iglesia a quien se le llamará Cristo viviente en el mundo, es Cristo encarnado en cuanto a los poderes, atribuciones y en cuanto a la misión en la persona de sus discípulos y después de sus sucesores. Ella es la depositaria de la Verdad revelada, de la Verdad íntegra. Ella hará que esa verdad llegue a todos íntegramente, con todas las garantías de autenticidad e integridad. Ella la interpretará, la aclarará; Ella propondrá. Ella es la verdadera depositaria de esa Paz que Cristo vino a traer. Los sacerdotes, los Obispos, el Papa, que la integran la irán derramando con las absoluciones que van impartiendo. Ella va realizando el ideal de hermandad, agrupando a todos los pueblos y a todas las razas dentro de la misma. Ella, con las funciones que ejerce, con los misterios que conmemora, trata de envolver al hombre, de crear en torno al hombre la sensación de la cercanía, de la proximidad, de magnificencia, de la grandeza, de la bondad de un Dios que ama a sus criaturas.

El impío Voltaire se ha dado cuenta de que ya ha consumado su obra satánica de destrucción. Ha llegado más allá de lo que hubiera querido. Sus blasfemias, sus calumnias, sus ataques, no solamente contra la Iglesia, sino contra Jesucristo mismo, han surtido el efecto. El incendio, las llamas del incendio devoraban ya lo que él hubiera querido salvar. Veía cómo surgía por efecto de sus prédicas, de sus libros, de su obra satánica, una nueva generación de hombres que no solamente habían dejado de creer en la Iglesia o en Jesucristo, sino que ni siquiera creían en Dios. Veía que la humanidad, el hombre, sin ese vínculo de la fé o del temor de un Dios, iba a rodar camino de una corrupción y una ruina irremediables; veía que quitando del corazón del hombre ese sentimiento de temor de un Dios que rige o gobierna el mundo con sus leyes no iba a ser posible a la humanidad desenvolverse en la vida social y tratando de remediar el mal, tratando de poner un freno a esa humanidad que se precipitaba hacia su abismo, tratando de contener el incendio, decía con profundo conocimiento de las cosas, y sobre todo del corazón humano, "*si Dios no existiera habría que inventarlo*". Si Dios no existiera, habría que inventario ... ¡Qué verdad más profunda! En efecto, es que la humanidad dejaría de existir y la humanidad tiene que dejar de existir si no la sustenta, si no la cuida, la mano de Dios. Quien gobierna, quien saca adelante una sociedad en la que el temor de Dios no ata las conciencias ... a la larga esa sociedad, esa humanidad, sucumbe.

Profundizando más en este pensamiento de Voltaire, estrujándolo un poco más, nosotros vamos a afirmar algo más. Sí es que Cristo no hubiera instituido la Iglesia, si es que no existiera la Iglesia, la humanidad, los hombres, hubiéranse visto precisados a pedir a Dios su constitución tal cual la conocemos hoy. Efectivamente, de ordinario, dada la condición del hombre, dadas las condiciones dentro de las cuales se desenvuelve su vida, al hombre no le basta esa presencia invisible de Dios, esa proximidad imperceptible para sus ojos; no le basta esa verdad difundida en las leyes que rigen el universo, no le basta esa idea abstracta de la bondad, no le satisface esa justicia que se ejerce con mano invisible. Quiere más familiaridad con Dios, le quiere vertido de formas más concretas, aunque sean más toscas, aunque no sean tan perfectas. Le quiere más accesible a sus sentidos, que son una parte suya; le quiere más visible. Y conociendo Jesucristo esta necesidad del hombre y viendo que no la podía satisfacer plenamente, a no ser que El mismo perpetuara su existencia en carne humana y sobre la tierra, y que aun así no podría llegar a todos, optó por delegar sus poderes en otros hombres; optó por dejar a otros hombres ser lugartenientes suyos, depositarios de la Verdad que El mismo había venido a enseñar a

la humanidad; depositarios de la misma autoridad que El tuviera sobre las cosas, sobre las conciencias. Y he ahí la Iglesia. Jesús sustituido, reemplazado en sus funciones, en su autoridad, en su ministerio, por unos hombres aparentemente como nosotros, con las mismas inclinaciones, con las mismas pasiones, capaces de comprender perfectamente las necesidades humanas.

Así Jesús, poco antes de subir al cielo, reunió a los suyos y les dijo: *"Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Así como a Mí me envió mi Padre, así Yo os envío a vosotros"*. Poco antes de despedirse del mundo les dijo también: *"Lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo: lo que atareis en la tierra será atado en el cielo"*. En otro momento, en la última cena, les facultó para algo más todavía: para que pudieran reproducir en la tierra la presencia de Jesucristo cuantas veces quisieran. *"Haced esto en conmemoración mía"*. En una palabra, los envió a predicar la misma verdad que les había predicado El; la misma Verdad en la que con tanto cuidado les había procurado instruir, a enseñar los mismos mandamientos que les había descubierto y a reunir a todos los hombres en una sociedad, incorporándolos a la misma mediante la administración del bautismo. *"Id y predicad a todas las naciones, enseñándoles todo lo que os he mandado, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"*.

Desde este momento Dios dirige a las almas mediante estos sus ministros, mediante estos sus sucesores. Un rayo de luz derrumbará a Pablo camino de Damasco; un rayo de luz le dejará ciego, pero un hombre llamado Ananías, sacerdote, será quien le instruya. ¿Por qué no lo hace Dios?. ¿No lo podía haber hecho?. Sí, pero para entonces había delegado estas funciones en sus sucesores y respeta, aún dentro de una intención extraordinaria, la ley establecida al constituir la Iglesia. Otro tanto pasará con el centurión Cornelio. Vete a Pedro, acércate a Pedro, le dirá Dios mismo y hará que sea Pedro quien le instruya en aquellas verdades y enseñanzas y normas de vida a las que está vinculada la salvación del alma. Será Felipe, milagrosamente transportado, quien instruya también al etíope que se encamina a su Patria y le bautizará después de instruido. Desde ese momento serán los sacerdotes, los obispos y el Papa, aunque sean indignos, quienes ejercerán en el mundo las atribuciones de Dios, el oficio de Dios. Y el mundo, si quiere regenerarse y renovarse, siempre tendrá que hacerlo siguiendo las insinuaciones, las orientaciones, las instrucciones de esos sacerdotes, de esos Obispos, de esos Papas que irán poseyendo las atribuciones de Cristo en el transcurso de los siglos. No se trata aquí, os diré siguiendo el pensamiento de Maistre, no se trata aquí de declarar excelente y santísimo todo lo que los Papas, Obispos y Sacerdotes han hecho. Ofenderíamos a los Papas, a los Obispos y los Sacerdotes si sostuviéramos que en todo lo que han hecho jamás cometieron una equivocación. Lo único que les debemos es la verdad y ellos no tienen necesidad sino de la verdad.

La verdad nos la da la Iglesia, la Verdad nos la conserva la Iglesia. Añadiré con San Agustín, *"hermanos, sabed que la medida de vuestro amor con la Iglesia es la medida con que se da el Espíritu Santo a vuestras almas"*. Si a sus representantes les vemos indignos, lamentemos y sintamos esa indignidad y pensemos que es el velo que Dios ha puesto y que nos oculta a nuestra vista la claridad divina. Agradecemos su presencia, apreciemos su institución. Qué magnífico, me dan la Verdad adaptada ellos a mi edad, a mi capacidad, me instruyen en los mandamientos que debo seguir, me prodigan el perdón y restituyen a mi conciencia la paz que, si no fuera por ellos, si Dios no hubiera delegado sus poderes en ellos, yo no hubiera podido saber muchas veces si es que la había merecido realmente.

Por Ella, con la confianza en ella, con la fé en Ella, tiene que regenerarse la humanidad. Hoy es momento propicio para que, recapacitando un poco, nos unamos a Ella con un acto sincero de confianza, con una profesión paladina de nuestra fé en Ella. Se proponen sistemas, se proponen y se discuten mil soluciones para los presentes problemas de la humanidad. ¿Cuál debe ser la solución?.

Era septiembre de 1914 en París. Agitación y fiebre en los semblantes. Los rumores corren, la alarma cunde por todas partes. Las gentes se dividen en grupos; cada grupo tiene su opinión sobre el peligro y la solución. Se habla de la retirada del ejército francés más acá de París. Todos son estrategas. Cada uno expone sus planes de éxito infalible y seguro. En una reunión de políticos en la que cada uno expone su plan, dice uno de ellos poniendo término a la discusión, en medio de la extrañeza de los demás:

- *"Pues yo soy del parecer de Jofre" (que era el Generalísimo de las tropas francesas entonces).*

- *¿Cuál es ese parecer, esa opinión de Jofre?*

- *Ah, no lo sé*

- *Pues entonces ...*

- *Es que me fío de él.*

No le importa averiguar qué sostiene; sabe que Jofre tiene recursos y elementos de juicio y autoridad y prestigio garantizados por su saber y prudencia, y ello le basta para que sea del parecer de Jofre. Y efectivamente, aquellos días a Francia la sacaron del peligro, no las propuestas de los estrategas de los cafés, sino la unión de todos los combatientes y de todos los franceses en torno a su generalísimo y la sumisión a sus órdenes.

Esta misma actitud de todos los católicos en torno a sus autoridades jerárquicas, en torno a los Sacerdotes, de los Obispos y del Papa ha de salvar a la humanidad de la presente crisis. En cada época varían las necesidades, en cada época surge la devoción providencial. Las necesidades de hoy las conocéis; confusión de ideas, desorientación, desprecio de los mandamientos. La devoción ha de ser la adhesión inquebrantable a la Iglesia. Digamos de todo corazón. Creo en la Santa Iglesia Católica, que este es el homenaje que hoy se requiere de nosotros. Así sea.

No lamentos sino acción

No lamentos, sino acción. Es el precepto de la hora presente

(Pío XII)

Amadísimos fieles:

Ahí tenemos, en esas palabras de Pío XII en su Mensaje de Navidad, la consigna de nuestra vida. El cumplimiento, la ejecución de la misma es el mejor y el único homenaje positivo que podemos rendir al Papa.

"No lamentos sobre lo que es o lo que fué, sino reconstrucción de lo que surgirá y debe surgir para el bien de la sociedad", añade el mismo Pontífice. El mundo pendiente de los resultados de esa gigantesca lucha que se emprende, el mundo temeroso de lo que pueda surgir en la post-guerra, el mundo alarmado de los avances de la impiedad, de la barbarie, el mundo atemorizado por la presencia de teorías y sistemas y doctrinas destructoras, que no se han de vencer con armas, ¿qué otra cosa hace, sin embargo, para atajar el mal que lamentarse, amilanarse, aconcharse dentro de su egoísmo, de sus posiciones, muchas veces creyendo falsamente que los castillos medievales pueden ofrecernos guarida y refugio seguro?.

La posición del mundo cristiano frente a esas amenazas que se nos ofrecen en perspectiva no deja de ser tan necia y tan desidiosa como la de aquellos atenienses a quienes ridiculiza Demóstenes cuando Filipo iba invadiendo sus fronteras y sus posiciones. *"¿Qué habeis hecho, atenienses, qué habeis hecho para atajar los avances de Filipo y para libertar a Grecia fuera de lamentaros?"*. Hoy que vemos en el mundo amenazadas la Religión y la Fé, no solamente la Religión y la Fé sino hasta todos los derechos humanos, la libertad de los individuos y de los pueblos; hoy que una nueva invasión de ideas y doctrinas, peor que la de los ejércitos, se está apoderando del mundo y da al traste con todos los restos de la civilización, ¿qué hacemos todos que nos sentimos amenazados?, y los amenazados somos todos, absolutamente todos los hombres, porque las nuevas corrientes tanto las que vienen del Norte como del Sur amenazan la existencia humana. No lamentos, sino acción ...

¿Qué hemos de hacer?. Esto era también lo que aquellos atenienses preguntaban a Demóstenes. La respuesta fluye en su boca y la que él les diera tiene aplicación también para nosotros. No hacer lo que haceis; no vivir como hemos vivido, no ser lo que hemos sido. ¿Qué hemos sido?. El mismo Pontífice en el Mensaje de Navidad del año pasado nos dice: cristianos de barniz, que hemos profesado un cristianismo de conveniencia, un cristianismo cortado a la medida de nuestras ambiciones, de nuestras pasiones, de nuestro ideario. Un cristianismo mutilado en su Credo, en su Decálogo, en su Moral y en su doctrina social. *"La eficacia de un*

tratamiento médico no está en que sea especulativamente conocido, sino en que sea realmente aplicado. La eficacia para el individuo y la sociedad, del catolicismo, no con??? del mismo modo, en que el catolicismo sea especulativamente admitido, sino en que sea sinceramente vivido."

En medio de todo, nuestra desidia, nuestra negligencia, nuestra indolencia, la que hemos tenido los cristianos hasta el presente y que ha permitido que el mal avanzara y llegara el mundo a estos horrores, proyecta sobre nosotros rayos de esperanza. Nuestra situación hubiera sido dese???da si es que hubiéramos hecho cuanto estaba de nuestra parte para atajar el mal, si es que hubiéramos vivido un cristianismo íntegro, si es que hubiéramos aplicado los principios sociales de nuestra doctrina social. Y a pesar d??? hubiéramos visto al mundo descaminarse, irse por otros derroteros. Es que todavía no nos hemos enfrentado con las masas exigentes, con esas masas con sed de justicia, ¿???ciéndoles la ejecución de nuestra doctrina social; es ??? quedado todavía en las Encíclicas, lo mismo que los Mandamientos. Muchos de ellos han quedado en el Catecismo ??? aprendimos, pero que no practicamos. Y esto nos alie??? la doctrina hay que aplicarla y vivirla.

Y al reclamarnos hoy el Papa "no lamentos sino acción", nos pide que esa doctrina sobre la fraternidad y paternidad divina no quede en el Catecismo o en el Credo; sino que la sintamos y practiquemos. Nos pide que las Encíclicas sociales no queden en los archivos, sino que se vivan en nuestras fábricas y talleres. Nos pide eso y nada más; nos pide que no seamos cristianos de etiqueta, sino de verdad; que no seamos cristianos en los funerales, sino también en los negocios. Nos pide que no seamos cristianos solamente en el templo, sino también en la vida pública de la calle, de la plaza, de la casa, etc.. La barbarie, la impiedad, la brutalidad, la fuerza, no ha triunfado más que de nuestra negligencia y descuido, no ha triunfado y no ha vencido y derrotado más que al cristianismo de barniz, de ritual. Ahora tenemos que probarlo si es capaz de dominar y triunfar sobre el cristianismo de verdad, el cristianismo de los diez mandamientos, de las encíclicas sociales. Y sobre ese cristianismo, estad seguros de que no ha de triunfar; es a ese cristianismo a quien Cristo hizo la promesa de que las puertas del infierno no habían de prevalecer.

En pie, cristianos de Mondragón; en pie, a las órdenes del Papa a quien homenajeamos el día de hoy. Ahí teneis su consigna. Repito, su aceptación y su cumplimiento es el homenaje que le hemos de tributar. *"Concierne a los mejores y más selectos de la Cristiandad, penetrados de un entusiasmo de cruzados, el reunirse en espíritu de verdad, de justicia, de amor, al grito de 'Dios lo quiere', prestos a servir, a sacrificarse, como los antiguos cruzados. Si entonces se trataba de liberar la Tierra Santa, santificada por la vida del Verbo de Dios, hoy se trata de una nueva travesía superando los errores del día".* Hoy se trata de luchar contra el enemigo que se ha difundido por todo el mundo y que lo ha profanado todo, de luchar contra el error, recibiendo íntegramente la verdad, de luchar contra la barbarie practicando la fraternidad, de luchar contra Satanás, que ha desencadenado todas sus fuerzas, contra el infierno, que sin embargo no triunfará porque más poderoso es Dios, si con El luchamos, no con la ambición, con con el egoísmo.

Colecta. Radio Vaticana. 13 noviembre 1949

Amadísimos fieles:

Una vez más se nos invita a dirigir nuestra vista y nuestra atención hacia Roma, hacia Roma que para nosotros, los católicos, es la cátedra de la verdad; hacia Roma, que aun para los no creyentes es el centro de irradiación espiritual y moral, el más potente del mundo, ya que sus decisiones, sus normas, sus consignas, tienen resonancias en todos los ámbitos del mundo y en lo más profundo de los corazones; hacia Roma, que, por tanto, no es una ciudad cualquiera, sino es la capital de la cristiandad universal y el foco de luz más esplendoroso de todo el universo.

Allí está el Vicario de Cristo, el sucesor de Pedro, el Maestro infalible de la Verdad, que no tiene más ambición ni afán que la difusión de la misma, la aceptación y reconocimiento de la misma, a fin de que en el mundo florezca la paz y la virtud. No quiere ni ambiciona nada más que eso. Y hoy concretamente el Papa Pío XII, frente a las conjuras de los pueblos por salvar sus intereses, frente a las maquinaciones de todos los poderes seculares, podría repetir lo que un día dijera León XIII al abrir el archivo Vaticano a la investigación y curiosidad de los historiadores. *"Sólo quiero la verdad y toda la verdad"*.

Pero para que esta verdad alumbre las inteligencias de los hombres no basta abrir los archivos, poner a disposición de los interesados todos los documentos, cuando la mentira invade los espacios; contra la mentira no se puede luchar quedándose pasivamente y señalando con una flecha las bibliotecas y los archivos donde podría investigarse la verdad. No, no basta eso, amadísimos hermanos; es preciso que la verdad llene los espacios, es preciso que la verdad se ponga al alcance de todos; es preciso que la verdad salga al paso de la mentira, dondequiera que ésta llegue. Y así comprenderemos que Pío XII haya aceptado con verdadera satisfacción la sugerencia de poner a su disposición una potente emisora, a través de cuyas ondas la verdad llegue por encima de todas las barreras a todos los ámbitos del mundo.

Modernamente, hemos observado un fenómeno curioso y, por último, peligroso, que es la concentración de la riqueza en pocas manos; concentración que no implicaría maldad si es que ello no supusiera por otra parte la generalización de la pobreza y hasta de la miseria. Se ha dicho que el dinero es el amo del mundo, que todo gira en torno al mismo, que este es el Dios del mundo. Hoy, paralelamente a dicha concentración, podemos observar la creación de los monopolios de la verdad, que no de otra forma debemos designar los monopolios de la propaganda, que cuando se encuentran en manos del Estado o de grandes compañías, como la radio y la prensa, pone a disposición de sus detentadores las llaves del poder, de la riqueza y hasta de la conducta y vida espiritual de los pueblos. Así como la concentración de la riqueza ha

creado o ha supuesto la existencia de un mecanismo económico social que impide el acceso de la mayoría al disfrute de ciertos bienes, aun cuando éstos sobreabunden, de la misma forma el establecimiento de estos otros monopolios de la propaganda priva a los hombres, a la mayoría de los hombres, de los medios para poseer la verdad, teniendo que resignarse a alimentarse con lo que ellos le proporcionan y debiendo a la larga acomodarse a la manera de pensar, sentir y juzgar que ellos impongan, pues aun cuando cada uno parezca libre para formular sus juicios o sentar sus sentimientos, de hecho resulta que éstos están siempre supeditados a los datos que le proporcionan.

Al hombre moderno se le impone una lucha social para lograr su participación en las fuentes de la riqueza y otra que pudiéramos denominar lucha cultural, para liberarse de la opresión más suave y disimulada, pero más absoluta, de estos monopolios de la propaganda; indudablemente, esta segunda es más perniciosa para él. Bien puede calificarse de lucha de un David contra Goliat, lucha de un enano contra un gigante; pero estando como está de parte del primero el sentimiento de la libertad y el amor a la verdad ha de vencer, pese a quien pese. Hemos de confiar en su triunfo.

Pero para contribuir eficazmente al mismo, tenemos que comenzar la cruzada por combatir la mentira, cada uno en sí mismo, por establecer cada uno en su propio pecho la primera cátedra de la verdad.

Cuenta una leyenda egipcia que un Rey envió a un sabio llamado Pitaco un animal para que sacrificara en holocausto a la divinidad, pero encargándole que le devolviera la parte más noble y también la más mezquina del mismo animal. Cuenta la leyenda que le devolvió la lengua.

Aplicando este criterio al hombre hay que reconocer que efectivamente su parte más noble puede ser la lengua, al propio tiempo que la más mezquina. Con la lengua puede alabar a Dios y puede sublimarse hasta lo más grande. Pero también puede degradarse hasta el abismo y puede hacer mucho daño, más que con nada.

Día del Papa. 15 marzo 1953

Amadísimos hermanos:

Como se anunció el domingo pasado, celebramos hoy, cuarto domingo de Cuaresma, el Día del Papa. Como todos sabemos, el día 12 del corriente se cumplieron los catorce años de la coronación de S.S. el Papa Pío XII, cuyo título más glorioso es el de Vicario de Cristo, a quien en la sucesión continua de doscientos sesenta y cuatro Pontífices le corresponde representar apareciendo a nuestros ojos investido de la máxima autoridad que hombre alguno puede tener en la tierra. Una responsabilidad tan grande y una representación tan augusta no pueden menos de conmover el espíritu del hombre que lo considere serenamente, pero nosotros los cristianos que debemos considerarle a la luz de una fé y reconociéndole como quien dice por cabeza visible de un cuerpo místico de Cristo que todos nosotros constituímos con Jesucristo Nuestro Señor, debemos contribuir en el día de hoy con nuestras oraciones y adhesión a hacerle llevadera tal carga y tal responsabilidad. Y nuestro auténtico y verdadero homenaje no puede consistir en otra cosa que prometer fidelidad a lo que el Papa representa, a la doctrina y al mensaje del Evangelio. Me parece muy indicado el mismo Evangelio que se lee en esta misma misa para que en el mismo busquemos una inspiración apropiada para el homenaje nuestro de hoy al Papa.

En efecto, el Evangelio de hoy tomado del capítulo seis de San Juan, nos presenta a Jesucristo seguido de una gran multitud ávida de escuchar su palabra. Respecto de este mismo episodio, el Evangelista S. Mateo advierte que Jesucristo se compadeció de aquella multitud. Es la primera observación que hace S. Mateo.

Estos fenómenos de las multitudes y de las masas han llegado en nuestros tiempos dentro de las características que siempre los han tenido a su máximo desarrollo y gravedad. Es curioso observar que se trata de unas multitudes que le siguen, que van tras El, que por último querrán proclamarle Rey ... y sin embargo, se compadece de aquel rebaño sin pastor, de aquella gente que vive a merced de las alteraciones de un ambiente, que se mueve solamente a impulsos de lo que unos movimientos colectivos le imponen. Y verdaderamente es digno de lástima el hombre, y particularmente el hombre moderno, en quien la vida personal, la vida consciente se ha reducido a la mínima expresión. Y el cristiano de nuestros días participa de este mismo defecto, ya que la vida cristiana representa muy poco en cuanto que tiene o debe tener un matiz personal: por la mañana al templo y a la tarde a cualquier cosa, en la Iglesia se proclama a Cristo, pero luego en las modas, en las otras costumbres se adora a todos los ídolos de la carne. Una sonrisa, un respeto humano acaba con todas las protestas de fidelidad y la conciencia apenas existe, o al menos fácilmente dejamos suplantarla con cualquier otra cosa ... la opinión de un compañero, el juicio de un periódico, la conveniencia de un momento ... ¿Tenía razón Cristo para compadecerse

de las multitudes?. No la tendrá en nuestros días y más de una vez no se llenarán los ojos de lágrimas viendo precisamente el espectáculo de los que por la mañana van a buscarle y por la tarde le abandonan, por un lado hacen protestas de fidelidad y por otro prefieren otros ídolos ...

Precisamente la tragedia de su representante en la tierra constituye esta defección, esta falta de lógica de los que nos llamamos cristianos, de los que le decimos seguirle ... la debilidad del cristianismo no es la fuerza de los enemigos declarados, sino la falta de consistencia de los que como tales nos profesamos. En unos tiempos eran pocos y se atraieron el mundo ... ahora somos muchos pero no brillamos por nuestra conducta como para atraernos a nadie ...

Jesucristo después que los ha visto extasiados oyendo sus palabras o admirando sus obras, antes que nadie se dirige a El a exponerle ningún deseo ... se dirige a Felipe y le dice ... Dónde compraremos el pan ... según Sn. Mateo ... y según S. Juan ... esta misma idea ... cuando sale al paso de los apóstoles que le advierten que se echa encima la noche y que debe enviarlos ... "No tienen necesidad de irse: dadles vosotros de comer".

Aparte de la exquisitez y delicadeza del espíritu de Cristo consideremos su mentalidad y criterio, pues no estará de más, ya que muchas veces ignoramos que Jesucristo ha venido a salvar las almas y los cuerpos, a redimir los hombres y su doctrina tiene que tener remedios y fórmulas, no solamente para la vida ultraterrena, sino para este mundo. Creo que de estar presentes allí en este momento muchos de nuestros contemporáneos incluso cristianos ... tal vez no hubieran podido evitar un extraño gesto de sorpresa. Jesucristo no separa el alma del cuerpo y por eso tiene presente igualmente las necesidades materiales y las espirituales y su doctrina y su redención exigen que tanto lo referente a lo material como lo relativo al espíritu reciban una nueva solución en el reino de su Evangelio. Tiene mucho que ver con Cristo y con el Evangelio, porque tienen mucho que ver con el hombre, sus condiciones materiales de la vida, el trabajo, el salario, la vivienda, la salud y el apostolado cristiano no puede ejercitarse de espaldas a esas realidades, despreciándolas o minipreciándolas en el campo de la vida cristiana.

Tomo II. Sermones
Libro 3º. Sermones 2ª parte

**Acción Católica.
Predicación: Acción Católica**

Índice

1. Día de Acción Católica. 27 abril 1941
2. Día de Acción Católica. 9 mayo 1943
3. Alas para volar. 9 abril 1948. Reunión General de Juventudes de Acción Católica
4. Asamblea del Día de Acción Católica. 11 abril 48
5. Día de Acción Católica. 4 junio 1950
6. Día de Acción Católica. 4 junio 1950
7. Día de Acción Católica. 4 junio 1950
8. Día de Acción Católica. 20 mayo 1951
9. Día de Acción Católica. 8 junio 1952
10. Día de Acción Católica. 1953

Día de Acción Católica. 27 abril. 1941

Amadísimos fieles:

Pocos Evangelios encontraremos a través del año litúrgico tan simpáticos y conmovedores como el de hoy. Pocos poetas ha habido que no se hayan sentido arrebatados por la figura, por el encanto del pastor; pero ninguno de ellos ha trocado la pluma por el cayado y por eso sus palabras siempre resultan vacías, por hermosas que sean. En cambio, con esta breve descripción del pastor que nos hace el Evangelista San Juan con trazos escuetos, no ha ocurrido lo que con sus otras descripciones más completas, que pueden ejercer una fascinación sobre los que oyen hablar de él; la descripción que hace Cristo del pastor penetra hasta el alma, que no puede permanecer impasible.

En la primitiva comunidad cristiana la figura del Buen Pastor representando a Cristo fue una de las más corrientes y ello es prueba de que este Evangelio de hoy siempre ha tenido un encanto especial. Ya en las Catacumbas aparece ochenta y ocho veces representado el Buen Pastor. "Es la figura más popular y simpática y una de las más antiguas del arte cristiano", según testimonio de un arqueólogo muy autorizado. De notar es también que los restos más antiguos que nos quedan del arte escultórico cristiano de los tres o cuatro primeros siglos reproducen este asunto. Según Tertuliano, representábase a menudo en los cálices la figura del Buen Pastor.

"Yo soy el Buen Pastor", dice Cristo y a continuación, como nota característica inconfundible, indica la entrega absoluta y voluntaria de su vida por la defensa o salvación de las ovejas. "Yo soy el Buen Pastor", repite dos líneas más abajo, "y conozco mis ovejas ... y doy mi vida por ellas". Sin duda sabía Cristo que otros falsos pastores se presentarían con cayados de pastores pero corazones de ladrones, o cuando menos mercenarios que únicamente buscan el medro personal. Pero no termina ahí el Evangelio. El corazón del Buen Pastor no se puede olvidar de las ovejas que están fuera de la majada. Ellas, no menos que las otras que están en el aprisco, le pertenecen, han sido encomendadas a su vigilancia y cuidado. El Buen Pastor debe recogerlas.

A mí, sacerdote y como tal pastor que debo asemejarme a Cristo, que lo fué por antonomasia, estas últimas palabras del Evangelio de hoy me han hecho meditar seriamente, sacerdotalmente, e instintivamente me he hecho mi composición de lugar y han pasado por mi mente una serie de pensamientos, ideas, planes, tras los cuales ha corrido también mi corazón.

Hoy, que nuestro Prelado ha dispuesto que se celebre el día de la Acción Católica, que no es otra cosa que esa ebullición que el amor de Cristo conocido engendra en los corazones y ese movimiento que no ha podido menos de brotar de esos corazones al escuchar la voz del Buen

Pastor, quiero dar rienda suelta a esos sentimientos que al leer este Evangelio han embargado mi alma.

Os quiero hablar, pues, como sacerdote que mira las cosas desde un punto de vista exclusivamente sacerdotal; por lo tanto, desde un punto de vista que está por encima de las mezquindades y pequeñeces de la tierra. Os quiero hablar como sacerdote que únicamente busca el bien de las almas y que en nombre de esas almas que Dios ha puesto en nuestras manos tengo derecho, no sólo a mendigar favores, sino a exigir vuestra colaboración y apoyo.

Os quiero hablar como sacerdote consiliario de Acción Católica de Mondragón, que como tal siente sobre sí la responsabilidad de esa misión especial que me ha sido encomendada. En una palabra, quiero hablaros en nombre de la juventud de Mondragón. Soy, pues, en estos momentos, un transmisor de aquel lamento de Cristo: *"Otras ovejas tengo que no son de este aprisco"*, y un eco de las voces, de las aspiraciones, de los deseos de vuestros jóvenes, de vuestros hijos e hijas, padres y madres que me escucháis, de vuestros hermanos y hermanas, jóvenes que estais aquí.

Os hablo en nombre de esa juventud de Mondragón que es la esperanza de mañana. No solamente me siento autorizado para dirigirme en nombre de ese casi centenar de jóvenes que hoy están encuadrados en las filas de la Acción Católica, de estos jóvenes que tienen un concepto elevado de la vida y sienten un ideal en sus pechos y se aman y se quieren por encima de otras diferencias y divergencias que pudiera haber, sino también en nombre de esos otros jóvenes que tienen sus inquietudes y están esperando a que se les extienda la mano, de otros muchos jóvenes de Mondragón que el día que conozcan y comprendan la hermosura y la grandeza de un cristianismo vivido, el encanto de la verdadera amistad y fraternidad, han de sumarse a los que constituyen el primer núcleo.

He dicho que esa juventud es la esperanza de Mondragón, de este Mondragón en el que las luchas fratricidas, los odios y las venganzas han abierto durante muchos años unas heridas muy profundas, que es preciso curar. Hay lesiones que el tiempo por sí mismo se encarga de curar; si las existentes en este pueblo y otros fueran de esa naturaleza, yo no me atrevería a poner el dedo sobre la llaga, pues las heridas no se han de tocar si no es para curarlas. Pero porque las que aquí existen son tan profundas, tan viejas que únicamente pueden curarse por un derroche de amor, generosidad, que siempre se puede esperar de corazones jóvenes, idealistas, profundamente cristianos, he dicho que la juventud es la esperanza de Mondragón. Y mientras no se llegue a eso no hemos hecho nada; mientras no hayamos llegado a eso tenemos una gran deuda sin cancelar con nuestro Dios, que nos ha de pedir cuenta muy estrecha de todo ello.

Nosotros, como sacerdotes, pastores de las almas, estamos obligados a secundar la obra de Cristo y no nos podemos dar descanso hasta que en cada porción que se nos ha señalado sea una realidad la frase de Cristo: *"Un solo pastor y un solo rebaño"*, que es el ideal de la Acción Católica. Pero hoy no es esta labor exclusiva de los sacerdotes; su acción muchas veces, por desgracia, resulta insuficiente, impedida, y por eso la Iglesia siempre joven, siempre pletórica de vida, ha dirigido un llamamiento a la participación de ese apostolado a los fieles que, por tanto, tienen obligación de contribuir en la medida que pueden, en la medida que los sacerdotes necesiten de su concurso para realizar su misión. De aquí que la Acción Católica sea una denominación muy amplia y que revista diversas maneras de participación de los fieles en el apostolado, según las diversas necesidades, según los diversos ambientes. Desde la prestación personal, o sea la actividad que desarrolla una persona entregada a las obras de celo, hasta la ayuda económica, y cuando menos la ayuda moral que se debe exigir de todos los que se tengan por cristianos, hay una gama de grados de participación en la Acción Católica. Todos, absolutamente todos los fieles, están obligados a colaborar en esta obra, que aquí en Mondragón se ha iniciado por la juventud. Esa juventud que toma sobre sus hombros la tarea de hacer en Mondragón "un solo rebaño", bajo el cayado de Cristo; esa juventud que se compromete a

traernos un porvenir más risueño, esa juventud que se compromete a ser cristiana y, como tal, entregarse al servicio del prójimo, apela hoy, queridos cristianos, a vuestra conciencia, a vuestro desinterés, a vuestra generosidad.

Esos jóvenes, llenos de inquietudes y de ideales, necesitan un lugar donde puedan reunirse, animarse, solazarse. Necesitan sus salones donde se respire el aire puro, entre la luz a chorros y se goce de cierta comodidad. Nuestros jóvenes necesitan su centro, donde acudan y se entretengan cristianamente, sin faltar a nadie. No es el ambiente de la taberna el más a propósito, ni mucho menos para formar una generación de jóvenes cristianos, que serán el más legítimo orgullo del pueblo, la mejor garantía del día de mañana, la mejor alegría y el mayor consuelo de las madres, de los padres, de cuantos sienten el amor y la simpatía por ellos.

No es solamente la materialidad de un centro o de un salón lo que les interesa; ellos tienen sus inquietudes, su sed de saber y conocer, sus aficiones a las lecturas y el cultivo de estas inquietudes, de estas preocupaciones culturales es de primordial importancia la en la formación de una juventud. Para ello necesitan sus libros, sus revistas ... que tan poderosamente contribuyen a la formación.

Y también me atrevo a indicar la falta de algo más que quizá algunos juzgarán trivial, pero que tiene su importancia. La juventud de Mondragón debe tener su personalidad y la persona moral se suele representar como vosotros sabéis por una bandera, que no la tienen nuestros jóvenes, a pesar de que hace casi un año que se organizaron reglamentariamente, legalmente. Ellos sueñan en esa bandera blanca, rematada por la cruz verde y la silueta de la cruz, que es la bandera de las juventudes de Acción Católica.

Al presentaros las necesidades recabamos de todos los mondragoneses -ninguno puede eximirse- en primer lugar el apoyo moral, el aliento que les anime, la benevolencia que les acoja. Como simples ciudadanos todos están obligados a fomentar en cuanto está de su parte todo movimiento cultural, espiritual que es el mejor síntoma de la vida de un pueblo. Pero como cristianos lo están mucho más obligados. Las nuevas necesidades espirituales imponen nuevos deberes a la caridad cristiana, y entre estos nuevos deberes se cuenta especialmente el de Acción Católica, de la Juventud Católica, como medio enteramente necesario en Mondragón para la restauración del Reino de Cristo en nuestra vida doméstica, social ...

Es el Papa Pío XI quien nos dice textualmente "La acción católica debe ser considerada ... por los fieles como un deber de la vida cristiana". Es una obligación que nos impone el estado actual de la Iglesia y de la sociedad. Y S.S. Pío XII en un reciente discurso dirigido a las juventudes de Acción Católica, "en vosotros confiamos -dice- en vosotros ponemos muchas de nuestras esperanzas para el porvenir. En esta hora tan grave -son sus palabras textuales y recibidlas como si fueran exclusivamente dirigidas a vosotros- en que las pasiones humanas, adormecidas antes en la paz, se despiertan, estallan, se inflaman, se traban en duelo de sangre y desastres, en medio de la angustia que oprime nuestro corazón de Padre Común ... nuestra mirada se conforta sobre la Acción Católica y nuestro ánimo se conforta y se abre a la esperanza, confiando firmemente que en ella, agrupada y estrechada en torno de los Obispos y de la Sede Apostólica, encontraremos devotos y entusiastas colaboradores en la gran empresa que, más que ninguna otra, oprime nuestro espíritu, por el supremo interés de las almas y de las naciones; a saber, el retorno de Cristo a las conciencias, a los hogares domésticos, a las costumbres públicas, a las relaciones entre las clases sociales, al orden civil, a los tratados internacionales. Es una empresa altamente cristiana, que eleva a los hijos celosos de la Iglesia militante al mérito y al honor de la más noble y santa cruzada, en que se combate por el incremento, defensa y consolidación del reino de Cristo en el seno de la humanidad".

Por lo tanto, con el Papa Pío XI es repito "de parte de todos esperamos ayuda para la Acción Católica, que juzgamos ahora indispensable, como lo es el ministerio sacerdotal, y a la

cual deben cooperar todos, aunque sea en grado mínimo." Ese grado mínimo de ayuda que yo recabo de vosotros es el apoyo moral, pero teniendo presente vuestra reconocida generosidad podemos esperar de cuantos buenamente podáis algo más.

Os he expuesto las necesidades de la Acción Católica de Mondragón y os digo que estamos dispuestos a todo, en primer lugar, creemos que es de urgente necesidad dotar a nuestros jóvenes de un local donde puedan reunirse, animarse, solazarse como jóvenes y cristianos. Creemos que es de una necesidad ineludible su pequeña biblioteca, su colección de revistas, pues con ello no solamente conseguiremos satisfacer sus ansias y sus aficiones culturales, sino que conseguiremos que en los jóvenes de Mondragón vaya despertando esas aspiraciones superiores y salgan de ese ambiente de rutina, de esa atmósfera de taberna y puedan ser el día de mañana hombres de familia ejemplares, ciudadanos intachables, patriotas irrepensibles. Esta es nuestra aspiración, ésta es nuestra obligación de sacerdotes y la vuestra de católicos, de fieles amantes del Papa y de la Iglesia, es la de cooperar a estos nuestros planes y desgraciado aquel que se atreva a poner peros a una obra que como ésta de la Acción Católica y de la Juventud Católica, es como arriba hemos dicho la Obra recomendada por los Papas, por los Obispos, y la esperanza del porvenir de la Iglesia Católica que descansa casi exclusivamente en esta nueva potencia espiritual para el bien, cuando se ha visto traicionada por tantos que se decían hijos suyos.

Queridos fieles, yo espero que lo que déis, lo poco que podáis dar, lo déis con esta conciencia de vuestra responsabilidad. Nada más. Queremos que lo que déis, lo déis de corazón, impregnado de ese aliento, de ese amor que todo cristiano debe profesar a esta Obra. Y nada más. Dios os premie.

Día de la Acción Católica. 9 mayo 1943

Sermón.- "No lamentos sino acción ... etc.. Mensaje de Navidad del Papa (1922). El Papa que todos los días enjuga tantas lágrimas de tantas esposas, madres, padres ... se sobrepone a sí mismo con entereza sobrehumana y lanza la consigna.

Acción ... y reconstrucción ... "concierno a los más selectos de la cristiandad reunirse ... a servir". ¿A quién sino a esta cristiandad se puede encomendar esa tarea?. ¿A los políticos?. Ya lo sabéis ... ¿A los tratados? ... La fidelidad a la palabra ... no existe ... son treguas ... A la Iglesia, a los cristianos ... que han de crear una nueva corriente ...

Y el mismo Papa les señala las armas y el programa a seguir que es vivir un cristianismo integro ... (cita del Mensaje de 1941 donde habla del cristianismo de disfraz). Cuando estos se enfrentan a esas masas que siguen obras con un programa de Acción Social ... basado en las Encíclicas que hasta ahora ponderan sobre los libros ...

Ese es el objeto de la Acción Católica. Esa es la misión que la Iglesia confiere a esa minoría ... "No lamento sino acción ..."

Y hoy aquí podríamos añadir algo más. "No estorbos sino cooperación ...". Comentario ... críticas ... maquinaciones ... he ahí nuestro ideario ... nuestra bandera (nuestra- no política).

"No lamentos sino acción ... reconstrucción de lo que ha de surgir para el bien de todos" es la consigna a que ha obedecido la existencia de Acción Católica, que es esa milicia a la que la Iglesia encomienda hoy su defensa y el porvenir de la misma humanidad. Y si la Patria impone sus obligaciones por encima de nuestras voluntades, y si las obligaciones que la Patria impone están determinadas por la necesidad en que ésta se encuentra, lo mismo hemos de decir de las obligaciones que tenemos respecto de la Iglesia. La Patria en el momento del peligro no se conforma con los francotiradores, sine que necesita soldados encuadrados en un ejercicio regular y aunque aquéllos sean a su vez dignos de elogio, por su voluntad, tienen que hacer algo más. "hemos declarado -decía Pío XI- que la Acción Católica debe considerarse por los cristianos como un deber de la vida cristiana" y en otro documento posterior añade que "el apostolado de la Acción Católica obliga tanto a los sacerdotes como a los seglares, aunque no de la misma manera a entrambos"

¿Cómo ha de entenderse esta obligación?. Podríamos resumir en otra consigna que en otra ocasión parecida a la nuestra decía un orador refiriéndose a otro aspecto de la vida. "No estorbos, sino colaboración." Ante todo hay un deber negativo: no obstaculizar la obra del ejército de combatientes. No estorbos ... estorbos llamo a esas críticas demoledoras ... el Papa no se da cuenta ... el Obispo se equivoca ... los sacerdotes no saben lo que se traen entre manos ... nunca y

nadie acierta cuando todos ellos no vienen a remolque de las ideas que sustentamos, del criterio que tenemos, de los prejuicios que abrigamos.... Estorbos llamo a esas críticas de las que en todo miran el lado malo sin tener en cuenta el lado bueno. ... Estorbos llamo a esas maquinaciones que se urden en conciliábulos políticos. A sus acusaciones podría también responder la Acción Católica como Cristo respondiera a aquella del mismo tipo que lanzaban contra El aquellos fariseos y escribas que a pesar de soportar ellos de tan mala gana el yugo romano sin embargo se fingen celosos defensores del imperio y acusan a Cristo de ser un vulgar agitador que va soliviantando al pueblo a luchar o levantarse contra el César ... Ecce palam locutus ... he aquí que siempre he hablado en público les dice Cristo. La Acción Católica también tiene su bandera, tiene su ideario, tiene sus normas emanadas de la suprema Jerarquía y si hay algo contra ella primero es preciso que se conozca su ideario, que se conozcan sus normas, que se conozca su naturaleza, su esencia ... sus normas públicas ...su ideario está al alcance de todos ... pero lo que nunca ha sido, ni es y ni será será la Acción Católica una hiedra que necesita para sostenerse arrimos políticos ... No estorbos ... sino cooperación ... colaboración ... Hay deberes positivos que cumplir respecto de ella.

El sabio jesuita P. Furlong resume estos deberes que los católicos tienen en la hora presente en el siguiente orden: 1º dedicarse a la Acción Católica, contribuir a la Acción Católica y coordinarse a la Acción Católica. El deber de dedicarse a la Acción Católica alcanza a todo católico, a no ser que le asistan motivos graves de orden externo o interno para abstenerse de actuar conforme a las normas generales que regulan las obligaciones de caridad. A este propósito dice el Papa en su último mensaje ... "conciérne ... y el Concilio Vaticano: Conjuramos por las entrañas de Jesucristo a todos los fieles, especialmente a los rectores y maestros, y les mandamos en nombre de Dios y nuestro divino Salvador que contribuyan con todas sus fuerzas a hacer cesar en la Iglesia todos los errores y a difundir la luz de fe purísima".

Cuando uno está impedido de hacer la colaboración directa, hay otro recurso. La Jerarquía extiende su mano para pedir limosnas. La limosna es la colaboración que hoy os pide a todos indistintamente, todos los que os tengáis por cristianos, todos los que estéis interesados en este resurgir de la humanidad, debéis saber que contribuís a la Obra a la que está vinculada ese resurgimiento, que como os he dicho al principio, no va a ser obra de los hombres ...

Alas para volar

9 abril 1548

Reunión General de J.A.C.

Queridos jóvenes:

Celebrarnos el próximo domingo el DIA DE ACCION CATOLICA. ¡Que poco dice a nuestro espíritu este nombre: Futbol, chicas, cine, etc.. Son casi las únicas palabras que estremecen nuestro espíritu. Es más: estamos absortos por esos problemas y parece que nuestro espíritu sobresaturado no recibe nada más. Así esta la juventud de hoy. Intoxicada de superficialidades.

Y los otros ... los hombres maduros también están obsesionados por lo que un poco pomposamente se llaman los problemas de la vida. La acción católica y otras cosas análogas son lujos que no pueden permitirse por los acaparados por los problemas de la vida. ¿Cuales son en resumidas cuentas esos problemas de la vida?. Ya lo sabeis: el pan, la ración, el salario, el empleo, el negocio. Si concebimos la vida sin más dimensión que la que le dan los días que se cuentan desde que uno aparece hasta que le evacuen al cementerio, esta bien, esos son los problemas de la vida. Si el hombre no tiene más sensibilidad que del estómago, esos son indudablemente los problemas de la vida, de los que merece ocuparse.

Hablar hoy de algo que no sean los deportes, las mujeres, los cines o en los negocios, las dificultades de la vida, es una quijotada. Para los más una quijotada, porque hay otros para quienes hasta resulta una ofensa y una burla intolerable. Hoy que la vida se ha puesto tan mal ... hoy que el hombre tiene tan graves preocupaciones para satisfacer las necesidades suyas ... hoy no se puede y no se debe hablar de nada más que de la forma de aumentar el salario o las ganancias, de la forma de poder pasar mejor en este mundo. Hay que dejar para otro mundo más afortunado el preocuparse de otros problemas, el tratar de otras cuestiones. Como si el espíritu hubiera perdido la primacía, como si el espíritu no fuera al fin y al cabo la primera fuerza de renovación y el primer elemento de nuestro ser que necesita atención preferente. Como si el Evangelio estuviera de más en nuestro mundo.

Yo me pregunto y os pregunto: ¿Para cuándo o para qué mundo dió Cristo el Evangelio, predicó su doctrina? Llama bienaventurados a los pobres, a los mansos, a los misericordiosos, a los que padecen hambre y sed de justicia y los llama bienaventurados sin hacer restricciones de tiempo o condición, bienaventurados por encima de los que pudieran estar hartos, por encima de los que pudieran estar satisfechos, ser fuertes o violentos. Y cuidado, que también exige: Exige una perfección, una pureza no sólo de obras sino también de intenciones. Diremos que tampoco

sabía lo que era la vida, el peso con que atormentaba la vida como algunos de los jóvenes han solido decir cuando un director de ejercicios o sacerdote ha hablado de la necesidad de guardar la pureza, de la necesidad de ser sencillos y dominar la ambición, etc..

En realidad, de verdad los que conocen el paño, los que sabemos lo que es la vida, los que sabemos como son las cosas en la cruda realidad, los que decimos que los negocios son los negocios, los que tenemos experiencia de que toda habilidad es poca tenemos que calificar a Cristo de un utopista, un iluso, un alucinado. Pues su doctrina a nuestro juicio no sirve para la vida. La vida necesita más tragaderas, menos finuras, menos ternezas. Jesucristo un pobre loco ... eso tiene que ser si es que damos un poco de peso y valor a nuestros juicios. Pues los nuestros y los de El son juicios de despistado.

¿Será El o nosotros los despistados?. Ni somos los primeros ni seremos los últimos en esa manera de pensar. Desde luego no somos los primeros: esa manera de pensar es el abecé del sentido práctico del mundo. Así se ha pensado y así se sigue pensando. Pero así nos ha lucido también el pelo y así nos seguirá luciendo si no rectificamos nuestra manera de pensar y de obrar.

Ahí está la historia de la humanidad. A la vista está. ¿Qué es sino una serie, una cadena interminable de atropellos, violaciones, injusticias, luchas, guerras, crueldades?.

Conozco yo quienes sostienen con todo el aparato científico, precisamente a la vista de esos datos de la historia, un fatalismo pesimista. El hombre es el ser más infeliz de la creación, el más desgraciado de todos los animales, que además no tiene remedio ni solución. Encontramos en el hombre un anverso de inteligencia y libertad y un reverso de pasiones o instintos, difíciles de compaginar y mucho más de conciliar.

Pero yo os diré que la conclusión fatalista y pesimista no es la única ni la más fundada que cabe sacar a la vista de la historia. Es que el hombre, como todos los demás elementos de la creación, para su conservación y feliz desenvolvimiento debe someterse a unas normas, a unas leyes. Los demás seres se someten instintivamente y el hombre debe someterse voluntariamente y este ha dejado de someterse y ahí radica la fuente de sus desdichas.

Al renunciar a las normas del Evangelio, hemos salido de nuestra órbita y nos hemos estrellado.

Es verdad que tenemos instintos e inclinaciones que fuertemente nos presionan y nos presionan en una dirección contraria a la que nos indican o señala la fe, el Evangelio.

Muchos, al sentir esas tendencias, esas necesidades, piensan que deben y pueden ser satisfechas. ¿Por qué no? ¿Para qué los ha puesto Dios?. Esto dice y enseña toda la filosofía materialista de la vida.

Yo diría que quien teniendo base de la existencia y presencia de esos instintos y esas tendencias, llega a la conclusión de que deben y pueden ser satisfechos sin que ello implique ningún mal; se parece a quien contemplara un avión en la "pista de aterrizaje o despegue y viendo que tenía ruedas, ruedas cuya función normal y cuya razón de existencia tiene que ser la de rodar, concluyera que aquel aparato es para rodar. Si llevado de esa idea pretendiera que rodara, efectivamente vería que andaba muy bien rodando ... hasta que sus anchas alas o su cuerpo desproporcionado encontrara alguna revuelta o algún obstáculo, que fácil será que lo encuentre. Aquellas hermosas alas, aquella forma que estaba estudiada para volar no tienen sentido, resultan un impedimento para no ser más que una máquina para rodar.

Exactamente eso pasa con el hombre. Lo mismo que el avión tiene ruedas, pero ruedas para las funciones indispensables de aterrizaje o despegue sobre unas pistas preparadas para ello y si se pretende utilizarlo como simple máquina para rodar, resulta torpe, y además fácilmente se estropea, de la misma forma el hombre tiene pasiones, tiene instintos, pero deben utilizarse,

deben satisfacerse con las limitaciones o restricciones que impone la inteligencia iluminada por la fe y cuando se empeña en obrar de otra forma le ocurre lo que le ocurriría a esa magnífica máquina que llamamos avión, que habiendo sido construido para volar no resulta para andar rodando y si se empeña en eso se estrella o se vuelca o se estropea. La historia es el inmenso campo de ruinas de esa prodigiosa máquina ideada por Dios y hecha para volar que se han empeñado en rodar, en lo levantarse del ras de la tierra.

Dios es el autor del instinto de reproducción, pero para que lo realice el hombre en las condiciones necesarias para que tenga objeto, Dios le ha dado al hombre las ganas de comer, pero para que coma cuando se debe o como se debe comer, Dios le ha dado al hombre el instinto de conservación para que se defienda cuando hay que defenderse, pero no para que ataque a otros y combata por cualquier cosa ... Dios le ha infundido un alma dotada de razón, que iluminada por la fe debe bastarle para guiarle.

Asamblea del Día de Acción Católica

11 abril 1948

Centro de Acción Católica

Queridos mondragoneses:

Acabamos de escuchar que uno de los defectos de que adolecemos. es el "caracolismo". El caracol y su manera de obrar es un símbolo de nuestra manera de proceder. Siempre tenemos a mano con qué defendernos o en qué guarecernos. Fácilmente nos encerramos en la concha de nuestro egoísmo o cobardía. Alegaremos discreción cuando lo que tenemos es excesivo espíritu de comodidad, apelaremos hábilmente a la prudencia cuando en realidad no hay más que egoísmo, y así vamos procediendo al ritmo que permite nuestra seguridad o bienestar.

Junto a ese mal yo me atrevería a señalar uno más, que llamaría el "uniformismo". No solamente estamos en la época en que por encima de todo se trata de salvar las apariencias, las formas externas, sino también en el mundo en el que teniendo eso, creemos que se tiene todo.

Debía ser el siglo pasado en el que Francia e Inglaterra se traían entre sí litigios que hacían presagiar una inminente guerra. Por lo visto había muchos ingleses, la mayoría, que miraban con confianza a su porvenir. Entonces hubo en Inglaterra un célebre pensador y escritor Tomás Carlyle que lanzó a sus conciudadanos y compatriotas esta advertencia: "Señores, contra los franceses no se lucha con 300.000 uniformes flamantes". Como si dijera: Señores, que confiais en el equipaje, en el armamento, en los elementos que pueden dotar a 300.000 hombres, habeis de saber que para luchar hacen falta además de éso, trescientos mil hombres con el espíritu dispuesto a sacrificar todo, su comodidad, sus intereses, hasta su propia vida en aras de la patria y eso es un poco más difícil de conseguir.

Bien está la advertencia, estimados hermanos, que me escuchais y tiene aplicación en nuestro caso. Soñamos en grandes empresas, contamos con numerosas defensas en favor de la civilización cristiana, dormimos tranquilos repasando en nuestra mente los números y contando los cristianos por miles de millones. Yo me pregunto y os pregunto a vosotros: ¿Dónde están entre nosotros esos hombres o jóvenes idealistas, entusiasmados de los ideales de justicia y verdad, capaces de sacrificar en cualquier momento sus propios intereses, su propia comodidad, su posición agradable ... abnegados, heroicos, prontos a todo para llevar a la práctica los postulados de la justicia y de la caridad ... dónde están y cuántos son?. ¿No nos veremos precisados a reducir el número de las fuerzas del frente de la paz y del orden cristiano si solamente vamos enumerando los que realmente tengan esa disposición de ánimo necesario para llamarse y ser soldado de la milicia de Cristo?. ¿No son un ingente número los que se conforman con salvar las apariencias, las formas externas, los ritos, sin preocuparse de algo más?.

Un célebre escritor de nuestros días ha clasificado a los hombres en dos grupos; también los cristianos estamos incluidos en esa clasificación. Dice que no hay más que dos clases de hombres: los satisfechos y los insatisfechos. Los primeros son los acariciados por la fortuna y la suerte, los que disfrutan de los frutos de la prosperidad y progreso, los contentos con el estado de cosas existente, los que encuentran el único reino de Dios apetecible en lo que ya poseen y tienen, y nada más tienen que suspirar. Indudablemente, son los menos. Por otro lado están los insatisfechos, y a éstos a su vez yo les clasificaría en dos grupos: en uno pondría a los que se sienten insatisfechos precisamente porque carecen de lo mismo de que disponen los satisfechos, carecen de bienes de fortuna, de medios de disfrutar y gozar en la tierra. Son la inmensa turba de los que llevan en sus pechos un afán de revancha y un ansia de revolución para trocar los papeles.

Por último hay otra clase de insatisfechos, que son precisamente aquellos de los que nos habla Jesucristo en el prólogo de su mismo Evangelio cuando audazmente se atrevo a calificarlos bienaventurados ... que son los que lloran y tienen hambre y sed de justicia, los mansos, los pobres son éstos precisamente los únicos dados con los que puede contar Dios para la implantación del reino de los cielos en la tierra, son éstos únicamente los que pueden labrar ese reino de Dios en la tierra.

¿Cuántos son? Pocos, muy pocos. Y con esos pocos, muy pocos puede contar nuestra civilización cristiana para su defensa y para su difusión. Ellos son los únicos capaces de sacrificar los bienes personales, la tranquilidad y la paz personal, la comodidad propia en aras del bien de los demás, en aras de la verdadera justicia y caridad.

Por algo encontramos en el prólogo del Evangelio el sermón de la montaña en el que Jesucristo, nuestro Señor, hace la selección de los que van a componer su reino y van a constituir su milicia, diciéndonos que son bienaventurados los mansos, los que lloran, los que padecen hambre y sed de justicia ... únicamente éstos podrán seguir comprendiendo el resto del Evangelio, únicamente los que pasen por ahí serán los capaces de comprenderlo en toda su integridad. Únicamente los tales serán algo más que apariencia y forma de soldados de Cristo.

Vayamos adelante. Para ser soldado de Cristo, para ser cristiano auténtico, hace falta esa disposición de ánimo que hemos expresado.

Pero ser cristiano no es solamente poseer la verdad, sino es sobre todo practicar la verdad, que es lo mismo que hacer el bien.

Recuerdo una observación que a este propósito hace un pensador de nuestros días. La postura del cristiano, dice, en nuestro mundo, no es solamente la de quien lleva en la mano la bandera de la verdad, sino la de quien, al mismo tiempo, es reconocido culpable de la verdad que no ha realizado. Muy bien. Así es en efecto. Ser cristiano no es solamente poseer en la mente la verdad. Admitir la verdad de un Dios padre, al mismo tiempo providente, la fraternidad de todos los hombres, su destino común y su dignidad común y su derecho común a participar de los bienes que Dios derrama sobre el mundo. Ser cristiano es practicar, plasmar todo eso en la vida, realizarlo en todos los órdenes.

Nos dirigimos al mundo y le decimos nosotros: Señores, hay un Dios, que es padre común de todo el género humano, un Dios a quien tenemos que amarle, todos los hombres somos hermanos y debemos respetarnos como tales, todos estamos llamados a la misma herencia eterna. Y el mundo y la realidad nos responden exponiéndonos esos abismos que separan a los llamados a la misma herencia y suerte común, esas diferencias de clases enormes, esos odios y luchas de clases, esa indiferencia de unos para con otros, esa impasibilidad práctica de que todos participen equitativamente de los beneficios de la civilización, esos privilegios a que siguen aferrándose los unos ...

Nos dirigimos al mundo y proclamamos el derecho de propiedad, como una cosa sagrada, como un presupuesto y elemento indispensable para salvaguardar la dignidad de la persona

humana y la realidad social de nuestros mismos pueblos cristianos clama reprochándonos que las nueve décimas partes de nuestro pueblo no tiene nada de nada.

Nos dirigimos al mundo y levantamos la bandera de la libertad, que es el sentimiento fundamental en que se cifra nuestro noble orgullo de hombres y la realidad social nos echa en cara que la libertad tal no existe para las nueve décimas partes de nuestros pueblos, cuando asfixiados por las necesidades económicas y obligados a trabajar a todas horas para ellos no existe ni sol ni aire.

Nos dirigimos al mundo para proclamar el deber de educar a los propios hijos y la realidad nos echa en cara que solamente les es posible y donde pueda hacérselo gratuitamente, a la inmensa mayoría de nuestros padres, que, por otra parte, no ven ninguna perspectiva de superación para los mismos más que la suerte o el azar, pues las conquistas de la civilización, los institutos y las universidades no están abiertas más que para los pocos afortunados.

Y así nos va ocurriendo con tantas cosas ...

Si ser cristiano no fuera más que poseer la verdad, si bastaran los cristianos que la abrazaran, entonces podría decirse que también un disco de gramófono puede ser cristiano y hacer nuestras veces, pues también el celuloide en el que se han impreso esas verdades podría ir haciendo resonar esas verdades por todos los ámbitos de la tierra.

Discutíase en cierta ocasión entre rabiosos demócratas si se debía seguir respetando al Rey su título o también había que llamar por su propio nombre. Hubo uno que resolvió el problema diciendo que el título del Rey no era propiamente un título de nobleza, que está mal conservarlo en un país verdaderamente democrático, sino que era una profesión.

Ser cristiano no es título de grandeza o nobleza, sino más bien es una profesión, una profesión heroica y difícil, profesión de justicia y de verdad, del amor y de la caridad.

Hoy el cristiano tiene que ser el hombre que se vuelca, que se desvive, que se sacrifica para llenar esos abismos que separan a los unos de los otros, lo mismo en materia económica como social y moral. Por eso que recientemente el Gran Papa Pío XII señalaba a los hombres de A.C. como consigna para su acción apostólica, la redistribución de los bienes. No vemos a creer que con redistribuir los bienes, con darles a todos más bienestar se va a resolver el problema del mundo, pero esa redistribución va a ser el testimonio indispensable de nuestros sentimientos de paternidad común de Dios y fraternidad de todos los hombres. Por ahí debía de comenzar la batalla para librar al mundo de los males que lo amenazan. Por ese camino solamente cabe hacer frente a ese ingente, pero sobre todo compacto ejército de los 20 millones de comunistas de que nos hablan las estadísticas y de los que 12 millones se encuentran en Europa. Bastan ellos para hacer conmovir los cimientos de nuestro orden y de nuestra civilización, porque ellos representan no uniformes, sino una fuerza firme y verdadera, y además llevan delante una bandera que simboliza muchas verdades, que nosotros los cristianos hemos dejado de llevar a la práctica. Si un ángel que ha escuchado desde la lejanía del cielo el eco de la predicación evangélica, el eco de ese magnífico sermón de la montaña, viniera a la tierra y quisiera discernir quiénes son los que han escuchado a Cristo, tal vez se encontrara con que no menos que en las filas y ejércitos de uniformes cristianos hay individuos y personas que sienten esas cosas entre los enemigos de enfrente, entre esas fuerzas de la violencia y barbarie.

Hay que terminar, queridos hermanos, con este escándalo y precisamente para eso se invita hoy particularmente a los hombres. A eso vienen esas legiones de A.C., pues como ha reconocido el Papa recientemente, o nos despertamos a la plenitud de la conciencia cristiana y somos fieles a la misma a cualquier precio, o lo demás perecemos.

Pero, como he advertido también antes, en la Iglesia no se quiere que esta invitación signifique propiamente un alistamiento y una adhesión inmediata a la Acción Católica, sino

que quiere que todos conozcan lo que es la Acción Católica en las reuniones que iremos celebrando, y luego determinen qué deben hacer. Se espera asimismo que tampoco nadie rehuse la Acción Católica sin conocerla. Ya conozco la objeción de muchos. Dirán que la conocen porque conocen a algunos militantes de Acción Católica, tal vez a algunos militantes tibios o hasta infieles. Pero eso es como si dijeran que conocen el cristianismo, lo que es el Cristianismo, porque conocen lo que son los malos cristianos.

Aceptad, pues, queridos hermanos, esta invitación, que de los hombres, de su madurez, experiencia y prestigio se necesita para llevar adelante muchas cosas que van a ser en beneficio de todos.

Día de la Acción Católica. 4 junio 1050

borrador que no prediqué

Amadísimos hermanos:

Ya sé, lo sé perfectamente, que el tema de Acción Católica no es el más indicado para lograr la atención y el interés de las gentes. Ya sé, lo sé perfectamente, que todas las ponderaciones que nosotros hagamos de Acción Católica quedarán desvirtuadas en muchas mentes por unas simples objeciones que hagan algunos que se resisten a comulgar con ciertas ideas. No obstante, el escaso fruto que espere obtener uno, no puede dejar de abordar esta cuestión, este tema. Contra la malicia de las gentes no hay nada que hacer: tampoco nos corresponde luchar propiamente contra la malicia sino contra la ignorancia y así debemos tratar de Acción Católica, aun cuando esperamos frutos tan exiguos de lo que vayamos a hacer.

La primera afirmación que tenemos que hacer es la de que el espíritu pesa poco en nuestro mundo; y digo que pesa poco por no decir que no se cotiza: todavía tiene refugio, en algunos corazones sencillos, humildes que se inspiran en sus exigencias y apetencias para conducirse de forma que extraña y choca en nuestro mundo; hay algunos a quienes los prudentes y sabios y poderosos según el mundo los califican de locos, o de ingenuos o cuando menos de personas que ignoran lo que es la vida. Ah ... la vida ... la vida es algo que aplasta, derriba o axfisia pronto esas exigencias ... Con exigencias y contemplaciones para el mundo del espíritu no se puede presentar en la gran sociedad, porque las modas, las corrientes, los compromisos, son algo que se impone por encima de todo. Con exigencias y aspiraciones del espíritu no se puede presentar en la vida de negocios, porque los negocios son los negocios, no admiten contemplaciones, no toleran quijotadas, no pueden sobrevivir en el mismo los ingenuos, los honrados ... para poder triunfar hay que despojarse de escrúpulos, de contemplaciones con la gente ... Con exigencias del espíritu no puede presentarse en el mismo campo social ... aquí sin declarar una guerra sin piedad al capital y capitalismo, no hay nada que esperar ... hay que despojarse de los escrúpulos y sin manejar la pistola o utilizar la coacción nada hay que soñar, nada hay que esperar ... y parece que muchas veces la realidad de la vida da razón a los que dicen y piden que se despoje de escrúpulos para penetrar en ese mundo. Con exigencias del espíritu no se puede penetrar en nuestro mundo público de diversiones y espectáculos ... porque la gente necesita divertirse, la gente se aburre, la gente necesita explosiones de pasión ... ¿quién puede penetrar un poco en este mundo de los espectáculos y diversiones modernas sin exponer a perder o sin antes perder la vergüenza, la dignidad, el respeto?.

Así otra vez se reproduce la escena de Belén. Hoy Cristo que se pase en el mundo con Evangelio, volverá a encontrarse con la misma respuesta: no. Para eso no hay sitio, eso es

imposible, es una doctrina que resulta pasada de moda, anacrónica. ... El Cristo auténtico, el Cristo de las bienaventuranzas no encontrará más que un pequeño corro de ingenuos, de sanos, de raros o pobres ...

Esta es la realidad ... la realidad que se le ofrece a Cristo aun en medio de nuestra civilización cristiana, en medio de nuestros pueblos llamados cristianos. Así podemos lanzar una segunda afirmación: la religión, de verdad como sentimiento religioso es algo que no existe, o existe en un grado mínimo. No confundamos las cosas: no digo que no exista aparato religioso, exteriorización y pamera de religión. Precisamente hay tanto de aparato y boato religioso exterior, porque no hay nada interior. Procesiones, coronaciones, solemnidades religiosas ... imponentes Claro que de igual o mayor volumen y para más sorna con las mismas personas que ahora se enternecen ante una imagen de la Virgen luego se llenan los teatros y cines hasta los más inmorales ... la Virgen es un ídolo más junto a otros ídolos ... hoy tenemos que decir que no nos basta con un Dios ... por si acaso también tenemos algo de sentimiento para Cristo, para su madre santísima ... pero necesitamos más y luego igual estremecimiento, estremecimiento de la misma naturaleza producen otras personas, otras cosas. No hay religión, que religión es vida, como tampoco hay patriotismo, que en este caso igualmente en nombre de la Patria lo único que se anhela y se busca es la simple vanidad de la prepotencia de las propias ideas o sentimientos, o algo peor, que es el medro personal, por lo que luego patriotismo es el sostenimiento de los privilegios de poder, de prebendas materiales ... todo ello estupendamente garantizado en nombre sagrado de la patria.

Y esta ausencia del espíritu, esta falta de auténtica vida religiosa, tiene que repercutir forzosamente y su desenlace no puede ser otro que Babel, confusión de todo y luego lucha encarnizada desde el momento que los hombres en sus semejantes no ven otra cosa que un competidor de pedazo de tierra que pisamos, un participante del poco botín que se dispone en el mundo.

Frente a este panorama del mundo y de la vida no queda otro recurso que preocuparse seriamente de salvar los valores espirituales. Y para salvarlos es preciso asegurar su difusión, porque contra su acorralamiento están luchando y empujando incensantemente todas las circunstancias del mundo del dinero, de los negocios, de la vida pública. Y la Acción Católica no es otra cosa que esa reacción, mejor dicho un movimiento de valoración de los valores espirituales.

El hombre es la base de todo; cual sea el hombre así será la sociedad. Si el hombre, o los hombres, son justos, rectos, generosos, nobles, honrados, la sociedad será también justa, recta, noble, honrada. Estoy por decir que la sociedad, lo social, es el mejor termómetro de la existencia de verdaderas virtudes en el hombre.

Repito que la sociedad, la vida pública, es el mejor termómetro del estado de salud espiritual. Virtudes que no se reflejan en esa vida no existen. A veces uno se encuentra con hombres que parecen rectos, honestos, honrados; parece que son mayoría, y sin embargo en la vida pública hay ausencia de esas virtudes. La comunidad como tal se ve que es injusta, mezquina, por cuanto que corre dinero para todo menos para aquellas empresas desinteresadas; hay colaboración para todo menos para lo que no merezca la calificación de negocio.

Día de Acción Católica. 4 junio 1950

borrador preparado rápidamente y utilizado para otra cosa

Amadísimos hermanos:

Como anunciamos el domingo pasado, hoy celebramos el Día Diocesano de Acción Católica, y con este motivo las colectas que se hagan hoy en las misas son para Acción Católica. Por tanto, bien estará que lo sepamos para ser más generosos y desprendidos que otras veces. Se nos pide nuestra colaboración y una medida de la misma va a ser la aportación económica que vayamos a tener en esta misa, que es la oportunidad que se nos brinda para ello.

Hoy no vamos a considerar la Acción Católica desde el punto de vista doctrinal, ya que de ello, con o sin provecho, hemos hablado otros años. Vamos a ver lo que pretende ser desde el punto de vista práctico, mejor dicho qué es la Acción Católica que nos pide su colaboración a nosotros, a los fieles de este Año Santo.

En lo que respecta a Mondragón está organizada la Juventud de Acción Católica. Masculina y Femenina, y hay deseos y conatos de organización de las otras dos ramas de hombres y mujeres en espera de ambiente y colaboración suficiente para ello.

¿Cuáles son los objetivos de estas ramas juveniles organizadas ya?. ¿Qué vida hacen o qué se pretende mediante ellas?. Esto es conveniente que lo conozcan todos, para que, si ven que lo que pretenden es cosa que merece la pena de tomarse en serio, presten su colaboración más entusiasta y generosa.

La naturaleza y características de la Juventud de Acción Católica están determinadas por su lema que es piedad, estudio y acción. Vamos a explicar brevemente el alcance de cada una de estas partes.

Piedad. Acción Católica no es una simple cofradía que tiene por objeto el desarrollo de algunos actos de culto, pero por el papel que llega a jugar la piedad, la sólida piedad cristiana en la vida del hombre, tiene que prestar su atención a esta necesidad. La Acción Católica trata de inculcar a los que acoge bajo su bandera el cumplimiento de los deberes de piedad y de facilitarles al mismo tiempo, mediante el ambiente favorable que contribuye a crear, la vida de grupo. No es que para entrar en Juventudes de Acción Católica sea preciso que uno se comprometa a guardar algunas prácticas, pero sí que una vez en ella se les forma para que sean buenos cristianos, procurando sacar la máxima partida posible de los Sacramentos, cuya frecuencia, lo mismo que cierta vida de oración, son indispensables para que el hombre luche contra la bestia que lleva dentro. Padres y madres que me escucháis, si quereis preservar a vuestros hijos de las dentelladas de la bestia que llevan a cuestas, si no quereis que se pierdan

en ese período tan crítico de la adolescencia, debéis impulsarles a que conozcan y practiquen de jóvenes la religión. Se suele considerar la frecuencia de estas cosas como muy buena para la vejez, para prepararse para el salto a la eternidad. La religión no es cosa que necesitan los viejos más que los jóvenes, antes bien éstos más que aquéllos. Porque son los que tienen que luchar mucho más. Los actos que tienen son los que corresponden a todo cristiano. Lo que se les exige es lo que deben dar, pero que no dan muchos cristianos. La santificación de las fiestas, la comunión y confesión frecuente, la oración asidua, ya que sin estas medidas no hay nada que hacer.

Estudio. Ya sé que para esto hay recelo. Creemos que ya sabemos bastante. El hombre capaz de reconocer su insuficiencia tiene que tener bastante virtud. Y no creo que haya mucha necesidad de esfuerzo mental para tener que reconocer la insuficiencia de los conocimientos religiosos, morales y sociales contraídos en el período de la infancia, en que la capacidad de asimilación es tan reducida y que, por otra parte, ni se pueden abordar todas las cuestiones que en el transcurso de la vida se irán planteando y a las que habrá que responder. Alguien dijo que hoy no hay más que opiniones y no estuvo desacertado, puesto que de ordinario con eso nos conformamos. Así, tenemos más que hombres cañas, que al soplo del viento cimbrean, a cualquier viento de doctrina o novedad, vacilan. Nos hacen falta hombres de convicciones y las convicciones son una conquista que hay que hacerla, no es cosa que se logra mediante una simple información superficial de las cuestiones, de las verdades. Por este motivo, Acción Católica concede una importancia primordial a los círculos de estudio, que son unas sesiones de estudio en común, con aportación de todos los asistentes. De hecho en nuestra Parroquia funcionan para chicos y chicas. Los chicos los tienen los martes y los otros el viernes; los aspirantes los martes también. Pero como podemos figurarnos, en ellos es preciso que colaboren los padres, exhortando a sus hijos para que asistan. No vamos a ser tan ingenuos que vayamos a pensar que es un placer para los chicos asistir. No es un placer; el placer es estar a sus anchas, placer es la comodidad que ofrece la libertad en la calle; el placer es la tertulia en que se habla de cosas que corren, que están en el ambiente, o en la moda. A la verdad en la organización y marcha de los círculos de estudio no contamos más que con la colaboración e interés de los mismos chicos y, como es natural, es de figurar que éstos no alcanzan la proporción que debieran adquirir en caso que efectivamente todas las fuerzas católicas, todos los padres conscientes de sus deberes, colaboraran.

Acción. Doctrina que no se pone en obra, convicciones que no se traducen en actos, son algo tan anormal como vida que no late, movimiento que no vibra. No estamos puestos en el mundo para contemplar o lamentar, sino para transformar. Y somos tan estúpidos en este orden moral de las cosas que con unos lamentos nos creemos excusados de hacer nada más. O siempre tenemos que esperar a que sea otro, u otros, los que pongan manos a la obra. En las actuales circunstancias, reconozco que por desgracia hay muchas excusas para la inacción. Por una parte, tenemos unas instituciones públicas empeñadas en creer que basta que la autoridad piense o discurra para que se arreglen las cosas, como si para lo más insignificante no hiciera falta una colaboración, y toda colaboración exige estímulo. Naturalmente, el pueblo va cayendo en una apatía e indolencia tales que costará mucho esfuerzo sacar de ese letargo y despertar en el mismo la conciencia de su propia responsabilidad, pero no habrá más remedio.

Si cada uno pusiera remedio a aquellos males que están al alcance de su mano, indudablemente hubiéramos llegado lejos. Pero mientras no ocurra eso, no esperamos ver la solución de muchos problemas que demandan su rápida solución.

Nuestra Acción Católica no es precisamente, por esto mismo, la encargada de hacer cosas por sí misma, sino la llamada a tener conciencia de las necesidades e informar de las mismas a todos cuantos están en el deber de interesarse, prestando su concurso, sumando su concurso.

Se nos podría censurar, caso de que no hiciéramos eso, pero no por no haber puesto remedio, por no haber solucionado muchos males que lamentamos. Si nos hubiéramos callado, naturalmente que sí, pero si los hemos denunciado en una u otra forma, si hemos hecho lo que está a nuestro alcance, si luego la gente no ha respondido no tenemos la culpa de que las cosas sigan el curso que siguen.

Menos envidias, menos críticas negativas, más colaboración, y hasta más audacia. Hay muchos que son valientes donde hay necesidad de derrochar valentías. Y se callan donde hace falta ésta.

Al llegar a este punto tengo que: hacer un nuevo llamamiento a los hombres de buena voluntad, a los hombres para quienes la .religión, sentimiento de gratitud y dependencia a Dios- no es negocio privado. A los hombres que saben mirar arriba, más lejos, para que ellos mismos recojan este llamamiento, acudan y se presten a organizarse en las filas de Acción Católica, deponiendo los prejuicios y la pereza o la comodidad. En el Centro no queremos criticones, sino hombres de Acción. Pero fuera tampoco podemos tolerar los eternos censuradores, que teniendo como tienen un puesto en las filas de la vanguardia de Cristo se excusan de tomar parte por la comodidad, o algo más pobre, como puede ser un egoísmo refinado.

Día de Acción Católica. 4 junio 1950 (misas 9 y 12)

Amadísimos hermanos:

Como anunciamos el domingo pasado, se celebra el Día de Acción Católica, una de cuyas finalidades es recabar la colaboración económica de los fieles para esta obra, por lo que la colecta de esta misa es para Acción Católica, y es de esperar que respondamos con la generosidad de otras veces.

La Acción Católica no es una novedad. Siempre ha existido movimiento apostólico de colaboración con la Jerarquía, donde ha habido cristianos conscientes de sus deberes. Es, pues, tan antigua como la Iglesia, tan antigua como la caridad, cuyo fruto es siempre el celo por el bien del prójimo.

No es una cosa con la que los sacerdotes podemos entretenernos a nuestro gusto, o descuidarla sin faltar a nuestro deber. Todavía recientemente, el Papa Pío XII exhortaba de esta forma en la Carta dirigida al Episcopado italiano. (Cita de Ecclesia, 11 de febrero 1950, carta del 25 de enero).

La vida evoluciona, las circunstancias también. Como advertíamos el domingo pasado, el individuo cada vez supone menos en nuestra civilización, frente a la presión creciente de la vida pública, entendido por ésta esa corriente de ideas, sentimientos, afanes e ilusiones que nos imponen medios tan poderosos y eficaces de difusión como la radio, el cine, la prensa, etc. Que efectivamente, sin quererlo ni darnos cuenta, nos transforman a los hombres en cautivos suyos, desde el momento que pensamos, sentimos, hablamos, nos apasionamos, nos interesamos, por lo que estos medios nos imponen. Por recia personalidad que uno tenga, por vigoroso que sea el espíritu que le informa, difícilmente logrará sobrevivir con sentimientos e ideas ni convicciones personales.

Alguien dijo que la gota de agua tiene que resignarse a perder su personalidad para poder salvar su valor, tiene que sumergirse en el océano para poder ser algo, pues de lo contrario se evapora y de esta forma se extingue. Hoy el individuo es también como una gota que tiene que declinar sus gustos, sus preferencias, su independencia, para encontrar en el seno de una organización y de una asociación su supervivencia. Un católico que se empeñe en vivir en su castillo de marfil es un católico que se sentirá impotente para todo el día que quiera representar algo, y siempre será una fuerza que se pierde para Cristo, que tiene en juego sus intereses en nuestra civilización y que para salvaguardarlos por su Vicario nos invita a asociarnos, a organizarnos estrechamente en torno a la Jerarquía. Y así, la Acción Católica viene a responder a una necesidad profunda del momento actual.

Hoy está en moda hablar de guerra fría, de guerra de nervios y vemos que para subsistir las mismas naciones tienen que constituir bloques cada vez mayores y más compactos. Este es el signo del momento actual, es la característica de la vida política y social que imponen las actuales circunstancias.

Pues bien, queridos hermanos, la Iglesia, que no puede menos que cumplir el mandato conferido por Cristo de enseñar a todas las gentes, se encuentra hoy en una lucha a la que pudiéramos calificar de guerra blanca, que no se desenvuelve con aparato, sino que consiste en la apatía, el vacío, la indiferencia con que la gente recibe sus consignas, la enseñanza de los valores espirituales.

A veces consideramos que la Iglesia tiene en nuestro siglo la fortuna de ser tolerada, hasta respetada, e incluso obsequiada, y, sin embargo, podíamos decir que en nuestros tiempos la Iglesia tolerada, pero no obedecida, respetada, pero no inspiradora de la vida pública, hasta obsequiada, pero no precisamente con el cumplimiento de la doctrina evangélica, no obsequiada con la renuncia, el desprendimiento y la cruz, esta atravesando un período más difícil que en las mismas catacumbas, ya que al no haber reacciones y movimientos espirituales en torno a Ella, con motivo de la doctrina que predica, ya se sabe que la humanidad sigue su proceso de descomposición. Hablamos de las legiones de los sin Dios, pero la máxima preocupación de la Iglesia hoy son esas otras legiones de los que sin negar a Dios viven como si estuviera ausente, sin que su pensamiento, como el pensamiento de un alma inmortal, de una eternidad, de una redención, pesen en sus ánimos. Y junto con esos, los cristianos de dos caras, de dos vidas; los cristianos de aparatosas manifestaciones religiosas que luego se conjugan con otras diversiones y espectáculos no apropiados es el grave problema.

Por estas razones y motivos Ella necesita ya de minorías, de grupos de comunidades de cristianos dispuestos a lo heroico, dispuestos a ser consecuentes hasta lo último, cristianos de vida integral, y la Acción Católica es ese movimiento de la recuperación total de la vida cristiana en el ámbito individual y social.

Por eso en el día de hoy no vacilamos en invitar a colaborar con la Acción Católica a todos los cristianos dignos de este nombre y a colaborar cada vez más intensamente y desde más cerca. Y a todos exigimos que depongan los prejuicios que tuvieran, como son los conceptos que se han formado de Acción Católica considerándola vinculada a determinadas formas políticas, o con sospechosos propósitos sociales.

Los fines de Acción Católica, como sus propósitos, son los mismos que tuviera Cristo en su obra de la redención humana; son los mismos que sintiera la Iglesia a lo largo de los siglos de su obra de civilización y evangelización.

En lo que respecta a la Acción Católica organizada en nuestra Parroquia, en las dos ramas de Juventud, están bien definidos en su lema: Piedad, estudio y acción.

Explicación de este lema interesando en la piedad la vida cristiana y prácticas de la misma en las que hay que iniciar y habituar a los jóvenes, y santificación de las fiestas en particular. Estudio ... necesario bajo todos los puntos de vista. Acción ... presencia en la, vida social y pública ... inspiración y no solución de los problemas.

Día de Acción Católica. 20 mayo 1951 (a las 9)

Amadísimos hermanos:

Hoy celebramos el día de Acción Católica. Antes de hablar de la Acción Católica que se escribe con mayúscula, vamos a tratar de la acción católica con minúscula. En medio de la multitud de los problemas que nos embargan la atención, ninguna cosa nos debe merecer tanta como el propósito o la intención de una empresa o acción desplegada para hacer mejor al hombre, ya que en definitiva todos los problemas y todas las cuestiones planteadas en el mundo se pueden reducir al hombre, puesto que el hombre es el origen de todos los bienes y de todos los males que acontecen en el mundo.

Ante todo empezaremos advirtiendo que la civilización no depende sino en muy pequeña escala de la vida política y económica, como acertadamente advierte un observador de nuestros tiempos. Las ansias de poder y de riqueza, causa de tantas ruinas y destrucción, poco intervienen en el progreso humano. Los constructores de la grandeza de la humanidad son, ante todo, los pocos hombres que consagran su vida a los valores espirituales y morales, es decir, a los espirituales: los justos y los santos, los pensadores, los artistas y los sabios. Todo lo que eleva al hombre procede de ellos, hasta las mismas cosas que mejoran la vida material: el arado, la rueda y la máquina a vapor. Ellos son los que vuelven mejores a los hombres, quienes los perfeccionan y los orientan hacia muy otra cosa que las concupiscencias de la carne y del orgullo. El justo aporta a la vida social el concurso de un espíritu que busca la verdad y el bien, no simplemente su propio bien en detrimento del ajeno, sino el bien. Por este motivo, el justo es el elemento más precioso del equilibrio social, es decir, la justicia y la ayuda mutua. Pero es denigrado por todos, porque la multitud no busca sino el propio interés, no da importancia más que a las cuestiones que directamente le atañen, y por eso el justo aparece a los ojos de todos como una especie de traidor y como un teorizador que se mueve en lo abstracto. Pero el equilibrio social se logra sólo en la medida en que la sociedad cuenta con un conjunto de justos lo bastante numeroso y activo como para imponer a los demás su propio punto de vista. Con hombres que sólo piensan en sí mismos jamás podrá realizarse el bien de todos; con hombres que hacen un dios de la comodidad humana, no se llegará más que a transformar en dioses a los gobernantes y los dioses de esa especie son dioses muy voraces. La verdad, el bien y la felicidad forman una línea recta. Cada uno sigue al anterior y no pueden desviar su trayectoria; no hay bien fuera de la verdad, no hay felicidad fuera del bien. Todos los vicios acaban por transformar lo contingente en absoluto y todas las desgracias proceden de eso. El hombre debe reconocerse criatura y aceptar su propia ley.

Este es y no otro el objetivo de la primera acción católica: Formar hombres con conciencia de su dignidad y de su responsabilidad, hombres que sepan cuál es su puesto en el mundo y su

destino en la vida. ¿ Verdad que no cabe soñar ni pensar en una empresa de más categoría, en una actividad de más actualidad y trascendencia que esta?.

Una leyenda de la edad media nos habla de un mago que poseía el difícil arte de criar brujos o hados que luego obraban toda clase de maravillas, exhibían toda clase de habilidades. Hubo un curioso que quiso aprender aquel arte y se dirigió al mago, pidiéndole enseñara aquel secreto. Así le hizo y aprendió a hacer hados, pero se descuidó, se olvidó de aprender el secreto de tenernos sujetos a su voluntad. Una vez salidos de las manos de aquel aprendiz de mago, éstos se desenvolvían con entera libertad e independencia. Y ¿qué pasó?. Sencillamente, que acabaron con su propio autor y el aprendiz de mago sucumbió bajo la habilidad y arte de sus propios hijos. ¿Qué otra cosa ha ocurrido al hombre moderno cuando, si bien ha aprendido a realizar maravillas y ha desatado tantas fuerzas de la naturaleza, luego no sabe dominarlas, antes bien él mismo es la primera víctima de su propia obra, ya que la primera víctima de nuestra civilización cuando ésta no se lleva a cabo comenzando por dominar y mantener sujetas las fuerzas de la naturaleza es el propio hombre?.

Aquí tenemos, en el adiestramiento del hombre para sujetar sus propias pasiones e instintos, la primera acción católica que nos hace falta. Y esta es la acción de la Iglesia y al logro de este propósito nos invita la Iglesia, y con estas miras quiere emprender una empresa universal.

La Acción Católica con mayúscula no es más que la integración de aquellas voluntades y de aquellos hombres que anhelan y buscan la implantación del reino de Cristo en los individuos, reino de Cristo en los individuos que consiste en la suplantación de las fuerzas cietas por las correspondientes virtudes, o sujeción de aquéllas al imperio de la razón y de la conciencia. Y como para llevar a cabo esto es necesario que los esfuerzos del individuo encuentren un ambiente propicio, mediante asociación de personas, quiere asegurar dicho ambiente. Hoy supone tan poca cosa el individuo, la persona, que para conservar su personalidad necesita sumergirse y hasta en cierto modo confundirse en la asociación, ya que, al igual que la gota de agua que quiere conservar su personalidad, debe perderse en el océano, pues de no hacerlo así desaparecerá evaporada en la atmósfera. El individuo y la persona necesitan el concurso y el apoyo de los demás.

Día de Acción Católica. 8 junio 1952

Estimados hermanos:

Celebramos hoy el día diocesano de Acción Católica y vamos a ocuparnos en nuestra exposición de este tema, que ya hemos abordado en otras ocasiones análogas, explicando algunos aspectos de su naturaleza y de su organización.

Conocemos ya todos su definición clásica: participación de los seglares en el apostolado jerárquico. Por tanto, la idea fundamental que despierta la Acción Católica es la de colaboración de los seglares en las tareas propiamente encomendadas a la Jerarquía eclesiástica. ¿Cuales son estas tareas?. Se resumen en aquel conjunto de actividades que tienen por objeto conducir las almas al puerto de la salvación. Incumbe a la Iglesia todo aquello que es necesario para conducir las almas al puerto de su salvación. Se entiende fácilmente que aun cuando la salvación de las almas sea una obra sobrenatural y espiritual, implica la utilización de medios que no son exclusivamente espirituales. Hay que recordar que las almas que tenemos que salvar son almas insertas o encarnadas en un cuerpo, de tal forma que para asistir a aquélla es necesario atender también a ésta. En esta verdad es preciso insistir, porque de la verdad cristiana se aparta tanto el materialismo que no reconoce en el hombre nada más que materia y necesidades materiales, como lo que pudiéramos denominar el angelismo que pretende ver en el hombre un espíritu descarnado, un espíritu que tiene su vida independiente y exclusiva de la materia o del cuerpo. Por eso la salvación de las almas impone una serie de medidas, con repercusiones en el orden material o temporal, en la vida social y terrena, para que en este orden de cosas el espíritu no se encuentre con amarras. Dejo sentada esta observación, para que entendamos con la amplitud debida lo que vamos a exponer más tarde.

Hemos definido la Acción Católica diciendo que es una participación de los seglares en el apostolado jerárquico. Yo quisiera hoy poner de manifiesto la primera aproximación y, por tanto, la colaboración más elemental que necesitamos prestar a la Iglesia todos los seglares en estos momentos y en nuestros ambientes, en lo que hay determina suficiencia de clero de forma que esa colaboración no necesita siempre llegar hasta extremos que están justificados en otras partes. La primera vinculación o integración que necesitamos alcanzar todos los cristianos con nuestra Iglesia y con nuestra Jerarquía es la de ajustar o acomodar nuestra mentalidad o nuestros criterios sobre las grandes cuestiones de la vida al criterio o módulo evangélico. Y digo esto porque en nuestros ambientes, afortunadamente son pocos los que están propiamente fuera de la iglesia y, por tanto, los enemigos de la Iglesia, los que la hacen daño, no hay que buscarlos entre ellos, sino entre los que por una parte hacen profesión de vida cristiana y por otra siguen una conducta incompatible con los principios evangélicos y cristianos auténticamente interpretados

y explicados por la Iglesia en las grandes cuestiones del amor, matrimonio, trabajo, riquezas, negocios, etc.

Esa dualidad de conducta entre lo que se afirma y se profesa en los actos religiosos y lo que se vive o realiza en los profanos es la mayor objeción y escándalo de nuestros días. Es ahí donde hemos de buscar el primer remedio para prestigio y gloria de la Iglesia y, por tanto, para la verdadera difusión del reino de Cristo. Así que hoy nos atrevemos a recomendar como nuestra primera colaboración con la Iglesia y la Jerarquía la de llegar a conocer la doctrina de la Iglesia acerca de esas cuestiones y conformar a la misma nuestra conducta, por mucho que nos cueste.

La legión de apóstoles que nuestra Iglesia necesita en nuestros ambientes y tiempos es la de esos cristianos consecuentes en todo, de los que acoplan perfectamente la vida religiosa con las demás manifestaciones de la misma.

Día de Acción Católica. 1.952

Amadísimos hermanos:

1. Vamos a tratar de Acción Católica, puesto que hoy cele bramas en nuestra Diócesis el Día de Acción Católica. Y voy a exponer en breves consideraciones lo que es Acción Católica, pero antes de proceder adelante tengo que rogar a mis oyentes que hagan abstracción de la idea que tienen actualmente de la Acción Católica, para que los prejuicios no nos impidan llegar a una inteligencia y comprensión. Puede ser que nosotros conozcamos una Acción Católica que no sea auténtica, verdadera, que no se amolda al espíritu que inspiró su existencia; en una palabra, una Acción Católica falsificada por la malicia o debilidad de sus elementos constituyentes, o simplemente por la ignorancia en que se encuentran respecto al ideal de Acción Católica, que no lo han comprendido y, por tanto, tampoco han podido plasmarlo en sus realizaciones.
2. Qué es, pues, la Acción Católica?. Advierto que no vamos a considerar las líneas de su organización, que eso al fin y al cabo es lo más accidental y secundario y puede modificarse o variar sin necesidad de que se varíe o se modifique su espíritu, su esencia, su naturaleza. El agua es un compuesto de oxígeno e hidrógeno y esta su naturaleza se encuentra igualmente en una cantidad grande que pequeña, en su estado líquido o gaseoso, en un manantial o en un recipiente. Igualmente la Acción Católica es un espíritu y un ideal que son susceptibles de tener una u otra forma de organización externa.
La Acción Católica es un movimiento de renovación, integrado por hombres que creen en el Evangelio y en la Iglesia, que actúan siguiendo sus directrices. Ante todo y sobre todo debe ser esto la Acción Católica. Y vamos a exponer por partes esta definición que acabamos de dar. Advierto que esta definición no es contradictoria, ni está en oposición con la clásica que conocemos: participación de los seculares en el apostolado jerárquico. La más elemental participación de los seculares en el apostolado es la fé y la confianza en el mensaje evangélico, porque donde no se comienza por esta fé y confianza, cuyas exigencias expondremos, no se llega a participar en ningún apostolado.
3. Es un movimiento. Esto quiere decir que Acción Católica no es un refugio de pusilánimes y cobardes, o de satisfechos; que los unos por cobardía y los otros porque están conformes con lo que son, o lo que poseen, se acomodan a la sombra de la Iglesia, de la que esperan que les ayude a conservar los privilegios que poseen con la enorme ventaja de que además les asegura, con sólo arrimarse a la misma, una eternidad feliz. La felicidad de este mundo la tienen resuelta con que puedan seguir disfrutando de su situación de privilegio y la de otra vida está también asegurada con ser fieles a la misma. No es, pues, un refugio. No lo olvidemos.

Ni es un cuerpo de vigilancia o policía al servicio de los intereses del clero o de la Iglesia, como si tuvieran por misión fiscalizar la actuación de los demás para poder actuar a tiempo en la orientación más o menos forzada de las vidas de los demás. Es verdad que a veces los términos que se emplean en el círculo de los elementos de Acción Católica pueden contribuir a dar esa impresión, e incluso puede que la conducta de algunos dé pie para poderla considerar de esta forma. Unos inquisidores camuflados.

Ni tampoco es un coro de monaguillos para los servicios auxiliares del clero, de un clero que considera como su misión fundamental el simple culto litúrgico a Dios y cuyo ámbito de acción es la sacristía o la Iglesia. Por eso, la Acción Católica no es una cofradía más para comodidad de sacristanes.

Es un movimiento, hemos dicho, y un movimiento quiere decir una presencia activa. Y presencia activa para nosotros debe significar desarrollo de la inteligencia, actuación intelectual mediante una mejor comprensión y asimilación de las verdades religiosas, presencia activa igualmente debe significar una intervención, una sincronización de nuestra voluntad en los propósitos y en los planes de Jesucristo y de la Iglesia; una presencia activa se dará cuando participemos como resortes en la evolución y transformación del mundo y de la vida en su incesante despliegue hacia formas más perfectas, mejores. Una presencia activa quiere decir proyección de sentimientos y entusiasmos en la búsqueda o persecución de algo.

4. Integrada por hombres que creen en el Evangelio.

Parece que hablar de hombres que creen en el Evangelio en un pueblo como el nuestro, en que casi todos hacen profesión de católicos, no tiene importancia, no es decir nada, y sin embargo es preciso que reconozcamos, para vergüenza y confusión nuestra, que resulta difícil creer en el Evangelio. Para mí no es lo mismo creer en Jesucristo con relativa facilidad -como llegamos a creer en su divinidad- que creer en el Evangelio. Creo que los que nos llamamos cristianos podemos denominarnos en esa forma justamente si para ser cristiano basta llegar a creer en su divinidad. Pero aquí añadimos algo más. Decimos por los que creen en el Evangelio, y creo que hay muchos que efectivamente creen en Jesucristo pero no en el Evangelio, a pesar de ser el Evangelio su doctrina. Empezaremos por lo más sencillo. Los que rezamos el Padre Nuestro creemos sin duda en Dios, pero no en el Padre Nuestro ... en sus expresiones. Evidente: perdonamos nuestra deudas, santificado sea tu nombre ... ¿pensais que quienes creen de verdad en esas aspiraciones, o han asimilado esas aspiraciones, luego, caso de haberlas creído, pueden quedar tan campantes, tan tranquilos, tan impasibles ante las injurias, ante tantas ofensas del Señor, o pueden seguir manteniendo el odio a sus hermanos, o la resistencia a conceder un perdón de verdad?. ¿Pensais que quienes creen en el Evangelio pueden seguir tan aferrados a sus riquezas, a sus bienes, poniendo en su conservación o retención tanto cuidado y tanta diligencia, sin más generosidad o inquietud por remediar tantas necesidades ajenas?. ¿Quienes creen en el Evangelio pueden pleitear, como se suele, por cualquier cosa, quienes creen en el Evangelio pueden pensar en las comodidades y provecho propio, haciendo sufrir tanto a su prójimo, sea su esposa, sea su hermano, sea su amigo o enemigo?.

Por otra parte, el Evangelio es un mensaje de vida y prácticamente el cristianismo de muchos no es más que un respeto más o menos forzado de una serie de barreras y prohibiciones, de forma que toda la atención se concentra en la memoria de esas prohibiciones, sin inquietud por desplegar la vida hacia mejores formas. Creer en la vida es atenerse a la ley fundamental de la vida, que es una ley de progreso, de transformación

y parece que muchos cristianos nos hemos escandalizado cuando algunos que a sí mismo se han calificado de enemigos del cristianismo nos han recordado que se nos ha dado el mundo no para que lo contemplemos, ni para que lo disfrutemos, sino para que lo transformemos, para que lo mejoremos.

Creer en el Evangelio es pensar e interesarse más de la verdad y del bien, más que del dinero y del poder. Y a la verdad que si creemos en el dinero y en poder, pero no podemos decir que prácticamente creamos en la verdad y el bien. Creer en el Evangelio es creer en el hombre, en su vocación y dignidad, más que en su cuna y su cultura, o su dinero o su poder.

5. De renovación.

Hemos hablado de movimiento, de Evangelio ... y añadimos otra palabra: renovación. Se suele decir que la línea recta no se encuentra en la naturaleza, es una abstracción. Existe más bien la línea curva. Tampoco es fácil poder encontrar en las obras de los hombres una constancia, una continuidad ascendente rectilínea, las resistencias con que tropieza el hombre hacen que éste, al igual que la piedra que se lanza o se proyecta al espacio, trace la parábola. De ahí que el hombre en su vida encuentre la necesidad de renovarse, de rectificar su curso. Y lo que le ocurre al hombre le ocurre a las instituciones humanas. O también a las divinas, pero que han sido encomendadas a los hombres.

Por eso pensamos en hombres que creen en el Evangelio y en hombres movidos por la mejor voluntad, pero que también a priori admiten la necesidad de rectificar, de renovar, de enmendar su propia trayectoria. Y así, necesitamos de esta renovación en la vida propiamente religiosa, lo mismo que en la social y cívica. Con el transcurso del tiempo y con el peso de la rutina, ¿a qué vienen a parar nuestros actos religiosos?. ¿Qué nos contestaría hoy a nosotros si preguntáramos, o tratáramos de indagar qué es el bautizo en el fondo del espíritu de una madre, o de un padre que espera tener su hijo?. Pues ..., las ropas que hay que poner, el banquete que hay que organizar, los invitados ... pompa externa que absorbe la atención. No digamos nada de una primera comunión, o un matrimonio, una boda. Qué es la propiedad, el hogar, el culto, ... qué es la Iglesia.

Mejor que preguntarnos qué necesita renovación, haríamos en inquirir qué no necesita renovación. Necesita renovación nuestra vida religiosa, nuestra vida doméstica, cívica y social.

Quién no aprecia en nuestra vida religiosa, en los actos que se suelen exponer como testimonio e índice de la norma muchas veces un alarde que carece de sentido religioso o, por otra parte, una ausencia de inquietud y hasta de fé. Qué son nuestras comuniones, bodas, etc. en las que lo secundario absorbe y complica y compromete, de forma que actos para gloria de Dios y bien del alma son un pugilato de soberbia y derroche.

Y nuestra vida doméstica?. El hogar ... cuántos dramas, igualdad ... orden ... disciplina ... compensación.

Y cívica ... por el concepto fundamental de autoridad ... aureola falsa ... pedestal para recibir homenajes ... y la obediencia y disciplina algo sin sentido. ¿Es que se ha dejado de creer en el hombre para creer en insignias, partidos ... en que se escogen responsabilidades, sin comunicar satisfacciones?. Creer en la dignidad no es hacer protestas, sino respetar unos fueros.

Tomo II. Sermones
Libro 3º. Sermones 2ª parte

**Doctrina social.
Predicación: doctrina social**

Índice

1. Discurso del Papa. Introducción 24.9.1944
Discurso del Papa. Comentario 1.10.1944
Discurso del Papa. Comentario 8.10.1944
Discurso del Papa. Comentario 15.10.1944
2. Día de la infancia desvalida. 3.3.1943
3. Menos conferencias y más pan. 7.4.1946
4. Colecta por las obras del preventivo. 28.4.46
5. Doctrina social de la Iglesia
 - ¿Tarde?
 - Amor a la verdad íntegra
 - Verdad íntegra
 - Reforma
 - Función social del dinero
6. Comentario a la Pastoral de Monseñor Pildain

Discurso del papa

Introducción. 24 septiembre 1944

Amadísimos fieles:

Es un caso que cada vez que se recuerda y se considera nos causa admiración y extrañeza aquel que nos ofrece el pueblo judío con relación a Jesucristo. La persona de Jesús estaba perfectamente perfilada en los libros del Antiguo Testamento, muchos siglos antes de su venida. Libros que poseía y guardaba como su mejor tesoro el pueblo judío. Con la esperanza y la ilusión de la venida del Mesías y de su definitivo triunfo soportaba el pueblo judío todas las calamidades y se mantenía unido. Los días de su venida estaban cumplidos y por las campiñas y aldeas de Palestina peregrina un hombre que obra prodigios y se atribuye a sí mismo una autoridad y una personalidad divinas. Es Jesús y se llama a sí mismo el Salvador, atribuyéndose todos los títulos mesiánicos. Sin embargo, aquel pueblo que Dios había destinado y preparado para que fuera el encargado de recibir al Mesías y establecer su reino en todo el mundo no reconoce a Cristo, persigue a Cristo y se separa de Cristo, transformándose en enemigo irreconciliable de Cristo, que aún hoy lleva sobre sí el peso de la maldición de Dios. Pero cómo es posible que estando como estaba tan claramente perfilada la figura de Cristo, bosquejada su doctrina, no le reconocieran a Cristo y se constituyera en torno al Mesías en paladín de la causa de Cristo y llevara hasta los últimos confines de la tierra el nombre de Cristo, la doctrina de Cristo, e instaurara el verdadero reino mesiánico conforme a los designios de Dios claramente expuestos?. Este es el caso que cada vez que se recuerda y se considera nos causa extrañeza y asombro. Diríase que Dios ha querido ofrecernos en este caso una lección perenne, soberana, para que nosotros los cristianos, que recogimos la herencia y la misión que en un principio estaba encomendada al pueblo judío, no la olvidáramos; pero por desgracia, como alguien se ha atrevido a insinuar, discreta y suavemente, estamos hoy en el trance de que sea repita el caso. Expliquémonos.

Estaban claramente expuestas las prerrogativas y las facultades atribuidas por Cristo a sus sucesores en la persona de Pedro en los textos evangélicos que, como los judíos el Antiguo Testamento, los guardamos como nuestro mejor tesoro espiritual y moral. Según los designios de Dios claramente manifestados por Cristo, es el Papa, el sucesor de Pedro, el fundamento de la Iglesia y el vínculo de los cristianos. En tanto somos cristianos en cuanto estamos basados y cimentados en el Papa, que es el Jefe Supremo que tiene la plenitud de la potestad de jurisdicción y es también el Maestro Soberano e infalible que guarda íntegramente la verdad. Lo mismo que la solidez y consistencia de un edificio depende de la solidez y consistencia de los cimientos y de la relación de las partes con esos cimientos, así la solidez y la vida de la Iglesia dependen de la solidez y vida de su fundamento, cuya solidez y vida están aseguradas por aquella promesa de Cristo de que había de prevalecer contra todas las asechanzas y de la dependencia y relación o contacto de las partes, de los cristianos, con ese fundamento en cuanto siguen exactamente sus normas y leyes y atienden a sus enseñanzas.

Sin embargo, a pesar de saber todo esto, que es indiscutible, somos los cristianos capaces de discutir esa autoridad y sin ningún escrúpulo nos permitimos prescindir de él y seguir otras normas y orientaciones. He dicho que, como alguien se ha atrevido a insinuar, estamos en trance de que se repita el caso del pueblo judío, por cuanto que los cristianos podemos por nuestras infidelidades incurrir en la maldición de Dios e, indignos de seguir teniendo la herencia de Cristo y realizando su misión, la misión encomendada por Jesucristo de ser la levadura del mundo, la luz del mundo, los guías de la humanidad. Pues, a la manera de los judíos para aferrarse a la idea de un Mesías terrenal y de un reino terrenal, por dejarse dominar y ofuscar por la ambición y el orgullo, por apego a bienes y glorias terrenas, quedaron ciegos para no reconocer al verdadero

Mesías, así también nosotros, por querer conservar nuestras ventajas políticas, por apego a los bienes que queremos poseer en la medida y proporción que actualmente poseemos -por un reino terreno de Cristo que defienda nuestros intereses, se avenga con nuestras ideas políticas y sociales- por querer acomodar todo a nuestra utilidad y provecho, nos estamos haciendo, o nos estamos colocando, en el trance de adaptar el verdadero reino de Cristo, que es el señalado y expuesto por las directrices pontificias, por las doctrinas pontificias acerca de todas estas cosas en litigio, y realmente cuando se interpone alguno de estos obstáculos preferimos salvar nuestro interés, o nuestro bienestar, a renunciar a ello y seguir ciegamente, valientemente, el camino trazado por quien tiene autoridad para indicárnoslo en cada circunstancia y en cada momento. Y puede ser que a la manera que recogieron los gentiles de entonces la herencia de Cristo y llevaron ellos a los últimos confines el reino de Cristo, así también sea otros, a quienes conceptuamos de gentiles y paganos, los que realmente defiendan los postulados y la doctrina de Cristo, del Papa, si no en todos los puntos sí al menos en muchos. Así, muchas de las cosas que debiéramos haber realizado antes que nadie nosotros, los cristianes, las han realizado antes que nosotros, o en mayores proporciones y con más generosidad, los llamados comunistas o socialistas y extremistas.

Y el caso singular de hoy es que mucha más doctrina cristiana que en muchos programas de partidos y agrupaciones llamadas católicas y denominadas católicas encontramos en esos partidos y en esas agrupaciones a quienes rechazamos como enemigas de Cristo y del Cristianismo.

No hace muchos días una pequeña tertulia de personas comentaba la situación actual y hablaban de las perspectivas del Cristianismo y del porvenir. Entre esas personas había una que era toda una personalidad, por su ciencia, por su cargo y por su prestigio y, en medio del asombro y admiración de los concurrentes, lanzó la siguiente pregunta, a la que ninguno pudo contestar. ¿Creen Uds. que hoy los católicos estamos a la altura moral y psicológica suficiente para ni siquiera comprender las doctrinas pontificias?. ¿Creen Uds. que hoy los católicos estamos libres de prejuicios políticos, sociales, económicos y hasta religiosos, con disposición capaz y apta como para comprender las doctrinas pontificias sobre los problemas más candentes y de más actualidad?. La realidad y lo que ocurre responde negativamente a esta pregunta.

Y otra de las singularidades de nuestros días es la infidelidad a las enseñanzas cristianas sobre esos problemas candentes, de modo que cuando acaso no existe ningún obstáculo para la doctrina auténticamente cristiana sobre esos problemas, es más que cuando nuestros enemigos no ocultan su simpatía por nuestra doctrina, por la doctrina del Evangelio y de las Encíclicas pontificias que contienen y explican la verdad, es mayor que nunca el rencor, la enemiga contra los católicos, contra los cristianos, es que no se nos persigue y no se nos tiene esa antipatía por ser herederos de la doctrina de Cristo, sino por esa contradicción que incurrimos cuando por una parte hacemos profesión de esas doctrinas y por otra, en nuestra vida social, moral y económica, prescindimos de esas doctrinas y hemos organizado nuestro mundo al margen de ello.

Este es el caso y esta la realidad en la que conviene que reflexionemos en estos momentos trascendentales y decisivos para la vida de los pueblos. Por la infidelidad y defección de los judíos Dios no perdió nada, sino que todo lo perdió aquel pueblo que no quiso ser fiel, hasta se quedó sin nada de sus prerrogativas políticas y hasta sin la esperanza de realizar ninguna de sus ambiciones, aun las más justas y legítimas. Dios proveyó a las necesidades de la humanidad, haciendo que los pueblos gentiles abrazaran la fé y se transformaran en portadores de esas doctrinas y custodios de esa herencia. Dios no perderá nada porque nosotros, los católicos, no queramos poner en obra nuestros principios. Ya habrá otros que se llamarán comunistas, o socialistas, o fascistas, que realizarán esos principios de justicia y equidad y no creemos que Dios abomina a esos, si es que en ellos encuentra mejor disposición o pueden ser mejores

instrumentos. También los judíos creían que Dios abominaba de los gentiles y sin embargo llamó a su reino y a base de ellos constituyó el mismo. ¿Quién será, pregunta el Papa, el artífice de ese nuevo orden ,ya que en el presente no tenemos por qué ver la expresión infalible de la voluntad de Dios.

Comentario. 1 octubre 1944

Amadísimos fieles:

El domingo pasado hicimos unas cuantas consideraciones con el objeto de caer en la cuenta de la responsabilidad que pesa sobre los cristianos en estos momentos tan decisivos para el porvenir de la humanidad. Es el mismo Papa quien, en ese último discurso que vamos a comentar, dice textualmente: *"el cuadrante de la historia marca en estos momentos una hora grave, decisiva para toda la Humanidad. Un mundo antiguo yace en pedazos. El anhelo de los pueblos martirizados no es otro que ver surgir de estas ruinas, lo antes posible, un mundo nuevo, más sano, mejor ordenado jurídicamente, más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana"*. La misma Iglesia enfila su atención y concentra su esfuerzo en preparar ese orden nuevo que se espera con tanto anhelo. La misma Iglesia no pretende en verdad a pesar de su espíritu conservador "sostener pura y simplemente el estado presente de cosas, como si en él contemplase la expresión de la voluntad divina ... *"Ese mundo viejo yace en pedazos ... Nadie quiere volver a él"*.

Este anhelo de un orden nuevo provocado en un principio por el estado mismo de las cosas ha ido transformándose en una expectación rosada de un reino milenarista de felicidad universal por las promesas de los dirigentes políticos tras múltiples promesas de sabios y doctos y al mismo tiempo ha dispuesto a los ánimos a una impaciencia irracional e injustificada, que no espera nada de reformas orgánicas y lo aguarda todo de subversiones y violencias. *"¿Quiénes serán, -se pregunta el Papa-, quiénes serán los que tracen las líneas esenciales de ese nuevo orden de cosas que lo consideramos en perspectiva? ¿Quiénes serán los pensadores que impriman un sello definitivo? ¿Sucederán tal vez a estos errores funestos del pasado otros no menos deplorables y oscilará el mundo indefinidamente hacia dos extremos? ¿O más se parará gracias a la acción de sabios gobernantes el péndulo adoptando direcciones y soluciones que no estén en contradicción con el derecho divino, que se opongan a la conciencia humana y mucho menos a la razón?"* Depende de las respuestas que se den a estas preguntas el porvenir de nuestra civilización y la suerte de la humanidad.

Planteado así el problema el Papa se dirige a todos los cristianos en primer lugar, pero suplica también la cooperación de todos los hombres de buena voluntad para la instauración de este orden y después de ponderarles la gravedad del momento presente, agradece la buena disposición de todos los que quieran colaborar, bajo una base común en la institución de ese nuevo orden humano y justo. Pero advierte a los cristianos un peligro: el peligro de que por ventajas transitorias se sacrifiquen algunos principios fundamentales y se olviden algunas verdades. Diríase que todo lo que a continuación expone en ese discurso no es más que esa base común en que deben y pueden coincidir todos los hombres de buena voluntad, de las tendencias y confesiones religiosas que fueren. Esta base común constituye la doctrina social que el Papa expone respecto del punto más importante de la Sociología que es la doctrina respecto de la propiedad y al mismo tiempo señala también un objetivo común a todos, que es la prosecución o la instauración de un orden económico más justo, más equitativo, más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana.

Esa colaboración leal de todos los elementos, de esos millones de almas de todo el mundo, ha de realizarse en la creación de ese nuevo orden jurídico y principalmente en la institución

de un orden económico y social más en consonancia con la ley divina y eterna y más conforme a la dignidad humana. *Y en este campo -dice expresamente el Papa-, el pensamiento cristiano reconoce como elemento sustancial la elevación del proletariado, idea cuya resuelta y generosa actuación se muestra a todo verdadero seguidor de Jesucristo no sólo un progreso terrenal, sino también como el sentimiento de una obligación moral.*

En este momento trascendental en que parece que llega a su término esa lucha gigantesca que ha sido el término y el fruto de la evolución lenta de una sociedad que se iba descomponiendo porque cada uno tenía su razón y su norma, cada uno tenía que tener su razón y su norma, porque se había renunciado expresamente a las normas universales y generales que son las que Dios ha impreso en los corazones humanos y cuyo reinado no se ha querido reconocer, este momento decisivo en que encontramos la humanidad dividida por una lucha de clases y de países, en este momento en que para rehacerse le es indispensable el concurso y la ayuda de todos, en este momento trascendental en que ha de buscarse la armonía de todas las tendencias, la conciliación de todos los intereses, en una palabra, en este momento que tanta falta hace la unidad, el Papa propone como base de unidad de todos los hombres y de todos los gobiernos la creación de un orden jurídico nuevo y la institución de un orden económico y social. La gran cruzada en la que se invita a tomar parte a toda la humanidad, la gran cruzada de este momento en que los cristianos, nuestros hijos y nuestras hijas del orden católico, deben participar aunque ello les cueste notables renunciaciones es el avance a aquella justicia social de la que deben tener hambre y sed todos los verdaderos discípulos de Jesucristo.

La primera consigna, el primer objetivo de esta nueva cruzada que debe emprender la humanidad entera es la redención del proletariado, la elevación del proletariado. Los dos pilares en que se debe asentar ese nuevo orden social y la convivencia humana son: una honesta suficiencia de bienes para todas las familias y la liberación de la humanidad para el futuro de toda guerra.

Comentario. 8 octubre 1944

Amadísimos fieles:

Decíamos el domingo pasado que el Papa concibe el orden nuevo humano y justo sustentado por dos pilares fundamentales para la pacífica convivencia social: una honesta suficiencia de bienes y la liberación de la humanidad para el futuro de toda guerra. Y en ese su discurso del 1 de septiembre desenvuelve estas ideas.

En primer lugar, esa honesta suficiencia de bienes ha de buscarse por una más equitativa redistribución de bienes o por el reconocimiento práctico del derecho de propiedad y el acceso a la propiedad en las formas que sean de los proletarios, de todos los hombres. Gente que, o no ha leído, o ha leído ligeramente el discurso, ha quedado con la impresión de una apología o defensa del presente estado de cosas ante las perspectivas de un colectivismo que no reconoce el derecho de propiedad como se reconoce en este orden social en que vivimos. Pero basta tener un poco de espíritu de observación, basta analizar un poco para ver que ese derecho de propiedad que el Papa defiende y propone como la base fundamental del futuro orden social está en oposición con el capitalismo como con el comunismo; con la única diferencia de que mientras el uno se niega a reconocer ese derecho viendo en su reconocimiento una fuente de abusos inevitables, el otro, el capitalismo, que acepta como un principio indiscutible la preferencia del capital, el predominio del capital sobre el trabajo, dejando a éste con un simple salario sin derecho a nada más y sobre todo sin derecho a la dirección, hace prácticamente imposible la generalización de la propiedad, el acceso a la propiedad, pues como expresamente dice el Papa, la propiedad no es más que fruto del trabajo o de la ocupación. Y estamos viendo cómo el mismo Papa observa cómo este

predominio del capital hace que cada vez cantidades más fabulosas vayan acumulándose en manos de pocos, encontrándonos hoy ante tales concentraciones de capital, frecuentemente bajo formas anónimas, que ponen al obrero en la imposibilidad de formarse para sí una propiedad, porque esas formas anónimas logran sustraerse a sus deberes sociales.

Pero no solamente constata el hecho, sino que indica la solución del problema social mediante unas reformas orgánicas y en este caso se atreve a insinuar la sustitución del actual contrato de trabajo por el que el obrero se compromete a rendir su trabajo por una cantidad determinada y fija por el contrato de sociedad, por el que el obrero se asocia a la empresa, de forma que participe en ella activa y positivamente, teniendo acceso a los beneficios y también a la dirección de la empresa, o participación en la misma. Dentro del estado actual de cosas no se encuentra otra salida pacífica que este acceso del obrero participando en los beneficios y en la gestión de la empresa. Y esto lo propone el Papa expresamente en este discurso que muchos espíritus ligeros han catalogado de apología del capitalismo o del estado presente de cosas. *"Se debe ofrecer la posibilidad de centrar el contrato de trabajo con el contrato de sociedad"*.

El derecho de propiedad que el Papa defiende no es aquel que ha de beneficiar a los poseedores de grandes capitales, sino aquel de que ha de beneficiarse la humanidad toda, es aquel con el que ha de redimirse el proletariado, es aquel con el que ha de elevarse el proletariado, es aquel del que necesitan todos los hombres para atender a sus necesidades y téngase en cuenta que para el hombre dotado de inteligencia capaz de prever las necesidades de mañana, y de corazón para sentir lo previsto, estas necesidades son necesidades permanentes y para ello necesita una posesión permanente e invariable de los bienes; no le basta el uso. El derecho de propiedad que el Papa reconoce y defiende es aquel que proporciona a todo hombre un campo de libertad, porque libertad no existe allí donde existe dependencia, dependencia de otro para comer el pan diario, dependencia de otro para disponer de sí mismo y así con una definición admirable nos presenta el derecho de propiedad como un elemento de orden social, como un presupuesto indispensable para la iniciativa personal, un impulso al trabajo, elemento necesario para crear para sí y para los suyos un campo de libertad religiosa, política, social y cultural.

La libertad es indudablemente una de las prerrogativas que más le realzan al hombre y el hombre que no es libre no puede hablar de dignidad propia y esa libertad es una simple presunción cuando el hombre depende de otros para vivir.

El trabajo es un deber impuesto por Dios al hombre, pero es un deber para cuyo cumplimiento le ha proporcionado Dios el estímulo natural en la posesión libre de las cosas que produce. Quitemos ese estímulo natural y ¿con qué conseguiremos mover al hombre a trabajar más que con una disciplina férrea?. Así tiene que ocurrir y así ocurre allí donde se ha despojado al hombre, o se le ha imposibilitado de la posesión de las cosas en propiedad. Por eso se podrá concebir y será factible, de hecho existen estados donde la economía de la guerra ha obligado a los mismos a tomar en sus manos todos los medios de producción y provee a todo y a todos, pero con el azote de una dura disciplina. Y pregunta el Papa discretamente si es aceptable ese régimen en el que todos los medios de producción estén en manos de una clase dominante que dispone del pan y consiguientemente también de la voluntad de trabajo de cada uno.

Así el remedio de los males presentes esta contra el sistema capitalista en el reconocimiento práctico de este derecho de propiedad y su satisfacción mediante los contratos de sociedad, cuando menos, o por medio de las cooperativas o uniones de los pequeños propietarios y contra el colectivismo en la aceptación del derecho de propiedad, que es el único que puede proporcionar al hombre esa esfera de libertad dentro de la cual pueda defender su dignidad.

Y esta redistribución de los bienes la viene exigiendo el progreso material y está impuesta por un sentimiento moral.

Para que el progreso se note hay que dar al proletariado ... lo ha concretado en otras ocasiones un salario suficiente; casa apta, educación de sus hijos, y seguro contra las contingencias de la vida.

Comentario. 15 de octubre 1944

Amadísimos fieles:

Decíamos el domingo pasado que el derecho de propiedad que defiende el Papa es aquel del que se benefician todos los hombres, es aquel que necesitan todos los hombres para atender debidamente a sus necesidades. Y si el mundo se encuentra en esta situación caótica, no es porque sea un inconveniente el reconocimiento de este derecho, sino el inconveniente es la limitación de este derecho, pues la acumulación de capitales que se ha llevado a cabo durante estos últimos años ha dado lugar a la aparición y difusión del proletariado, que es esa inmensa masa de hombres que no tienen más participación en las riquezas incensante y progresivamente aumentadas que la establecida por unos salarios o jornales limitados y hasta inciertos por cuanto cuando sobreviene una crisis pueden quedar sin trabajo.

Con mucho acierto presenta el Papa la propiedad como un presupuesto indispensable para el desarrollo de la iniciativa personal, un muro de defensa de la libertad personal, como un insustituible estímulo de trabajo. Cuántos talentos quedan malogrados y cuántas virtudes quedan sin desarrollo porque muchas veces el hombre no dispone de los recursos más elementales que reclama su capacidad y su ingenio porque carece de todo y se ve obligado a vivir de un salario mezquino ... ¿Qué libertad va a tener el hombre que depende de otro en cuanto al pan diario ... qué estímulo para el trabajo vais a ofrecer fuera de la disciplina férrea si le quitáis al hombre la posibilidad de aprovechar el fruto de su trabajo para ir superándose?.

Ya sabe el Papa cuán seductores se nos presentan por otra parte los sistemas colectivistas o estatales que se llamarán comunismo o nacional-socialismo y proviene a la humanidad de caer en semejante peligro cuando dice que suprimiendo el derecho de propiedad y la facultad de que el hombre se provea a sí mismo por sus propios medios confiando en la providencia del Estado o del grupo dominante, ello no es posible más que a costa de una disciplina férrea y dura, que restringe o suprime la libertad del hombre para tratarle como un animal domesticado. El hombre busca y necesita el pan, pero es también verdad que no sólo de pan vive el hombre. Necesita recursos materiales, pero necesita también para vivir como le corresponde a su dignidad tener libertad, disponer de sí mismo. Y en un régimen colectivista no es posible que disponga de sí mismo porque entonces aquello o no sería régimen colectivista o acabaría en el caos.

El remedio de los males sociales es, pues, la redistribución de la propiedad y para ello el Papa no pone ningún inconveniente, antes al contrario, dice expresamente que allí donde la actual distribución de la propiedad es un obstáculo para la realización de los fines asignados por Dios a los bienes de la tierra, hay que proceder a su redistribución, bien sea con la intervención del Estado que limitará su uso y hasta podrá proceder a la expropiación con la debida indemnización donde hubiere lugar a ello, o mediante la progresiva aplicación del contrato de sociedad por el que los obreros, los proletarios, puedan participar en los beneficios y hasta en la gestión.

Prácticamente se ha de verificar esta elevación proporcionando al obrero un salario suficiente para las necesidades de la familia, una habitación digna y las posibilidades de instrucción y educación, así como el seguro de enfermedad, vejez o inhabilitación ... Así habla en el discurso que hizo a los obreros italianos el 13 de junio de 1944. Y ahora no quiero proseguir adelante, sino que quiero dar lectura a la parte del discurso donde el Papa toca estos problemas. Escucharlo atentamente después de estas advertencias.

Día de la infancia desvalida. 3 marzo 1943

Amadísimos fieles:

Como anunciamos el domingo pasado por la lectura de la circular del Excmo. Sr. Obispo de Vitoria, hoy se va a celebrar el Día de la Infancia Desvalida, y con dicho motivo una colecta en favor de esos centenares de miles de niños hambrientos y abandonados de la desolada Europa, secundando la invitación dirigida por su Santidad el Papa Pío XII en un mensaje que dirigió recientemente a todos los Obispos y fieles de todo el mundo, haciéndose cargo como Padre que es de la situación angustiosa, desesperada, de todos esos niños sin pan, sin hogar y sin siquiera padre o madre que los ampare, pues que todo lo han perdido en esta terrible catástrofe. Son dignos de toda consideración, por ser necesitados y por otra parte por ser ellos víctimas inocentes de esta cruel guerra.

Yo ya sé el comentario que suscitará en muchos esta nueva postulación, esta invitación a la caridad y a la generosidad para ir en socorro de esos niños extranjeros. Pero es que no tenemos acaso bastantes pobres y hasta muy pobres entre nosotros mismos ... dirá más de uno. Sin dejar de reconocer la nobleza y sinceridad que pudiera haber en esa exclamación, yo a todos invitaría en este momento a una serena reflexión, yo a todos les rogaría que antes de negarse a atender a esta suplica por de pronto reflexionen un poco, pues la cosa merece que se la considere un poco antes de proceder a tomar una determinación. Allá en la edad media y en las tierras de Italia hubo un incendio, que devastó todo un pueblo y produjo numerosas víctimas. Los relatos de las escenas del incendio de Burgo se divulgaron rápidamente y hacían una honda impresión en todos los ánimos. Un gran artista, un genio, el insuperable y divino Rafael, quiso expresar en un grandioso cuadro toda la tragedia de aquél impresionante incendio y efectivamente compuso un magnífico cuadro, de un realismo crudo y una viveza asombrosa. Pero en ese cuadro tan bien logrado hay una figura central que atrae irresistiblemente la atención sobre así, una figura en la que van a posarse indefectiblemente las miradas de los observadores hasta de los más superficiales. Esa figura central está constituida por un hombre desnudo, que avanza resuelto por entre las llamas llevando a cuestas un pobre inválido. Magnífica imagen de lo que debe ser el ideal de vida en semejante trance. Un desnudo que socorre á un inválido. Después de este incendio que ha devastado los campos y ciudades de Europa, después de este incendio cuyos rescoldos humean todavía en las ruinas de Europa, es necesario que el desnudo, el pobre, se incorpore para socorrer y ayudar al inválido, al más necesitado. Esta es la verdadera consigna de este momento, este debe ser el ideal de vida que debe prender en todos los corazones bien nacidos, en todos los hombres de buena voluntad, y por eso en nuestro caso ni la pobreza ni la necesidad propia deben ser pretexto o motivo para excusarnos de acudir en socorro de los más

necesitados, como no dejan de serlo indudablemente todos esos pobres niños sin pan, sin hogar y sin nadie que los acoja más que el vicio o la maldad.

Corrían los años 1868-1869, y Francia y Alemania estaban también empeñadas en una terrible lucha. La defensa de Metz le había sido encomendada a un distinguido general, el general Bazaine, que mereció precisamente su ascenso a mariscal en la lucha de España contra los carlistas. Pero no supo defenderlo ni supo salvar su honor, pues capituló. Después del armisticio se le pidieron las cuentas y se le sometió a un consejo de guerra en el que trató de justificarse y defenderse como podía. Preguntado cómo había capitulado, contestó: "qué iba a hacer, si no quedaba nada ..." Pero el Presidente del Consejo que era el Duque de Anguleme, ni siquiera le dejó terminar la frase y le replicó con un severísimo acento ... ¿Que no le quedaba nada?. Le quedaba Francia ...y sin más se le condenó a muerte. En efecto, aun cuando no lo hubieran quedado fuerzas a un mariscal de Francia le quedaba el honor de Francia, el honor que acaso le exigiera su sacrificio personal hasta en una lucha sin salida.

Le quedaba Francia, por la que no miró, cuyo honor no salvó ... y por la que debía haber mirado y cuyo honor debía haber salvado.

Magnífica lección para nosotros. También a nosotros se nos pedirá o se nos podrá pedir cuenta de lo que hemos hecho en una circunstancia como la presente. Acaso pensemos en justificarnos diciendo que no nos quedaba nada, que no teníamos nada ... Pero esta excusa no vale en labios de unos cristianos, de unos cristianos a quienes también se podrá contestar que nos quedaba la caridad, la virtud príncipe, la virtud cumbre y al mismo tiempo la virtud que debe ser nuestro distintivo, esa virtud que nos induce a compartir lo mucho o lo poco, lo que tengamos, con nuestro prójimo, esa virtud que nos obliga a hacernos cargo de sus penas y amarguras, a acercarnos a él cualquiera que sea. Es necesario, pues, que dejemos a salvo dicha virtud, que hagamos honor a dicha virtud, es necesario que el mundo vea en nosotros esa caridad por la que se nos debe distinguir. Pero no ya los cristianos, sino ni siquiera algunos de los que se precien de ser hombres pueden hoy excusarse diciendo que no les queda nada, so pena de que renuncien a sus sentimientos humanitarios y a su espíritu de solidaridad, sentimientos humanitarios y espíritu de solidaridad sin los cuales el hombre viene a caer en un nivel inferior a los mismos brutos; por eso en este momento nadie tiene excusa para rehuir la consigna del momento que como expresa aquel insigne pintor italiano, es el de que el desnudo ayude al inválido. Así sea.

Menos conferencias y más pan. 7 abril 1946

Amadísimos fieles:

Por último, tengo que anunciaros que mañana a las ocho de la tarde dará comienzo la semana de conferencias para los hombres, a cargo del prestigioso conferenciante Dn. Nemesio Ariztimuño. Huelga decir que invitamos a la misma a todos los mondragoneses, a todos los hombres, y esperamos que tanto los de arriba como los de abajo responderán ejemplarmente a esta invitación. En primer lugar los de arriba han de responder a este llamamiento asistiendo a estas conferencias en este momento crucial de la historia en que sobre ellos pesan tan graves responsabilidades. Necesitan ellos revisar sus conciencias, cobrar una conciencia más clara de sus deberes para que estén a la altura de las circunstancias y dependiendo como depende de ellos en gran parte la suerte y la felicidad de muchos hogares y de su conducta el rumbo de los acontecimientos, más que de nadie, es necesario que reflexionen serenamente y se dispongan a actuar según los imperativos de su conciencia previamente formada. No han de pensar pues que están de más, ni mucho menos, y han de acudir para escuchar la palabra de Dios.

Los de abajo deben despojarse también de los prejuicios que pesan sobre ellos cuando no parecen ver en toda la propaganda religiosa otra cosa que un recurso para adormecer sus sentimientos de indignación o provocar una resignación interesada con vistas al mantenimiento de una situación de injusticia o de opresión. No es para eso la religión, no son para eso las conferencias. Ya sabemos que necesitan pan y no será Jesucristo o la Iglesia, Jesucristo que supo compadecerse de las muchedumbres hasta llegar a hacer verdaderos milagros para hartar su hambre, no será la Iglesia que pone en nuestra boca la súplica del pan diario en la oración dominical y nos recomienda su rezo, repito, no será la Iglesia ni será Jesucristo quien desconozca la necesidad de ese pan, que tanto nos preocupa y tanto nos cuesta. Necesitamos pan, es verdad, el pueblo, la humanidad busca hoy el pan para saciar su hambre, pero no debe buscarlo olvidándose de Dios.

Es todavía reciente la lección de la historia No la olvidemos porque es edificante esa lección, es digna de tenerse en cuenta. No hace mucho todavía que le sobraba pan al hombre, hasta tal punto que se sentía saturado y hasta tal punto llegó a prometerse su posesión y su seguridad, que en efecto pensó que ya no necesitaba suplicarlo a Dios, esperarlo de Dios. Echó en olvido el Padre nuestro, dejó de invocar al Padre celestial, dejó de mirar al cielo para recordar en Dios al padre común y claro que no tardó en olvidarse de la hermandad común de todos los hombres, que empezaron a mirarse los unos a los otros como seres extraños y por último a considerarse como enemigos irreconciliables y que así se vino abajo la civilización que es ante todo convivencia. ¿Para qué necesitaba invocar a Dios si tenía una técnica y una ciencia que

podían reemplazar a Dios y a su providencia, pues que no solamente la técnica iba a arrancar el cáncer y curar la tuberculosis, sino que para siempre iba a desterrar del mundo ese espectro del temor ... del temor a Dios que tantas conciencias ataba y de esta forma le impedía al hombre el pleno disfrute en el convite de la vida?. En efecto, se llegó a desvanecer los escrúpulos de la conciencia y parecía el hombre haberse liberado de todo y estar en condiciones de gozar. Así se destruyó a Dios, así se pensó educar al pueblo de espaldas a la ley de Dios y así se trató de desvanecer los escrúpulos de la conciencia ... El hombre que tenía pan de sobra, el hombre que habíase visto libre de temores ultramundanos, el hombre que con su ciencia había superado al dolor y al temor, ese hombre por boca de un poeta alemán pudo expresar ya el ideal de su vida en un grito blasfemo ... *“dejemos el cielo a los gorriones y a los ángeles, nosotros queremos ... otra cosa ... queremos champán ... rosas ... sobre todo nosotros queremos danza de ninfas ...”* Así la humanidad presa de un verdadero delirio se entregó a una orgía ... ¿Qué pasó?. Ya lo advirtió aquel pensador que dijo que *“la cultura acristiana actúa como una fuerza centrífuga, y lanza cada vez más lejos e los individuos y a los pueblos fuera del armónico cortejo y nos aleja del punto central del universo que es Dios y sus leyes”*. *“Arrancad a Cristo, -había dicho otro pensador-, arrancad a Cristo, prescindid de sus mandamientos y de sus enseñanzas y mañana estaremos en mutuo espantoso trastorno y todo nuestro progreso material, del cual estamos tan ufanos, nos llevará a manos de una estudiada barbarie y tiranía para dar nuevas e incommensurables fuerzas a la opresión y a la ruina.”* Ni más ni menos. Pasó exactamente ésto y todos somos testigos de ello. Qué lástima que lo olvidemos tan pronto. Se dejó de invocar a Dios, pero cuando los hombres dejaron de entrever en el cielo a un Dios, se figuraron y se crearon los suyos en la tierra ... he ahí todos esos fetiches a quienes se ha dado culto nada menos que con riadas de sangre. Se ahuyentaron los temores de la conciencia, pero cuando ya no se podía apelar a la conciencia, se tuvo que apelar a la fuerza ... los deberes y derechos sin respeto a la conciencia no existen, no existe más que la fuerza o la necesidad bruta. Es maravilloso, hemos de repetir con Montesquieu, cómo la religión cristiana, que no ofrece otro argumento que la felicidad del otro mundo, ha contribuido a asegurar la felicidad de este mundo.

Los hombres tenían pan de sobra, pero cuando pretendieron comerlo sin invocar a Dios, sin ver a Dios, sin recordar a Dios, llegó a faltarles en un mundo despedazado por los egoísmos y por último por una lucha infernal. Hoy nos falta, es verdad y nos hace falta, tenemos que procurárnoslo, pero no debemos proceder a su búsqueda olvidados de Dios, prescindiendo de Dios, porque también podemos llegar a una situación en que acaso nos llegue a faltar lo que no apreciamos menos que el pan, que es la libertad, que es el respeto y la consideración mutua, que es una convivencia, pacífica y digna de personas humanas. Esta es la tentación en que fácilmente podemos incurrir hoy en día. Es de signo contrario, pero de idéntica conclusión que aquella otra en que de la sobra del pan se llegó a su falta y ahora de su falta podemos llegar a la falta de otras cosas no menos necesarias.

Queridos fieles, reflexionemos un poco, pensemos un poco, tenemos tiempo para ello. La Iglesia hoy cumple con su misión organizando estas conferencias, pues su misión como la misión de Cristo, es la de ensear la verdad, enseñar la justicia y fomentar la caridad. Si no cumple con esa misión, le podremos pedir cuentas, le podremos exigir responsabilidades, pero no se nos ocurra pedirle cuentas y responsabilidades porque nos falte otra cosa. Dios puso a otros, Dios encomendó a otros el cuidado de otras cosas necesarias para una vida civilizada. Es misión de la autoridad civil, que es la que es gerente del bien común material, la de proveer a otras necesidades dando prioridad a las más urgentes.

Concretamente diremos que la misión de la Iglesia es, usando una expresión de un ministro laborista inglés, crear conceptos morales que impongan cambios materiales, es crear la conciencia social, es crear la conciencia cívica, es crear la conciencia cristiana, para que la

humanidad se encamine por sendas de verdadera justicia y caridad por la senda de la verdad y así pueda salvarse. Así sea.

Colecta por las obras del preventorio (18 Abril 1946)

Amadísimos fieles

Como se anunció el domingo pasado, la colecta que se va a hacer durante esta misa se va a destinar para cubrir el déficit del presupuesto de las obras de instalación del preventorio y dispensario antituberculoso, a cuya iniciación han contribuido los industriales de Mondragón con cien mil pesetas, que, sin embargo, resultan insuficientes.

Sabemos todos que los enfermos tuberculosos constituyen un problema gravísimo, que por otra parte afecta directa e inmediatamente al bien general, a la prosperidad pública por cuanto que esos enfermos no atendidos y no aislados son una amenaza de contagio para todos los demás. Concretamente en Mondragón que tiene nada menos que 71 declarados y controlados, y muchos en unas condiciones pésimas, el problema es de una gravedad tal que sin excusa ni demora se debe afrontar. Repito, el problema es inaplazable y sea como fuere hay que abordarlo.

Lo que no sé es si lo más acertado es apelar a la iniciativa, lo que no puede precisar es hasta qué grado es lo más justo urgir a los particulares, aunque sean pudientes, y menos todavía sé hasta qué límite cabe apelar a la generosidad de un pueblo, que lleva sobre sí la pesada cruz de la pobreza y hasta de la miseria, a la generosidad de un pueblo, que ya por otros muchos conceptos de contribuciones e impuestos de toda clase contribuye al erario público, que la autoridad debe administrar con un criterio objetivo, de forma que para que las consignaciones públicas sean justas y aceptables no basta que estén suscritos por lo de arriba, sino que deben acomodarse o amoldarse al orden, gravedad y urgencia de las verdaderas necesidades públicas. Hemos dicho que el problema de los enfermos tuberculosos es sin duda un problema de bien común, que tiene su gerente en la autoridad, que a su voz dispone de los fondos públicos para hacer frente a las necesidades públicas según el orden, la gravedad y urgencia de las mismas.

Pero, de todas formas, mientras tantos pobres enfermos estén desatendidos, ninguno de los que tienen alguna fibra sensible en sus corazones, ninguno que se precie de cristiano, puede excusarse de acudir en su socorro y aliviar su triste situación haciendo más llevadera su vida, sacándoles de ese ambiente y lugar donde a cada momento están sintiendo que suponen una carga pesadísima para los suyos ya por sus necesidades, ya por la amenaza que constituye su presencia. Esta es la finalidad que se persigue con la construcción del preventorio en Mondragón y así en breve esperamos tener un lugar acogedor para ellos confiando en la cooperación de todos los buenos mondragoneses. Por una parte ellos estarán bien atendidos y por otra habremos clinicado esos focos de contagio ... aunque por otra parte no hemos de pensar que desaparecerán

los focos del mal mientras tengamos en pie en Mondragón tantos tugurios indecentes, esas viviendas donde vive hacinada la gente y no se solucione este pavoroso problema de la vivienda que tenemos planteado contribuyendo todos para que esos proyectos que llevan tanto tiempo sobre el papel, no meses sino años, no sé por culpa de quién, se realicen en la mayor brevedad para bien de todos, ya que no podemos excusarnos de su ejecución por falta de medios económicos y todos los otros obstáculos que puedan interponerse no cabe duda que son superables. Repito, amadísimos fieles, repito que mientras no desaparezcan esos tugurios indecentes y las familias carezcan del espacio suficiente e independiente en el que quepa un poco de intimidad y un mínimo de satisfacción y de condiciones higiénicas, aun cuando acojamos en una hermosa sala a los enfermos de hoy, no vamos a poder resolver ni mucho menos este problema de los tuberculosos, para cuya solución más radical y efectiva hay que preocuparse e interesarse para instalar a las familias en locales decentes e higiénicos.

Hace todavía un momento me recreaba yo leyendo las primeras páginas de la primera historia de la Iglesia escrita por el mismo Evangelista S. Lucas y que arranca desde los acontecimientos que tuvieron lugar inmediatamente después de la Ascensión del Señor. Con una sencillez admirable y con unos trazos al parecer esquemáticos, nos revela aquel desarrollo y florecimiento maravilloso de la grey, de la pequeña grey de Cristo, que iba creciendo día por día: tres mil se agregan a los primeros discípulos el Día de Pentecostés, poco después son otros cinco mil convertidos por el discurso de S. Pedro. La mayoría de ellos provenían de los peregrinos que aquellos días estaban en Jerusalén ... y refiriéndose a todos ellos, como quien no dice nada, deja escapar esta frase S. Lucas: *"No había entre ellos necesitados, porque los donativos se repartían según las necesidades ..."* No había necesitados, carentes de lo necesario entre ellos los pobres peregrinos ...entre ellos los seguidores de Cristo ... entre ellos que se amaban como hermanos ... porque se ayudaban mutuamente, se socorrían unos a otros ... No había necesitados porque reinaba la caridad, porque era la caridad la nota distintiva, la nota característica que antes de mucho iba a maravillar a los paganos que iban a decir de ellos con asombro: *"Ved cómo se aman"*. Había comenzado a reinar entre ellos aquella caridad que Juliano el Apóstol iba a recomendar que practicasen a sus gobernadores para que de esa forma se restara prosélitos a Cristo ... Pasemos unas páginas más y S. Lucas en los Hechos de los Apóstoles nos habla de la institución de los diáconos. Habían surgido algunas protestas, porque decían algunos que se atendía a las viudas de los hebreos pero no se acordaban de las viudas de los griegos. Los Apóstoles que se hacen eco de estas quejas, los Apóstoles que no podían abandonar la misión de predicar, que les requería tiempo ... los Apóstoles para atender a los necesitados, para estos menesteres de caridad piensan nada menos que en instituir los diáconos y así nombran siete diáconos, encomendándoles la misión de atender a los necesitados ... Esta preocupación por los necesitados, por los enfermos data de los primeros momentos de la existencia de la Iglesia como podemos comprobar leyendo esa historia eclesiástica y la Iglesia siempre se ha mantenido fiel a esta trayectoria marcada por los Apóstoles ...

Doctrina social de la Iglesia

¿Tarde?

Amadísimos fieles:

Vamos a continuar con la lectura de los puntos de doctrina social de la Iglesia, que todos ellos textualmente están entresacados de los discursos y documentos pontificios y que constituyen lo fundamental del catecismo social que debe conocer y practicar el verdadero católico.

Pero antes de seguir adelante vamos a hacer algunas observaciones saliendo al paso de algunos comentarios que sabemos que provocan estas enseñanzas. Comentarios que revelan toda una mentalidad deformada más que por otra cosa por la desesperación y el desaliento que se han apoderado de las clases humildes al observar la apatía y la indiferencia de muchos católicos por sus urgentes problemas. No quisiéramos herir a nadie y no se tomen estas observaciones como una reacción de indignación, sino como una instrucción a fin de desvanecer ciertas dudas y vacilaciones que se ciernen sobre muchas cabezas.

"Es tarde, -dicen muchos- es tarde para esto". Esta es una frase cuya significación quisiéramos desentrañar en esta plática. Quisiéramos poder puntualizar su significado un poco. Los que dicen esto ¿querrán dar a entender que esta doctrina y estas verdades son ya tan viejas y tan antiguas que a nada viene el remacharlas ahora?. ¿Querrán decir que las conocen de sobra y será acaso que hasta les molesta el recordar cosas tan viejas?. Pudiera ser que así pensarán algunos, pero a esos tales les suplicamos que tengan la "caridad de soportarlos, pues hay otros muchos que sabemos que ignoran del todo estas cosas, desconocen por completo estas enseñanzas que, por otra parte, les hacen falta conocer. Por el bien y provecho de estos últimos deben, pues, sin molestarse por ello, volver a escuchar estas cosas, en verdad muy antiguas y muy viejas, pero también muy desconocidas ...

¿O será acaso que quieren decir que es tarde, porque estas verdades y estas instrucciones han perdido su hermosura, su bondad, su razón de ser, y su oportunidad o su actualidad?. Pero vamos a ver, una verdad si es que es tal verdad, ¿puede alguna vez desdorararse y perder su brillo, su bondad, su hermosura?. ¿Una verdad, por el mero hecho de ser verdad, no es siempre objeto digno de nuestro respeto, de nuestra consideración y de nuestra adhesión y de nuestra aceptación?. Es tarde ... ¿quieren decir que ya poseen esa verdad, que como tal verdad la admiran ... y la mantienen?. Pues si poseen, mientras vean otros que no la poseen, tampoco se irriten porque se predique, porque se exponga, porque se difunda ... ¿O no será esta la mejor oportunidad para predicar una verdad mientras conste que ésta es desconocida, mientras conste que esta verdad no es aceptada y reconocida ... reconocida prácticamente inspirando en ella la vida?. Creemos que nunca se deja de haber oportunidad para conocer y aceptar una verdad que es desconocida o está sin ser aceptada. ... por eso no se nos diga que es tarde. No se trate de escudar en esta frase la indiferencia o la apatía, no se escuden los que no la conocen, ni se escuden los que la conocen mientras sean capaces de tenerla por verdad y como tal de admirarla y contemplarla. Nunca es tarde para conocer la verdad ni es tarde para aceptarla, por eso seguiremos exponiéndola.

Lo único que cabría discutir sería si lo que predicamos y exponemos es o no es verdad. Pero son pocos los que mirando las cosas imparcialmente se atrevan a poner en tela de juicio la bondad, la legitimidad, la hermosura de estas cosas que predicamos. Si no ponemos en tela de juicio esa legitimidad, esa hermosura de lo que decimos, no pretendamos justificar nuestra indiferencia con esa frase de que es tarde, que como acaban de ver no tiene sentido y menos sirve para justificar nuestra indiferencia o apatía respecto de lo que decimos y enseñamos.

¿O será acaso que quieren dar otro sentido?. ¿Será acaso que les irritamos nosotros los predicadores de esa verdad?. ¿Será acaso que les molestamos nosotros porque la hemos dejado de exponer o declarar debiéndola haber expuesto y predicado antes?.

Pudiera acaso ocurrir ésto. Y en este caso aun cuando nosotros fuéramos censurables, y ello no tiene nada de particular, téngase todo el respeto para con la verdad y cúmplase con lo que ello exige. ¿O es que acaso ignoramos que Jesucristo, maestro de la humanidad, maestro de los hombres, cuando instituyó la Iglesia haciéndola depositaria de la verdad y encomendándola la misión de transmitir esa verdad fielmente y para el cumplimiento de esa misión haciéndola infalible nos ordenó y nos mandó que acatáramos y aceptáramos la verdad y no dijo precisamente que imitaran e hicieran lo que nosotros hacemos?. Jesucristo a la Iglesia le hizo infalible, pero Jesucristo a sus representantes y a sus ministros, a los ministros por otra parte encargados de transmitir y enseñar esa verdad no los hizo infalibles. Por eso es posible que nosotros y cuando digo nosotros quiero decir los representantes de Cristo, hayamos podido pecar lo mismo que en otras cosas en no difundir y en no predicar siempre la verdad, pueda ser que no siempre hayamos tenido el sentido de responsabilidad y menos hayamos tenido la entereza de ánimo que requiere el predicar la verdad y la verdad íntegra siempre que hace falta. Y al admitir esta posibilidad y al reconocer esta probabilidad de que hayamos podido nosotros dejar de predicar lo que debíamos haber predicado, no se escandalice nadie, pues como hemos dicho, aunque Jesucristo le ha hecho a la Iglesia infalible, no ha hecho a sus jerarcas impecables y por eso hemos podido faltar, aunque no todos, si muchos de los mismos, no cumpliendo bien con nuestra misión. Pero independientemente de nuestra conducta, tenemos los cristianos y los hombres el deber de aceptar la verdad y esa es la obligación que Jesucristo nos impuso, que si otra cosa hubiera pretendido, o sea que nosotros fuéramos en nuestra vida reflejo y expresión de esa verdad, entonces o no nos hubiera escogido a nosotros los hombres para estas tareas, sino a los ángeles o nos hubiera transformado en seres superiores.

Amor a la verdad íntegra

Comentábamos y censurábamos el domingo pasado la actitud de los que excusan su apatía y su indiferencia respecto de la Iglesia alegando que esta llega tarde. Y no saben que es Ella la que antes que nadie levantó su voz contra la injusticia, y no saben que es Ella la que en su larga historia de veinte siglos ofrece una historia limpia, una actitud uniforme, una postura invariable contra la violencia o contra la injusticia, condenándola bajo cualquier forma que aparezca, o enfrentándose con cualquiera que pretenda escudarse en ella. Y terminábamos diciendo que nunca es tarde para conocer y abrazar la Verdad, porque únicamente por el camino de la Verdad y del bien llegaremos al bienestar y a la felicidad, ya que el bienestar es inseparable de la práctica del bien y esta no se encuentra más que en el campo de la verdad. ¿Qué pretendemos, qué anhelamos, realmente pretendemos el bien, realmente pretendemos el bienestar, la prosperidad, o solamente pretendemos llevar la contraria, la revancha, aunque ésta no sea más que injusticia, violencia, tiranía u opresión?. Recapacitemos, pensemos, estudiemos, analicemos ... escuchemos la voz de la iglesia, que es la Madre que nos habla con la experiencia secular de veinte siglos, que es la Madre que nos habla con los mejores deseos de nuestra felicidad.

Pero no solamente tropezamos con quienes quieren seguir su camino ciegos y sordos a toda consideración, bajo la inspiración de sus instintos y reacciones violentas, sino que también nos encontramos con otros, que levantan las manos a la cabeza y se horrorizan de toda idea de reforma, de toda idea de redistribución de los bienes y se escandalizan hasta de la doctrina de los Papas y aun cuando a éstos no se atreven a calificar de comunistas o socialistas blancos,

creo que eso les parece demasiado. Sin embargo no dudarán en estigmatizar como a tales a los que se atreven a predicar esa doctrina, ya que los que hacen tal cosa serán para ellos cualquier cosa y aunque no tengan ni idea, ni hayan invertido estudiando debidamente esa doctrina ni siquiera unas pocas horas, no vacilarán en calificar a los demás de audaces y de ignorantes. Es que en verdad no hay pasión que tanto ciegue al hombre, no hay pasión que tanto insensibilice al hombre como la codicia o la avaricia. Sin ver no se puede creer hasta qué extremos de ceguera e insensibilidad les lleva esta pasión que prende por otra parte tan fácilmente en el corazón humano, aun en el de aquellos mismos que han alardeado de mayor sentido y sensibilidad social. Y estos últimos no son los mejores. Les ciega, les ciega por completo, y así se explican después muchas cosas.

Hoy estos tales son los defensores acérrimos del derecho de propiedad, de ese derecho ridículo, de ese derecho del que por lo visto no necesitan más que los que poseen todo lo que quieren. Ese derecho que se atreven a llamar natural, del que dicen que la naturaleza ha dotado al hombre. Ese derecho que a ellos les da plena libertad para disponer de todo lo que puedan acaparar, pero del que toleran y consienten que los demás estén despojados. Ese derecho de cuyo ejercicio ellos quieren impedir a los demás, esa propiedad de la que, con mucha verdad, dijo aquel Obispo de Maguncia, precursor de León XIII, Kettler, que para que pueda denominarse la propiedad o no un robo hace falta que quede despojado de lo que los demás han de menester para llenar sus necesidades y ejercer su derecho.

Hemos de amar la verdad, pero la única verdad que puede salvarnos es la verdad íntegra, la verdad descarnada, la verdad católica. Y la verdad católica es que el actual estado de cosas, la actual distribución de bienes, como expresamente dice el Papa, está en pugna con los postulados más elementales de la equidad y de justicia. Tampoco quiere decir esto que pueda y deba establecerse una igualdad utópica, pues de esa igualdad a esta distribución va también un abismo.

Verdad íntegra

Decíamos los domingos anteriores que nunca es tarde para conocer y aceptar la verdad, ya que en el campo de la verdad encontrará solamente el bienestar y la prosperidad la humanidad. Por algo nos enseña la filosofía "verum el bonum convertuntur." la verdad y el bien son una misma cosa, la una en cuanto dicen orden o relación a la inteligencia y la otra a la voluntad o al apetito racional.

Pero no basta que conozcamos y aceptemos la verdad en parte, sino que debemos conocerla y aceptarla íntegramente, la verdad completa, pues la verdad íntegra nos puede salvar, pero no la verdad parcial. No basta que aceptemos y conozcamos la verdad de los principios, sino que debemos conocer y aceptar la verdad de las conclusiones. No basta que conozcamos la verdad teórica o abstracta, sino debemos conocer y aceptar la verdad concreta, la verdad aplicada y en cuanto al tema de que venimos ocupándonos en estas pláticas la verdad íntegra es que la Iglesia no solamente condena el comunismo como intrínsecamente perverso y malo y rechaza la colaboración con el mismo en todos los sentidos, sino que también nos enseña que el actual orden de cosas, la actual organización social, la actual distribución de bienes, no solamente no es un reflejo de la voluntad divina para que tenga que respetarse como una cosa intangible o perfecta, no solamente deja de acomodarse a las verdaderas necesidades humanas, no solamente no es un orden que ha emergido respetando el destino de cada cosa, sino que necesita una reforma urgente para que renazca la verdadera paz y el verdadero orden.

Repitémoslo: La Iglesia no solamente se resiste a aceptarlo como expresión de la voluntad divina, sino que expresamente reconoce que es un orden injusto, un orden susceptible de

mejoras, un orden que hay que reformar según las exigencias de la justicia y la caridad. Así, en esos puntos a los que Monseñor Pildain reduce los principios de la Sociología Cristiana, se dice en el primero de ellos con palabras textuales de Su Santidad el Papa Pío XII: *"Punto fundamental de la cuestión social es que los bienes creados por Dios para todos los hombres afluyan equitativamente a todos, según los principios de la justicia y de la caridad"*. Y el segundo, que es una explicación del primero, dice también con palabras textuales del mismo Papa: *"Dios no quiere que algunos tengan riquezas exageradas y otros se encuentren en tal estrechez que les falte lo necesario para la vida"*.

Fijémonos bien que dice que punto fundamental de la cuestión social es (punto discriminatorio de nuestro sistema frente a otros sistemas) que los bienes creados por Dios afluyan equitativamente a todos los hombres, y no es como solemos figurarnos el derecho de propiedad entendiendo por tal la facultad de poseer todo lo que ha puesto a nuestro alcance la codicia, la ambición o la fortuna. Al poner ese principio como fundamental y primero se reconoce la base para una reforma amplia, para una redistribución general de los bienes, ya que ante toda otra consideración y apreciación de las cosas hemos de salvar la naturaleza de las cosas, el destino de los bienes creados por Dios y multiplicados pródigamente por la técnica y el trabajo del hombre, que es el de servir a las necesidades de todos los hombres, siendo la posesión exclusiva y permanente de los mismos el modo de realizar ese ideal, el modo más perfecto, el modo más aceptable, pero al fin y al cabo no debe ser más que modo de realizar ese destino de las cosas, que nunca puede atribuirse al modo, al reconocimiento del modo, prioridad sobre el destino de las cosas.

No queremos decir que la Iglesia no defienda el derecho de propiedad, pero es un derecho que faculta al hombre a poseer y retener lo que ha de menester para desenvolver su personalidad, dar margen a sus iniciativas y tutelar su libertad, esa libertad en la que cifra en gran parte su dignidad humana. Y, digámoslo una vez más, antes de terminar, que el punto fundamental de la cuestión social es que los bienes afluyan a todos, de lo que se deduce la necesidad inaplazable de reforma.

Reforma

El domingo pasado concluíamos nuestro comentario diciendo y recalcando que la primera verdad y el primer problema que se plantea en la cuestión social, la primera verdad que hay que reconocer en la doctrina social católica, y el primer problema que a la luz de esa verdad hay que solucionar, es el de que todos los bienes creados por Dios y multiplicados por el hombre afluyan a todos los hombres según los principios de la justicia y de la caridad, puesto que *"Dios no quiere que algunos tengan riquezas exageradas y otros se encuentren en tal estrechez que les falte lo necesario para la vida"*. Esta verdad es la que necesitamos remachar antes de pasar adelante. Este problema es el que al presente la iglesia tiene que solucionar y pretende hacerlo mediante una amplia reforma, que Ella reclama empezando por el Papa León XIII y continuando por todos los que le han seguido en el gobierno de la Iglesia.

Las palabras con las que propugna esta reforma son clarísimas. Podríamos leer en la Rerum Novarum que ya el año 1961 juzgaba el Papa la situación tan peligrosa y el mal, que luego ha ido agudizándose por cuanto que las riquezas han llevado un camino de acumulación y reconcentración en manos de cada vez menos hombres, el mal, repito, que reconoce el Papa y juzga de tal gravedad que urge a los cristianos que se apliquen a su remedio, *"no sea -dice textualmente- que con el retraso de la medicina se haga incurable el mal, que ya es tan grande"*.

¿Cuál fué la reacción que produjo tal consigna?. Nos lo dirá el Papa Pío XI cuando, en el prólogo de la Quadragésimo Anno dice: *"Muchos católicos, sacerdotes y seglares, no podían*

persuadirse en manera alguna de que tan grave problema y de que tan inicua diferencia en la distribución de los bienes temporales pudiera en realidad ajustarse a los consejos del Creador Sapientísimo ...". Exactamente lo mismo que hoy sigue pasando. Y aquellos que, ateniéndose a las enseñanzas pontificas, quisieron hacer algo, dice el mismo Papa Pío XI en la citada encíclica, *"aun a veces fueron rechazados como peligrosos innovadores"*. Hoy se les llama comunistas blancos, por los mismos mal llamados católicos. Y en la misma encíclica clasifica en cinco grupos los que recibieron la encíclica: *"Los que la recibieron con recelo, los que la recibieron con escándalo y ofensa, los aferrados en demasía a lo antiguo, que la recibieron con desdén; los de espíritu apocado, que temieron subir hasta aquellas cumbres; los que consideran como una ilusión o fantasía como un ensueño de perfección deseable más que realizable"*. Así fracasaron en gran parte aquellas consignas de reforma del Papa. No obstante, no cesaron sus sucesores de acentuar la gravedad de la cuestión y así, un Papa tan desconocido por su preocupación por la cuestión social como el Santo Papa Pío X, repite que los graves problemas de la cuestión social del día exigen una solución pronta y segura. Y es soberanamente necesario que las fuerzas católicas aprovechen la coyuntura y marchen en vanguardia con intrepidez, proponiendo e imponiendo la solución.

Pío XI percibe claramente la gravedad del problema y no cesará de urgir su solución mediante una profunda reforma de instituciones y una mayor intervención de la autoridad y del Estado, pero se da cuenta de que tiene que enfrentarse con católicos, llamados católicos, que todavía el año 31 menospreciaban la conmemoración de la publicación de la *Rerum Novarum* y así, en el prólogo mismo de su encíclica conmemorativa, hace constar: *"Y los que parecen menospreciar la conmemoración de dicha encíclica pontificia blasfeman de lo que ignoran, o no entienden nada de lo que de algún modo conocen o, si entienden, rotundamente han de ser acusados de injusticia u de ingratitud"*. Y muere después de haber estampado en su última encíclica, en la *Divini Redemptoris*, lo siguiente: *"Es, por desgracia, verdad que el modo de obrar de ciertos medios católicos ha contribuido a quebrantar la confianza de los trabajadores en la Religión de Jesucristo"*.

La consigna de reforma y renovación social que León XIII presentara como la más urgente e imperiosa fué acogida por el mundo fiel con una indiferencia y apatía que merecen una condenación expresa y solemne de Pío XI y no pudo surtir el efecto que se deseaba, porque la minoría de los que se adhirieron fué tildada inmediatamente de innovadora peligrosa. Sin embargo, los Vicarios de Cristo que gobiernan la Iglesia por inspiración del Espíritu Santo, como nos enseña nuestro Catecismo, no han cesado de reconocer esa urgencia y apremio de una profunda reforma social y han seguido propugnando con todas sus fuerzas. A León XIII le sucede, en 1903, el Papa Pío X, el Papa de la Eucaristía y de la Piedad, que resaltará la gravedad del problema en más de una ocasión, invitando a los católicos a dar una solución segura y pronta, según los principios enseñados por su predecesor, al problema social, constituyendo la vanguardia social de la humanidad.

Benedicto XI, que le sucede el año 14, y que gobierna en plena guerra europea, que no se sustrajo al estudio y a la consideración de los problemas de la guerra, como el problema de los prisioneros, socorro a las víctimas de la guerra, que le llevaban muchísimo tiempo y, naturalmente, le absorbían en gran parte la atención, sin embargo no deja de reconocer y enseñar que la paz no reinará nunca de una forma estable, aun cuando se arranquen las armas a los combatientes, si no desaparecen otros focos de malestar, y principalmente la injusticia social. Hoy resulta interesante leer sus lecciones, que apuntan con una clarividencia la virulencia que había de adquirir este problema si no se llegaba a una distribución más equitativa de los bienes y se elevaba el nivel de las masas proletarias. Es este Papa quien sugiere la idea de la necesidad de establecer cátedras de enseñanza social en los seminarios y centros eclesiásticos y exhorta a

los sacerdotes para que consagren la principal atención al estudio y solución de este problema, mediante una formación propia y de los fieles que les han sido encomendados.

En el año 22 le sucedo Pío XI, el gran pontífice de las misiones y de cuestión social, del que podemos afirmar que tuvo esta preocupación por la suerte de los obreros y de los infieles, como la principal y casi única de su vida. Podemos decir que su pluma no ha salido ni de su boca se ha escuchado un discurso en los que no haya dejado alguna huella de esta preocupación. Sin embargo, ¡cómo lastima su corazón la indiferencia y apatía de grandes masas de católicos, que permanecen neutrales; y ¡cómo le hieren las críticas de los que aún se atreven a criticar su postura!, que tampoco faltaban, y lo sabía. Así, en el prólogo de su Cuadragésimo Anno, que es su documento social más importante, acaso saliendo al paso de estos católicos que se extrañan de que un Papa hable de eso y menosprecian sus consignas, estampa estas durísimas palabras: "*Blasfeman, blasfeman esos tales de lo que ignoran o no entienden, lo que de alguna forma conocen o, si entienden, merecen ser condenados de injustos y de ingratos*".

Pero veía que, a pesar de todo, el mundo católico no se movía, o no arrancaba, dando impresión de estar efectivamente confabulado con el capitalismo. Y después de condenar el comunismo, pero después de condenar siguiendo el consejo de un filósofo del siglo XIX, conociendo las verdades que contiene, cierra dicha encíclica con unas palabras de condenación para los católicos que, con su manera de obrar, han contribuido en gran manera a quebrantar la confianza de los trabajadores en la Iglesia católica. No querían comprender, dice, no querían comprender que la caridad cristiana impone el reconocimiento de los derechos que se deben a los obreros y que la Iglesia les ha reconocido expresamente. ¿Cómo juzgar, dice al fin, como no juzgar la conducta de los patronos católicos que llegaron incluso a impedir la lectura de nuestra encíclica Cuadragésimo Anno en sus iglesias patronales?.

No querían comprender que la caridad cristiana exige el reconocimiento de ciertos derechos debidos al obrero y que la Iglesia le ha reconocido explícitamente. ¿Cómo juzgar a esos patronos católicos que impedían la lectura de nuestra encíclica?.

El Papa actualmente reinante ha hablado de la necesidad de reforma, nada menos que en ocho documentos públicos, o en ocho solemnes ocasiones. En el discurso conmemorativo de la C.A., el día de Pentecostés de 1941 exclamaba. "*¿cómo podría ser lícito a la iglesia, madre tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, permanecer indiferente, espectadora, callar o fingir que no ve condiciones sociales, que a sabiendas o no, hacen difícil o prácticamente imposible una conducta de vida cristiana, guiada por los preceptos del sumo Legislador?*". Y el año pasado, en sus normas a los predicadores cuaresmales añadía: "*lo que más importa es que la comunidad de los fieles no dude en poner resuelta y animosamente en práctica en su amplia actividad los principios de la doctrina social de la Iglesia y sepa defenderlos y propagarlos de modo que no tenga que verificarse que las concepciones sociales de los católicos sean fuertes y su acción social sea débil*".

Podríamos ir multiplicando las citas en las que pondera la importancia de esta cuestión y reclama una actuación social decidida de los católicos y una reforma amplia de la vida social. La base de esta reforma ha de ser aquella que se expresa en el punto primero y segundo del catecismo social, que las riquezas afluayan a todos y que Dios no quiere que unos tengan bienes exagerados y otros carezcan de lo necesario ...

Este designio de Dios, de que los bienes lleguen a cubrir las necesidades de todos, está asegurado en el Nuevo Testamento por un cumplimiento escrupuloso de los principios de justicia y caridad, de la caridad que perfecciona la obra de la justicia. Y en el Antiguo Testamento, en aquel Testamento en el que no se conoce el principio de la caridad, ni se puede urgir cómo se conocerá y se urgirá en el Nuevo que es más perfecto, en aquel Testamento Dios aseguró la realización de este ideal a que deben servir las cosas mediante diversas normas dadas

por Moisés, sobre todo por aquello del jubileo que ordenaba que todos los bienes al cabo de 50 años revirtieran a los primeros poseedores, o sea a los de sus herederos, de forma que la propiedad se iba distribuyendo cada vez mejor y se cortaba las alas a la ambición o a la codicia. Indudablemente el respeto de esta norma motivó que en el pueblo hebreo, a excepción de los otros pueblos de aquel tiempo, no se diera el caso de una acumulación excesiva de bienes en manos de unos pocos y la miseria y la esclavitud, porque la esclavitud es inevitable donde no hay amparo o defensa económica propia. Es evidente que una distribución más equitativa de los bienes hubiera impedido la acumulación de grandes fortunas, la creación de grandes capitales, la producción extraordinaria y el progreso tan rápido, pero qué hacemos con que tengamos progreso si es un progreso que deshumaniza al hombre, si es un progreso que no contribuye a hacerle más feliz ... ¿acaso hoy esas hermosas naves y esos edificios formidables que se han erigido, pero que se han erigido imponiendo al obrero una vida de privación, hacen feliz a éste ... acaso ellos mismos no contribuyen a darle tristeza porque le recuerdan sus privaciones y sus sufrimientos ... y acaso su pérdida de salud y de paz en casa?.

Repitémoslo: la aspiración fundamental, la consigna inaplazable ha de ser el conseguir un orden en el que todos puedan participar más equitativamente de los bienes y de las riquezas incensantemente multiplicadas. Encaja perfectamente dentro de la ortodoxia católica la reivindicación de los desheredados de participar en esos bienes, aun cuando para ello haya que modificar la actual distribución ... Kettler ... hagamos que esta verdad llegue a ser mentira ...

Función social del dinero

Una verdad, aunque nadie la acepte, aunque nadie la reconozca por tal, no pierde un ápice de su brillo ni de su eficacia intrínseca y por otra parte, una verdad no salva, no hace el bien que cabría esperar de la misma, mientras no se la acepte en toda su integridad, en toda su totalidad. Hay verdades que aceptamos por el lado que nos agrada, pero ello no basta para poder poner remedio a los males que padecemos. Hoy nos agradecería que los capitalistas tuvieran en cuenta la verdad cristiana acerca de la función social del dinero, que cayeran en la cuenta de que todo aquel dinero excedente de la satisfacción de sus necesidades tienen que administrarlo más que en concepto de propietarios como gerentes del bien común. Pero no basta eso, no basta que ellos lo administren con ese concepto y según las exigencias del bien común, es necesario también que aquellos a cuyas manos llegan esas riquezas, ese dinero, lo inviertan con un sentido de justicia y equidad, con un sentido de humanidad, de forma que guarden en su inversión una jerarquía de necesidades, anteponiendo siempre el bien de la familia, el bien del hogar, al goce o satisfacción individual.

Hace poco aparecía en una revista mejicana un artículo en el que se hablaba contra esa locura colectiva de diversión, esa furia desmesurada de espectáculos que había contagiado a toda la población. Decía que solamente en la capital de Méjico, durante un solo trimestre, se habían invertido, se habían gastado en espectáculos y diversiones, siete millones de pesos ... cantidad superior a lo que el Estado emplea en su presupuesto público para atender a la enseñanza en todos sus grados, elemental, media y universitaria. Recientemente hemos podido ver las estadísticas de lo que se gasta en España al año en espectáculos y diversiones. Se gastan más de mil millones de pesetas. Y en estos mil millones de pesetas no se incluyen los gastos de consumiciones de bares, tabernas y otros centros por el estilo ... Pero no necesitamos ir tan lejos, observemos lo que representan en los gastos de cada familia hoy el capítulo de los gastos de lujo, viajes, diversiones, y llegaremos a la conclusión de que parte de los males que padecemos son inculpables a nuestra propia falta de sentido práctico ... Levantamos la voz al cielo al observar muchos defectos y rucas necesidades sociales, y no estaría de más que cada uno miráramos dentro de nosotros

mismos para establecer un poco de orden en nuestra vida. Hablo para todos y dejo para otro día, otra ocasión, interesantes estadísticas que tengo entre manos.

Junto a este derroche de dinero en diversiones, junto a este gasto que se hace sin su correspondiente beneficio social, pues si es verdad que con ese dinero viven muchos artistas, no es menos verdad que sería mejor que esos mil millones de pesetas, que es cantidad superior a lo que cuesta al Estado el sostenimiento de miles de Escuelas, Institutos, Universidades y todos los dispensarios y hospitales, pues el sostenimiento de todo esto no representa en el presupuesto mil millones de pesetas hasta ahora, estaría mucho mejor invertido en cosas productivas o de beneficio social, como son las comunicaciones, barcos, centros benéficos, etc..

En frente de este derroche nos encontramos con una huelga de capitales. Hace poco se publicaban estadísticas de las cuentas corrientes de los bancos y en España aparecen inscritas en cuentas corrientes nada menos que 30 mil millones de pesetas ... Este es un dato muy significativo. Eso quiere decir que están sustraídas a las fuentes de trabajo y de producción para estar al servicio de la especulación o simplemente de los caprichos individuales o colectivos todas esas pesetas que, transformadas en empresas o cosas útiles al bien social, podrían constituir una fuente de bienestar y podrían contribuir a elevar el nivel de vida, porque contribuirían a elevar la renta nacional.

Son interesantes estas estadísticas, porque ellas nos revelan las proporciones de los males que padecemos. El gasto de diversiones nos revela qué proporciones ha adquirido el ansia de goce individual y la huelga de capitales es un exponente de la despreocupación que existe en las clases pudientes y directoras actuales de España, por lo que se llama el bien común, el bien público...

Comentario a la Pastoral de Monseñor Pildain

Amadísimos hermanos:

Haría falta estar muy sordo o vivir muy lejos de donde estamos para no hacernos cargo de una de las quejas que más van cundiendo en todo el pueblo trabajador, víctima, por otra parte, de unas condiciones de vida insoportables. Esta gravísima queja a que me refiero es la que censura durísimamente la actitud de la Jerarquía y del Clero, que fingen no ver o no ven esa carga pesadísima que pesa sobre los débiles, sobre los trabajadores y no levantan su voz para condenar todos esos procedimientos mercantiles con los que se explota la necesidad y el hambre del pueblo y esa apatía o dispersión de las autoridades que no prestan a este problema toda la atención que se merece. Nadie se escandalice de lo que digo, que no hago más que hacer constar un hecho sin emitir ningún juicio.

Sin pretender erigirnos en jueces de nuestros propios superiores, que eso no nos incumbe, podemos sin embargo preguntarnos si en realidad de verdad existe ese motivo de queja que llega a acusar a la Iglesia de no cumplir su misión, y a ésto responderemos tajantemente que no. La Iglesia, el cuerpo docente de la Iglesia, a cuya cabeza está el Papa, cumple su misión siempre que en ese cuerpo no falten quienes enseñen la verdad y hagan oír su voz al pueblo cristiano aun cuando por otra parte no faltaren tampoco quienes no cumplen con su deber, o cumplen con tibieza o negligencia. Hemos de reconocer que son complicadísimas y variadísimas las obligaciones que pesan sobre un jerarca de la Iglesia y no tiene nada de particular que algunos de ellos lo mismo que nosotros los subordinados y los simples cristianos los cumplamos a medias o mal. Al fin y al cabo tanto los unos como los otros somos hombres, aun cuando los primeros estén investidos de una representación augustísima. Pero el Espíritu Santo que rige la Iglesia no puede dejar de proveer a sus necesidades y en ninguna época y en ningún momento puede dejarse de hacer luz a los fieles sobre los problemas que les afectan.

Siguiendo la costumbre de otras veces, hoy quiero comenzar a dar lectura a un documento realmente digno de un Obispo que ama a su pueblo y cuyo corazón late al unísono con el mismo. El interesante y valiente documento en cuestión es el del Monseñor Pildain, que publicó después de haber girado una visita pastoral en que se hizo cargo de la situación de su rebaño. Comenzaré a leer por el epílogo, que puede hacer de prólogo.

Hoy estamos acostumbrados a echar la culpa de todo a las instituciones, a las formas políticas o sociales a la par que nos hemos hecho a esperar la solución de todo del advenimiento de nuevas instituciones, de nuevas formas políticas o sociales. Con ésto no quiero afirmar que todas las instituciones o toda clase de formas políticas o sociales sean igualmente buenas o

malas, sino que son cosas secundaria si bien se piensa, porque la fuente de la bondad o de la maldad, la fuente principal de bondad o maldad está en los hombres y los hombres no se transforman precisamente por las investiduras externas, los hombres no reciben la dignidad, la honradez, la rectitud, más que de sus propios corazones y de su fidelidad a sus conciencias. Y de esto no queremos hablar, en esto no queremos pensar. La mayor desgracia de los pueblos no es precisamente que padezcan tales o cuales formas políticas o sociales, sino que haya desaparecido el sentido moral y la conciencia no ejerza ninguna fuerza. Un pueblo que ha perdido el sentido moral y la conciencia no puede combatir sus males ni aliviarse de los mismos si no es con el abuso de la fuerza, que a su vez degrada y bestializa más al hombre.

Hoy la gran plaga que ha caído sobre nuestro pueblo es precisamente la pérdida completa de su sentido moral y de su conciencia que llega a extremos insospechados en todas las clases sociales, en los de arriba y de abajo, en los humildes y en los pudientes, en las autoridades y en los subordinados. Cada uno trafica con lo que puede; la autoridad abusa de la autoridad siempre que se excede en sus atribuciones o se atribuya funciones y facultades que no le competen; los pudientes no piensan más que en ganar y ganar sin límite, sin medida; el productor, comerciante, hacen lo mismo y todo lo paga el pueblo, que no puede menos de exasperarse y ante el ejemplo que le dan sus clases privilegiadas o dirigentes no puede menos de desmoralizarse. ¿Qué vale o para qué sirve levantar templos, iglesias, edificios, si a la par se va arruinando o consintiendo que sigan cayendo las conciencias, vayan sucumbiendo las conciencias ante los ejemplos que están viendo, ante los abusos que se están tolerando ... ? ¿Quién puede hablar de verdadera reconstrucción mientras se va barriendo todo sentido moral en la vida del pueblo?.

El primer mal que necesitamos combatir es éste. El primer bien que tenemos que procurar, el primer remedio, el remedio indispensable, necesario, que urge a la sociedad, es la restauración de la conciencia y del sentido moral. Donde hay sentido moral no da lo mismo que un artículo se venda por tanto o cuanto, sin más relación ni medida que la que fija la necesidad ajena. No es la necesidad ajena la que justifica y la que debe fijar la medida de la ganancia, sino la propia conciencia que encuentra como único justificante de la ganancia el bien social que se procura con la propia aportación. Es un principio elemental de la moralidad el de que un beneficio de orden económico para que sea justo debe rendir a la sociedad un beneficio social correspondiente. Donde no hay beneficio social propiamente dicho no hay nunca lugar a beneficio individual justo, y donde hay maleficio social, el beneficio individual no merece otro nombre que el de robo.

No vamos a decir que la economía sólomente obedece a leyes ciegas e invariables y ajenas a la voluntad humana, pero sí es conveniente que conozcamos y tengamos presente que el bienestar público no resplandece, no puede promoverse mientras por una parte la producción de bienes útiles no vaya en aumento constante a tenor de las necesidades y por otra se asegure una recta y justa distribución de dichos bienes. He aquí las dos palabras mágicas a cuyo conjuro ha de brotar y desarrollarse el bienestar público.

Un país no puede mejorar su situación por poner en circulación más moneda, más dinero, sin al mismo tiempo aumentar el volumen de bienes a que aquella ha de responder para tener algún valor. Por este motivo, la política será acertada si es que asegura una mayor producción o porque la autoridad induce a trabajar más o sencillamente porque hace que la población propiamente dicha activa vaya en aumento. La producción depende, aparte de otras condiciones técnicas, de la proporción de la población activa ... En España, para vergüenza de todos, hay que reconocer que ésta representa el 37 por ciento ... una proporción muy pobre, muy poco halagadora ...

Por otra parte, está la distribución de los bienes útiles ... Hoy, en lo poco o mucho que se produce ... se tropieza con dos obstáculos para una justa distribución ... al absolutismo estatal ...

y el social ... llamémosle así a ese predominio completo ... de un factor de la producción ... el que representa el capital que se reserva a sí mismo todos los derechos a cuyo amparo el egoísmo y la codicia medran fácilmente ... Mons. Pildain, en este capítulo que vamos a leer, se refiere en primer lugar al absolutismo estatal ... que consiste en que se apropie más funciones que las que le competen y disponga de los fondos públicos en consideración, no del bien público, sino de afanes capitalistas ... políticos o pretorianos ...

No hace mucho todavía observábamos en las clases populares una expectación muy grande, que se centraba sobre la elevación de salarios, expectación que ha terminado en un chasco enorme al ver que no se ha resuelto nada, antes bien, se ha complicado más la vida, que ha encarecido extraordinariamente ... pues no se ha remediado, ni se ha aliviado por ahora ninguno de los dos obstáculos de una justa y acertada distribución ... por una parte, el capital sigue disfrutando de todas sus prerrogativas ... de absolutismo ... y el Estado ... no se ve que haya pensado en corregir su política absorbente, centralizadora ... que lleva consigo tan grandes presupuestos, que hay que extraerlos del que trabaja ...

Escuchemos a Mons. Pildain el recuento de los principios que han de inspirar su actuación ...

Antes de proceder a la lectura del último capítulo de esta actualísima y acertada pastoral de Mons. Pildain, cuyas expresiones nos recuerdan los ecos de aquellos sermones y aquellos escritos de los Padres de la Iglesia, como San Juan Crisóstomo, San Agustín, etc., que con tanto acierto y exactitud exponían estas mismas ideas, vamos a hacer un breve comentario acerca del punto fundamental, cuya mala interpretación da lugar a que aún las personas que se tienen por muy honradas, procedan con poco escrúpulo en la utilización y administración de los bienes o de los fondos.

Un concepto absolutista de la autoridad induce a que ésta se arrogue y se atribuya más funciones que las que le competen y por consiguiente multiplique sin escrúpulo el número de sus funcionarios, funcionarios que hay que mantenerlos de los fondos públicos, fondos públicos que no son dinero del que la autoridad puede disponer a su arbitrio. Un concepto absolutista de la autoridad da lugar a que ésta atienda con preferencia a sus juicios y fácilmente se exponga a no atender al público bienestar con la justicia y exactitud que se deben.

Otro concepto también absolutista del derecho de propiedad hace que ésta se considere como un derecho absoluto en el sentido de que lo que ampara o abarca ella se puede disponer como le da la gana a uno, o poco menos. Y difícilmente entra en nuestras mentes, en las mentes de los que acostumbramos a defender el derecho de propiedad, otro concepto de la misma. Y porque se parte de un concepto absolutista de la propiedad, sin sensación de violar la conciencia, se emplean y se invierten y se administran los fondos o las riquezas. Concretándonos nuestro caso corriente, nos encontramos con que el capital o su representación difícilmente concibe que aquello que excede del límite de un beneficio determinado y limitado, es ya riqueza y dinero y fondos que se pueden equiparar a los fondos públicos.

Vamos a continuar con la lectura de la Pastoral de Mons. Pildain. Nos queda por leer el último capítulo, en el que sale al paso del lujo y despilfarro de las clases pudientes y del Estado, cada uno a su manera. Antes vamos a aclarar un poco el concepto fundamental de cuya mala inteligencia proviene el que aún las personas que se tienen por muy honradas proceden con poco escrúpulo en la administración de los fondos de que disponen.

Mons. Pildain nos recordaba en su segundo capítulo que los fondos públicos de que dispone la autoridad no es dinero que puede administrarlo a su talante, no es dinero que puede invertirlo según su propio juicio y criterio, sino que debe administrarlo e invertirlo guardando el orden de gravedad y preferencia de las necesidades públicas. La autoridad no es un derecho que

puede justificar por sí la libre disposición de los fondos y la autoridad necesita el asesoramiento y la información de los súbditos para poder apreciar debidamente el orden y la gravedad de los problemas públicos. No se puede ejercitar la prerrogativa de la autoridad mirando solamente arriba e invocando a Dios, sino que hay que mirar también abajo y hacerse eco y cargo de las aspiraciones y anhelos del pueblo, a cuyo bienestar se ordena toda soberanía.

El dinero de los fondos públicos es dinero del contribuyente, dinero de los súbditos, a cuyo bienestar se debe ordenar.

Algo parecido hay que decir también de otros bienes que no se califican precisamente de fondos públicos, pero que son bienes cuya producción son riquezas cuyo manantial es el esfuerzo común de todos, la contribución de todo eso que en la moderna terminología social se llama la comunidad del trabajo que constituyen, tanto el capital como el trabajo propiamente dicho. Por la parte con que contribuye cada uno ha de participar también y esto, en justicia, en el cúmulo de bienes que se producen. Por este motivo el derecho de propiedad deja de ser un derecho absoluto, en lo que se refiere a parte de esos bienes, de esas riquezas producidas con el concurso de todos. Deja de ser un derecho absoluto para transformarse en lo que hoy se llama un derecho de gerencia o derecho relativo, de tal forma que la inversión y el empleo y la administración de lo que sobrepasa el límite de un beneficio justo que es limitado y muy limitado, aunque no pueda a veces precisarlo taxativamente, de tal forma repito, que su administración tiene que hacerse al estilo de los fondos públicos, no pudiendo emplearlo ni en cosas buenas siquiera, si no es respetando previamente el orden y la gravedad de las necesidades públicas.

Tomo II. Sermones
Libro 3º. Sermones 2ª parte

Vida eterna. Predicación: Vida eterna

Índice

1. Creo en la resurrección de los muertos
2. Creo en la resurrección de los muertos
3. Mes de noviembre. 1950

Creo en la resurrección de los muertos (I)

Amadísimos fieles:

El domingo pasado pusimos término a la explicación del décimo artículo del Creo, que es "creo en el perdón de los pecados", y vamos a ocuparnos ahora de los dos artículos finales, el undécimo, que es "creo en la resurrección de la carne" y el duodécimo, que es "creo en la vida eterna". Vamos a explicar estos dos artículos conjuntamente. Las verdades contenidas en estos dogmas, que nos recuerda nuestro Credo en su última parte, son unas verdades de cuyas luces el hombre no puede prescindir en ningún momento, son unas verdades que el hombre necesita tenerlas constantemente presentes y profundamente grabadas en su alma.

La gran cuestión que el hombre no puede eludir, la gran cuestión que el hombre necesita solucionar es la de si hay o no vida eterna, ya que necesariamente ha de determinar la actitud que ha de adoptar en este mundo la solución de esa cuestión. Se puede soslayar con razón o sin ella cualquier problema; pero hay uno que es necesario afrontar y resolver aunque no se quiera: el problema de la vida. Yo puedo desinteresarme de la cuestión social, puedo desdeñarme de prestar alguna atención a los acontecimientos que tienen lugar en nuestros días; puedo encogerme de hombros ante las polémicas suscitadas por las cuestiones políticas ... puedo dejar de pensar en todos ellos ... Cometeré una ligereza obrando de esa forma, pero siempre quedaré en libertad para adoptar semejante postura espiritual ... En cambio, no puedo prescindir del problema de mi vida.

Si fuese un escéptico, que se ríe de todo y de todos, si llevara una vida de bufón, ¿no hallaría en esto la solución del problema?. Si fuera un pesimista que todo lo ve mal y negro y me aventuraran a descerrajarme un tiro de revólver ... ¿no habría resuelto el problema con mi gesto estúpido?. Para abreviar ... el que vive como el que muere, vive y muere de una manera determinada, esto es, no puede sustraerse al atroz problema de la vida.

"Encuentro muy natural -dice Pascal- que no se profundice la opinión de Copérnico, pero importa mucho en todos los momentos de la vida saber si el alma es mortal o inmortal". "Es esta una cuestión tan importante, y nos toca tan profundamente -como añade el mismo autor- que sería necesario perder toda nuestra sensibilidad para permanecer indiferentes en semejante cuestión. Toda nuestra actividad y todo nuestro pensar toman una orientación tan diferente, según que haya o no bienes eternos, que podemos esperar que el hombre no puede andar su camino con razón cabal sin darles una orientación conforme a los puntos de mira supremos".

Es evidente que si hay vida eterna, esta vida presente hemos de organizarla en función de aquélla. El dolor y el sufrimiento cambian de signo. Los males de que nos quejamos ante esa perspectiva no tienen el mismo volumen y las mismas proporciones que tendrían en caso contrario. Personalmente, mediante un estudio razonado y serio, o mediante un poco de reflexión, hemos de estudiar este problema. Siendo como es tan trascendental, es incomprensible que apenas pensemos en estas cosas. *"Pasa aquí -dice Sertillanges en su Catecismo de los incrédulos- pasa aquí una cosa parecida a lo que nos pasa con la luz del día. Así como la luz del día nos oculta la inmensidad del cielo, así también los objetos de la vida más evidentes y sensibles tienen acaparada el alma y se le presentan como los únicos objetos reales; y, por*

otra parte, el tiempo presente en nosotros, por la corriente de la vida corporal, nos hace ver como ilusoria la eternidad; y, como a pesar de esto, el sentimiento de la eternidad perdura en nosotros, se le considera como cosa propia del tiempo".

"Corremos -añade Pascal- corremos sin inquietarnos al precipicio, después de ponernos obstáculos, que nos ocultan su vista". "Entre nosotros y el cielo o el infierno, no hay de por medio más que la vida, que es la cosa más frágil del mundo". "Cómo vivir en paz -se preguntaba Jouffroy que decía tener plantada en el corazón como una espada hundida hasta la empuñadura la preocupación de la otra vida- cómo vivir en paz cuando no se sabe de dónde se viene, a dónde se va y cómo o por dónde se debe ir".

No hace falta que insistamos más en la importancia de esta cuestión y sobre todo no hace falta que otros nos lo digan. Lo sabemos cada uno de nosotros y lo experimentamos cada uno de nosotros.

Cuán diferente es mi vida de este mundo según crea o no, según tenga o no presente esa meta ... Si esta vida no es más que un comienzo, jamás la desesperación envenenará mi existencia, no me quebrantarán los sufrimientos, sabré sobreponerme a ellos. ... Pero si yo no creo en la vida ultraterrena, la vida presente se me hará insoportable y se deslizará como la locomotora que corre sin freno sobre los raíles hasta precipitarse en el abismo.

Es magnífica y penetrante la descripción que Manzoni nos hace de un hombre... del Innominado, en una de sus novelas ... *"Este hombre ae revuelca rabioso en el lecho ... Se siente engolfado en el examen de su vida ... Recórrela toda, de año en año, de empeño en empeño, de fechoría en fechoría ... cada una de éstas se presentaba a su ánimo consciente y nuevo separada de los sentimientos que habían empujado a la voluntad a cometerla, se le presentaba con una monstruosidad que aquellos sentimientos habían ocultado al cometerla ... Cayó en la desesperación ... se incorporó y se cogió la pistola que estaba colgada en la pared cercana ... levantó el gatillo y en el preciso momento en que iba a poner término a su vida ... su pensamiento presa de un horror indecible ... se fijó en el tiempo que, a pesar de todo, seguiría transcurriendo después de su muerte".*

Creo en la resurrección de los muertos (II)

Amadísimos fieles:

En la última plática iniciamos la explicación de los dos últimos artículos de nuestro Credo que son dos gritos de júbilo y triunfo ... Creo en la resurrección de los muertos y en la vida perdurable. Nada tan impresionante y tan confortador como esa afirmación victoriosa de las voces que rompen viriles y litúrgicas entre las explosiones del órgano ... *resurrectionem mortuorum et vitam venturi seculi ... amen ...*

Nuestra religión nos manda abnegación y sacrificio, nos manda a veces hasta la muerte, pero no es una religión de muerte, sino de vida, no morimos para morir sino para vivir siempre, para revivir. El Redentor vino al mundo, como nos dice San Juan, para que tengamos vida y la tengamos más abundante; el proceso de la obra del hombre termina con aquella maldición: *morte morirres*. El proceso de la obra de Dios, a través del gran Calvario de Dios Redentor, y aun del calvario pequeño del redimido, termina con la bendición y con la victoria sobre la muerte.

En la plática pasada ponía a vuestra consideración un hecho, una realidad, comprobada en todas las épocas y por toda clase de hombres y de pueblos, el hecho y la realidad de una fe grande en la vida de ultratumba. Fe que se expresa de las más diversas formas, fe que tiene en su favor toda clase de pruebas, fe de la que nos hablan desde aquellas soberbias pirámides de Egipto hasta estos toscos sepulcros que erigidos hace miles de años se conservan hasta en estas mismas nuestras montañas. Decíamos que todos los pueblos han creído en la vida de ultratumba, añadíamos que muchísimos hombres sabios de la antigüedad han testimoniado esta fe en sus escritos y en sus obras. Una creencia tan universal, una creencia tan general y tan arraigada de todos los pueblos y de tantos hombres es un fenómeno que cuando menos nos invita a un estudio sereno y serio de la cosa. Un hecho de esta envergadura implica además un problema personalísimo y gravísimo de cuya solución no nos podemos desentender, sopena de adoptar una postura la más absurda e irracional que podemos figurarnos, sopena de adoptar una postura no solamente comprometedora de intereses altísimos, sino de intereses irreparables.

Discurramos de la forma más humana y más egoísta que podamos concebir y aún en ese caso la prudencia más elemental nos exige que nos detengamos y ante todo y sobre todo resolvamos el problema de nuestro destino. "*O tu amado cristiano, -decía aquel incrédulo a un creyente-, qué engañado estás si es que el cielo o la vida eterna no es más que cuento ...*" pero al fin y al cabo en aquel instante supremo de su desenlace terreno no pierde nada, nada expone en que ha vivido con esa preocupación y con esa fe. Pero supongamos el caso contrario de quien ha vivido como si nada existiera ... ¿qué ha ganado, llegado ese momento, por haber sorbido todos

los placeres pecaminosos? ¿Y si hay algo más allá que se expone a perder?. Porque en función de esa vida debe orientar naturalmente el hombre todas sus actividades y todas sus cosas, si es que existe esa vida y si no los ha orientado así, todo lo ha perdido. "*O amado incrédulo, -replicó el otro-, qué engañado estás si es que existe esa vida que tu niegas o ignoras ...*"

La muerte es para el hombre una terrible decepción. Va contra las ansias más sustantivas de su ser. Porque el hombre fundamentalmente siente ansias de vivir. Nada dicen en contra esos casos de desesperada situación, cuando se hace odiosa la existencia. El suicidio no es una rebelión contra la vida, sino contra el dolor. El hombre no quiere morir, sino quiere sencillamente no sufrir. Estas ansias de vida han sido supuestas como base de un sistema para toda una novísima filosofía que tiene que caer como filosofía unilateral y exclusivista, cuando caiga esta filosofía, quedarán las ansias de vivir en el fondo de todo corazón humano.

La plena actuación de la vida no todos la entienden de igual forma. Eso depende de un completísimo problema de circunstancias variadísimas. Vivir para unos es derramarse por completo hacia fuera para incorporárselo todo, para vivirlo todo. Vivir para otros es recogerse en su interior, reposar toda la atención y consumir toda la energía y todo el ser en la contemplación interior ... La vida como esfuerzo o la vida como reposo, la vida como conquista o la vida como posesión, la vida exterior o la vida interior, la vida solitaria o la vida compartida con otros ... la vida la entenderá cada cual como le da la gana, pero todo el mundo ansía vivir, y esa ansia no falta en ningún ser humano ... por eso decíamos que la muerte es una terrible decepción y siempre que se nos plantea ... ya en la infancia, ya en la vejez, a pesar de la experiencia diaria, la muerte nos sorprende, queremos eludirla y no lo podemos. La decepción está en que ansiamos vivir y nos morimos. Ahí está el fondo de toda tragedia humana. Los que niegan el más allá lo niegan contra sus mismos instintos ... lo niegan llevados por prejuicios filosóficos y por otros motivos inconfesables, pero lo niegan contra sus propios instintos y contra su propia ansia de vivir. Aquí está el problema que se nos plantea a los que creemos en Dios y en la providencia.

Mes de noviembre. 1950

Amadísimos fieles:

Una tras otra hemos celebrado las grandes jornadas de la catolicidad de la Iglesia, de la catolicidad que diríamos extensiva la primera, el Domund; de la catolicidad intensiva o cualitativa, la Festividad de Cristo Rey. Pero la universalidad o amplitud de la Iglesia no se cierra en los confines de este mundo, por cuanto que el dogma católico nos recuerda a la Iglesia triunfante, cuya conmemoración hemos hecho el día de los difuntos, a los que la Iglesia consagra todo este mes de noviembre. Verdaderamente es magnífico el panorama que despliega la Iglesia a nuestros propios ojos a través de estas jornadas, tan acertadamente dispuestas para avivar nuestra conciencia cristiana. Hoy con más sentimiento que nunca podemos decir: Creo en la Santa Iglesia Católica y podemos añadir lo que también la misma Iglesia añade en esa misma fórmula: Creo en la comunión de los santos.

En efecto, debemos recordar que el reino de Dios es como si tuviera tres provincias que se necesitan mutuamente, que se complementan unas a otras: el cielo, el purgatorio y la tierra, con sus correspondientes moradores, que son los santos que han triunfado o han llegado a su término, las ánimas del purgatorio que están purificándose de sus faltas y nosotros, que todavía necesitamos combatir. Alguien dijo con acierto que nuestro Padre celestial tiene tres hijos, uno con la carrera terminada, con los exámenes aprobados y con su empleo definitivo, que son todos los bienes venturados; otro con la carrera terminada, con los exámenes aprobados, o con su correspondiente diploma, pero en espera de empleo, que son las ánimas del purgatorio, y otro, por último, que todavía no ha terminado la carrera ni ha hecho los exámenes, sino que trabaja y se esfuerza en ello, que somos nosotros. Muy natural que los hermanos se ayuden y se animen y se asistan mutuamente, como también debemos ayudarnos y asistirnos los unos a los otros los que estamos combatiendo en la tierra, lugar de merecer, los que padecen en el purgatorio y los que disfrutan en el cielo.

Y así es. Pues el dogma consolador de la comunión de los santos, el gran dogma de la solidaridad cristiana, nos enseña que entre todos los que pertenecemos al cuerpo místico de Cristo, al igual que entre los diversos órganos de nuestro cuerpo, hay una mutua ayuda y comunicación misteriosa, pero real, de bienes y méritos, de tal forma que nosotros podemos acudir en socorro de las almas del purgatorio con nuestras oraciones y sufragios, ellas pueden pedir e interceder por nosotros, aunque no pueden merecer ya más para ellas mismas, y los bienaventurados pueden suplicar a Dios para que acepte por las almas del purgatorio nuestros sufragios y puede también interceder por nosotros. Y los bienes que de esta forma circulan a través de todo el cuerpo místico de Cristo son los propios méritos de Cristo que nosotros

podemos asimilar y apropiar por medio de los Sacramentos; son también los méritos sobrantes de los santos y fieles, cuyo depósito administra la Iglesia por medio de las Indulgencias que pueden lucrar los que cumplan algunas condiciones que ella establece previamente, es el fruto de las ceremonias y funciones eclesiásticas, al igual que el de las oraciones que se hacen en nombre de la Iglesia, las virtudes y méritos de todos los fieles. De esta forma estamos unidos y de todos estos bienes pueden participar todos, sobre todo y por encima de todo los fieles que viven en gracia santificante, pero también los pecadores mientras sean miembros de la Iglesia, aunque sean miembros casi o del todo muertos, pero que no se han desprendido de ella, como ocurre con los apóstatas, con los excomulgados y los herejes y cismáticos.

Y es la divina Providencia quien establece la medida, pues no todos pueden participar igualmente o indefinidamente. La teología nos enseña que aun cuando no podemos precisar cuál es esa medida, que es indudable que cada uno participa según la medida de fé y caridad con que está unido a la Iglesia y contribuye a su vez al bien común de la misma.

Deduzcamos, pues, de todo esto el interés que tiene para nosotros acudir en socorro de los demás, ya que lo que se hace por los demás no es perjuicio ni detrimento de sí mismo, ni mucho menos, y de esta forma se cumplirá la magnífica ley de solidaridad cristiana: cada uno para todos y todos para cada uno. ¿Hay algo que pueda ofrecer mejor base a nuestros sentimientos sociales, hay algo mejor para que esos tengan un resorte constante y firme para todos los momentos de la vida y una amplitud más ideal?.

Si tenemos esta conciencia de nuestra condición y dignidad de cristianos, hoy no podemos menos de hacernos sensibles a las necesidades de las benditas ánimas del purgatorio, de cuyos gemidos se hace cargo la Iglesia para presentarnos a nosotros y estimularnos a las obras de caridad y de virtud en general con las cuales podemos aliviarlas.

Antes hemos dicho que los cristianos constituimos un pueblo que tiene tres provincias, y vamos en marcha hacia nuestro término los que estamos en la tierra. Pero marchemos en caravana capaz de hacerse cargo de las necesidades de los que nos preceden, pero que están purificándose de sus faltas. Cuenta la leyenda que cuando las tropas de los Reyes Católicos penetraban en una ciudad conquistada precedidas del estandarte de la cruz, rodeado de sacerdotes y caballeros que entonaban el Te Deum se encontraron con que al interrumpir sus versículos escuchaban un sonido vago y confuso, pero que suficientemente claro como para percibir lo que decía: Benedictus qui venit in nomine Domini. Al principio se sorprendieron hasta que pudieron averiguar que era el grito de júbilo de los prisioneros que estaban encerrados en las mazmorras subterráneas. Hoy debemos escuchar el mismo grito de auxilio que se eleva también de esas mazmorras en las cuales tal vez se encuentre alguno de nuestros queridos difuntos. Y no olvidemos que la mejor forma que hay de ayudarles eficazmente es orar, ofrecer por ellos nuestras buenas obras, particularmente la Santa Misa.

No podemos conformarnos con llevar unas flores a los sepulcros y derramar unas lágrimas estériles, Cuando nos encontremos al pié de un sepulcro podemos recordar la consideración que hacía un buen hombre: ignoro el lugar donde se encuentran nuestros queridos difuntos; sólo sé dónde no están: en el sepulcro. Allí sólo reposan las cenizas. Las almas están en el cielo, en el purgatorio o en el infierno, según como hayan muerto. La teología cristiana distingue en el pecado dos cosas: la culpa y la pena. Igualmente podemos distinguir ambas cosas ante un tribunal humano. Si yo mato a uno mi acción constituye una culpa que luego reconocida como tal es sancionada por el tribunal con una pena: V.G. con el presidio de 80 años. El pecado mortal constituye una culpa grave y es sancionada por Dios con la pena eterna. Cuando un pecador se arrepiente y obtiene la absolución, se le perdona toda la culpa y se le condona la pena eterna, pero esto no quiere decir que se le condone toda pena, puede quedar pendiente una pena temporal o parte de la pena temporal, que se condona más o menos según las disposiciones de

dolor y propósito del penitente. Es por esas penas temporales por lo que se pone una penitencia al penitente, penitencia proporcionada a la gravedad de la culpa, pero penitencia que muchas veces es insuficiente para condonar toda pena temporal. Así los que mueren arrepentidos y con la culpa de los pecados borrada, tienen que pasar por el purgatorio, para expiar esas penas. Nosotros con nuestros méritos, transfiriéndoles a ellos, podemos ayudarles.

Consecuentes, pues, con nuestra fe cristiana, hagamos algo más que llevar flores o derramar lágrimas. Oremos por nuestros difuntos. Alguien dijo que la verdadera tumba de los muertos es el corazón de los vivos. Yo añadiría que la verdadera tumba de nuestros difuntos cristianos son todos aquellos corazones que no tienen más que lágrimas, pero que no saben elevarse a Dios en vuelo de plegaria y oración. Así sea.